
3 1761 05333585 7

PAUL GROUSSAC

RELATOS ARGENTINOS

EL NÚMERO 9090

EL HOGAR DESIERTO · LA RUEDA LOCA

LA HERENCIA · LA MONJA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
Librería de Victoriano Suárez
48, Preciados, 48

BUENOS AIRES
Librería de Jesús Menéndez
186, B. Irigoyen, 186

1922

PAUL GROUSSAC

RELATOS ARGENTINOS

EL NÚMERO 9090

EL HOGAR DESIERTO · LA RUEDA LOCA

LA HERENCIA · LA MONJA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
Librería de Victoriano Suárez
48, Preciados, 48

BUENOS AIRES
Librería de Jesús Menéndez
186, B. Irigoyen, 186

1922

PAUL GROUSSAC

RELATOS ARGENTINOS

EL NÚMERO 9090

EL HOGAR DESIERTO · LA RUEDA LOCA

LA HERENCIA · LA MONJA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
Librería de Victoriano Suárez
48, Preciados, 48

BUENOS AIRES
Librería de Jesús Menéndez
186, B. Irigoyen, 186

1922

MADRID.—TALLERES POLIGRÁFICOS, Ferraz, 72.

BREVE EXCUSA AL LECTOR

Al mismo tiempo que bajo otra forma van saliendo a luz los tomos sucesivos de lo que el indulgente editor intitula mis «Obras completas», me resuelvo a reimprimir aparte algunas de las muchas novelas cortas o «fantasías» que, ora en mi lengua francesa, ora en este cuasi castellano, y todas más o menos improvisadas, me dejé escribir al margen de mi larga cuanto mal aprovechada carrera literaria.

Con mediar un largo tercio de siglo entre la fecha del más añejo de estos esbozos (*La monja,* escrita en una noche de verano de 1886, para un número de «Año nuevo» de un periódico porteño) y el más reciente *(El número 9090*, compuesto hace pocos meses y publicado como folletín de otro diario también bonaerense), no sabría decir qué diferencia—progreso o descenso—

de concepto o de estilo podría un crítico desocupado señalar en las bagatelas aquí recopiladas. Si por mí fuera, daría quizá la preferencia a *La rueda loca,* compuesta en Mar del Plata y publicada, lo mismo que *El hogar desierto,* en mi revista *La Biblioteca,* que fundé y dirigí allá por los años de 1896-1898. Pero, si he de ser franco, confesaré cierta humana flaqueza por el corto relato llamado *La herencia,* el cual, a pesar de su tinte algo sombrío, conserva para mí un reflejo risueño. Hallándome, en 1893, de visita en los Estados Unidos, durante la *World's Fair* de Chicago, solo y atacado de prurito literario, que apenas con un baño de «yanquismo» podría calmar, me atreví, en esa tierra de todos los atrevimientos, a frangollar dicho cuento, entonces titulado *A Hero*—en perverso inglés, vagamente corregido por una joven «elocucionista» del Auditorium—, y que, al pasar por Nueva York, en viaje de regreso a la Argentina, dejé—como lo hubiera tirado al Hudson—endereazado al editor del magazine *The Cosmopolitan,* con mi dirección en Buenos Aires. Aquí me encontraba de vuelta, cuando meses después—vísperas de Navidad—recibí de allá, por conducto de mi amigo Angel Estrada, un ejemplar de la mencionada revista (número de no-

viembre de 1894), con mi *Hero*, admirablemente impreso y regularmente ilustrado, acompañando un rollito de aspecto y peso simpático —como que envolvía seis águilas de oro (60 dólares), precio generoso de mi «heroica» lucubración—. ¡ Y supongo que rara vez hubo fruslería novelesca más pronta y alegremente convertida en bombones y juguetes de niños !

Con lo dicho he querido explicar únicamente cómo, a todas luces, estas novelitas no han sido compuestas en las condiciones de reposo y diligente esmero que exige la obra de arte. Pero ¿acaso, entre todas las chapuceadas en esta «América inocente», hay una sola escrita en tales condiciones? Deseo, no obstante, que no me ciegue la debilidad paterna, si pienso que ninguna de ellas se presenta absolutamente vacía de substancia ni, bajo su forma humilde y modestísimo traje local, totalmente desprovista de fondo psicológico o filosofía práctica. Sea de ello lo que fuere, invoco ante el lector, como circunstancia atenuante, su relativa brevedad. El más largo de estos cuentos se lee en una hora, y apenas requiere dos el tomo entero. En cuanto a las imperfecciones de la factura, espero que las disimularán con indulgencia quienes recuerden que estas páginas, sobre haberlas escrito un extran-

jero, se reimprimen lejos del autor, sin que él pueda vigilar su corrección ni, sobre todo, mejorar su estilo con la limadura y pulimento que es natural resulten siempre de una última lectura en pruebas.

Buenos Aires, 20 de noviembre de 1921.

EL NÚMERO 9090

A mis amigos
Carlos Ibarguren y Jorge Lavalle Cobo
dedico
este estudio de psicología mórbida.

P. G.

I

En la modesta habitación del tercer piso que ocupaba en una antigua casa amueblada —hoy demolida—de la calle San Martín, el profesor francés Daniel de Kergoët estaba disfrutando sus vacaciones escolares, sentado a su mesa escritorio, en la reducidísima indumentaria que autorizaban a la par lo dominante del sitio sobre la poblada vecindad y la temperatura casi tórrida de este fin de diciembre en Buenos Aires. Desde las siete de la mañana—y un pequeño reloj de consola marcaba ya las once—la pluma trotadora no paraba de garabatear el rayado papel de regular tamaño, sin más descanso que el requerido para desprender del *block* la hoja escrita y agregarla a las que ya formaban un respetable rimero a la derecha del pupitre. ¡Así disfrutaba el infeliz sus vacaciones profesionales!

Una vez que otra, sin embargo, no dejaba el peñolista de otorgarse un respiro de dos o tres minutos, encendiendo un cigarrillo y emprendiendo

entre la puerta cerrada y la ventana abierta un corto paseo de desentumecimiento. Era un joven de mediana y bien proporcionada estatura, de fisonomía inteligente y fina, tan atractiva cuando una sonrisa entreabría los delgados labios como apartadiza si en su comisura se acentuara un pliegue de sarcasmo o desdén, que harto armonizaba con el ceño adusto habitual y el franco pero frío mirar de los ojos claros. Ofrecía, pues, señalado contraste—y acaso no exento de seducción ante cierto feminismo perverso—el que esa mirada pasase alternativamente de la ternura a la crueldad y que la negra pupila vibrase por momentos relámpagos de ira por entre su iris garzo de celta soñador. Daniel de Kergoët descendía, en efecto (como lo indica su apellido), de una antigua familia del Morbihan. Era bretón «bretonnant», como allá se designan esos verdaderos hijos de la Armórica, porque, manteniéndose fieles a su materna «tierra de granito cubierta de encinas», conservan hasta hoy el culto de su lengua céltica, sello indeleble de la raza. Confirmaban tal origen las facciones enérgicas del semblante, ya marcado de temprana madurez o cansancio precoz en quien apenas pasaba de los treinta y dos años: desde la amplia frente vertical, reveladora de talento, hasta el cuadrado mentón de los pertinaces y el tupido cabello castaño, ya rayado en las sienes por uno que otro hilo de plata, que también asomaba en el corto bigote, cercenado a la americana. En suma, según el dicho vulgar, una cara de pocos amigos, si bien de estos pocos (entre los cuales se cuenta el que esto

escribe) algunos lo fueron hasta el afecto fraternal.

Alguna vez que el extremo de su paseo lo llevara hasta la ventana, solía arrimarse al alféizar y percibir un instante el hondo rumor que subía de la arteria comercial, una de las más pasajeras de la «City» bonaerense. Aquella mañana, el grito, multiplicado y ensordecedor, que, agudo como silbido, rasgaba el trueno callejero—correspondiendo a la pasión irresistible de este pueblo jugador, obseso cual nunca en víspera del fatídico sorteo—, era el de los muchachos vendedores de billetes de lotería: «¡La grande para mañana! ¡La del millón!...» Y Daniel, que jamás había jugado ni sentido la tentación de ceder a tan grosera añagaza de la fortuna, después de encogerse de hombros ante este otro eco chillador de la humana locura, volvía luego con un sordo rezongo, más que suspiro, de resignación a su interrumpida y odiosa faena de necesidad. A tiro de ballesta, por el simple mirar alternativo que iba del libro abierto delante del trabajador al papel en que escribía (aun antes de reparar en el enorme vocabulario bilingüe de Salvá, que obstruía la parte izquierda de la mesa, y que el paciente sólo en trances desesperados hojeaba, sabiendo de antemano que el filólogo de Valencia apenas daría una en el clavo por diez en la herradura), columbrábase que se trataba de una traducción al francés: labor doblemente ingrata cuando a lo subalterno de la función en sí se junta la baja calidad del licor trasegado.

Y tal era el caso ocurrente. Desde su título cam-

panudo y hueco—*Génesis y evolución histórica de la sociabilidad argentina*—, el mamotreto aquel rezaba en su frontis charlatanesco las promesas del adefesio «pensadoril», que harto fielmente cumplía el contenido. Era una de esas indigestas mixturas de ingredientes seudofilosóficos, compuesto de materia amorfa y plástica que se adapta a cualquier molde. Y por supuesto que ese hacinamiento de generalizaciones conjeturales y de pretendidas «leyes sociológicas» inverificables, formuladas al margen de la historia mal sabida, no eran sino apropiaciones y raspaduras de obras europeas que debieron en gran parte a bellezas de estilo su prestigiosa celebridad, y de cuya influencia declinante quedaban por los suelos algunos lugares comunes y clichés, al alcance de los grajos que se lucen con plumas de pavón. Ahora bien: a cinco o seis abortos literarios del propio tenor que el presente *sub intérprete* debía su autor, el renombrado doctor D. Palemón Tejada, la encumbrada situación que gozaba en el foro y la política: vale decir, la fama y la fortuna—pues el simpático farsante representaba brillantemente una gloria «platense», en el amplio y variado sentido de la expresión—. No satisfecho ya con su ilustración casera, aspiraba ahora a la «mundial». Por esto, sabedor de que el nombre de Daniel Kergoët (así, de años atrás, firmaba democráticamente, suprimiendo la partícula nobiliaria), obscuro profesor en el Colegio Nacional, figurara alguna vez en la cubierta de una gran revista parisiense, se había empeñado, con argumentos ¡ay! irresistibles para el pobre,

en que éste emprendiera la traducción de su dicho amasijo sociológico—atraído, además del correcto francés que así aseguraba a su libro, por la perspectiva de algún buen reclamo periodístico—. Y a Daniel, siempre escaso de recursos, habíale faltado valor para rechazar la oferta tentadora que, a trueque de sacrificar en la enojosa labor un bien ganado descanso, venía a redondear notablemente su delgado presupuesto anual.

Había vuelto a su mesa de trabajo forzado, donde continuaba el garabateo, entre gruñidos y mascullados reniegos que algún floripondio cursi o descomunal tropezón del texto le arrancara—y que honradamente se esforzaba por enderezar—, cuando llamaron a la puerta: era el mozo de cuartos, que traía una carta lacrada al dorso, con la indicación de «valor declarado: $ 100 m/n» arriba de la dirección. Daniel, dos horas antes, había recibido el aviso, el que, devuelto con su firma, había bastado para que el gerente retirara la carta cargada. Aunque no conocía la letra infantil del sobrescrito, poco le costó inducir la procedencia. Abierto el sobre y desplegado el pliego simple con membrete comercial, que contenía un billete de 100 pesos, se puso a leer lo siguiente, escrito en chato francés comercial:

«Villa Estela (Huincul), diciembre 20 de 189...

Mi querido Daniel:

Después de tan largo silencio, motivado por mis atenciones rurales y la falta de novedades en nuestra tranquila existencia, te escribo estas líneas

para darte noticias nuestras y tenerlas tuyas, antes de entrar a pedirte, por indicación de Estela, el servicio a que se refiere el billete de 100 pesos que encontrarás adjunto. Tanto mi mujer y la niña como yo mismo gozamos de excelente salud, y deseamos que la presente te encuentre en iguales condiciones. Habrás visto por los diarios que, para las cosechas, el año no resulta tan favorable como se nos prometía, debido a las lluvias que vienen cayendo desde principios del verano. Gracias a una semana de buen tiempo hemos salvado las avenas, pero con los temporales e inundaciones que de nuevo nos amenazan, tememos se vea muy comprometida la cosecha de trigo después de anunciarse tan hermosa. En fin, será lo que Dios quiera...

Aunque, como ves, no están los tiempos para despilfarros, te diré, no sin algo de vergüenza por la debilidad, que los 100 pesos adjuntos son para que nos compres un medio billete de la lotería de Navidad. Has de saber que, lejos de ser en nosotros un vicio habitual, es la primera vez que pecamos. ¡ Pero ha sido exigencia de Estela por haber soñado dos noches seguidas que sacaba la grande del millón ! La he notado, desde ayer, tan nerviosa y preocupada con la supuesta realidad del pronóstico, que me he resuelto a satisfacer su anhelo y desvanecer así esta preocupación o idea fija. Tómame, pues, el medio billete y avísamelo cuanto antes para poner término a las cavilaciones. Si queda algún sobrante, hazme el gusto de emplearlo en una muñeca para tu ahijadita Marta Daniela (la

que hoy me sirve de secretaria, por haberme venido, hace algunos días, una irritación a la vista); y ¡ojalá te resolvieras a ser tú mismo el portador, viniendo a pasar con nosotros las fiestas de Navidad y Año Nuevo!

Recibe nuestros más afectuosos recuerdos y votos de felicidad.

SIMÓN PUECH.

P. D. Dirijo ésta desde Pihué, por no despacharse en Huincul cartas con «valores declarados»; pero a «Estación Huincul» debes dirigir tus cartas, y allí también bajarte si vinieras.»

Leída esta carta, que dejó desdoblada sobre el escritorio, Daniel permaneció un rato pensativo. Abrió en seguida un cajón a su derecha, y de un ancho sobre, muy ajado, sacó un retrato de mujer, joven y hermosa, que quedó contemplando unos segundos. Después, dando vuelta a la cartulina, se puso a releer, aunque por cierto lo sabía de memoria, este envío: *A celui que je n'oublierai pas, même s'il m'oublie,* escrito con elegante letra femenina; luego volvió a guardar el sobre en la gaveta. Y entonces, por milésima vez, surgió la evocación del pasado irrevocable y de la dicha perdida: el melancólico desfilar de los recuerdos que, en el mudable lienzo imaginativo, pasaban en lenta procesión de figuras algo palidecidas, pero a esta hora inusitadamente reavivadas como al contacto de poderoso excitador.

Después de diez años transcurridos volvía a verse, tan netamente como si fuera ayer, embarcado a bordo del vapor *Portugal,* que de Burdeos le traía a Buenos Aires, apenas terminado su corto servicio militar. Emigraba a raíz de una tragedia doméstica, de la que sólo el nombre salía ileso—ya que la disipación y el suicidio del padre pueden dejar arruinada a la familia sin afectar su honra—. Cortando bruscamente su carrera (era alumno de la Escuela Normal Superior), Daniel, con unos veinte mil francos por todo peculio, había dejado a su madre y una hermana menor que viviesen modestamente en el desmantelado hogar provincial, de una corta renta salvada del naufragio, para arrojarse a la ventura. Y por cierto que entre los centenares de expatriados de todas categorías y condiciones que en el buque venían—obreros, labradores, empleados, viajeros de comercio, *déclassés* de incierta profesión—, impelidos a buscar fortuna, ninguno se presentaba más inepto que él, laureado del concurso general y precoz licenciado en letras, para encontrarla en estas tierras a medio roturar, más necesitadas de brazos cultivadores que de cerebros cultivados.

Entre los pasajeros de segunda clase, o sea de «camarote a proa» (éstos, salvo comer en otro turno, gozaban iguales derechos que los de popa), Daniel, desde los primeros días, estrechaba relación con un robusto mocetón de su edad, movedizo y jovial; y luego, gracias a éste, con una señorita infinitamente más interesante, quienes, en su mediana condición, habían de influir decisivamente en el

destino del noble arruinado. Más exacto sería decir que con el primero la amistad se renovó, pues Simón Puech y Daniel habían sido de la misma compañía en su servicio militar; así que, desde su primer encuentro sobre cubierta, renació espontáneamente entre los dos camaradas—tan distintos de educación e índole—el antiguo tuteo del cuartel. Segundón de una familia rural del Aveyron, dicho Puech, no bien cumplido su «voluntariado» de un año, como diplomado de una escuela de agricultura (el mismo privilegio que gozó Daniel a fuer de «normaliano»), había aceptado las proposiciones de cierta *Compañía colonizadora de Curumalán*, en la Argentina, para hacer de subgerente en una nueva colonia de aquella empresa. Venía, pues, acaudillando un grupo suplementario de familias agricultoras, también embarcadas, y que tenían, las más de ellas, deudos o afines en Pihué, lugar contiguo a Curumalán, cuyo origen aveyronés es bien conocido.

Agregada a aquella buena gente de trabajo, veíase a un rural sesentón, bastante cerrado, que hubiera parecido muy maduro para estas caravanas, a no saberse que, a los dos años de enviudar, habíase movido al reclamo de unos parientes establecidos en la mencionada colonia. Con este Pierre Labat—que así se llamaba el viejo emigrante—venía, además de una hermana menor, solterona sin ninguna importancia, su hija Estela, que por cierto la tenía, y en grado superlativo, como que esta encantadora muchacha de veinte años (la mencionada conocida de Puech), no tardó, acre-

ditando su nombre, en llegar a ser la «estrella» del *Portugal*. Y esto, no ciertamente porque la provincianita poseyera una belleza llamativa, digna de compararse con la de cuatro o cinco porteñas estrepitosas que volvían a Buenos Aires trayendo el «último grito» del *chic* parisiense, ni tampoco hiciera nada la discreta pasajera de proa para salir del reducido círculo en que parecía que su condición como el reglamento de a bordo la relegaran. Todo en ella presentaba un carácter templado y como hecho a media tinta. Ni alta ni baja, pero de figura perfecta en su grácil esbeltez; la cabeza algo pequeña, según el canon clásico, coronada por un ondeado pelo castaño, cuyos aladares formando *bandeaux* estrechaban el óvalo de la cara pálida. Algunos rasgos de sus delicadas facciones encerraban especial encanto: así el de sus magníficos ojos «minervianos», de color verdemar, medio velados por obscuras y sedosas pestañas, bajo las pinceladas cejas de ébano, o el más intenso aún de la boca seductora, cuando los labios, demasiado angostos quizá y de ordinario severamente comprimidos, dejábanse aflojar un segundo por la risa, enseñando por entre el doble arco, un tanto descolorido, la nacarada dentadura. Y aquellos leves defectos o disonancias, que a simple vista se tomaran por picantes oposiciones, sólo el trato íntimo revelaba ser profundos indicios idiosincrásicos. En su exquisito conjunto, que parecía vaciado en molde aristocrático, el único detalle denunciador de la estirpe humilde era la mano, algo endurecida por las faenas domésticas; pero

¡tan ágil, tan presta (como se vió, cuando se hubo lastimado al caer un emigrante sin familia ni amigos) para curar heridas y enjugar lágrimas!

Esta compleja y rica personalidad de Estela empezaron por penetrarla instintivamente algunos niños de a bordo, cuando todavía los mayores, hombres ni mujeres, no la sospechaban. Estos, que la veían pasar bajos los ojos, precediendo a los suyos, envarados y zurdos, en su ida al comedor o de vuelta al camarote, se contentaban con admirar aquella gracia innata en el andar de la modesta personita y el ritmo perfecto de sus movimientos. Una tarde, después de la escala en Lisboa, el corto grupo de la familia—al que se había juntado, como solía, Simón Puech a título de paisano—estaba sentado sobre cubierta, a proa, escuchando una adaptación sencilla del viaje de Colón en dialecto aveyronés, con que Estela procuraba interesar a sus tres oyentes, cuando se le acercó una preciosa niña brindándole una caja abierta de «marrones» de Boissier: «Dice mamá que es usted muy mona y que se sirva aceptar unos bombones...» Estela tomó uno y despidió a la gentil mensajera con un beso en los bucles de oro, que fué su verdadero confite. El hielo estaba roto. Desde ese día la joven no podía dar un paso sobre cubierta sin verse acosada por cinco o seis criaturas, parte de su clientela infantil, que, con acento y mimos ultraparisienses, pedían que les contara un cuento o propusiera un acertijo. La provincianita hubo de instalarse diariamente en el salón de «primera», con su sencillo vestido negro,

admirablemente cortado y cosido por sus manos de hada pobre. Allí improvisaba una amena conferencia ilustrada de chistes y anécdotas para su encantado auditorio, tan olvidada de sus tristezas y vuelta, por una hora, a la niñez feliz, que oíasela por momentos mezclar su risa a las frescas e inagotables cascadas que sonaban en torno suyo.

Estela había hecho su educación en el Colegio de la Santa Unión de Rodez, completándola con dos años de asistencia a los cursos del Liceo de señoritas hasta el bachillerato, y recibiendo el mismo año su *brevet de capacité* para la enseñanza. En la pequeña ciudad natal su talento y su gracia eran tan proverbiales como su actividad casera. Y todo ello, unido a su carácter bondadoso—si bien firme y resuelto en casos graves—le había granjeado el cariñoso aprecio general, en términos que la partida de esta muchacha pobre causó un sentimiento público. Tal era la provincianita que, a los pocos días de ser vista y tratada de cerca, despertaba a bordo del *Portugal* el mismo acostumbrado efecto de simpático interés que produjera en cualquier parte. Y no fué poco significativo el que arrancara un día a la mundanísima beldad porteña, madre de la chica del bombón, esta exclamación de apesadumbrado entusiasmo: «¡Y pensar que semejante joya está llamada a enterrarse en Pihué!...»

Estos datos y pormenores biográficos, acompañados de muchos otros (pues el informante no se cansaba más que el informado, con la ampliación o repetición de los mismos), venía suministrándo-

los Puech a Kergoët desde los primeros días del viaje, sin sospechar que con ellos allegaba materias inflamables para un incendio que tal vez les envolviera a ambos en sus estragos. Si para adivinar la ardiente y secreta pasión del primero bastaba oirle una sola vez explayarse en el tema «estelar», no dejaba de ser también sugeridora la intensa curiosidad que Daniel revelaba por conocer en sus ínfimos detalles todo lo relativo a la corta y sencilla existencia de la muchacha. No tardó en tratarla personalmente, y el efecto progresivo de este roce familiar fué descubrir cada día en Estela mayor caudal de fina inteligencia y cultivada razón. Y por cierto que, muy informada por el estudio y por la vida, su absoluta pureza no remedaba el candor de la ignorancia. Acerca de las duras realidades de la existencia, ella había recibido desde temprano y en carne viva, además de las enseñanzas teóricas de los libros, las harto prácticas y dolorosas que fluían de la pobreza paterna, sucediendo a la orfandad materna—la verdadera e irremediable—para que un cierzo de precoz experiencia no helara en su flor las ilusiones juveniles. Y si para Daniel, que quedaba durante horas inclinado al borde de esta alma replegada, era infinitamente triste descubrir o, mejor dicho, presentir en ella tan prematura desconfianza en las promesas y perspectivas del futuro, tanto más admiraba la reserva pudorosa con que la joven velaba de aparente alegría o serenidad su descorazonamiento interior, sustrayéndolo a toda curiosidad indiscreta. Le traía a la memoria ese misterioso «Lago

azul» del Oberland bernés, cerca de Thun, a través de cuya cerúlea masa se transparenta el légamo negruzco, pero a tal profundidad que ninguna tormenta logra removerlo para enturbiar el líquido cristal color de cielo.

Desde su primer contacto, estos dos seres de elección—privilegiados de la Naturaleza y desheredados de la fortuna—, sin decírselo, por cierto, ni acaso confesárselo a sí mismos, venían entrelazando ocultamente sus fibras íntimas. Por impulso irresistible, cada uno había ido levantando para el otro, poco a poco, una punta nueva de su melancólico pasado, si bien preferían no prolongar su reflexión en las escabrosidades de la existencia. Al cabo, sintiéndose fuertes y valientes, no podían impedir que a ratos alzara en ellos su himno de esperanza la flexible e irresistible juventud. Con todo, llegando de refilón al terreno sentimental, cesaban o se desviaban las mutuas confidencias como ante una valla invisible: cada cual tenía allí su «huerto concluso», vedado a la mirada del otro. Pero lo que callaban se traslucía en su admiración por ciertas obras maestras del arte que a sus almas servían de intérpretes. Si, pues, muy poco sabían del medio social, brillante y frívolo, con el que por accidente se rozaban, faltábales tiempo para confiarse con efusión sus gustos intelectuales, comprobando cada vez más, por lo concordante de sus preferencias artísticas, lo efectivo y profundo de sus secretas afinidades. Y tan unísona solía estallar su común admiración por alguna obra maestra literaria o musical, que un tes-

tigo advertido no dejaría de entrever, bajo el entusiasmo estético, la simpatía apasionada que los corazones encubrían.

Estela, por su parte, revelaba mayor afición a la música que a la literatura ; a diferencia de Daniel, que, después de ingresar en el Conservatorio y merecer un accésit de piano, había renunciado a esta falsa vocación de *dilettante* para dedicarse por entero a las letras. Aunque tampoco excedía Estela, en materia de tecnicismo musical y ejecución pianística, el nivel apenas mediano de la común educación femenina, no dejaba de poseer un verdadero sentimiento artístico, que se revelaba hasta en la gracia ingenua con que su voz fresca y afinada decía las arias antiguas de su provincia para deleite de su rueda infantil. Sanción aprobativa de muy otro alcance para ella era la que recogía cuando, a pesar de su medio luto, condescendía a cantar para el solo Daniel, que la acompañaba en el piano, una intensa página moderna de Fauré o Duparc. Poco a poco, y acaso inconscientemente, iba cobrando su interpretación un acento de emoción creciente, tanto más honda quizá cuanto que se le transmitía la del acompañador. Y alguna vez, al aproximarse la cantora para doblar la hoja por sobre el hombro del pianista, éste se estremecía al sentir como el rozamiento perfumado y apenas perceptible de un pétalo de rosa...

Nunca se había cruzado entre ellos una palabra reveladora ni producídose siquiera, en su diálogo familiar, uno de esos largos silencios traidores del alma en que rebosa la pasión. Un vínculo invisi-

ble, sin embargo, encadenaba ya el uno al otro estos dos seres desprendidos del mundo: el filtro poderoso y sutil que desde el origen de los tiempos avasalla las voluntades y subvierte los destinos. Pero cuando todos en torno suyo tenían adivinada la verdad, sólo ellos no la sospechaban. Mucho menos, dominados por inconsciente egoísmo, caían en la cuenta del retiro y ya completo apartamiento de su común amigo Simón Puech, quien desde lejos y a hurtadillas solía espiarles y, después de arrojar miradas sombrías a la embelesada pareja, se dirigía con semblante demudado al ruidoso fumadero. Allí ahora pasábase las horas muertas, bebiendo y jugando al *whist* en la compañía de un joven judío, Mauricio Bloch, y otros timberos mucho menos «deseables», pues aquél, al cabo, no presentaba otra tara personal que la muy poco perceptible de su dudoso semitismo.

Aproximábase el término de la travesía, sin que se hubiera roto el sello en que encerraban su secreto estos dos corazones leales, acaso contenidos ambos por la vaga conciencia de que, rasgado el velo encubridor de la realidad, ésta aparecería con sus obstáculos insalvables y provocadores de la irremisible separación. Como sucede siempre, al acercarse el fin del viaje venían aflojándose gradualmente entre las familias las frágiles relaciones que el solo contacto casual de a bordo había formado. La última noche, después de la escala en Montevideo, donde muchos pasajeros desembarcaran, los más de los restantes, terminada la co-

mida, ya reducida a un solo servicio, habían ganado sus camarotes para proceder al arreglo de los equipajes. Muy pocos quedaban sobre cubierta a respirar el aire otoñal, ya fresco y húmedo, de esta noche de abril. Sólo algunos hombres seguían cumpliendo de popa a proa el ritual paseo higiénico. Daniel, que no veía a Estela desde la víspera—por haber pasado el día en Montevideo y vuelto a bordo con el comisario minutos antes de zarpar—, procuró encontrarla para decirle adiós, sin esperar para ello la mañana siguiente y la batahola del desembarco. No hallándola en los sitios habituales, la supuso ocupada también en sus arreglos. Se dió a vagar de un extremo a otro de la cubierta, mientras el enorme *Portugal* surcaba el turbio estuario platense a media velocidad para no llegar a Buenos Aires antes del amanecer. Al pasar delante del *bar* vió por el abierto ventanillo a Puech sentado enfrente de su inseparable Bloch. Tentado estuvo de arrimárseles ; pero, recordando el desvío hostil que su camarada, de muchos días atrás le manifestaba, prefirió evitar toda explicación y prosiguió su marcha. Al fin se refugió en el abandonado salón y sentóse junto al piano abierto. ¡Cuán lleno de recuerdos, que ya le parecían lejanos, aunque eran tan recientes como las vibraciones apenas apagadas del instrumento! Por más que, procurando dominar su doloroso despecho, se repitiera mentalmente el *A quoi bon?* y el «Más vale así» de las forzosas resignaciones, sentíase abrumado por invencible tristeza. Se había arrimado al teclado, dejando distraídamente

que sus dedos preludiasen vagas armonías. Éstas concluyeron por condensarse en aquella doliente y conocida melodía de Ernest Chausson, sobre versos de Gautier—*La dernière feuille*—, composición, por cierto, de afectado sentimentalismo en la letra, pero con música tan impregnada de mórbida añoranza (y tantas veces suspirada por ella en este mismo piano), que irresistiblemente le volvía a la memoria en esta hora de soledad y desamparo:

L'oiseau s'en va, la feuille tombe,
L'amour s'éteint...

Junto con el expirante final parecióle a Daniel que sentía un «frufrú» de vestido a su espalda; volvióse rápidamente, al tiempo que Estela desaparecía por la puerta del salón. Se lanzó tras ella y la encontró acodada a la borda, apoyando en la mano la fina cabeza y destacándose en blancura el angélico rostro sobre el fondo de semiobscuridad. Holgaba cualquier preámbulo; humedecían todavía las pestañas de la joven dos mal secadas lágrimas. Al fin se declararon lo que hace días guardaban oculto; vaciáronse uno en otro los pobres corazones, henchidos hasta desbordar, siendo la misma nota fundamental de la pasión colmada la que vibraba en las ardientes protestas del amante y suspiraba temblorosa en los labios de la amada. Y en aquel público pasillo, al aire libre—igualmente propicio a esta hora para favorecer las murmuradas confidencias como para contener cualquier ímpetu varonil—, transcurrieron minutos di-

vinos, de esos que, por sombrío que pueda ser más tarde el porvenir, lo dejarán esclarecido con el reflejo de aquel luminoso recuerdo. Empero, pasadas las efusiones a que por la sorpresa había cedido, no tardó Estela en volver a la realidad y templar con su razón serena, disipadora de ilusiones, los líricos arrebatos de su amigo.

«Por cierto—decíale con voz pausada y apenas trémula por la emoción reciente—que ella confiaba en la hidalguía de Daniel, así como, sin falsa modestia, aunque hija de aldeanos, creíase capaz de llevar dignamente el noble apellido de Kergoët, haciendo feliz con su amor al que se lo brindaba. Entretanto había que mirar cara a cara lo presente, sin entregarse a entusiasmos irreflexivos no más que a exagerados desalientos. Ni él por ahora, escaso de recursos y sin profesión, podía atreverse a tan tremenda aventura como la de fundar en tierra extranjera el más modesto hogar sobre una base de indigencia, ni ella abandonaría jamás, solo en el destierro, al pobre anciano de quien era consuelo y único sostén. Daniel y ella, pues, se separarían mañana en Buenos Aires; él, para tentar aquí la fortuna; ella, para seguir a los suyos hasta esa colonia desde donde sus parientes les llamaban, y allí le aguardaría...»

Así hablaba la «pequeña Minerva de ojos glaucos», como solía decirla Daniel, rememorando a sus clásicos griegos; era efectivamente la diosa de la Sabiduría la que por su boquita fresca se expresaba. Y él, por su parte, también convencido, le replicaba a su vez:

—Le pido el plazo de un año, no para hacer fortuna, que sólo pensarlo fuera insensatez; pero siquiera para asentar en algún fundamento sólido un mediano pasar, esperanza y vislumbre del bienestar futuro. Trabajaré, lucharé y creo que venceré, gracias a su querido recuerdo, que me infundirá energía.

—Sí—pronunciaba Estela—; lo creo también, Daniel. Esperaré todo el tiempo que usted crea necesario, fiel a mi promesa y confiada en su lealtad, hasta que usted mismo me anuncie el feliz término de nuestro compromiso o, ¡ay!, su imposible realización... Y ahora separémonos; ya es tarde, y que sea ésta nuestra verdadera despedida, no la de mañana, en público...

Y como la joven, conmovida, alargara la trémula mano para el adiós, Daniel atrajo a su pecho el cuerpo flexible, que débilmente se resistía; entonces buscó con sus labios la boca de flor; pero ésta al punto se esquivó, no entregando al beso ardiente sino la frente virginal y la adorada cabeza, cuya seda fragante respiró con delicia unos segundos.

Aun así, este semiabandono sólo duró un instante; ya «Minerva» se había recobrado y desasido de los brazos nerviosos que la aprisionaban; suspiró un último ¡adiós! y se alejó, perdiéndose en la sombra. Fueron sus castos, sus frágiles esponsales, celebrados bajo el mudable cielo, mientras la nave hendía las tinieblas que borraban todo horizonte, dejando apenas visible en la costa argentina, tétrica como el presente de los emigrantes, alguna luz lejana, incierta como su porvenir...

A los tres días de desembarcada en Buenos Aires (pocos atractivos ofrecía esta Babel a forasteros pobres) la comitiva agrícola, piloteada por un enviado de Curumalán, seguía a su destino por el ferrocarril del Sur.

Gracias a la diligencia de Puech, Estela y su tía viajaban en camarote solo, junto al que ocupaba el padre con el mismo Simón. Daniel, que había vuelto con éste a la antigua amistad, observaba sin recelo ni sorpresa sus solícitas atenciones, así como la cordial deferencia con que los viejos le trataban en su *patois* aveyronés. Saltaba a la vista que, llegado el caso de una consulta, Simón sería su candidato matrimonial; pero con sólo oír el acento neto, aunque siempre suave y respetuoso, con que la razón superior de la niña resolvía cualquier cuestión doméstica, sabíase de antemano a qué único consejero interior ella consultaría para la solución del problema más grave de su vida. Hoy como ayer, para estar tranquilo, bastábale a Daniel una palabra de Estela, una muda afirmación de sus ojos sinceros. Pero mañana, cuando una y otra le faltaran, ¿sería tan entera su tranquilidad?...

Entretanto, sin disimulo, ella en la ventanilla y él en el andén, juntas sus manos y confundidas las ardientes miradas, cada cual absorbiendo del otro todo lo que en el alma podrá quedar después de la separación, seguían cambiando las idénticas ternezas, que, siempre repetidas, suenan siempre como nuevas en los oídos de los amantes. Entonces fué cuando Estela entregó a Daniel aquella fo-

tografía, llevando al dorso una expresiva dedicatoria—que el buen Maurice Bloch, allí presente, llamaría «un pagaré de amor sin plazo fijo»—, y que más tarde al poseedor le disonaría cual amarga ironía... Por cierto que al separarse los cuerpos quedaban unidas las almas, y de más estaban las promesas de escribirse con frecuencia; pero, por tácita conciencia de la situación casera, convinieron en que Daniel no se presentaría en Curumalán hasta ir a formular el pedido oficial... Había llegado el último minuto. Tocó la campana de la partida, rasgó el aire un agudo silbido, rechinó sordamente al ponerse en marcha la enorme mole articulada y, después del supremo y convulsivo apretón de manos, Daniel quedó inmóvil, mirando alejarse el tren, que para él sólo llevaba a Estela. Y de repente sintióse el corazón oprimido por esta separación, que no debía ser sino de pocos meses, cual si su conciencia «subliminal», más advertida que la otra, le transmitiera un presagio funesto.

Iba siguiendo cabizbajo a los grupos que se escurrían por el andén hacia la salida, cuando una mano se le asentó familiarmente en el hombro. Volvióse y reconoció a Maurice Bloch, que le sonreía. Y tan amargos le parecían estos primeros momentos de brusco y absoluto aislamiento entre esta muchedumbre extraña, que acogió con los brazos abiertos al israelita, el cual, por otra parte, habíasele mostrado a bordo un buen diablo, alegre y servicial, tan ajeno al fanatismo de su raza como lo fuera al adverso su compañero.

Comieron juntos en «Mercer», prolongando la

sobremesa, con la fácil expansión de la juventud y confiándose sus proyectos y esperanzas. Nada más despejado que la situación de Bloch: sobrino del conocido y adinerado comisionista del mismo apellido, había entrado desde su llegada, y con buen sueldo, en el escritorio de su tío. En tres o cuatro días de aprendizaje teórico-práctico, con la aptitud mercantil de la raza, tenía ya tomado el pulso al mercado, diagnosticando la gravedad de la fiebre agiotista que por entonces arrebataba a este pueblo («¡todo el mundo en la Bolsa!») al templo de Mammón, con olvido absoluto de las sanas leyes económicas que derivan del trabajo, las únicas fuentes de verdadera riqueza.

«Este edificio de papel bancario—dictaminaba el joven Bloch, soplado, huelga decirlo, por el más vulpino de los tíos bolsistas—no durará un año más antes de desplomarse estrepitosamente, aplastando a millares de filisteos (¡diagnóstico de judío!) bajo sus escombros. Pero mientras dure este febril período final, para quien disponga de un capital efectivo, pequeño o grande, y sepa manejarlo, la obra de decuplicarlo—sin salir, se entiende, de los medios legales—aparece tan fácil como infalible, siempre que no se espere la tempestad para cargar las velas, o, lo que será aún más acertado, recogerse en el próximo puerto...»

Según Bloch (o sea su venerable patrón), la actual especulación bursátil debía, en general, tener como norte fijo la baja inevitable de todos los valores, correlativa a la subida constante del oro, sin que pudieran influir en ese movimiento de marea

los expedientes gubernativos o los pequeños obstáculos artificiales discurridos por los alcistas. Y el pichón de corredor dió fin a su exposición financiera ofreciendo a Daniel su pilotaje en caso de que quisiera «mover» su pequeño capital:

«Usted no me conoce—concluyó Bloch, mirando derechamente en los ojos a su compañero—y acaso, dada cierta prevención de su casta contra la mía, le sorprenda este *in promptu* de un *youpin* (1); pero soy francés antes que judío, y desde a bordo le he cobrado a usted simpatía. Constándole cómo me encuentro colocado en un buen peldaño de la escalera, no puede atribuirme la ruindad de querer pellizcar a costa suya, intentando sacar tajada de esta miseria—la que desde luego no saldría en ningún caso de su poder—... Lo único que me mueve, créamelo si quiere, es el deseo de ser útil a un buen mozo que, le repito, me ha caído en gracia y me parece algo novicio en achaques financieros. Conque piénselo bien y venga cualquier día a darme su contestación en el escritorio.»

Y sobre esta proposición, que, naturalmente, no admitía respuesta inmediata, los amigos de primera intención salieron juntos a la calle para separarse delante del modesto y excelente hotel burgués *¡La Bonne Soupe!*, donde Daniel se había alojado.

Cuando hubo quedado solo no dejó Daniel de meditar sobre el asunto. Si bien no ponía en duda

(1) Mote despreciativo de *argot* francés.

la buena fe de Bloch—que las resultas habían de confirmar—, experimentaba en sus adentros, ante esta forma expeditiva de hacer fortuna con el juego, cierta resistencia del «hombre viejo», que el «nuevo» iba a encargarse prestamente de combatir. ¿Acaso había venido a esta América para andarse en caballerías? ¿Qué significaba entonces aquello de «luchar hasta vencer», que todavía repetía la víspera, si, caído en país extraño, sin guía ni apoyo, ignorante de la lengua, ajeno a todo oficio, incapaz de pedir como esos rústicos la subsistencia a la pampa roturada, empezaba por desechar esta ocasión inesperada de engrosar su mezquino peculio, que, a no reforzarse pronto, iba a derretirse como nieve al sol?... Y bastó luego el recuerdo de Estela, que se alzó ante su mente, para desvanecer sus postreros escrúpulos al modo que una ráfaga disipa el humo.

Al día siguiente, pues, Daniel se presentó en el escritorio de Bloch, donde conoció al tío Manasés, sexagenario mal conservado, que por cierto respondía mucho más que el sobrino al tipo hebreo legendario. Exhibida su nota de crédito en el «Banco Francés», quedó arreglado que el novato se entendería para sus operaciones con Mauricio (desde el segundo día había castellanizado su nombre), ya reconocido en la Bolsa como «dependiente» o corredor auxiliar. Éste, para el estreno de Daniel, le hizo suscribirse a 200 acciones de una flamante Sociedad anónima, abonando el 10 por 100 del valor de la emisión. «Bien se encargarán los iniciadores—explicó Mauricio—de promo-

ver la inflación efímera.» El sábado siguiente, en efecto, Bloch realizaba las acciones sobre un alza de 30 puntos, que importaba una ganancia de 6.000 pesos. Gracias a este método prudente (análogo, en suma, al de los jugadores cautos que viven de la ruleta), cuyo secreto consiste en retirarse a tiempo después de un moderado beneficio, obedeciendo a la suerte, en vez de violentarla, las ganancias de Daniel a los cuatro meses, o sea a fines de agosto, pasaban de 80.000 pesos.

Al anunciarlo alborozado a su novia, mostrábase tan confiado en el resultado de sus próximas operaciones, atribuyéndose candorosamente el éxito (sólo debido, por cierto, al superior olfato de sus hebraicos sabuesos), que, limitando al duplo de dicha cifra su modesta ambición, fijaba «con seguridad» para fines del año corriente el término del amoroso plazo. Esta fecha señalaría también, en cumplimiento de otra promesa hecha a Estela, su salida definitiva de aquel malsano agiotaje para entregarse a las nobles faenas de la tierra. «¡Un último golpe feliz—decíale en esta misma carta—y no más jugarretas!» A lo que la «colona» de Pihué replicaba con desusada insistencia y como impulsada por misteriosa sugestión: «Ni un día más, Daniel; se lo suplico en nombre de nuestro amor. Basta con lo que, según me dice, tiene ganado para el plantel de un buen establecimiento de campo en este partido, si no prefiere trabajar en la ciudad. Una voz secreta me grita que su estada en aquel garito nos será fatal...»

No dejó de impresionar a Daniel esta vehemen-

te admonición de su «Minerva», tanto más cuanto que a los vestigios de sus antiguos escrúpulos hidalguescos se juntaban ya, dada la intensidad creciente de la crisis económica, ciertas aprensiones harto fundadas sobre el éxito de la vasta especulación en que, tras de los Bloch y consortes, estaba metido. Este grupo operaba sobre las acciones del Banco Nacional, que era a la sazón el papel argentino de mayor importancia. Poseedor de un *stock* considerable de aquéllas, que representaban varios millones de pesos, el Sindicato jugaba al alza desde meses atrás, fomentado por el Gobierno, cuya actitud, mientras sólo consistiera en apuntalar aquel efecto público, era inatacable. Entre las medidas gubernativas tendentes a valorizar dichas acciones—proyecto de una Caja de conversión, empréstito en metálico, caucionado por un valor equivalente en dicho papel, etc., etc.—, la que produjo al pronto mayor efecto en la plaza y parecía más eficaz para el objeto fué la prohibición de la venta de oro en la Bolsa, quedando así el Banco como el principal, si no único, vendedor de oro para los mercados europeos. Fuera o no debido a ello, el valor de la acción subió en el solo mes de julio de 250 a 320, con tendencia al alza. Daniel, que llegara algo tarde, sólo obtuvo que el Sindicato le cediera 800 acciones a 300; pero, supuesta la inflación creciente, no vacilaba en contar en la liquidación de octubre o noviembre con un beneficio de 100 puntos, siendo de 200 y más el de sus consortes... En noviembre del mismo año, bajo la presión del comer-

cio, fué necesario restablecer por decreto la cotización del oro; en un mes las acciones del Banco Nacional se precipitaban de 320 a 180. La liquidación de noviembre fué una catástrofe. Para Daniel arrojaba un saldo deudor de 96.000 pesos, todo su capital, que entregó sin vacilación al liquidador, mientras otros—y entre ellos una docena de corredores, incluso el viejo Bloch—iban a parar en la cárcel. Entonces, entre los clamores de la Unión cívica, ariete revolucionario recién armado, el cual, en medio año de batir en brecha al Gobierno, iba a dar cuenta de él, fué cuando hizo su verdadera entrada la terrible crisis económica que por varios años iba a cubrir de ruinas a la República.

Daniel recibió estoicamente el rayo que reducía a cenizas el castillo de naipes en que habían cabido todas sus esperanzas y sueños de próxima felicidad. No solamente escribió a Estela exponiéndole en toda su desnudez la dolorosa verdad presente, sino que miró como un deber de conciencia el no ocultarle bajo qué tristes auspicios aparecía el porvenir inmediato, divisándose ya el período severo que para el país se iniciaba. La respuesta de Estela fué admirable: una exhortación de virgen fuerte, un vaso de cordial brindado al afligido. Consternada desde luego ante el desastre, que por lo pronto daba en tierra con los comunes y carísimos proyectos, se abstenía de toda alusión a sus recientes vaticinios para no pronunciar sino palabras de confortación y consuelo, procurando hacer brillar ante el desesperado algunos rayos de espe-

ranza. «Por lo demás—decía—, en el infortunio harto real de hoy y mañana, como en la perspectiva próspera de ayer, que ha resultado fugaz ilusión, quedaré fiel a nuestro compromiso, aguardando mejores días, por muy distantes y vagos que ahora se vislumbren, y sintiendo sobre todo no poder prodigar al que amaré siempre otras pruebas más eficaces de mis inalterables sentimientos...» Terminaba la carta de Estela con algunos datos sobre la situación de la familia, asaz apurada y melancólica; el padre había conseguido un modesto empleo en la administración de la colonia, gracias a los buenos oficios de Simón Puech; ella, además de ayudar a la tía en el trajín casero, había abierto una como escuela elemental, a la que concurrían unos cuantos hijos de colonos. Habitaban una casita rústica, mandada construir por dicho Puech a pocas cuadras de la propia... Y concluía la carta trayendo por tercera o cuarta vez el nombre del factótum colonizador, sin sospechar la escritora, ¡ella, tan inteligente y fina!, que en momentos tales para Daniel no se imponía la insistente y machacada repetición...

Después de su descalabro quedaba Daniel con unos 4.000 pesos por todo haber. Durante los meses transcurridos no había formado sino muy pocas relaciones útiles, fuera del gremio bolsista, que ya le inspiraba invencible aversión. Maurice Bloch, de quien, sin embargo, no conservaba mal recuerdo, había desaparecido. Así pasaron algunos días, sin que nuestro maltrecho especulador,

todavía magullado y aturdido de su caída, acertara a tomar rumbo. Entonces le sucedió conocer en su hotel de la calle Piedad, donde también paraba, a un titulado ingeniero valaco, o cosa parecida, que llegó a gozar aquí por aquellos años una suerte de notoriedad entre positiva y charlatanesca. Joven aún, robusto, valiente, farfantón, *globetrotter* infatigable, mezcla de proyectista sin malicia y de aventurero sin escrúpulos, chapurrador de cinco o seis idiomas y chapucero en otros tantos oficios, convidado alegre y decidor, conferenciante incorrecto y de gusto barroco, pero a ratos arrastrador y persuasivo: tal era Julio Poker, tipo, en suma, ultrapintoresco e intensamente magnético, que se mostró capaz de crearse aquí, como hiciera en cualquier parte del mundo, un núcleo de amistades sólidas. Desapareció bruscamente a los tres años del presente episodio, de muerte violenta, como fuera su vida. Con todo, muchas de aquellas simpatías le sobrevivieron, y ello después de resistir el sablazo suscriptivo más doloroso que esgrimir se puede en este país tan poco minero. Me refiero al hecho de aventurar capitales en la explotación de arenas auríferas, situadas allá por la bahía de San Sebastián, paraje incógnito de la Tierra del Fuego, que para la mayoría de los accionistas aparecía muy poco menos distante de la luna que del continente habitado.

Sobre ese fantástico tema de la «California austral» (mejor llamada en esta circunstancia la Tierra del «Juego») versaba, naturalmente, la conferencia que en el «Instituto Geográfico argentino» dió

una de aquellas noches, y por cierto con éxito triunfal, el feliz concesionario del «Páramo»—que así se llamaba, por apodo fatídico, el fueguino Dorado—. Daniel, especialmente invitado por el disertante, figuraba no sólo entre los oyentes, sino entre los creyentes. Ocurrió, en efecto—y acaso pudiera ello tenerse por el resultado más asombroso de aquella chisporroteante pirotecnia con lluvia de pepitas—, que, terminada la función, nuestro descalabrado bretón, fresca aún su moledura bursátil, se acercara al pirotécnico para decirle, tras las felicitaciones de fórmula, que estaba dispuesto, además de tomar acciones en la Sociedad, a embarcarse con él para trabajar a su lado en los lavaderos. Volvieron juntos y, puestos prontamente de acuerdo, formalizaron al día siguiente un convenio, según el cual Daniel tomaba al contado y a la par veinte acciones de la Sociedad, incorporándose al personal minero como «subgerente», con un sueldo mensual de 100 pesos y después de un año el derecho al laboreo de una media pertenencia propia, usando las instalaciones y maquinarias de la Sociedad...

Quizás al mismo Daniel le costaría dilucidar si entre los móviles impulsores de esta extraña determinación pesaba más el arrebato contagioso del parámico apóstol o bien la inquietud y depresión consecutivas al naufragio reciente, y cuyo efecto natural era que el náufrago se abrazara del primer leño a su alcance. Ambos impulsos, sin duda, se combinaban, agregándoseles tal vez aquel mismo espíritu aventurero que empujara a Daniel hacia

esta América. Sea como fuere, la nueva calaverada se realizó, contra todas las súplicas de Estela, a quien su prudencia instintiva presagiaba otra decepción. A los pocos días de firmado el contrato bobo, Poker y Daniel tomaban un vapor del Pacífico para trasladarse en Punta Arenas a una goleta de cabotaje, que, desandando lo ya recorrido del estrecho de Magallanes, arribó por mediados de enero al dichoso «Páramo», situado casi a la punta septentrional de la bahía de San Sebastián.

De lo que eran en realidad aquellos lavaderos, con su explotación rudimental y su tentativa de colonia agrícola, daba cuenta somera Daniel tres meses después en una carta a Estela, sin ira ni gimoteo por su mala fortuna, pero en términos de sencillez verídica que con aterradora elocuencia la patentizaban. Una casilla de madera con cuatro o cinco habitaciones, almacén y dependencias; dos galpones abiertos, el uno para dormitorio de los peones—indios onas los más—; el otro, para taller y laboratorio; un corral, en que se encerraban los caballos, mulas y bueyes de trabajo; de eso se componía el «Páramo», centro, harto bien bautizado, de un tétrico paisaje sin vegetación, cubierto de nieve gran parte del año y nunca, ni en plena primavera, alegrado por el verde de un follaje o la sonrisa de una flor. En la playa, que la bajamar dejaba en seco dos veces al día, extensos manchones negruzcos, de variable espesor, eran las capas de arena aurífera que, conducidas al laboratorio y tratadas mecánica y químicamente, depositaban los granos o polvos del precioso cuanto escasísimo

metal. Poker, que en la intimidad substituía su charlatanería por cierto cinismo bonachón, confesaba a Daniel haber exagerado en Buenos Aires la producción de los lavaderos en procura del capital que pudiera hacer de esa ilusión una realidad. Con los medios actuales la producción mensual no excedía de unos dos kilogramos de oro, representando poco más de 3.000 pesos argentinos, en que los gastos de explotación absorbían cerca de la mitad. Y después de seis u ocho meses transcurridos, al comprobar Daniel que por tan mezquino emolumento como, según su contrato, le correspondía—aun agregándole el producto aleatorio de su vaga fracción de pertenencia—venía soportando este miserable bregar con la intemperie y las privaciones, en la más espantosa soledad, sin otra compañía que la de un aventurero ni visión de otros seres humanos que la de algunos indios fueguinos, sentía ante este nuevo fracaso anegársele el pecho en olas de amargura.

Una mustia y fría tarde de agosto hallábase en la playa contemplando el obscuro oleaje, cuya monotonía armonizaba con su desamparo moral. Allí se le acercó un jinete harapiento, soldado de la Comisaría, que le alcanzó una carta con sobre de luto y bastante ajado por el traqueteo de tres o cuatro valijas sucesivas. La vista del sobrescrito, de letra muy conocida, le causó violentos latidos de corazón, como si previera que su marco fúnebre contenía un anuncio del contenido... Con palabras de sencilla y grave tristeza, sin aspavientos vulgares, Estela le anunciaba la muerte de su padre, que la

dejaba en casi absoluto abandono. Al comunicarle a Daniel esta dolorosa noticia—escribía la huérfana—, no debía ocultarle que las últimas palabras del moribundo habían sido para expresar el deseo de verla unida a Simón, si las circunstancias seguían mostrándose adversas a la realización de otros proyectos.

La carta terminaba con estas palabras: «Nada he prometido, Daniel, que importara un asomo de perjurio; pero no me he opuesto a que mi silencio pudiera atenuar para mi padre la angustia de la suprema despedida. Le quiero siempre y es mi anhelo sincero y ardiente que las circunstancias nos permitan realizar el enlace en que cifré y cifro aún mi única esperanza de felicidad, pues sigo creyendo que fuera de él podría hallar quizá la paz y el sosiego material, pero nunca la dicha soñada. Ahora bien, Daniel: pongo mi suerte entre sus manos. Expóngame su situación presente en aquella tierra de desolación; dígame qué confianza abriga en lo futuro. Lo que crea usted posible eso lo creeré también, y lo que me diga que debo hacer será obedecido...»

El crepúsculo invernal, tan anticipado en aquellas latitudes, envolvía ya el cielo y el mar bajo el mismo velo ceniciento. Llegaban del lejano Sur ráfagas polares; en la playa desierta algunas gaviotas picoteaban la arena húmeda. Ni una embarcación en la caleta del «Páramo», fuera de un pailebote echado a pique, cuyos dos palos oblicuos, sacados del agua como dos brazos de esqueleto, rayaban de negro las pálidas tinieblas; y Da-

niel, fija la vista en la goleta náufraga, hallaba en ella un símbolo de su destino...

Doblemente deprimida el alma por aquella lectura de desahucio que agregaba su tristeza a la ambiente lobreguez, fué regresando lentamente a la casa, cuyo único farol exterior punteaba con su foco rojizo la obscuridad comarcana.

Despachada la frugal cena, sin haber contestado sino con monosílabos a la locuacidad de su compañero, ganó su cuarto de tablas. Encendida la lámpara de petróleo, se sentó a la mesa de pino que le servía de escritorio y, después de releer la carta de Estela, cayó en una larga y dolorosa meditación. Al fin, tras un hondo suspiro, sobre una hoja de *block* que ostentaba como amarga ironía el fastuoso membrete *Sociedad de lavaderos de oro,* etcétera, se puso a escribir sin rebuscadas frases este breve *De profundis,* que había de llegar semanas después a la amiga lejana:

«El Páramo (bahía de San Sebastián), agosto de 1890.

Como su consulta, Estela, será mi respuesta: franca y leal. Sin duda, por no saber ayudarme, no me ayuda el cielo. Estos seis meses de trabajos y privaciones no me han traído otro resultado que la demostración de su inutilidad, sin dejarme esperanza razonable para los venideros... De estas minas de oro saldré más pobre de lo que entré, dejando enterrada en ellas la ilusión que me impelió a este nuevo desatino. Lo peor de todo es que, vistos los trastornos políticos y la crisis general, tampoco diviso por ahora mejor perspectiva en Bue-

nos Aires; no vislumbro en qué podría ocuparme allí con suficiente provecho para el sustento del más modesto hogar. Y dicho está que sirvo menos aún para cualquier trabajo de campo. Si algo hay en mí que mereció su afecto, eso no es monedable en esta tierra. Ambos hemos sido imprudentes; pero yo solo, insensato. Espero humildemente su perdón, ya que me detengo en el dintel de lo imperdonable, que sería ofrecerle compartir mi pobreza a usted, que sería digna de un trono. La desligo, Estela, de su generoso compromiso. Cásese con Simón; es un hombre bueno, que la quiere, y un trabajador inteligente, que le asegurará el bienestar, base y condición indispensable de toda felicidad doméstica. Me despido de usted con inmenso dolor, pero sin amargura, bendiciéndola por el sueño radiante con que durante un año iluminó mi vida.

El destino no ha querido unirnos; pero no profanemos con el desdén ni borremos con el olvido la pura ilusión de nuestra juventud. Guardemos piadosamente en el relicario del alma esta flor marchita para desempolvarla de vez en cuando y acaso refrescarla con una lágrima. Adiós, Estela; quizá más tarde nos volvamos a ver, cuando los años, que todo lo mitigan, hayan trocado mi desesperación presente en resignada conformidad. Soy y quedaré siempre su mejor amigo,

DANIEL.»

¿Qué hacer ahora de su vida? ¿Seguiría en este verdadero «páramo» destripando el arenal aurífero

para arrancarle esos granitos preciosos, ya casi viles de puro escasos, y que muy pronto apenas alcanzarían a cubrir los gastos de laboreo, y entregándose de noche—o aun de día, durante los largos temporales—al juego y a la bebida, que ya empezaban a ejercer en él su malsana atracción? ¿Volvería a Buenos Aires para ponerse a caza del mísero empleo, matador del hambre, siendo lo más a que, con toda su inteligencia y cultura, ajenas de conocimientos prácticos, podía razonablemente aspirar?... Persistía en esta depresiva irresolución, fomentada por las instancias del camarada Poker, que le había cobrado verdadero afecto (sobre todo después que pudo experimentar en cierta riña de juego el arrestado temple del bretón sentimental) y no soportaba la idea de perder a tal compañero. Fué entonces cuando un desgraciado o feliz accidente se encargó de resolver el problema, ante el cual el más interesado quedaba vacilante.

Unas semanas después de aquella crisis sentimental, como Daniel, al anochecer, volviese de «campear», su caballo, que venía a galope, metió la pata en una cueva de tucutuco (1) y rodó, dando en tierra con el jinete. Cuando éste, levantándose, no sin algún trabajo y dolor, probó a montar de nuevo (pues, según costumbre, el cuartago criollo se había quedado esperando a pocos pasos) se encontró imposibilitado de mover el brazo izquierdo, y a duras penas, valiéndose de sólo el

(1) El tucutuco es un pequeño roedor muy común en la Pampa y la Patagonia *(Ctenomys magellanicus)*, donde cava galerías subterráneas.

derecho, logró encaramarse en el paciente rocín. Poker, que decía entender también de cirugía, diagnosticó una fractura del húmero, desperdiciando en ello los emplastos y ungüentos de su botiquín de campaña; pero luego la salida visible de la cabeza humeral y la escasa fiebre indicaron tratarse de una simple luxación. No por esto era menos urgente la intervención quirúrgica para practicar la reducción y prevenir la anquilosis. En esta coyuntura—o descoyuntura—mostróse Poker excelente amigo. Deponiendo toda consideración egoísta, él mismo fué quien, después de un somero arreglo de cuentas, dirigió la traslación a Punta Arenas de su compañero, a quien no abandonó hasta dejarle embarcado en el paquete para Buenos Aires. Aunque tardía, la reducción, sin cloroformo, fué hábilmente practicada por el cirujano Lloret, del Hospital Rawson, y al mes o poco más del accidente, apenas quedaba de él cierta tiesura, que pronto desapareció, pudiendo Daniel entregarse sin estorbo a sus trabajos.

¡Sus trabajos! Bien llevaban este nombre las tareas, tan diversas y precarias como mal remuneradas, que al principio hubo de aceptar para, como se dice, ¡ganarse la vida! Y si más tarde, algo más asentadas, perdieron aquel primer aspecto de inseguridad, nunca dejaron el segundo, o sea su carácter de humildes y mezquinas, pudiendo atribuirse su relativa estabilidad a la aparente resignación de Daniel con su mediocre destino. De sus pasadas andanzas quedábanle—echando a las espaldas aquellas fantásticas acciones mineras—un

par de mil pesos, que colocó en un Banco, para no tocarlos sino en caso desesperado. Se arregló, pues, para vivir estrictamente de sus entradas, por módicas que fuesen. Por Maurice Bloch, a quien volvió a encontrar—pues el judihuelo tenía caídas de gato—, establecido con una agencia de cambio y lotería en la calle San Martín, consiguió Daniel su primera ocupación, que fué, ¡triste literatura!, la correspondencia en francés de una Compañía europea de seguros. Por él también supo el casamiento de Estela, habiendo venido a Buenos Aires, algunos meses antes, el novio, Simón Puech, a compras matrimoniales. La noticia no le causó extraordinaria sorpresa, pues sospechaba la verdad, aunque sí una aguda sensación dolorosa, como de una hoja metálica que desgarra los músculos. Pero era natural que con el tiempo fuera la herida cicatrizándose, si bien puede que bajo la epidermis quedara la punta rota de la arrancada flecha. Los duros apremios de la existencia material tienen siquiera la ventaja de substraernos desde luego a las cavilaciones sentimentales; y por cierto que las circunstancias de Daniel no le dejaban mucho vagar para melancólicas recordanzas.

¡Entonces fué cuando tuvo que entrar de veras en la ruda batalla de la vida, no habiendo, al parecer, pasado de escaramuzas los contrastes anteriores! Gracias a la precaución antes indicada, no llegó nunca a conocer la miseria propiamente dicha: la necesidad material que hinca en la carne su diente de lobo. Ésta, por otra parte, no puede

ser, en estos países nuevos y en sujetos vigorosos, sino un accidente pasajero. Pero sí hubo de sufrir, como achaque crónico, la escasez de medios, que apaga los bríos juveniles y cuando no deprime el carácter lo embravece y orienta hacia el pesimismo. Altivo y consciente de su real valer (humildad y talento son términos antagónicos), era natural que para Daniel cualquier destino inferior pronto se tornara intolerable, no fijándose sino en lo que presentaba de subalterno, sin atender a lo que tenía de productivo. Sucesivamente periodista francés, preceptor en una gran familia, comisario de vapor, empleado de Ministerio, agregado a la Comisión de límites con Chile, agente comercial, etc., ensayó diez empleos, sin adherirse a ninguno, unas veces por falta de aptitud, otras, por repugnancia al ingrato oficio. Y no faltaron casos en que el tropiezo nació de algún conflicto de conciencia, que el superior encontrara impertinente en un subordinado. Así en la frontera chilena, cuando fué destituído por negarse a efectuar sobre el terreno en litigio una operación clandestina e ilícita; o cuando, siendo preceptor, fué despedido, no por inculcar a sus niños doctrinas heterodoxas (que era incapaz de tal vulgaridad), sino por haberse negado a declarar que se confesaba, simplemente porque no era cierto.

Finalmente, hacia el año de 1895 obtuvo dos cátedras—una de Francés y otra de Historia—en los colegios oficiales, las que hizo redundar en propio beneficio intelectual, pues la primera le obligó a cultivar el castellano, mientras la segun-

da le rememoraba los cuadros de la inmensa tragedia humana. Por lo demás, su flaco emolumento, agregado al de algunas lecciones particulares, apenas le aseguraba la *aurea mediocritas*. Así pasaron algunos años, que para él fueran del todo mustios y descoloridos a no buscar y hallar refugio en el castillo interior. Se dedicó con ahinco al estudio y al arte literario, si bien limitando su producción exterior a unos pocos ensayos o «fantasías», que salieron a luz en grandes revistas parisienses. Allá, por el vigor del pensamiento como por la belleza de su estilo, no pocas de estas páginas provocaron aplausos, que rara vez llegaban al autor en forma de carta espontánea de algún maestro, cuyas líneas laudativas rasgaban un instante, como relámpagos, su argentina obscuridad. Muerta su madre, y su hermana metida a monja, ya nada le llamaba al terruño natal. ¡Sólo quedaba París, hacia cuyo faro de luz resplandeciente tendía fija su mirada con enfermiza y dolorosa obsesión! Pero ¿cómo volver allá, sin fortuna, ya no muy joven, ignorado y desvalido, para conquistar la gloria y disputar el premio en la arena artística? La obra maestra es fruto que no madura en árbol trasplantado; o, si tal ocurriera, por caso nunca visto, llegaría a su destino enjuta y desabrida. Aquí, pues, había que envejecer, continuando este humillante girar de caballería atada al malacate y perdida ya toda esperanza razonable en un súbito golpe de fortuna...

Efecto de este convencimiento, cada vez mayor, de su fracaso definitivo fué para Daniel el confi-

narse más y más en su encierro, el cual, a su vez, acrecentaba su negra misantropía, debida, mitad a un fundado rencor contra la suerte injusta, mitad a su voluntaria ignorancia del mundo en que vivía sin frecuentarlo. Y este divorcio del extranjero con el medio ambiente tuvo por corolario el desprecio del escéptico por los principios de virtud al uso, en los que, ante el espectáculo diario del mérito arrumbado y del delito impune, cuando no triunfante, empezó a no ver ya sino declamaciones de hipócrita convencionalismo, destinadas a facilitar la policía social y mantener el orden público. Es así cómo en este ser superior, fiel todavía a su atávica tradición de honor caballeresco —y sin que nada apareciera cambiado en su conducta exterior ni se creyera él mismo capaz de un acto culpable—, el organismo interno, corroído por la decepción y el sofisma, era ya el de un rebelde. Y por eso, a la hora de estallar el conflicto entre las dos potencias—egoísta y altruísta—, siempre inmanentes en el ser humano, puede que bastara un embate impetuoso de la pasión para rendir el castillo moral, de muy atrás minado y batido en brecha...

Tales eran los antecedentes de Daniel Kergoët y los cuadros de su existencia americana que, por el conjuro de una carta trivial y al parecer insignificante, resurgían en su memoria. Y para él, que, metido en su cuarto, asistía a solas al desarrollo instantáneo del imaginario panorama, aquella viva evocación de su pasado, que así escrita

ocupa una hora, no había durado sino unos minutos, cual ocurre con las fantasmagorías del sueño o de la alucinación: cuando salió a la calle, después de vestirse rápidamente, daban las doce en el reloj del Cabildo.

II

En el tumulto de aquel barrio central, a mediodía, por entre los vehículos, transeuntes de prisa, empleados comerciales, baratilleros, buhoneros ambulantes y muchachos vendedores de diarios o billetes de la «grande para mañana», que a grito herido pregonaban su mercancía, Daniel se dirigió a la agencia de su amigo Bloch, que le quedaba a dos cuadras hacia el Sur, en la misma calle San Martín. Le encontró en su despacho, siempre risueño, con sus ojillos movedizos y hocico agudo de hurón rubio—en suma, simpático—. Después de los saludos cordiales, Daniel le dijo lo que le traía, riéndose él mismo de su pecaminosa comisión:

«¡ Ah, ah !—exclamó Mauricio—, ¡ ese excelente Simón !... ¿ Siempre por Pihué ? Hace años que no lo veo... Precisamente, no me quedan sino dos medios billetes de mis últimas decenas seguidas: este año todo se ha volado tres días antes del sor-

teo. Y ya habrá oído usted a qué precios; pero esto no reza con los amigos...»

El «agenciero» sacó del escaparate las dos tiras de papel impreso, con sus sendas divisiones llenas de colorines idénticos, y las extendió sobre el mostrador. En cada uno de los cinco décimos, debajo del «1.000.000» fascinador, se repetía el número del billete: 9090 en el uno, 9099 en el otro.

—Elija usted. Los «cabulistas» preferirían el segundo billete, fundados en razones fantásticas que no merecen recordarse...

Daniel tomó el primero, por tenerlo más cerca, pagándolo con los 100 pesos mandados por Puech. Al guardar los 25 del vuelto, se deslizó fuera de la cartera otro papel suyo de 100 pesos, cayendo sobre el mostrador, junto al segundo billete de lotería, que Mauricio todavía no había recogido. «Parece—dijo éste, sonriéndose—que le está tentando... Vamos: muerda el anzuelo por una vez y no cierre la puerta a la fortuna, que quizá le está llamando.»

Daniel tuvo un segundo de vacilación:

—Pues amigo—concluyó luego, decidiéndose—, no quiero irme con el remordimiento, ahora que he visto el número: me quedo con él.

Después de pagar su billete y en el acto de ponerlo en su cartera, volvió a sacar el primero, ya guardado, y, extendiéndolos juntos sobre la tabla, pareció como que vacilaba en resolver con cuál se quedaría, dejando el otro para su amigo.

—Pero—observó Mauricio, con un asomo imperceptible de sorpresa—, ¿acaso no es cosa decidida

ya? Usted mismo ha dicho que compraba el 9090 para Simón...

—Cierto es—aprobó Daniel; y agregó, mirando los billetes juntos: —¿No es curioso pensar que de estos dos papeles idénticos, y que se han pagado el mismo precio, puede que el uno contenga una fortuna mientras el otro apenas servirá para encender mi pipa?... ¡Bah!—concluyó filosóficamente—, lo más probable es que ni uno ni otro valgan nada, después de haber sido durante algunas horas—y no es poco—un alimento de bellas ilusiones para su poseedor...

Daniel guardó en su cartera ambos billetes, y los dos amigos se fueron a almorzar juntos al vecino Café de París.

Tanto gusto tenían en charlar, evocando preferentemente lo más lejano del pasado—pues en lo presente tenían muy pocos puntos de contacto—, que el almuerzo, con su larga sobremesa, les pareció corto. Por supuesto que el tema de la pareja Puech vino sobre el tapete, traído, se entiende, por Mauricio, pues Daniel observaba al respecto cierta reserva. Éste, además, sabía directamente muy poco de Estela, que sólo había venido a Buenos Aires una vez, en viaje de bodas, estando Daniel ausente de la ciudad...

—Pero—interrumpió Mauricio—¿no es usted padrino de su única hijita?

—Efectivamente: padrino por delegación, pues la niña se bautizó en Curumalán. Fué empeño de Simón, quien, no sé por qué capricho, se obstinó en el compadrazgo. Supe a la sazón que a mi

ahijada la habían puesto Daniela, Nielita, a pesar de no existir tal santa en nuestro calendario. Dos o tres veces he visto aquí a Puech, que suele buscarme en sus viajes a Buenos Aires—rarísimos, por otra parte—. En cuanto a Estela—agregó Daniel, después de una breve pausa—, no la he vuelto a ver desde aquella noche en que con usted fuimos a despedirla en la estación del Sur.

—¡Qué sesgo inesperado—repuso Bloch—suelen tomar las cosas humanas! Pues todos a bordo quedamos convencidos de que usted y Estela serían a los pocos meses marido y mujer...

Como Daniel guardara silencio, continuó así su interlocutor:

—Ha de saber que yo estuve una vez en «Villa Estela», como le dicen, hace unos cuatro años, mientras andaba usted por la frontera chilena, y por eso no tuve nunca ocasión de contárselo. Fuí allá por una operación de la «Curumalán»; y por cierto que no dejé de visitar a mis antiguos conocidos del *Portugal*. Habitan una casa espaciosa, en el centro de su chacra propia, a unas dos leguas de la estación «Huincul» y a igual distancia de Pihué. Estaba entonces empezando a formarse aquella colonia, que me dicen ha prosperado... Simón poco ha variado: el emigrante enérgico y activo a quien usted conoció ha conservado su juvenil y jovial robustez al volverse un chacarero ya muy acriollado. Mayor cambio hallé en Estela: la encontré abatida, desmejorada y prematuramente marchita, a pesar de no contar entonces más de veintiséis años. Hasta me pa-

reció poco cuidadosa de su arreglo personal, como vencida por el medio rústico; ¡ella, a quien admirábamos a bordo por su siempre irreprochable aunque sencilla compostura! Vi en la sala un piano cerrado, «que sólo se toca—según me dijo—para divertir a la niñita, hasta que le sirva para el estudio!» No revive, en efecto, según pude observar, con sus risas y gracias de otros tiempos, sino al contacto de su Danielita, encantadora criatura que junta en su deliciosa personita la belleza argentina con la finura francesa... Qué, ¿nunca se le ocurrió a usted ir a pasar allá un par de días?...

—Sí, alguna vez—contestó vagamente Daniel—; pero ya sabe usted lo ocupado que estoy y lo medido en mis gastos—. Y agregó luego, con su triste sonrisa:— Pues de veras que me ha abierto usted el apetito por mi ahijadita; y si algo me sacara en la lotería de mañana, aunque sólo fueran 200 pesos para el viaje, creo que iría yo mismo a llevarle mi regalo de Navidad...

Salieron y fueron juntos hasta la esquina de Piedad y San Martín, dirigiéndose Mauricio a su escritorio. Al separarse anunció que se marchaba esa misma noche al Rosario por dos o tres días, quedando en la agencia un dependiente de confianza. Daniel fué a comprar una muñeca al Bazar Colón, luego una caja de confites en la «Bombonería Parisiense» y, embalados en uno los dos paquetes, se volvió, cargando él mismo con el bulto, camino de su alojamiento. Estuvo

paseándose unos minutos por el cuarto, sumido en reflexiones, que serían, sin duda, reminiscencias traídas por el relato de Bloch. Al oír el timbre de su reloj de pared, que daba las tres, se acercó a su escritorio, guárdó en una gaveta el montón de condenadas cuartillas, como quien no pensaba trabajar más ese día, y después de sacar de su cartera los dos billetes de lotería, que dejó a la vista, se puso a escribir esta carta:

Buenos Aires, 21 de diciembre de 189...

Mi querido Simón:

Esta mañana, tan pronto como recibí tu carta, con el billete a ella adjunto, fuí a cumplir tu encargo, comprándote un medio billete para la lotería del millón, que se juega mañana, 22. Tus cinco décimos corresponden a la segunda mitad del billete n.° 9090. Me ha parecido más regular, por varias razones que no se te escaparán, comunicarte este dato inmediatamente, o sea la víspera de efectuarse el sorteo. Pero tampoco he creído conveniente remitirte el mismo billete, no sólo por el riesgo de algún extravío o accidente, sino también porque, dado el caso de sacarte cualquier premio, tal vez resuelvas hacerlo cobrar por algún apoderado tuyo, a quien entregaré el billete mediante tu orden escrita. Con el sobrante de tus 100 pesos he comprado el bonito bebé-Jumeau que también me encargaste para mi querida ahijadita, cuya belleza sólo conozco por retrato, así como ahora sé de su precoz inteligencia por la carta que me mandaste. Para que la mu-

ñeca no se aburra viajando sola le he puesto cerca unos confites.

No deja de tentarme tu invitación para ir a pasar con ustedes las fiestas de Navidad, y no sería difícil que yo mismo fuera el portador de la encomienda. Todo depende del sesgo que tome aquí, entre mañana y pasado, un pequeño asunto mío. Con afectuosos recuerdos para Estela y besos para Danielita, y deseando mejores de tus ojos, recibe un cordial abrazo de tu viejo camarada

DANIEL KERGOET.»

Cerrada y franqueada esta carta, que metió en el bolsillo de su saco con intención de ponerla en el correo, Daniel guardó en su cartera los dos billetes de lotería y salió a la calle. Distraído, pasó, sin verlo, delante del buzón de la esquina, en dirección al escritorio de Bloch; pero, llegado al ángulo de San Martín y Piedad, y recordando que aquél estaba ausente, dobló por Florida y siguió camino hacia el Sur. Por su paso lento y frecuentes paradas ante los escaparates, era visible que su callejeo, de simple tregua mental y ejercicio higiénico, no llevaba objeto alguno. Así, por dicha calle y su prolongación, cruzó maquinalmente la avenida de Mayo y las tres esquinas siguientes, hasta encontrarse en la bocacalle de Perú-Belgrano. Aquí hubo de comprobar, algo avergonzado, que una atracción indeliberada le había llevado automáticamente al sitio mismo donde convergían y revoloteaban las quimeras que, des-

de su reciente contaminación «loteril», le venían importunando. En la mitad de la cuadra alzábase la casa aquella, de vulgar arquitectura privada, y que en nada se diferenciaba de las vecinas. Sólo proclamaba su importancia y misión oficial la enorme cola de infeliz muchedumbre, de todas edades y sexos, que contorneaba la manzana y, renovada incesantemente, asediaba las puertas de la «Lotería Nacional», en demanda de algunos décimos revendedizos para el gran sorteo del día siguiente. A decir verdad, nunca, hasta entonces, se había detenido Daniel a reflexionar cinco minutos sobre si este juego «nacional» significaba un morbo público, como destructor del ahorro popular, según afirmaban muchos, o bien, como sostenían otros, un simple y útil derivativo de la taberna. Lo único que ante aquel triste espectáculo experimentaba era un sentimiento de humillación al tener que confesarse a sí mismo que, bajo una forma apenas distinta, y aunque destacado de la hilera plebeya, también él pertenecía al rebaño impelido por la *sacra fames*.

Volvió sobre sus pasos, y por la misma acera de Perú llegó a la avenida de Mayo. En la esquina topó con el joven abogado porteño Manuel Ramírez, colega suyo en el Colegio Nacional, donde dictaba la importante cátedra de «Literatura preceptiva»; iba con un compañero, a quien presentó: «Angel Becerra, poeta». Era éste un buen mozo a la criolla, negro de ojos, barba y melena; locuaz y perorador en tono gerundiano, con un vozarrón que a los pocos minutos daba gana de

«masculinizarle» el apellido. Él también era profesor de lance. A falta de otra cosa, el ministro, a quien estaba recomendado por una prima cargada de niñas casaderas, le había puesto a suplir una clase de Francés (apenas lo leía, chapurrándolo como una «vasca» española) ; pero estaba al caer una cátedra de Filosofía, que había solicitado, con ánimo de aprenderla a fuerza de enseñarla... Había publicado un tomo de versos amorfos y ultradecadentes—*Murmullos astrales*—y tenía otro en gestación. Ramírez, que admiraba a su amigo, propuso entrar al Club del Progreso, de que era socio, para tomar el te y escuchar un poema inédito de Becerra, que «recitaba admirablemente». Al oír esta amenaza de becerrada, Daniel sacó precipitadamente su reloj, recordando al pelo que tenía una cita a las seis (eran las cinco y media), y se despidió de la pareja rimadora y docente.

Continuó vareando, en sentido inverso, la calle Florida, no sin algún recelo de otro encontrón análogo al reciente y capaz de exasperar aún su impresión de extrañamiento intelectual, más abrumador que el material y acaso más absoluto. Sintióse, a las pocas cuadras, tan hastiado de tiendas ya miradas como de transeuntes nunca vistos, y, resultándole intolerable esta vagancia callejera por el barrio más «escaparatoso» de Platópolis, no discurrió otro programa más ameno que el de regresar a su alojamiento y combatir homeopáticamente el tedio—*similia similibus*—apechugando con la soporífera traducción del ilustre Te-

jada. Llegado allí, le sucedió entregarse tan de lleno a la tarea, que dos horas después, cuando su reloj cantó las ocho, tenía ya derribado otro capítulo—el V—de la bendita «Génesis». Comprobando el dicho secular de que «todo acto bueno tiene su recompensa», Daniel, al dar por concluída su jornada, experimentó desde luego la satisfacción del deber cumplido. No fué esto sólo, sino que minutos después, al empezar a comer con excelente apetito en un pequeño «restaurant» de la calle Esmeralda, vió entrar a su viejo conocido el hábil pianista francés Halévy, quien, llamado por señas, vino gentilmente a hacerle «vis-a-vis», agregando un sabroso acompañamiento estético a la comida. Y faltaba lo mejor, que era la invitación de ir a pasar la velada en casa del mismo Halévy, donde éste debía acompañar a la maestra de canto Mlle. Hervex, que ensayaría algunos números de su próximo concierto.

—Le prevengo, si no la conoce—observó Halévy—, que la mujer es tan fea como eximia la artista...

—Me alegro—replicó Daniel—; así la sensación visual no debilitará a la auditiva...

Por cierto que al hablar así, en tono festivamente pedantesco, Daniel no afectaba, respecto del *Ewigweibliche* o «eterno femenino» de Goethe, un desdén que no se avenía con su edad ni, felizmente, con su índole. Durante estos diez años y sus múltiples andanzas juveniles en la Argentina, más de una vez creyó sentir en su corazón como un retoñar de la planta divina; pero del renuevo sólo

brotaron flores sin raíz, cortadas para perfumar una noche de fiesta y secarse al amanecer. Mejor dicho, no parecía sino que el antiguo tallo, tronchado a ras del suelo, lo ocupara aún por sus raíces invisibles, impidiendo a cualquier otro prosperar... Por lo demás, aquí holgaba aquella reserva suya, que importara, como se dice, curarse en salud. Según lo había advertido el músico, no sería, por cierto, con su aspecto como pudiera la cantora belga perturbar al oyente: rubia, descolorida de tez y pelo, seca de carnes, sobre tocar a la madurez poseía la infeliz el físico más ingrato. Y a ello, sin duda, debía atribuirse el que, con su magnífica voz y admirable estilo, tal artista no brillara como «estrella teatral», en vez de buscarse la vida corriendo tras lecciones a domicilio.

Comprendía el escogido programa algunas composiciones clásicas, dos *lieder* de Schubert y otros tantos de Schumann; por fin, cuatro páginas características de la escuela francesa, extractadas de Rameau, Berlioz, Bizet, Franck, reservándose para los previstos *rappels* otras de factura más moderna y rebuscada, cuyos autores pertenecían al cenáculo del último nombrado. Entre éstas apareció, por supuesto, la famosa *Chanson triste*, de Duparc, la que, sobre no estar tan vulgarizada como hoy por el «snobismo» elegante, aparecía aquí refrescada su inspiración y restituída a su primer estado de confidencia dolorosa e íntima que le diera el poeta, gracias al arte de la intérprete y, sobre todo, al carácter privado de la interpretación. Pero en el alma de Daniel ninguna página reper-

cutió tan hondamente como la *Dernière feuille*, de Chausson, cuya penetrante melodía hacía revivir en su memoria aquella última noche del viaje inolvidable, ya suscitado horas antes por la carta de Simón y la charla de Bloch. Y la emoción secreta duplicaba la estética, al modo de la tabla de armonía, que, por bajo de las cuerdas instrumentales, intensifica las vibraciones sonoras.

Al volver a su casa, pasadas las doce, Daniel no dejaba de convenir consigo mismo que, esta noche, había tenido que ceder un tanto el general desapego que la vida de Buenos Aires le inspiraba—si bien, en el caso actual, poco probaba la excepción, no teniendo nada de local el episodio, ni por sus actores ni mucho menos por su materia sublime—. Algo probaba, sin embargo, el ejemplo reciente, y era, si había de prolongarse su amargo destierro, la posibilidad y, por consiguiente, la conveniencia, para no sucumbir al negro pesimismo, de crearse en este mar de calma chicha espiritual algunas isletas de noble esparcimiento.

Bajo estas impresiones lenificantes entró en su cuarto, donde encontró, sobre su escritorio, un libro envuelto y una carta, cuyo sobrescrito le cantaba a un metro la conocida letra de Tejada. Primero desenvolvió el libro con instintiva aprensión : era un ejemplar de *Murmullos astrales*, provisto de una sentida dedicatoria del autor a su «distinguido amigo», con quien había cambiado esta misma tarde el primer saludo en una acera. Venía adjunta una tarjeta, de forma altiva y fondo mendicante, solici-

tando de Daniel, que nunca las había visto tan gordas, un «juicio imparcial» (el cual, a producirse, hubiera bastado para que el fabricante de rítmicos adefesios pusiera al distinguido amigo cual digan dueñas). La carta de Tejada pedía al «amigo Kergoët» (¡todos amigos!) que activara la traducción de su «Génesis», por tratarse de una obra tan importante y urgente que el editor Larose, de París, la reclamaba a voz en grito. Agregaba el genesíaco escritor que, a pesar de la negativa de Daniel, insistía el editor parisiense (entiéndase: el autor) en que el nombre del traductor figurase en la cubierta... ¡Eso no—rugió sordamente el aludido, rasgando la carta y tirándola al canasto—; acepto los azotes, pero no la exposición en la picota!

Habían bastado estos dos incidentes baladíes —lloviendo sobre mojado—para echar a volar, cual mariposas bajo una ráfaga, sus gratas impresiones de minutos antes. Asimismo no dejó de desazonarle más (pues rara vez prevemos si un incidente fortuito nos viene para bien o para mal) el que al devestirse encontrara en un bolsillo su carta a Puech. Bastante contrariado, la puso sobre el escritorio, bien a la vista, para reparar al día siguiente su olvido. Se acostó malhumorado, y, según su costumbre, para conjurar los diablos negros de las cavilaciones, recurrió a una lectura sedativa. Aquella noche creyó hallarla en cierto cuento de Bazin, que venía publicado en el último número de la *Revue des Deux Mondes*. Pero al rato se interponían entre los ojos y el libro imágenes de la fantasía, borrando la letra impresa, y aquellas mis-

mas, aun después de apagada la luz y ahuyentado el sueño, volvían, persistentes, a destacarse más vivas e importunas en la obscuridad. Apenas es necesario decir que, de todas las impresiones recibidas en el día, las que más tenaces y reincidentes le perseguían eran las relativas a la lotería, ya por ser del todo nueva en él la preocupación, pues nunca había jugado, ya porque, en el estado de profundo desaliento a que había descendido, la más lejana posibilidad de un golpe de fortuna, que bruscamente transformara su mísero destino, tenía que suscitar un enjambre de ilusiones en su cerebro calenturiento. Enervado por el insomnio, acudió en vano, para combatirlo, a las varias y pueriles recetas por algunos recomendadas: desde la de mirar fijamente un mismo punto de la pared, hasta la de contar los números consecutivos desde 1 hasta... Felizmente, el recuerdo de los *Murmullos astrales* le sugirió una verdadera inspiración—de que tal vez el libro carecía—. Fué, pues, a tomar el volumen sobre su escritorio y, vuelto a la cama, dió, abriéndolo por su mitad, con un poema titulado: *Rosario magnético*. Todo fué rezar a media voz algunas decenas de la sarta de versos zambicojos que dicho rosario componían, y sentir obrar en sus nervios apaciguados el narcótico magnetismo prometido por el título. Y así se verificó, una vez más, aquel dicho de Plinio, sobre no haber libro tan malo que no contenga alguna cosa buena...

La mañana siguiente, a la hora habitual, estaba continuando, pegado a su escritorio, la condenada

tarea cotidiana, sin dejarse distraer por los rumores de la calle. Como ayer, rajaba el ordinario bullicio, el más que nunca terebrante «¡ Para hoy !» de los muchachos loteros, cuyos chillidos llegaban a su paroxismo al acercarse el minuto fatal. De repente, a las nueve, cesó toda aquella algazara : había dado principio el gran sorteo, que rápidamente—y salvo algún premio aleatorio—iría reduciendo el valor de los billetes vendidos y no vendidos a la tarifa única de guiñapos de papel. El meritorio traductor no sucumbió a la tentación de hacer un paréntesis a su trabajo para meditar sobre el «estado de alma»—si tal puede llamarse—de los millares de ociosos que en estos momentos se apiñaban en el vulgarísimo templo de la Fortuna ; mucho menos pensó en incorporarse por entonces al gregario concurso. Hasta las doce y media siguió vertiendo en buen francés el mal español de Tejada, poniendo a esta hora dichoso fin al capítulo VI — sin sospechar que jamás principiaría el VII—, y, como de costumbre, salió a la calle para almorzar. Sólo después de terminar, sin la menor precipitación, siendo ya casi las dos de la tarde (y tuvo su puntillo de vanidad al consignar ante sí mismo el pueril detalle), se dirigió, fumando su cigarro y con paso de digestión, hacia la calle de Belgrano.

Doblada la esquina de Perú, veíase hoy también, como la víspera, afluir la muchedumbre a las cercanías de la Lotería, si bien no formada ahora en ordenada hilera, sino apiñada en grupos vocingle-

ros que comentaban incidentes de la extracción. Pero desde la ancha puerta de entrada, que custodiaba la policía, el alboroto callejero iba apagándose gradualmente hasta convertirse, pasado el segundo zaguán, en un silencio religioso que, verdaderamente, prestaba al patio cubierto donde se celebraba el oficio loteril el aspecto solemne de un templo, o por lo menos de una sucursal de Mammón. Después de arrojar una ojeada al tablero negro, visible desde el primer patio, donde se apuntaban los premios gordos con su respectiva asignación, y comprobar que no había salido aún aquel «millón» casi fantástico, ni, de los números sorteados, uno que siquiera correspondiese a su noveno millar, logró Daniel penetrar en un ángulo del segundo recinto y asistir unos minutos al ceremonial. En apretadas filas paralelas sentábanse algunos centenares de espectadores de todas edades, sexos y condiciones—notándose hasta dos oficiales de uniforme y un clérigo—, todos inmóviles, silenciosos, clavando los ojos fascinados en el altar del oficio profano. Lo formaba una tarima con dos grandes globos de cristal llenos de bolillas y que giraban lentamente, desprendiendo cada cual—con un intervalo de segundos, señalado por un escape de la válvula—una unidad del montón, con el número premiado, el globo de la derecha, y con el valor del premio, el de la izquierda. Luego, cada esferita de boj, bajando por el encurvado tubo de cristal, era recibida en la mano por un niño de diez o doce años que, a medida y por su turno, cantaba, ya el número sorteado, ya el valor del pre-

mio, prestando con su fresca voz infantil un carácter de honrada inocencia al acto pecaminoso. El público no solía pestañear ante los sorteos de menor cuantía; pero, al salir uno de los mayores, sentíase un como sordo estremecimiento y acaso una exclamación, en algún punto de las filas. Y esto, sin hablar, por cierto, del lance supremo que, alborotando el cotarro, interrumpiría por unos minutos la función, para dejar que el empleado inscribiera en la pizarra el número triunfal y el fotógrafo sacara una vista del cuadro conmovedor.

Pero Daniel no presenció tan patéticas escenas, retirándose aburrido a los pocos minutos. Sin embargo, no volvió a su cuarto; a despecho suyo, notábase algo nervioso, y, por el momento, incapaz de reanudar su interrumpida tarea. Metióse en un teatro de la avenida de Mayo, donde, para variar, asistió a unas cuantas tonadillas, con desfile de majas en mantón de Manila y mucho ¡olé! Cuando salió, después de las cinco, ya rebullían por esas aceras los vendedores de diarios de la tarde, gritando: «¡La cuarta edición, con el extracto de la grande!» Compró un número sin mucha prisa; y, junto con la primera ojeada, fué tal el pasmo de la sorpresa, que se le cortó la respiración, pareciéndole por un instante que la ancha avenida, llena de transeuntes y tumulto, se volvía toda tinieblas y silencio sepulcral: ¡en cifras gordas encabezaba la columna del extracto el número **9090**!!!...

A los pocos minutos, recobrada su sangre fría, se dirigió—algo precipitadamente, hay que confesarlo—al otro teatro, o sea al del, por cierto, memorable suceso. Desde el umbral de la calle percibíase estar ya terminada la magna operación del día y del año. Daniel dió algunos pasos adelante: allá en el fondo, dominando los grupos raleados, en la primera línea del cuadro negro, enfrente del 1.000.000 fatídico, impreso en grandes cifras blancas, resplandecía, escrito con tiza, el número 9090. Aunque a Daniel no podía quedarle duda alguna, no resistió al gesto pueril de sacar de su cartera los dos billetes para identificar repetidamente el número de uno de ellos, con el ganador inscrito en la pizarra. Ya con la completa certeza del hecho—y sin el más leve asomo de cavilación acerca de sus consecuencias naturales—, iba recuperando poco a poco su entera serenidad exterior, aunque no absoluta calma interna. Todavía, pues, notábase él mismo un ligero temblor en la voz al averiguar en la tesorería cuándo se pagaban los premios y qué formalidades se requerían. El empleado le contestó que los premios se pagaban desde la mañana siguiente, a las nueve, efectuándose los pagos al portador del billete, sin ninguna formalidad ni averiguación.

—¿Ni aun para el premio mayor? — preguntó Daniel.

—Ni aun para el premio mayor—contestó el empleado.

Iba a retirarse, cuando un mocito despabilado, que había interrumpido su conversación familiar

con dicho empleado para seguir este diálogo, pidió permiso a Daniel para obtener sobre él algunos datos, dándose como repórter de un gran diario de la mañana. Y como el interpelado mostrara poca inclinación a la «interview», el otro se abrió con toda llaneza y frescura:

—¿Es usted el poseedor del medio billete del millón, verdad? Ya me han informado en la Agencia. El otro medio se ha vendido por décimos en una colonia de Santa Fe. Sé que es usted el señor Kergoët, amigo del «agenciero» Bloch; pero como el dependiente no sabía más, le rogaría, si no tiene inconveniente...

Daniel se resignó, sabiendo que en caso de no ceder a la tiranía informativa, el repórter con su silencio forjaría cualquier historia. Además de su nombre, nacionalidad y empleo en la enseñanza, no se negó, pues, a suministrar dos o tres datos biográficos y detalles sobre la adquisición del billete. Pero cuando quiso explicar al noticiero cómo no era él sino un intermediario, encargado por un amigo, etc., aquél le interrumpió con una mueca desdeñosa:

—Eso no nos importa y vendría a aguar la noticia, resultando repartirse el premio gordo entre puros chacareros. Usted es el comprador y cobrador del billete: eso nos basta; lo demás es negocio privado...

Daniel juzgó inútil insistir. Pero, antes de retirarse, pidió como especial favor al amable empleado que quisiera ver en el extracto oficial, que le habían dicho estaba ya imprimiéndose, si el núme-

ro 9099 no sacaba algún premio menor. Aquél, después de desaparecer un instante, contestó luego que no había nada. En lugar de volver a su cuarto, Daniel, movido de curiosidad, pasó por la agencia de Bloch. El dependiente, que en ausencia de Mauricio había quedado en el escritorio y apenas conocía al cliente, le avisó que de varios periódicos habían acudido o telefoneado por datos sobre el feliz comprador y que él se había limitado a dar su nombre y profesión, no sabiendo más... Daniel aprobó su discreción, agregando de pasada que, para escabullirse de tanto moscardón, tenía pensado salir esta misma noche a pasar en el campo las fiestas de Navidad. Y se despidió sin entrar en mayores explicaciones.

Lo indicado sobre su proyectada ausencia de la ciudad era casi del todo exacto, pues no sólo se inclinaba a partir al día siguiente para Huincul, sino que ahora mismo resolvió aprovechar la hermosa noche de verano yendo a comer en el Tigre, con lo que se substraía, según antes dijera, a las indagaciones importunas, que ya empezaban a irritarle los nervios. Tal hizo, en efecto, y a las ocho, después de una hora de tren, ocupaba en el comedor, bastante concurrido, del Tigre Hotel una mesa que miraba al río Luján. Vió que en otra, vecina, estaba comiendo el doctor Tejada con algunos amigos. Hubo un momento en que sus miradas se cruzaron, y sólo entonces el ilustre publicista se dignó dirigir a su traductor una mueca, más que saludo, de amistosa protección. Casi ter-

minaba la comida en las más de las mesas, cuando entró un vendedor de periódicos con la edición de la noche. Daniel no la compró, presumiendo cuán poco diferiría de la edición anterior. Pero Tejada, no bien recorrida la sección «Ecos del día», se levantó y corrió hacia Daniel, a quien abrazó, prodigándole las rituales palmadas en la espalda:

—Mis cordiales felicitaciones, amigo—exclamaba, repitiendo a gritos la noticia del periódico—, ¿conque se ha sacado la del millón? Bueno; esta vez la fortuna ciega ha resultado vidente y acertada...

Y eran ya tantos los extremos con que el bobalicón convertía en héroe a un simple—o supuesto—favorecido de la suerte, que Daniel, enervado, quiso darse el gusto malicioso de desinflarse él mismo a vista de su inflador:

—Muchas gracias por sus buenos deseos, doctor —dijo, bajando modestamente los ojos—; pero es que no soy yo el verdadero ganador, sino un amigo mío del campo; desgraciadamente, no tengo en el negocio sino el papel de intermediario...

—Ya, ya; conozco la treta para librarse de cargosos y sablistas. Mis felicitaciones una vez más—. Y al ganar su asiento se dió vuelta para agregar:

—¡Pero cuidado con abandonar mi traducción, ahora que es usted millonario!

No eran solamente los comensales de Tejada los que habían notado el incidente; no se le escapó a Daniel que también en otras mesas varias personas se daban vuelta a mirarlo, cambiando a

media voz observaciones que, evidentemente, se enderezaban al feliz protagonista del suelto periodístico. ¡Había bastado la chiripa de cierta bolilla escupida por aquel tubo de cristal—o, mejor dicho, la interpretación errónea que de ella le aplicaban—para transformarlo en «hombre del día»! Algo humillado y molesto por este nuevo testimonio de la necedad humana, pagó su adición y, después de un frío saludo al de los calurosos abrazos, fué a tomar el tren de vuelta a la ciudad. Por supuesto que durante el trayecto le sobró tiempo para enterarse de lo que acerca de ello publicaban las crónicas de la noche, y eran, con algunos pormenores de pura invención gacetillera, los mismos datos por él suministrados al repórter. Al día siguiente se repetía la noticia, recargada de detalles fantásticos a su respecto en los grandes órganos de la mañana. No fué esto todo, sino que a las nueve entró el sirviente trayendo un puñado de tarjetas congratulatorias (las había de colegas, de conocidos de la Bolsa, de abastecedores, hasta de colegiales, discípulos suyos) ; felicitaciones estereotípicas, a las que el fámulo bearnés no dejó de agregar las suyas. Tales proporciones iba tomando el chasco público, que el primer gesto de Daniel, apenas levantado, fué dirigir algunas líneas a los dos periódicos de mayor circulación, explicando cómo no tenía más parte en el hecho que «haber sido comprador del billete por orden y cuenta de un amigo suyo, chacarero en Pihué, quien era, por lo tanto, el único dueño y ganador del medio millón». Pero al llegar a esta parte de la esquela

le ocurrió que la rectificación sería más categórica si pudiera terminarla declarando que dicho premio había sido ya cobrado y remitido su importe al verdadero y único dueño. Resolvió, pues, suspender el envío de la rectificación hasta poder, horas más tarde, darla completa.

Eran ya cerca de las diez. Para concluir con este negocio, salió a la calle, teniendo en la mano su carta a Puech—que esta vez no dejó de echar en el buzón—, y se dirigió a la administración de la lotería. Después de comprobar, en el extracto oficial allí exhibido, que su triste número propio —9099—no figuraba en la columna del noveno millar, presentó el feliz 9090 al tesorero, quien, a los pocos minutos, le entregó simplemente un cheque de 475.000 pesos (1) contra el Banco de la Nación, con las tres firmas administrativas—presidente de la Comisión, gerente, tesorero—y el sello de la institución. El empleado se limitó a preguntar a Daniel si quería dejar su firma en el registro; pero como notara en éste una breve vacilación, añadió: «Es voluntario». Daniel firmó y, guardando en su cartera el precioso papel blanco y rojo junto a otro pobre giro de 300 pesos sobre su propio depósito en el Banco Francés, se retiró, algo mohíno, del—para otros—templo de la Fortuna.

...

Vuelto al barrio central, empezó por cobrar de pasada su chequecito de 300 pesos, vagamente des-

(1) Sabido es que del premio mayor se deduce el 5 por 100 para los números vecinos o «aproximaciones».

tinados a gastos de un viaje todavía eventual. De ahí fué a almorzar en el pequeño «restaurant» de Esmeralda, donde a nadie conocía, exceptuando al simpático pianista Halévy, que estaba ya sentado, y completó su fisonomía de distinción moral mostrando no saber palabra de loterías, y menos de premios gordos ni flacos. Gracias a que en la temporada de veraneo holgaban las lecciones de piano, pudo prolongarse bastante la sobremesa, dedicada, por cierto, a temas artísticos. Se separaron, pasadas las dos, y de ahí se fué Daniel a la oficina de informes del ferrocarril del Sur, situada entonces en la calle Piedad. Por los diarios había sabido algo de las grandes lluvias e inundaciones ocurridas en la provincia, tan descomunales éstas, que en algunas líneas habían causado la interrupción del tráfico... El empleado a quien se dirigió abundó en datos tranquilizadores. La línea a Bahía Blanca, en particular, por Las Flores, Olavarría y La Madrid, estaba restablecida; cuando más, por unos días, la necesidad de reducir notablemente la velocidad en muchas partes del trayecto causaría un retardo de dos o tres horas en la llegada a Huincul, estación por la que Daniel se interesaba...

—¿De suerte—preguntó Daniel—que la correspondencia de ayer para este punto habrá llegado ya a su destino?

—Ayer no corrió tren por esta línea—contestó el empleado—; es probable que esa valija vaya por el tren de esta noche...

La noticia, si bien no del todo afirmativa, pro-

dujo en Daniel tan profunda impresión que por ella decidió en el acto su viaje a Huincul. Así, después de asegurarse, para estar solo—saliendo de sus hábitos de economía—, un departamento de dos camas en el tren que esa noche salía a las ocho y minutos, se dirigió a su alojamiento para esperar allí la hora de la partida, después de dejar dicho en la portería que no estaba para nadie.

Había escampado la lluvia de felicitaciones: apenas halló cinco o seis tarjetas tardías, tan expresivas como las anteriores. Sobre el pupitre estaba todavía la principiada rectificación para la prensa. Ahora, resuelto ya el único punto que antes detuviera a Daniel, nada faltaba para concluirla en la forma pensada y mandarla a los diarios. Tomó, pues, la pluma a este efecto; pero, no bien escritas las primeras líneas complementarias, su mano se detuvo y el escritor, interrumpiéndose, se levantó y empezó a pasearse de un extremo a otro del cuarto, fruncido el entrecejo por el esfuerzo de la reflexión. Por más que, desde la víspera, su conciencia honrada rechazara, como una sugestión abominable, hasta la sombra de una vacilación ante el caso que no la admitía—siendo así, como dijera Bloch, que había quedado resuelto en el acto de plantearse—, ¿por qué volvía con persistencia a hostigarle aquel diabólico sofisma, suscitando dudas acerca de una solución que, a primera vista, aparecía tan clara como inatacable? «Pues bien—determinó Daniel—, así como se desvanecen los fantasmas ante nuestro solo ademán de correr tras ellos, quiero afrontar al mío, seguro

de que me bastará examinar leal y fríamente la enojosa cavilación para demostrarme, una vez por todas, su poco o ningún fundamento.»

Se puso, pues, a recapitular la marcha de aquel asunto. Habíase presentado dos días antes en la agencia de Bloch para comprar un billete de lotería por encargo de Puech, pagándolo con dinero del mandante; en esto había consistido la primera operación, según lo declarado al vendedor. Entre los dos billetes ofrecidos, y puestos el uno al lado del otro sobre el mostrador, él había hecho su libre elección, mediando algunas observaciones jocoserias de Bloch, y quedándose finalmente con el número 9090. Uno o dos minutos después, a sugestión del mismo vendedor, había adquirido para sí el billete restante, o sea el número 9099, y pagándolo con su dinero propio. Así no podía establecerse confusión entre dos actos tan distintos y separados por un intervalo de tiempo. Cierto que mientras quedaron los dos billetes sobre la mesa, y no existiendo razón para preferir el uno al otro, pudiera Daniel, sin escrúpulo, cambiar su atribución. Pero esto no lo había hecho, ni siquiera intentado, puesto que horas más tarde escribía a Puech designándole como suyo el número 9090.

No cabía, por lo tanto, vacilación alguna acerca de quién era el legítimo y único dueño del número premiado y, por consiguiente, de la suma inscrita en el cheque cuya remisión constituía el principal objeto del proyectado viaje. ¡Atrás por siempre cualquier sofisma malsano que, sugerido

por la codicia y el vano pesar de lo que «pudo haber sido», tendiera a obscurecer en la mente la noción clarísima, así del derecho ajeno como del deber propio, que dictaba su sanción imperativa! A raíz de este razonamiento interno y su rigurosa conclusión, experimentó Daniel un gran sosiego en su espíritu. Y, sin embargo, éste no venía acompañado de la plena satisfacción que suele dejar toda victoria de la ley moral sobre el egoísmo y es su austera recompensa; porque en esta alma, hondamente perturbada, la razón ya no reinaba sola, estando iniciado su tremendo conflicto con la pasión...

A las siete y media metió en una maleta-neceser un traje de repuesto con alguna ropa blanca, y, después de guardar en cajón cerrado sus papeles, bajó a la gerencia, donde entregó la llave del cuarto, dando aviso de su viaje al campo, por pocos días. En seguida, llevando a la mano todo su equipaje—y sin olvidar por cierto el precioso regalo para la ahijada Nielita—, subió en el coche de plaza que le condujo a la estación del Sur.

III

FALTABAN diez minutos para la salida del tren nocturno. Mientras Daniel, por entre los grupos formados en la plataforma, seguía al portador de su ligerísimo equipaje hasta dar con el coche-dormitorio señalado en su billete, volvíale a la memoria aquel cuadro análogo de diez años antes, ¡tan parecido y tan diverso!, en el mismo sitio. Aunque parecía que el escenario idéntico aproximara las escenas, ¡qué lejos, en realidad, estaba aquello, resultando más distante aún por los cambios obrados en la situación de los actores que por el tiempo transcurrido! Como entonces, solía destacarse de un marco de ventanillo abierto alguna cabeza de mujer, joven y bella, dialogando con uno o varios acompañantes de pie en el andén; pero, por las risas y alegres exclamaciones que se cruzaban, bien se percibía que ninguna de aquellas transitorias despedidas debía de ser, como aquella otra, el prólogo de una desgarradora e íntima tragedia.

Una vez instalado en su camarote y colocadas sus menudencias, había quedado Daniel en el pasadizo hasta el toque de salida. Se presentó el encargado del «restaurant», que hacía su distribución de asientos para el comedor. A su voz apareció en el umbral del camarote vecino un hombre de mediana edad, alto y fornido, con aspecto de estanciero acaudalado, más burgués que campesino, y tras él asomó otro, mucho menor, aunque notablemente parecido (como que resultaron hermanos), pero más afinado de facciones y modales, así como más elegante en el vestir. Al pedido que hicieron de comer solos en una mesa, el mozo o *maître* aquel contestó que no quedaba sino una, reservada para ellos y el señor (designando a Daniel), si aceptaba en ella un asiento. Indirectamente interpelado, Daniel, que estaba a dos pasos, contestó que ocuparía dicho asiento si no había inconveniente. Esto, naturalmente, dió lugar, por la otra banda, a una inclinación de aquiescencia y luego, en este país de confianza y llaneza, a una entrada en conversación, que, previo canje «oral» de tarjetas, se continuó en el comedor, haciéndose cada vez más abierta, sobre todo entre los dos jóvenes, que a primera vista habían simpatizado.

A pesar de su empaque muy criollo (por lo menos el mayor), ellos eran de origen francés. Figuraba su padre, Jean Lafargue, entre aquellos centenares de labradores vascos o bearneses desembarcados cuarenta años ha, de boina y blusa azul, sin más capital que sus brazos robustos y

su corazón enérgico. Difundidos en los campos del Sur, invirtieron allí sus primeras economías, ganadas en el esquileo de ovejas, comprando, por el año 80, a razón de 400 patacones la legua, tierras fronterizas que, bien elegidas, valían hoy cien veces más. Pedro Lafargue, el mayor de los dos presentes, después de un paso rápido por un instituto comercial, había seguido trabajando en el campo, como su padre (aunque teniendo casa y familia en Buenos Aires); y a la muerte de éste, ya viudo, sucedídole en la mayor de sus estancias, mientras el segundón, José, diez años menor que Pedro, bachiller del Colegio Nacional y con algún barniz universitario, se aquerenciaba más y más en Europa, teniendo arrendadas, fuera de otras propiedades, las cuatro leguas de su hijuela, contiguas a las de su hermano, decidido como estaba a vivir de sus rentas en París. Por el lado de Daniel, las confidencias espontáneas habían sido mucho más breves. Pero dicho está que al mayor de los Lafargue, gran lector de diarios, no se le había escapado lo de la lotería. Daniel, pues, recibió el chubasco congratulatorio de fórmula, pero juzgó inútil entrar en explicaciones con extraños, limitándose a aludir vagamente a un amigo suyo, copartícipe en la ganga.

El largo comedor estaba efectivamente repleto, no quedando libre sino la mesa que nuestros tres charladores ocuparon. Daniel, sentado enfrente de los dos hermanos, departía de cosas parisienses con José Lafargue, que se expresaba preferentemente en francés. Éste, venido por unas se-

manas al solo objeto de renovar sus contratos de arriendo, no veía la hora de retornar a su lujosa *garçonnière* de la calle Pierre-Charron. Entretanto, el criollazo Pedro, conocidísimo por todo el Sur, donde era más popular que el mate cimarrón, sacudía al vuelo repetidas manotadas de saludo hacia casi todas las mesas del «restaurant», acompañadas de retumbantes «¿Qué tal, Fermín?», «¿Cómo te va, Manolo?», etc., que dominaban el rumor del tren en marcha, sin más variante que algún «usted» entreverando la granizada de «vos» que es sabido representa el tuteo argentino. Se particularizó, no obstante, con una mesa vecina y frontera a Daniel, en la que se sentaban cuatro caballeros algo más que maduros, a quienes Pedro Lafargue fué a dar sendos apretones de manos por su orden de importancia y méritos, que, vuelto a su asiento, con orgullosa satisfacción, clasificó ante sus dos comensales en la forma siguiente:

—Son cuatro categorías, cada cual en su género. Aquel flacucho de enfrente, con anteojos montados en oro, es el famoso banquero Wedel: un lince para ir al grano, aunque cegatón, y sin igual para husmear la presa gorda; tan sin entrañas en lo bursátil como liberal en lo privado; capaz de abrir en canal a su propio padre si se le cruzara en una especulación, sin perjuicio de erigirle después un real mausoleo. En materia rentística no hay quien le mate el punto; tenemos que sacarle el sombrero, y ¡vaya si se lo sacamos! ¡Con decir que en el último arreglo o conversión de

nuestros empréstitos se apañó, según cuentan, unos diez millones de pesos!...

—¿Y no se dice quién los perdió?—interrumpió José.

—Déjate de majaderías y antiguallas idealistas. El país nada perdió si la operación mejoró nuestra hacienda, y fué simplemente la casa bancaria la que dejó de embolsar esa comisión...

—El vecino de Wedel—continuó Pedro Lafargue con visible complacencia—es precisamente el ex ministro de Hacienda que decretó la importante operación en que aquel otro intervino, la cual no sería menos salvadora de nuestro crédito si, como se corrió entonces, también éste hubiera sacado tajada del negocio por el solo hecho de poner el visto bueno a su tramitación. Fué muy atacado después de la crisis por haber resultado millonario sobre el descalabro universal. Pero al fin todo se olvida y acalla, y he aquí al vilipendiado de ayer ocupando hoy una banca en el honorífico Senado de la nación...

—Sí—refunfuñó José—; todo pasa, y el provecho en casa...

—Te concedo—continuó Pedro—que algo de eso podría aplicarse al tercer comensal que nos da la espalda. Éste sí que es un chanchullo profesional, y de la clase mayor. Julián Decrés, descendiente colateral, según afirma, del célebre marino y ministro del primer imperio—algunos de cuyos vástagos degenerados arrastran hoy por el fango un apellido ilustre—, desembarcó en Buenos Aires a raíz de no sé qué malandanzas en su país.

Pronto apareció metido en veinte empresas, aprovechando la célebre «crisis de progreso». Pero muy luego ocurrió la otra, la verdadera, que no era de progreso, sino de regreso, de cuyas resultas el pescador de río revuelto quedó en seco, quebradas las costillas; quiero decir, con una mala quiebra a cuestas. Está visto, ¡gracias a Dios!, que no le basta a uno ser trápala para que todo le salga a pedir de boca... de tiburón. Sea lo que fuere, el tipo ha vuelto a levantar cabeza... o, como ustedes dicen, a «montar en su bestia»; tan es así que, recogido del suelo por un gran industrial, consiguió asociarse con él, concluyendo, muerto su bienhechor, por desalojar, o poco menos, a sus herederos. Y ahí lo tenéis pescando más que nunca en río revuelto, y no sólo en vías de edificar una segunda fortuna mayor que la primera, sino dando fiestas, a que acude nuestra gente de pro.

Ahora bien, amigos míos—prosiguió Lafargue mayor, quien al servirse el café había encendido un rico habano—: dicho y entendido lo que ustedes oyen, ¿sabéis quién es el cuarto comensal de la mesa, aquel señor calvo y obeso que nos da la espalda? Nada menos que el doctor Bermúdez, ministro de la Suprema corte y uno de los hombres más respetables de la República. Su presencia y promiscuación entre los citados, así como el hecho de ir todos juntos a la opulenta residencia campestre del primero en Ligh-Mahuida, donde, naturalmente, serán tratados por igual a cuerpo de rey, nos prueba bastante que el rigorismo moral no es de nuestro tiempo, ni menos de nues-

tra tierra. Sin echar, pues, la piedra al prójimo, dejemos que cada cual se las arregle con su elástica o rígida conciencia, ¡ni pretendamos desviar el curso de las cosas humanas, que, a intentarlo, no sacaríamos sino ser arrollados en su corriente!

Y, al terminar su resumen de filosofía práctica, el excelente producto franco-argentino de la inmigración simbolizó con una bocanada de su fragante monterrey esta legítima interpretación burguesa del *laissez faire, laissez passer.*

Durante dichos razonamientos Daniel había guardado silencio, como si no le interesaran esos juicios sobre personas y cosas muy exteriores a la órbita de su modesta existencia. No había tal, sin embargo; lejos de serle indiferentes, aquellas sentencias de moralidad vulgar—para no decir de ingenua desmoralización—penetraban en su espíritu para ejercer acción disolvente y tal vez obrar a su tiempo como móviles de conducta. Alzó la vista al oír que el joven Lafargue le dirigía la palabra, mientras su hermano estaba pegando la hebra con uno conocido suyo, sentado a su espalda, que le transmitía noticias poco halagadoras sobre inundaciones y cosechas. Con la fácil confianza de la juventud, y sin hacer aprecio de lo que antes dijera Daniel acerca del verdadero poseedor del billete aquel, le preguntó amablemente:

—Como vuelvo a París el mes que viene, y supongo que dentro de poco hará usted lo mismo, me interesaría, si no hay en esto indiscreción, saber algo de sus proyectos ulteriores, pues, en caso de establecerse usted allá, me agradaría sobrema-

nera estrechar los vínculos de simpatía formados esta noche, y que espero sean recíprocos...

Y sin reparar en que Daniel, algo embarazado, no le daba al pronto más respuesta que una sonrisa evasiva, el otro joven, poniendo, como dijera en francés (pues conversaban en esta lengua), «los pies en el plato», se puso a trazarle un plan de existencia por el modelo de la suya propia.

Este plan consistía en colocar su capital a rédito, con hipoteca bien saneada, sobre tres o cuatro fincas en Buenos Aires, que le darían fácilmente el 6 por 100 anual, o sea, sobre un capital de un millón de francos, una renta segura de 60.000...

—Yo—siguió explicando José—gasto algo más; pero los argentinos, aunque nos esforcemos por perderlo, algo conservamos siempre del «rasta» fantasioso y manirroto; usted, con aquella renta que digo, vivirá en París más confortablemente que nosotros con una doble... Habría otra solución, que sería la compra de campos para arriendo; pero ello es más complicado, y si me consultara usted me permitiría disuadirle...

—Pues de modo muy distinto pienso yo—declaró Pedro Lafargue, dándose vuelta e interrumpiendo su coloquio con el pasajero de las noticias tristes—: en lugar del señor, yo haría dos partes de mi capital, invirtiendo, si se quiere, una mitad en renta urbana, pero empleando en buena tierra la otra mitad. Con disponer de doscientos cincuenta mil pesos y no precipitarse, adquiriría fácilmente un par de leguas de rico campo para ga-

nadería y agricultura, por la región comprendida entre Las Flores y Laprida o el Tandil, a 40 ó 50 pesos la hectárea. Supongamos 50 hectáreas arrendadas a tres pesos; con el rédito urbano del capital restante, que daría otro tanto, se alcanzan fácilmente los 60.000 francos de renta que calculaba José; pero con esta diferencia: que el valor de los campos está todavía muy lejos de haber alcanzado su máximo y seguirá creciendo por la sola acción del «progreso», como dicen, y que yo, sencillamente, llamo la población...

Daniel escuchaba con una sonrisa algo esforzada aquellos cálculos alegres, fundados en un *quid pro quo,* pareciéndole por momentos, como al estudiante del *Fausto,* que «una rueda de molino le giraba en la cabeza». Se disponía a hacer cesar esta situación fantástica poniendo de una vez las cosas en su lugar, cuando se acercó un mozo de comedor para advertirles que necesitaban ceder la mesa al segundo turno. Se dirigieron, pues, a su dormitorio, bamboleando en los pasadizos de cinco o seis coches intermedios. Llegados a la puerta de su camarote, José, que había quedado atrás conversando un segundo con los notables, avisó a Daniel que el banquero deseaba sinceramente que le visitara en su estancia de Ligh-Mahuida. Daniel esbozó un gesto que, en francés, se traduciría así, descortésmente: «tengo otros perros que azotar»; y como no aceptara la invitación para continuar el palique, sabiendo que los Lafargue tendrían que bajarse en Las Flores a las dos o tres de la mañana, allí fué la afec-

tuosa despedida, quedando cada cual en su compartimiento. Daniel dejó abierta la puerta del suyo y, sentado en su cama baja, encendió un cigarro, esperando llamar el sueño, que, seguramente te, a esta hora temprana—apenas las diez—no se apresuraría a venir.

Por otra causa, más poderosa que la de la hora, había de mostrársele rebelde esta noche el bálsamo bendecido y aliviador de las humanas fatigas. Y era porque las pláticas recientes, agregando su influjo perturbador al de las insólitas impresiones acumuladas en los dos últimos días, tal conmoción nerviosa habían producido en el sobreexcitado organismo que, hâsta rendirse a su propio exceso, no conciliaría el descanso reparador. Por lo pronto, seguro como estaba—así creía, al menos—de poder reivindicar en cualquier momento el dominio íntegro y refrenador de su razón sobre su fantasía, experimentó una acre fruición, como quien apura una copa embriagante, en propinarse por una hora la sensación intensa de soltar el vuelo a la «loca de la casa», fingiendo realizado aquel cambio de fortuna, cuya visión, desde ayer, le perseguía con su irritante espejismo. Y, entre supersticioso e irónico, para que se operara más eficaz el encantamiento, quiso, según se practica en las artes mágicas, ponerse en contacto real con la materia del sortilegio. Sin plena conciencia del veneno sutil que acaso el contacto infiltrara en su ánimo, sacó, pues, de su cartera, y se puso a contemplar un minuto, el cheque del Banco de la

Nación: ¡el simbólico papel rosado y blanco que contenía una fortuna!

—Esta tira de papel—pronunciaba a media voz, como si el trepidante rugido del tren le incitara a materializar en sonido su pensamiento—vale más de un millón de francos. Suponiéndola mía por un momento, representa la realización del dorado ensueño que vanamente perseguí diez años entre trabajos y decepciones. Viene tarde para mi primer ideal de felicidad, no así para mi ambición de gloria. Con esto entro de veras a vivir mi vida, abandonando, tirados a mi espalda, como repugnantes y sórdidos andrajos de miseria, esas faenas degradantes y mezquinas que representaron hasta ayer mi humillada existencia de desterrado. Vuelvo a mi patria con 60.000 francos de renta sólida, inmune contra todo accidente, y que, dejando bien invertido el capital, no puede sino crecer como planta arraigada en buen terruño. Llego a París joven aún, aunque experimentado; sano y robusto, lleno de bríos; poseedor, no de una fortuna yanqui—de esas que avasallan o embrutecen a su dueño—, sino de la que corresponde al amplio bienestar francés, la que, asegurando la independencia y permitiendo al biennacido la frecuentación social de su agrado, basta para la satisfacción de todos los gustos finos y nobles. El mundo me abre sus puertas, ¡mío es el porvenir!

Y así continuaba desarrollando su plan de imaginada existencia, en ese estado de semialucinación consciente, que es el del artista, tan vivaz ahora para la ficción de lo futuro, como la vimos eficiente pa-

ra la evocación de lo pasado. «Realizábase» mentalmente, ya instalado en un lujoso apartamento de la ribera izquierda, en pleno París universitario y tradicional, lejos del *boulevardier* y exótico, al que apenas se mezclaría para los intermedios de «fiesta». Allá, por su caro barrio Latino y cerca del Luxemburgo, incomparable jardín puramente parisiense (en que vaga, tal vez, el genio obscuro, desalentado y pobre, que a él le fuera soberanamente dulce descubrir y proteger), se crearía un interior de comodidad y moderna elegancia, donde recibiría a unos pocos amigos selectos, dedicando sus otras veladas al arte o al placer. Después de emplear el verano en viajes pintorescos, o *villégiatures*, volvería a sus lares a fines del otoño, para consagrar al estudio y al esfuerzo mental las dos largas estaciones propicias, de noviembre a junio. Pero en su amplia sala de trabajo, repleta de libros, con vista alegre a parques y monumentos, sería donde, toda la mañana, de ocho a doce, condensaría en la elaboración intelectual toda su voluntad y energía, destilando gota a gota—a lo Flaubert—las dos obras literarias—una de historia crítica, otra de arte puro—que de años atrás había venido incubando en esa América tan refractaria a la belleza. ¿Alcanzarían sus fuerzas para realizar tan alta empresa? Se atrevía a creerlo así. Confiaba en que durante estos años de plena edad viril, libre de toda vil atadura material y bañado en aquel ambiente fecundo, se sentiría con la inspiración y el heroico vigor que crean las obras maestras. Entonces, quizá, vendría la gloria a iluminar su madurez, ya que no la conoció su triste

juventud... Y así envejecería, honrado, acaso aplaudido, sin duda arrimado al tibio rescoldo de un fiel y último afecto—casi olvidado, a tal distancia, del largo y doloroso error que hizo de su primavera un rudo invierno—, para ir a terminar la pacificada existencia en su rescatado castillo de Bretaña y cerrar sus ojos donde primero los abrió...

Así fantaseaba Daniel, ahora acostado en su sofá, convertido en estrecha y dura camilla, prosiguiendo en las tinieblas su ilusorio devaneo; el cual, a la postre, resultó tan sedante, con sus quiméricos giros, que el soñador despierto acabó por quedar profundamente dormido al sordo rumor de las ruedas sobre los rieles. Cuando de veras despertó era ya de día. Quedábale el vago recuerdo de haber soñado—sin duda en los últimos minutos—que estaba todavía en la playa fueguina de San Sebastián; recogía a dos manos unas enormes pepitas de oro, con que llenaba incesantemente el mismo canasto que no acababa de vaciar en un carro, el cual venía a ser luego un barco que, así cargado, en pocos instantes arribaba al puerto de Burdeos...

No bien abrió los ojos miró la hora a su reloj: iban a ser las ocho; así, el enervado organismo había exigido la noche entera, de un tirón, para descanso y recobro de su íntegra tonicidad. Ahora, bien repuesto y dispuesto, sentíase en «forma» para mirar de frente y resolver con relativa serenidad su angustiosa situación moral, en la que no habían dejado de ejercer influencia perturbadora—y quizá más de lo que él pensara—aquellos castillos en el aire de su reciente vigilia. Urgía adoptar la actitud definiti-

va, no estando probablemente muy remota la llegada a Huincul. Para cerciorarse de ello llamó al camarero, que empezó por abrir el postigo, mostrándole el cielo gris y el campo empapado : la lluvia, mansa y ensordecida por el tren, continuaba cayendo desde la víspera. A la pregunta de Daniel sobre el término de su viaje el sirviente soltó la risa.

—Acabamos de salir del Tandil.

—¿Cómo del Tandil?—preguntó Daniel.

—Sí, señor. Empezamos por llegar a Las Flores, donde bajaron sus amigos, con una hora de retardo. Allí el jefe de estación nos previno que, habiendo los desbordes del río Azul destruído varios terraplenes de la vía y hecho intransitable el trayecto entre dicho punto y el Azul, tendríamos que desviarnos hacia el Tandil y por el empalme de Vela a Olavarría—es el que estamos recorriendo en este momento—ir a tomar la línea de La Madrid y Pihué a Bahía Blanca. La vuelta nos cuesta cinco horas hasta Tandil y cuatro largas a Olavarría, donde llegaremos a las doce ; de ahí son otras cinco horas a Pihué, o a la estación Huincul, que tanto vale ; en cuanto a aquellos otros señores del departamento reservado, bajarán una hora después, a las seis de la tarde. Pero no se aflija el señor ; en el Tandil nos hemos provisto para el almuerzo...

—Me bastará por ahora—manifestó Daniel sin inmutarse—que se hayan provisto de café con leche, y vea si pueden servírmelo aquí...

Mientras le traían lo pedido salió al balcón abierto, que un cobertizo guarecía de la lluvia. Se anegaba el monótono paisaje de la pampa en un velo

gris que, a una cuadra, esfumaba los objetos y escasos accidentes del suelo. Apenas de trecho en trecho emergía del fondo algodonoso una tranquera, un palenque contra el corral, un techo negruzco, junto a un bosquecillo de duraznos o talas, en que hallaba escaso refugio algún ganado suelto; acá y allá, un hato de ovejas acurrucadas hacían espalda al temporal, hinchando bajo la humedad sus esponjosos vellones. Y estos ínfimos detalles de un cuadro de tristeza, que entrevistos así, a rápidas ojeadas, sólo producían en Daniel la impresión melancólica de toda naturaleza mustia y descolorida, eran los mismos que para algunos rurales experimentados, atentos, sin duda, a contemplarlos desde las ventanillas del tren, contenían amenazas, si no indicios de parcial ruina. Esta impresión fugaz, que le trajo a la memoria lo mismo que leyera tres días antes en la carta de Simón, devolvióle el sentimiento de su propio caso y fué como una punta de acicate en su carne viva. Despachado en cinco minutos su desayuno, mandó llevar el servicio para no ser interrumpido en su meditación. Y por cierto que si volviese ahora el locuaz camarero y fuera un tanto observador no reconocería en este rostro de facciones contraídas y casi trágicas al festivo y risueño de momentos antes: Daniel, en efecto, observaba como regla constante, propia de todos los enérgicos, el no revelar nada de su ser interior a las miradas indiferentes, mucho menos a las de subalternos.

Había cerrado su puerta, cual si previera que

en lo intenso de su introspección se le escaparían, en forma de monólogo, algunos jirones del discurso interno, que sólo él debía oír. Corrió, pues, el pestillo para «estar solo»; luego, sentado en el sofá y conservando armada delante de sí la mesita de desayuno, para acodar el brazo en que, a ratos, apoyaba la cabeza pensativa, se puso a estudiar, dolorosa y ahincadamente, el tremendo caso de conciencia que al principio se le presentara sencillísimo y que ahora, por efecto de satánicas sugestiones—que él no había llamado ni sabía conjurar—, le aparecía envuelto en tinieblas llenas de asechanzas. Y durante este patético debate interno de tres horas era tan profundo su ensimismamiento que apenas oía a intervalos el agudo silbido de la máquina anunciando la llegada a una estación; menos aún notaba el escaso movimiento de viajeros, que en esta víspera de Navidad, fiesta de familia en cada hogar, casi no bajaban ni subían.

Siendo cosa entendida y resuelta que no había tomado el tren sino para traer a Simón Puech el cheque correspondiente al billete premiado, adquirido con el dinero de aquél, y, por lo tanto, de su legítima y única pertenencia, primero se preguntó a sí mismo a qué se debía que tan clara noción hubiera venido obscureciéndose gradualmente en su espíritu. ¿Podía acaso atribuirse tal mudanza al carácter frágil o accidental del título de propiedad, o bien a la chocante desproporción existente entre ese ademán indeliberado, por no decir indiscernible, y las consecuencias enormes

que le prestara la casualidad? «No—contestábase una vez más y sin vacilación—; ¡fuera de aquí toda falacia vergonzante!» De lo primero no había que volver a hablar. La propiedad del billete en cuestión no era más incierta que la de cualquier otro, bien adquirido: pertenecía tan indiscutiblemente a Simón como si éste lo hubiera pagado por su mano, o, después de pagado por mano de Daniel, aquél hubiera entrado en ese instante en la agencia y recibídole del intermediario. No era, pues, en el espíritu donde la noción de la verdad se había perturbado, sino mucho más adentro, en la conciencia; y aquí era donde correspondía rastrear y sacar a la luz el espúreo concepto, para que su rechazo o su aceptación definitiva fuera un acto consentido y no un vergonzante equívoco. Sí, evidentemente, en ese repentón del azar, que brutalmente le arrancaba una fortuna para regalarla a ese otro, se revelaba una cruel ceguera, si no monstruosa ironía del destino. Para hacerla resaltar bastaba contraponer el efecto que en una y otra condición individual habría de producir el inesperado suceso. Dada la situación de modesta pero creciente prosperidad en que se hallaban Puech y los suyos, este golpe de fortuna no hacía sino adelantarle algunos pasos en su carrera; el colonizador se haría estanciero; compraría una casa en la ciudad; en lugar de llegar a ser rico en la edad madura, lo sería desde la juventud. No había de importar mucho más el cambio obrado por el dorado chaparrón, ni por su falta valdría mucho menos el ya bien acomodado

rural... ¡Qué diferencia, entretanto, con el caso de Daniel! Tal novedad significaría para él un contraste o vuelco tan brusco como el tránsito de la noche al día. Era una vida nueva la que empezaba; el reintegro del expulso en el estado de que le despojara el hado inicuo; ¡la subida—desde la penuria, la humillación, la obscuridad—a la abundancia, a la consideración, a la gloria!... Y de nuevo, en confuso tropel, volvían a porfía las visiones de la pasada vigilia, hoy más que nunca tentadoras, enseñando a Daniel, ya medio vencido, las delicias futuras al alcance de su mano y sólo separadas de la realización inmediata por un gesto imperceptible—menos aún, por una simple aquiescencia pasiva...

Llegado a este punto de su debate interno, parecióle a Daniel que se sentía opreso como si el aire faltara a sus pulmones. Abrió su puerta y, saliendo del coche, fué a apoyarse unos minutos en el balcón. El espectáculo nada había ganado en color pintoresco ni perdido en carácter tétrico, aunque empezaba a escampar el temporal. Pero él apenas miraba el monótono paisaje, absorto como estaba en sus cavilaciones. Parecíale por momentos hallarse en medio de una tabla tendida sobre el abismo, vacilando entre retroceder o salvar el temeroso paso... Y fué en este trance cuando creyó escuchar, subiendo de ese fondo del ser interior que se llama conciencia, esta misteriosa admonición: *Non furtum facies.* No hurtarás... ¡Ladrón! ¡Él, Daniel de Kergoët!... Sintió como un choque eléctrico, tan violento e inesperado, que

retrocedió instintivamente, sintiendo necesidad de volver a su camorote para recobrar sus plenos sentidos...

Intentó primero sutilizar consigo mismo sobre el carácter de la acción que cometería apropiándose aquel papel de Banco. La calificación del acto, en efecto, más que el acto en sí, secretamente consentido, era el simulacro contra el que se sublevaban a la par, así las raíces atávicas del caballero, como las fibras íntimas de su idiosincrasia; y todo lo que parecía subsistir del que hasta entonces pasara por un dechado de altiva probidad, era que todavía le horrorizase el nombre del delito, cuando ya se avenía con la idea de su ejecución. Pugnaba por demostrarse a sí mismo que no podía haber robo, ni siquiera defraudación, allí donde faltaba el despojo de la cosa. Siendo así que el daño sufrido por Puech se reducía a dejar de percibir una ganancia ignorada, toda la culpa de Daniel para con él, al no entregarle lo que en abstracto le pertenecía, pero que en realidad nunca había poseído, no pasaba de una infracción a la ley moral y a los deberes de la amistad. El perjuicio positivo que con ello padecía el comprador, desposeído sin saberlo, no superaba el valor de su billete inutilizado... ¡Oh!, a este respecto resultaría «generosa» la compensación, siendo el ánimo de Daniel dotar a su ahijada con el pico de cuarenta y tantos mil francos, excedente del millón. En suma, apreciadas fríamente las circunstancias del hecho, se reconocía culpable, si éste se consumara, de una falta vituperable contra el honor, de

una deslealtad, pero no de un crimen... En estas argucias y otras semejantes se debatía el desgraciado, asido en el terrible engranaje y forcejeando en vano por atenuar con sofismas, ya que no cohonestar con razones de verdad, el atentado que en su corazón ya tenía cometido.

Con todo, esta postura de delincuente vergonzante no había de persistir en él, ni cuadraba al descendiente de los jefes de clan, intrépidos corsarios bretones, que solían vivir desconociendo toda ley, pero, al cabo, rescatando sus excesos con su audacia. Puesto que él se decidía, en tan grave coyuntura, por el atropello de cualquier barrera, no quería, ante su fuero interno, encubrir más tiempo su fechoría bajo el disfraz de una excusa hipócrita: se sentía capaz de cometer tal vez una piratería, nunca una ratería. Había llegado el momento de sancionar prácticamente sus teorías sobre amoralidad privada y omnitolerancia social, asumiendo, con franco y deliberado albedrío, la entera responsabilidad de su conducta. Reaccionando, pues, contra aquella pasajera debilidad, tributo pagado a las preocupaciones ambientes, no vaciló en repudiar formalmente, a esta hora, todo lo que él, de muy antes, consideraba como puro convencionalismo farisaico. Y ello era nada menos que la veneranda armazón de principios y sentimientos altruistas que, durante dos o tres milenarios históricos, había servido para afirmar la victoria de la civilización sobre la barbarie, y mantenido las conquistas del progreso humano contra las vueltas regresivas de la animalidad. Ahora

bien: esta arca santa del decálogo social era la que, según el Daniel de ahora—discípulo de Nietzsche y próximo a poner en acto la doctrina que el maestro sólo había puesto en frases—, no representaba sino un aparato de cartón pintado, cubierto en todas sus caras de máximas edificantes, que los ingenuos aprendían piadosamente, en tanto que a los hábiles sólo servían de contraseña para combinar a mansalva sus artimañas. No era cierto, pues, que tales fórmulas correspondiesen efectivamente a reglas de conducta, ni que el mundo se rigiese por ellas, obedeciendo a preceptos de justicia y equidad; mucho menos que los actos buenos merecieran, en general, la reverencia del público y los perversos su vituperio...

Juzgadas las cosas por el único criterio positivo, he aquí los dos grupos desiguales en que cada nación se dividía: el de arriba, compuesto de una minoría de poderosos y patricios; el de abajo, formado por la innumerable multitud de trabajadores e ilotas dedicados al servicio de los primeros. Y cada grupo tenía su ley moral propia: la de los señores, que era un instrumento de gobierno; la de los esclavos, que era un estatuto de sumisión. Los hombres no se repartían entre buenos y malos, sino entre ricos y pobres, o sea entre martillos y yunques del taller universal. Se educaba a los niños enseñándoles que la sociedad honraba a la virtud, o sea al bien, y castigaba al vicio, o sea al mal; ¡falacias y subterfugios! Salvo rara excepción, los únicos culpados a quienes alcanzara la ley son los pequeños o incautos que incurren en

la torpeza de que se les sorprenda *in fraganti* o se asimilen a delitos pasibles del Código sus malos pasos. En realidad, criminales y delincuentes obstruían todos los peldaños de la escala social, tanto más impunes sus atentados cuanto más valiosos fueran y más encumbrados sus autores, pudiendo comprobarse que nunca jamás hubo un millonario en nuestros presidios... Por lo demás, no había necesidad de buscar, fuera del lugar ni del tiempo actual, ejemplos demostrativos de la tesis: bastaba abrir los ojos para encontrarlos patentes dondequiera; y, sin ir más lejos, en este mismo coche comedor, ¿no era anoche la mesa mejor servida y de todos envidiada aquella en que se sentaba el delito impune y se ostentaba el vicio triunfante? «Así las cosas—concluía Daniel—, de más está añadir que fuera desempeñar un papel de «dupa» resignarme a perder, en nombre de una supuesta ley moral universalmente burlada, la ocasión inesperada que a la mano se me viene de fijar con clavo de oro la rueda de la fortuna.» A tal conclusión arribaba su agitado examen de conciencia; y acaso, si pudiera penetrarlo, hubiera merecido la atención de un observador psicólogo el que durante este largo debate interno, en que tan a menudo volvía el nombre o la persona de Simón Puech, no surgiera una sola vez la imagen de Estela...

El aviso del almuerzo interrumpió la cavilación, si no es que le ponía punto final, habiendo el cavilador tomado ya su partido definitivo. Después de empalmar en la importante estación de Olava-

rría, donde bajaran los más de los pasajeros restantes, el tren se encaminaba a La Madrid, punto medio del trayecto a Pihué. Daniel, pues, encontró casi vacío el comedor y pudo elegir entre varias mesas disponibles. A los pocos minutos ocuparon la mesa vecina el «profeta» Wedel y sus tres anabaptistas. Saludos amables, seguidos de los previstos comentarios sobre el temporal ; la lluvia había cesado, pero las gotas oblicuas rayaban todavía el cristal de las ventanas. Como, no bien terminado el almuerzo, el obeso jurisconsulto se hubiera retirado para proceder a su siesta ritual, Daniel aceptó la invitación de ocupar el sitio de aquél y tomar el café con los notables. Wedel se mostró interesado por la ganga loteril de Daniel y le dirigió sentidas felicitaciones, que éste aceptó cortésmente y ya sin asomo de protesta. Con menos complacencia satisfizo a Decrès, que le preguntaba por su pariente, el general de Kergoët, como si aquellos recuerdos de familia le fueran por ahora importunos.

Volvió, al contrario, a escuchar con interés los consejos del banquero, quien, fuera de sus batidas financieras, conocía todas las formas posibles de emplear provechosamente el dinero en la Argentina, hallándose metido en estancias, colonias, fábricas, ingenios azucareros y diez empresas más. Con referencia al capital de Daniel, y siendo así que éste manifestaba la intención de establecerse tranquilamente en París, no vacilaba Wedel en aconsejarle desinteresadamente (aquello era para él un grano de anís), como hiciera Lafargue, la compra

de campos bien elegidos, con cuyo arriendo viviría cómodamente donde quisiera. Wedel prolongó gentilmente las explicaciones, instando de nuevo a Daniel para que le hiciera una visita en su residencia de Ligh-Mahuida...

Vuelto a su camarote, y faltando poco más de una hora para llegar a la estación de Huincul, según acababa de decirle el empleado, cruzó por la mente de Daniel esta reflexión: puesto que «aquello» estaba definitivamente resuelto, ¿qué objeto tenía ya esta parada, así como su visita a Simón Puech? No sin marcada repugnancia miraba ahora la perspectiva de pasar allí varias horas, quizá un día, aceptando aquella hospitalidad, compartiendo los cordiales agasajos de la familia, multiplicando las mentiras, eternizando, por fin, una actitud de traición que le vendría a ser un cruel suplicio... ¿No valía más pasar de largo hasta Bahía Blanca, donde tomaría el tren de regreso a Buenos Aires? Desde aquí escribiría a Puech, remitiéndole su fingido billete, junto con los regalillos aquellos, y explicándole por qué—hallaría un pretexto—no había podido realizar su anunciado viaje... ¡De repente, por natural asociación, el pensamiento de esta segunda carta proyectada le trajo a la memoria la primera, que tenía olvidada! Quedó embargado, como ante un relámpago anunciador del rayo que venía a estremecer, si no a desmoronar, su frágil y recién edificado castillo. Acaso en aquella carta, ¿no indicaba a Simón el verdadero número de su billete, el ganador? Y ahora estas cifras fatídicas—9090—creía verlas

destacarse fulgurantes sobre el obscuro tabique del camarote, a manera de aquellos caracteres presagiosos de la sentencia bíblica. ¿Cómo tergiversar un dato tan sencillo, y desmentirse a sí mismo, alegando un error tan poco creíble y hasta absurdo por lo extraño e inverosímil? ¿No era probable que, una vez despierta la desconfianza de Puech, y vista la importancia de la sospechada defraudación, éste procurase descubrir la verdad?... Felizmente, así en la lotería como en los diarios y demás conversaciones, tan vagamente se había aludido a una participación anónima, que nadie había parado atención en ello, tomándose en general por un subterfugio del ganador presente... Pero ¡Mauricio Bloch!... Por más que Daniel se encarnizara en reproducir de memoria los términos de su carta, no conseguía recordar ahora si había en ella pronunciado el nombre del «agenciero»... Ahí estaba el nudo obscuro de la cuestión. Si él había nombrado a Bloch, todo se descubría: en presencia del lío aquel, el primer paso de Puech sería escribir a Bloch, quien, por cierto, recordaría haber él mismo insistido sobre la verdadera atribución del billete número 9090... En caso contrario, podía todavía salvarse—aun «moralmente»—la situación, siendo muy improbable que le ocurriera a Puech, sin motivo alguno de recelo, entrar en averiguaciones y dirigirse para ello precisamente al judío, de quien apenas recordara... ¿Cómo cerciorarse de este punto capital? Bruscamente, en esta bruma de perplejidades, resurgió en su memoria aquella observación del empleado del

ferrocarril, relativa a la demora del correo. Sin que todavía atinara a precisar su alcance, esta simple eventualidad hizo vislumbrar un rayo de luz en su tenebrosa incertidumbre: reflejo siniestro, en todo caso, pues el infeliz descarriado a tan crítico reborde había descendido en la resbalosa pendiente, que con cualquiera tentativa suya para salvar el paso se veía empujado al abismo...

Eran pasadas las seis de la tarde cuando el tren llegó a Huincul. La lluvia había seguido raleando hasta parar del todo, a medida que se corría hacia el sudoeste, aunque permanecía cargado el cielo por el rumbo opuesto, en dirección al Salado y Buenos Aires, donde, sin duda, continuaba el temporal. Aquí mismo el último chaparrón sería muy reciente: en el aire y el suelo, húmedos, quedaban aún sin evaporar ni absorberse los charcos llovedizos, en las hojas de los arbustos temblaban todavía algunas gotas centelleantes de líquido cristal. Daniel bajó solo, sin ser sentido, en el diminuto y desierto andén. A todo evento se decidía, como al principio lo tenía pensado, a parar aquí, una noche o una hora, dejando por lo pronto en suspenso todo paso ulterior; lógica resolución que, fatalmente, le arrastraba hacia el callejón sin salida en que había de cumplirse su destino.

IV

Más que estación, era Huincul una simple parada, que luego fué suprimida cuando, a poco de abrirse el ramal de Saavedra a Alta Vista, dejaron de fomentarla los principales agricultores de la región. Regentaba la microscópica sucursal, con el título de jefe, un joven provinciano, de aspecto enclenque y algo jorobado, quien, sobre sus funciones propias, allí poco agobiadoras, acumulaba las de administrador de Correos, telegrafista, boletero, factor de cargas, etc. A todo atendía, asistido de un muchacho y dos o tres peones—que solían ser ocho o diez durante estas semanas de cosecha, en que las bolsas de cereales se apilaban a lo largo de la línea—. Enfrente de la estación, vía férrea por medio, formaban la población en cierne una fonda con posada, compuesta de cuatro o cinco viviendas ; una tienda-almacén-taberna (que todo ello implica el término «pulpería») ; una barraca y depósito de frutos ; por fin, algunos casuchos o ranchos diseminados—dos de éstos habitados, nombrándolos se-

gún su orden de utilidad: el uno, por dos gendarmes, de uniformes más herrumbrados que sus machetes; el otro, por un par de mozas criollas—de esas que Cervantes, sin propósito despectivo, llamaba «del partido». En total, un medio centenar de habitantes estables, comprendiendo una docena de matrimonios más o menos indisolubles.

No bien apeado, y apenas salido el tren, fué el primer acto de Daniel dejar su maleta en un banco de espera, contra la pared, y acercarse al jefe para informarse de Villa Estela y sus dueños, aunque no estaba todavía resuelta su visita.

—Ahí tiene usted precisamente—contestó el preguntado, enseñando a un mocetón parado a pocos pasos—al mensajero de don Simón Puech, que está desde hoy esperando la correspondencia... ¡ Pancho ! (llamando al peón, que se acercó y saludó con el sombrero). Francisco, el señor es relación de don Simón y quizá vaya con vos a Villa Estela...

—Está bien—manifestó Pancho, sin otra observación— ; saldremos en cuantito el señor disponga, después de recibir la correspondencia...

El jefe entró en su oficina con el peón, a quien seguía Daniel, muy interesado en el escrutinio. El primero separó de la valija la correspondencia para Puech y sus agregados: una docena de diarios y cuatro o cinco cartas, cuyo número apuntó en una libreta, y entre las que Daniel, con un estremecimiento que no pudo reprimir, reconoció la suya. Francisco hizo de todo un paquete, que metió en una cartera de cuero, pasándose al cuello la correa, en bandolera, después de cerrarla sen-

cillamente con un broche central y dos hebillas.

—Y ahora—consultó, volviéndose a Daniel—cuando el señor guste...

—Pero, amigo—objetó su improvisado patrón, con una sonrisa algo forzada—, ¡no piensa en lo que me propone! Dos leguas así, de sopetón, con la obscuridad que se nos viene, el tiempo que amenazá, quizá los arroyos crecidos...; y todo eso en Nochebuena... Desde luego, tengo que buscar caballo y montura; a más de que, se lo confieso a ustedes, si puedo librarme del galope, preferiría alquilar un sulky o un tílburi, cualquier birlocho...

—Eso podrá encontrarse—contestó el jefe—, pero no para hoy, y menos con regreso obligado a media noche. Al cabo, ida y vuelta son cinco leguas por bañados y pantanos...

Se hizo visible que estas razones no dejaban de pesar en el ánimo de Francisco, además, quizá, de no desagradarle la variante. Dirigiéndose al jefe:

—Últimamente, don Ciriaco—preguntó indeciso—, ¿qué le parece que debo hacer? Yo aquí, y los patrones esperando...

—Hombre—manifestó don Ciriaco—, si el señor te garante y a vos no te disgusta la partida... Fuera de que en la chacra, por el colono Bautista, que volvió allá esta tarde, habrán sabido el retardo del tren... Y a propósito, ¿cómo sigue de la vista don Simón?

—Dicen que mejor, aunque tiene siempre puestos sus anteojos obscuros y no sale de su cuarto...

—Así será, amigo Francisco—concluyó Daniel, con un tono de aparente indiferencia que distaba

mucho de traducir sus actuales impresiones— ; pero por lo pronto lo que le pido es que me ayude a llevar mis cosas a la fonda, donde conversaremos... ¡ Muchas gracias, don Ciriaco!... ¡ Ah ! Me hará el gusto de comer conmigo, ¿ verdad ? ¡ Hasta luego !

Y sobre una señal afirmativa y fórmula agradecida del modesto empleado, cuyos complacientes informes se proponía aprovechar, Daniel salió de la oficina acompañado del peón Francisco, que le llevaba la maleta. Cruzaron la vía y llegaron a la fonda «del Progreso» (por supuesto), que se alzaba a treinta pasos. Era una casa baja—como todas las de la población—, con su despacho de bebidas a la calle ; en seguida, el comedor, contiguo a las piezas de servicio ; por fin, cuadrando el patio, algunos cuartos para pasajeros, que solían estar todos ocupados en tiempo de cosecha y acopio de frutos. El posadero era un italiano coloradote, reluciente de grasa, que, sentado cerca del mostrador, en mangas de camisa—y éstas remangadas—, estaba a la sazón absorbido por una partida de brisca, que no interrumpió, dejando que la patrona, morocha activa y no antipática, atendiese a los recién entrados. Daniel tomó posesión del mejor cuarto, que amueblaban una cama de hierro, un lavatorio de hojalata esmaltada, con un espejo del ancho de la mano, una mesita central y dos sillas ; luego designó para Francisco la pieza contigua, algo más pequeña, y que comunicaba con ésta, fuera de su propia puerta al patio. El peón aceptaba estos arreglos con esa pasividad criolla, que le haría acostarse entre los cortinajes de un palacio con la misma indiferencia

que sobre sus jergones en el galpón vecino. Puestas encima de sus respectivas camas la maleta de Daniel y la cartera de Francisco, aquél (habiéndose asegurado, sin atenerse a las protestas de la huéspeda, de que corrían las cerraduras de las puertas exteriores) llamó a conferencia a su improvisado escudero. Era éste un paisanito buen mozo y bien plantado, que no carecía de garbo agreste en sus calchas domingueras ; chaqueta obscura y bombacha igual, metida en la bota, al cuello el infaltable pañuelo de seda punzó y ciñendo el talle el ancho tirador de cuero recamado :

—Bueno, Francisco—díjole, afectando jovialidad campechana y agregando al tuteo algunos giros locales para asimilárselo mejor— ; estás franco hasta mañana temprano, en que a primera hora te largarás para Villa Estela, solo o conmigo, según que encuentre o no un carruaje de alquiler. Podés cenar aquí o donde quieras : yo pago—. Y después, con sonrisa indulgente : —No te faltará donde pasar el rato y hacer tu «Nochebuena», diablón...

—Seguro que no falta dónde cuando hay con qué—murmuró el bellaco con socarronería gauchesca— ; ahí no más, en el negocio, hay «runión» con baile ; pero en este fin de mes anda uno medio águila y no hay que pensar...

—Tomá, buena pieza—dijo Daniel, sacando un billete de a diez— ; que sea mi regalo de Navidad. Pero ¡ cuidado con emborracharte, y sobre todo pelar el cuchillo !...

Ya iba volando Francisco hacia su farra ; pero Daniel dejó pasar unos minutos, hasta asegurarse de

que la marcha era de veras. Entonces entró en el cuarto del muchacho, vagamente alumbrado por el reflejo crepuscular; tomó la cartera de la correspondencia, que puso sobre la mesa, y después de desprender las dos hebillas, apoyó el dedo en la cabeza del broche que se abrió; sacó las cartas de su división especial, aparte de los periódicos, y de una ojeada reconoció el sobre de la suya, con la dirección escrita de su mano. Sin más por el momento, volvió a poner las cosas en su lugar, cerrando la cartera y dejándola donde estaba: se había cerciorado de lo que necesitaba saber para proceder oportunamente.

Hecha esta averiguación, salió luego a rondar por el ralo y chato rancherío, cuya prosaica miseria, hija de la vagancia y dejadez, aparecía, al caer de esa tarde de verano, más lúgubre cien veces que la tristeza de la pampa comarcana en su misterio de melancólica monotonía y silenciosa inmensidad. Sentíase oprimido el corazón como bajo el peso de un grave infortunio, cuya causa se abstenía de indagar, temiendo quizá descubrirla en el primer resquemor del acto premeditado. Para un alma noble, en efecto, tan contranatural resulta un ambiente de insólita ignominia, que pronto se le torna irrespirable. Así le pasaba a Daniel; uniéndose ahora a su interno desamparo la tétrica correspondencia de las cosas, llegó a serle intolerable esta impresión de universal abandono. Y, sin confesarse a sí mismo que acaso tuviera la soledad menos parte en su angustia que la mala compañía de sus pensamientos, regresó maquinalmente hacia la embrionaria po-

blación, deseoso de escuchar voces humanas, aunque sólo profiriesen trivialidades.

Eran las ocho; la noche había cerrado. Ya estaba allí, esperándole delante de la fonda, su tímido y humilde convidado, a quien Daniel hizo fiestas como a un viejo amigo. Instantánea y provisionalmente, su nube negra se había disipado. Se sentaron a la mesa, bastante aseada, y en la que, gracias a la buena calidad de la materia prima—huevos, patatas y cordero asado—y a su preparación natural, comieron «opíparamente», según certificaba Ciriaco. Estando tan cerca la colonia de Pihué, era imposible que, al amor del lejano terruño, algunas gotas de legítima cepa francesa no se hubieran infiltrado alguna vez hasta Huincul. La huéspeda, en efecto, decididamente simpática, desenterró dos botellas de Espalión (vinillo célebre en el Rouergue), con cuyo estímulo, tal se le alegró la pajarilla al enteco ferroviario que, soltándosele la lengua, abundó en expansiones personales—sin duda represadas durante meses de mutismo—, de las que no pocas resultaron extrañamente interesantes para Daniel y, por cierto, bajo una faz inesperada.

Sencilla y descolorida era la breve historia de Ciriaco Jiménez, que él refirió con candor, contestando a las distraídas preguntas de Daniel. Nacido en Córdoba, de madre indigente, sin haber conocido a su padre, y educado de gracia, hasta el bachillerato, en el colegio de Montserrat, había cortado sus estudios a los veinte años para venir a Bue-

nos Aires a correr la suerte literaria, la que para él, huérfano no desprovisto de talento, pero sin arrimo extraño ni energía propia, consistió en una negra campaña de bohemia famélica. Por un senador platense, a quien corrigió las pruebas—y algo los originales—de cierto folleto sobre los desagües de la provincia, había conseguido el empleo modestísimo con que, de tres años a esta parte, conjuraba el espectro del hambre en esta recién habilitada estación de Huincul. Y mientras el pobre narrador —que, por otra parte, se expresaba con facilidad y casi elegante corrección—desenvolvía así su cinta de calamidades, no dejaba Daniel de comprobar en la melancólica biografía algunos aspectos de la suya propia, por cierto bajo formas y accidentes mucho más infelices y lamentables.

Con todo, muy lejos estaba Daniel de sospechar lo que luego iba a descubrirse, a saber: que, por una extraña coincidencia, los destinos de ambos malandantes presentaban, además de aquellas semejanzas superficiales, un punto de contacto real e íntimo, si bien en el caso de Ciriaco no había pasado el amoroso achaque (de esto, en efecto, se trataba) más allá del idealismo quijotesco. Ocurrió, pues, que a los postres (carne de membrillo y queso del Moro), como Daniel, ya entrado en confianza, aludiera, sonriendo, a las hambreadas sentimentales que, sin duda, el joven estaría pasando en estos yermos—a la edad en que el corazón vibra de todo, hasta del viento, como arpa eólica—, su convidado, algo encogido al pronto, bajó los ojos y guardó si-

lencio unos segundos. Pero luego alzó la vista hacia Daniel y, no pudiendo, al parecer, resistir más la tensión interior, le preguntó con voz apagada y trémula:

—¿Conoce usted personalmente a doña Estela?

Fué tal, a esta pregunta, la sorpresa de Daniel, que apenas logró disimularla; movió negativamente la cabeza—que era la mentira reducida a su mínima expresión—, obedeciendo con ello, no tanto, quizá, a un instinto de prudencia, cuanto al deseo de no perturbar en su libre desahogo las confidencias que se anunciaban. Se desbordaron, en efecto, de aquel alma tímida y reconcentrada en sí misma todas las efusiones reprimidas durante dos años de culto secreto y mudo: palabras de amor no pronunciadas, mensajes nunca recibidos por falta de mensajero, lágrimas ni una vez enjugadas por la mano de quien las hizo correr...

De más está decir que de esta adoración perpetua o chifladura a distancia, tanto supo el objeto de ella—si algo no adivinó, sin parar mientes en la nadería—como de la de Don Quijote su Dulcinea. Saltó la primera chispa, según referencia de Ciriaco, dos años antes, en la estación, durante una media hora en que estuvo la señora de Puech con su niñita esperando el tren de Bahía Blanca. No tuvo a menos conversar bondadosamente con el respetuoso empleado, que había recogido para ella, y le brindó, en un ramo de dos o tres pesetas, todas las flores del vecindario, mereciendo en recompensa besar a Nielita en la pura y satinada frente. Pero el año pasado fué cuando estalló el voraz incendio,

con ocasión de una quincena de convalecencia que, después de un accidente profesional, logró Ciriaco disfrutar (¡ horas inolvidables !) a pocas cuadras de Villa Estela, en casa de un colono amigo. Habíale doña Estela mandado cuidar con tanta solicitud, atendiéndole personalmente ella misma algunas veces, que el agradecimiento del infeliz había tomado la forma y proporciones de un verdadero culto. Por lo demás, su libro de amorosas memorias apenas contenía en sus páginas escritas algo más que exaltados monólogos, reduciéndose los diálogos o duetos (fuera de aquel único «intermezzo») a las frases de amable cortesía cambiadas durante las espaciadas visitas de Ciriaco a la chacra, o en las, más raras y cortas aún, paradas de Estela en la estación. Y tampoco le faltaba al místico «suspirante» su escriño de recuerdos materiales en que guardaba, cual joyas preciosas, un guante de su ídolo, olvidado en un asiento, alguna flor caída del seno o del cabello, tarjetas en que Estela agradecía el envío de un libro o de una pieza de música para Niela, con fórmulas más cumplimenteras que amistosas. Tales eran las inapreciables fruslerías que, según confesión ingenua del mismo amador platónico, constituían su sagrado relicario, evocando cada cual —¡ eterna y envidiable puerilidad de la pasión profunda !—su circunstancia propia, a modo de una estación inolvidable del vía crucis sentimental. Y Daniel, al escuchar, entre conmovido e irónico, aquel himno fervoroso alzado a la mujer que él había conocido y amado en el esplendor de su juventud, y teniendo muy presente, por otra parte, la desencan-

tada impresión que de su aspecto recibiera Mauricio Bloch cuatro años antes, experimentaba un extraño sentimiento de curiosidad, que, afectando indiferencia, expresó con esta pregunta:

—Pero, dígame, Don Ciriaco: sin que pretenda con esto marchitar una sola de sus ilusiones, ¿no olvida usted un poco que se trata de una señora casi madura, pues habrá pasado de los treinta años, siendo madre de una niña de ocho o nueve? ¿Será verdad tanta belleza, y no entrará por algo en su lírico entusiasmo lo que Stendhal llamaba la «cristalización», o sea la deificación imaginativa?

—Le afirmo a usted—contestó el joven con un acento de convicción comunicativa, como nacida, no sólo de una absoluta sinceridad, sino de la más confiada exactitud en el juicio—, le prometo desde ya, que si llega a conocer mañana a doña Estela compartirá mi admiración, sin que en ello necesite participar el sentimiento. La belleza de esa mujer adorable habrá sido, sin duda, más fresca y deslumbrante en su brillo primaveral: jamás ha podido revestir un carácter de tan seductora e inefable serenidad como ahora la experiencia de la vida y acaso el dolor le han impreso; es un diseño de incomparable artista grabado en una lámina de oro. Y si alguien creyere que su perfección es la del pálido mármol y su pureza la del hielo cristalino, será porque nunca pasó una hora cerca de Estela y no pudo apreciar su gracia soberana, los rasgos de su talento y razón, los dulces reflejos de su nobleza y bondad, no sé si diga contrapuestos o armónicos a sus vehementes protestas contra toda injusticia... Y

este incomparable conjunto—continuó Ciriaco con voz más sorda, tras una breve pausa—tanto más resalta en ella, cuanto que forma un contraste chocante con la espesa vulgaridad intelectual y moral de su marido: esa sórdida avaricia e inhumana rapacidad que le han permitido apañar en menos de diez años, y dentro de su reducida esfera, una fortuna que pasa ya de cien mil pesos, explotando a tantos colonos infelices o lanzándolos de sus lotes arrendados, aunque quedaran al campo raso sus familias...

¿Cómo se explica esa unión?—prosiguió con exaltación creciente—; ¿cómo ha podido semejante tesoro ir a parar en manos tan indignas? ¿Acaso en el pasado de Estela habrá una tragedia íntima, algún supremo holocausto de sus sentimientos en aras del amor filial, que le hiciera sacrificar al bienestar ajeno la propia felicidad?... Sea de ello lo que fuera—concluyó Ciriaco, después de cierta hesitación repentina que le hizo bajar más la voz—, amo a esa divina criatura, no digo sin esperanza, que, dados mi desgracia personal y este ínfimo estado mío, hasta decirlo parece absurdo y burlesco, pero sin aspirar siquiera a que sospeche jamás mi pasión oculta: me basta tenerla de ideal, como un ser superior cuya vista es mi gloria, y cuyo aprecio, si algún día lo mereciera, sería el orgullo de mi existencia y el rescate de mi poquedad... Perdóneme estas expansiones involuntarias, que a nadie nunca hice ni pensé hacer, y que hoy no sé qué secreta e irresistible simpatía me impele a confiar a un desconocido. Pero, ya que he empezado, concluiré sin

temor al ridículo. He consagrado a Estela mi existencia obscura—así en lo más pequeño como en lo más grande—, si algún día feliz se me brindara la ocasión. Tengo puesto entre mi ropa y papel de cartas un «sachet» de Ilang-Ilang, su perfume favorito, para respirar siempre su recuerdo, y ello, sin duda, tiene mucho de pueril o afeminado; pero también sabe Dios que estoy pronto a dar mi vida por ella; y creo que eso sería una ofrenda viril...

Daniel había escuchado con cierta emoción estos acentos románticos, que le traían ecos de sus antiguas adoraciones. Extendió su mano hacia Ciriaco y, sin reflexionar en que este impulso poco se avenía con las correctas doctrinas nietzschenianas, apretó la del joven con verdadero afecto, diciéndole:

—Es usted un buen muchacho.

Y sobre esto, tomado el café y encendidos los cigarros, salieron al raso, a dar el paseo de digestión. No hablaron durante algunos minutos, teniendo cada cual, según se expresa Dante, «bastante coloquio consigo mismo». Para Daniel, dos impresiones muy distintas, aunque no contradictorias, subsistían dominantes, como desprendidas de las palabras recién oídas: la primera, que se refería a Estela, era un deseo ardiente (que él tenía por mera curiosidad) de volverla a ver, aunque sólo fuera unos minutos; la segunda atañía a Simón. Combinándose para Daniel el juicio hostil que acababa de oír con un inextinguido, aunque no confesado rencor que en su alma dormía, resultaba borrarse en su espíritu prevenido los últimos escrúpulos que acaso le quedaran, como si—por una inconsecuencia fla-

grante, que sólo ante su extravío pasara inadvertida—en la premeditada expoliación aquella, pudiera quedar el marido separado de su mujer, a quien igualmente despojaba. En cuanto a su otra inconsecuencia, o falta aparente de lógica, en la tocante a su gesto reciente con Ciriaco, bastaría, para explicarlo, decir que Daniel no estaba todavía tan reñido con la pasión y el lirismo que un arranque generoso y bello le dejara indiferente. Pero debe observarse además que, por un fenómeno psicológico digno de estudio, no parecía sino que en esta compleja y rica idiosincrasia, se hubiera localizado la presente aberración moral en el solo punto atacado de codicia, quedando inmune de contaminación el restante caudal de ideas y sentimientos.

Habían andado dos o tres cuadras en el tibio ambiente de la noche de verano, todavía sin estrellas, pero cuya obscuridad algo palidecían «dos maravedís»—diría Quevedo—de luna menguante que se adivinaba tras el nublado menos opaco. Al revolver sin rumbo por los alrededores, vinieron a encontrarse delante del almacén y pulpería, de donde se escapaban los rasgueos de una guitarra.

—Ya debe de estar en pleno zapateo el baile de Nochebuena—dijo Daniel—. ¿No quiere que echemos un vistazo?

Se acercaron a la casa hasta penetrar en el despacho que daba al «salón de baile», el cual no era sino la misma sala blanqueada a cal en que diariamente bebía, jugaba y fumaba la mezclada y gritona concurrencia de paisanos y colonos. Para la circunstancia habíase habilitado el recinto, desocu-

pando de mesas el espacio central y formándosele marco movible, a ambos lados, con dos docenas de sillas alineadas contra la pared y a la sazón ocupadas por el bello sexo «huinculino», joven, maduro y estacionado. Los colores chillones de los vestidos y cintajos no cuadraban mal a ciertas caras morochas, con ojos y cabello de azabache; y parejas había, ya sueltas en el castañeteado y clásico gato, ya formando cuadrilla en un solemne pericón, que por su garbo en los pases o su gracia en el zapateado merecían de veras el jaleo con que las festejaba la mosquetería. Terminada cada pieza, moza y galán, graves como en misa y cual desconocidos el uno al otro, se daban la espalda en el mismo sitio, ella ganando sola su asiento, él, dirigiéndose al fondo, donde le estaban llamando las mesas de juego y brebaje. Entretanto, el guitarrista, sentado en primera fila, aprovechaba el descanso, durante el entreacto, descruzando las piernas y dando un par de besos al frasco de ginebra o anisado. Al tiempo que se colaron en el baile nuestros dos mosqueteros estaba precisamente Francisco empeñado en un cielito «de mi flor», de cuya «relación» salió tan airoso, que no bien echada, corrió en recompensa a juntarse de nuevo a su grupo de jugadores de naipes, donde al rato se le vió enfrascado en una partida de truco. Daniel, que había seguido sus movimientos, se volvió hacia Ciriaco y, viendo la hora en su reloj—eran las diez y media—, le propuso retirarse, a lo que el otro accedió con gusto, pues sólo quedaba allí por cortesía. Salieron. Como iban acercándose a la posada, Daniel preguntó a su

compañero si podría facilitarle un pliego de papel blanco, tamaño de carta, sin membrete ni cifra alguna. Ciriaco sólo le pidió un instante para ir hasta la estación ; volvió al punto, trayendo un cuadernillo, y se separaron hasta la mañana siguiente.

Daniel se dirigió a su cuarto, después de pedir a la regocijada mesonera que le mandara allí una taza de té bien caliente y una lámpara de petróleo, además de pluma y tintero, pues tenía que escribir. A los cinco minutos estaba sobre su mesa lo pedido. Ya no había que deliberar : el tiempo urgía para efectuar sin estorbo posible la pequeña operación que tenía premeditada ; después habría espacio para las últimas reflexiones, si se imponían. No bien hubo quedado solo, fué Daniel al cuarto de Francisco, puso el pasador a la puerta del patio y, abriendo la cartera de la correspondencia, sacó su carta de Buenos Aires, sellada por el correo, y la llevó a su mesa. Allí, después de cerrar también su puerta, pero sólo con llave, destapó la tetera, expuso con precaución el dorso del sobre, por su centro engomado, al vapor del líquido. Al poco rato vió que se desprendía por sí solo el cierre ablandado ; entonces retiró su carta, que desplegó y dejó sobre la mesa, junto al sobre abierto. Garantido ya el éxito de su artimaña, podía ahora meditar unos minutos sobre el mejor sesgo que debía darle. Casi seguro estaba de no ser perturbado, quedando Francisco probablemente enredado por un buen rato en su holgorio y no pudiendo, en todo caso, entrar sin que él le abriera.

Desde la hora en que, llegado a Huincul, adqui-

rió Daniel la certeza de estar aquí su carta a Simón Puech, con la seguridad de tenerla a su disposición cuando y como quisiera, estuvo indeciso respecto del uso que de ella haría. A su vez, esta determinación se ligaba a su propósito, todavía vacilante, acerca de la visita a Villa Estela. Si ya no hacía cuestión para él la apropiación del billete premiado, ni quedaba en su espíritu la menor duda sobre la próxima realización de sus planes de vida parisiense, sentía crecer por momentos su desvío por una entrevista con Puech. Hablando más claro: experimentaba una repugnancia invencible a encontrarse con aquél, en su propia casa y obligado a desempeñar, para su engaño y detrimento, un degradante papel de falso amigo e hipócrita. Ahora bien: si, como se dijo, las acusaciones recientes de Ciriaco contra la ruindad y la avaricia del chacarero eran parte a desvanecer cualquier vestigio de escrúpulos en Daniel, no llegaban los extravíos de la pasión a ofuscar su lucido criterio hasta ocultarle que todos podían vituperar a Puech menos él, que le defraudaba, haciéndose rico a sus expensas.

Si, pues, dado el declive del camino a que había descendido, nada podía moverle a desistir de su criminal empeño, ya consentido por su conciencia; siquiera, novicio aún en la infamia, retrocedía ante el colmo de cinismo y abyección que importara el recibir la hospitalidad del hombre a quien vendía, y sentarse en su mesa después de darle el abrazo de traición. No iría, decididamente, a Villa Estela. Pasaría de largo, sin necesidad de pretexto alguno, no habiendo aquí dicho su nombre a nadie, no más

a Ciriaco que al posadero, que tampoco se lo había pedido.

Así, tomado su partido, que tenía por definitivo, y siendo indispensable modificar su carta en lo que al billete premiado se refería, ¿qué forma de enmienda era la más eficaz, dado el caso de no hallarse él presente para completarla con el comentario oral? Primero pensó ser suficiente una corrección de la cifra final en la misma carta, como la hizo, efectivamente, bastando añadir un rasgo o cola al o para hacer de él un 9 perfecto. Pero, volviendo a leer atentamente las dos frases esenciales, hallábalas ahora insuficientes. Además de corregir el número del billete atribuído a Puech, que en lugar de 9090 debía ser 9099, consideró necesario indicar allí mismo que el primero era el de Daniel, insinuando así lo fácil de la confusión con el hecho de precaverla. Por fin, también miró conveniente adjuntar a la carta el supuesto billete de Puech, o sea el número 9099. En conclusión, he aquí el texto de la carta que escribió en el papel de Ciriaco y resolvió substituir a la primera, también de su puño y letra, siendo ambas idénticas en su principio y conclusión:

«Buenos Aires, 21 de diciembre de 189...

Mi querido Simón:

Esta mañana, tan pronto como recibí tu carta, con el papel de $ 100 moneda nacional a ella adjunto, fuí a cumplir tu encargo, comprándote un medio billete de la lotería del millón que se juega mañana 22. Por la misma ocasión, aunque tampo-

co cultivo el vicio, pero contagiado de tu mal ejemplo, pequé en un medio billete de la decena anterior, pues de la misma ya no quedaba. Mi número es 9090; el tuyo, 9099. Me ha parecido más regular, por varias razones que no se te escaparán, además de comunicarte inmediatamente lo hecho, incluirte, como lo hago hoy mismo, víspera del sorteo, el mismo billete tuyo. En caso de sacarte algo tienes tiempo sobrado para cobrar el premio por tí mismo o por un apoderado, pues la administración concede para el pago hasta ocho meses de plazo. Con el sobrante de los 100 pesos (y una friolera más) he comprado el bonito bebé-Jumeau que también me encargabas para mi querida ahijadita, cuya belleza sólo conozco por retrato, así como me entero de su precoz inteligencia por la carta que me mandaste. Para que la muñeca no se aburra y llore viajando sola le he puesto cerca unos confites.

No deja de tentarme tu invitación para ir a pasar con ustedes las fiestas de Navidad; y no sería difícil que fuera yo mismo el portador de la encomienda. Todo depende del sesgo que tome aquí entre hoy y mañana un pequeño asunto mío que quizá me lleve a esos parajes.

Con afectuosos recuerdos para Estela y besos para Danielita, y deseando mejores de tus ojos, recibe un cordial abrazo de tu viejo camarada

DANIEL KERGOET.»

Escrita esta carta, quiso, antes de doblarla, volver a pesar sus términos. La dejó, pues, sobre la

mesa junto a la primera y cerca del sobre sellado por el correo, el cual, vuelto a cerrar, debía servir hasta su destino. ¡Su «destino»! La palabra volvía a su oído con algo de fatídico. ¿Acaso en lo escrito bajo este mismo sobre, no estaba también marcado el destino del escritor? Llegado el momento del hecho irreparable, vacilaba todavía, por más que parecieran revelar lo contrario sus actos y palabras desde la víspera. Por última vez se detenía, angustioso y perplejo, ante el gesto decisivo que iba a cortar el vínculo que unía al hombre de ayer con el de mañana. Esta carta, llevada por el mensajero y entregada a su destinatario, fijaba irrevocablemente la actitud futura de su autor: era el *alea jacta est* que le clasificaba sin vuelta ni remisión.

No se percibía ruido alguno en la posada, estando, sin duda, recogidos o en holgorio de Nochebuena sus pocos habitantes. En medio del silencio nocturno, aunque a tales horas nada tuviera de insólito, sentía Daniel destemplado su sistema nervioso bajo una impresión de angustia y pavor. Hubo un momento en que, habiéndose acercado a la jofaina para lavarse los dedos manchados con tinta, le horrorizó la expresión siniestra de su rostro visto en el espejo. Y nuevamente, con el alma presa de inquietud invencible, se puso a dar, en este cuarto de posada perdida en un despoblado pampeano, el mismo paseo agitado y febril que dos días antes en su vivienda de la populosa ciudad. Finalmente, cansado de cavilar, tan avanzado como estaba en el fatal camino, después de todo lo dicho y hecho en los últimos días, y mirando ya imposi-

ble detenerse—aunque quisiera, que no era el caso—en el despeñadero, ¡cuánto menos repechar su pendiente!, prefirió abandonarse con inerte fatalismo y dejar que cualquier influjo externo surgiese a mover su albedrío...

De repente, golpearon rudamente en la puerta del cuarto de Francisco, al mismo tiempo que de afuera forcejeaban también en la cerradura del de Daniel. Éste—tal era su exaltación nerviosa—se estremeció, y alzándose tan bruscamente que dió con la silla en el suelo, preguntó con voz alterada:

—¿Quién es?

—Yo soy, señor—respondió desde el patio el peón Francisco, evidentemente atortolado por el estruendo; y seguidamente, como encontrando tras quien repararse, agregó:—Está también el mozo, que viene a buscar la tetera...

—Un momento—refunfuñó Daniel, más calmado—, ya voy a abrir...

Dobló precipitadamente su carta recién escrita y, juntándola con el billete, la introdujo en el sobre, que volvió a cerrar después de humedecido con saliva. Corrió luego a meterla en la cartera, que en la prisa dejó abrochada a medias; de pasada había descorrido el pestillo de aquella puerta; por fin, acercándose a la suya, la abrió, mostrando cara de perro al mozo de la fonda, que se llevó sus cachivaches. Entonces, ostentando enojo, más fingido que real, la emprendió con el «farrista», que despedía tufos de alcohol a cuatro pasos y traía la oreja baja de quien ha de dejado en el tapete sus últimos centavos:

—Aquí estás, perdido. Ya sé que te recoges temprano porque te han pelado en el monte. Bueno, ¡a la cama!, y no me despiertes con tus ronquidos.

Francisco pasó a su cuarto; pero, apenas entrado, volvió a presentarse con aspecto cariacontecido:

—Señor—exclamó desde la puerta—, alguien ha revuelto la cartera...

—¡Ah! sí, ya sé—dijo Daniel, con tono indiferente—: yo saqué un diario para leer. Pero lo he vuelto a poner adentro; podés darte cuenta de que no falta nada...

Al cuarto de hora, cerrada la puerta de comunicación, Francisco roncaba... como un «peón», mientras el atribulado Daniel, que había tenido la precaución de deslizar debajo de su almohada su revólver junto a su cartera—como quien pone a la una el resguardo del otro—, perseguía vanamente, en su bolsa de nueces bautizada colchón, el sueño, que volvió a mostrársele rebelde hasta las dos o tres de la mañana. Así y todo—o por eso mismo—, estuvo en pie a las siete, teniendo que recordar al remolón de su escudero. Vestido en un santiamén, se desayunó con un abundante café con leche, mientras arreglaba a puñetazos su valija; luego se dirigió a la estación a renovar conocimiento con Don Ciriaco. Éste le tenía ya contratado un tílburi. —allí presente—no muy desvencijado, que iba tirado por un cuartago de regular estampa y manejado por un muchachón criollo que vendía alegría y salud; por diez pesos, las tres piezas, vehículo, caballo y cochero, quedarían todo el día a su dis-

posición. Daniel aceptó el arreglo, para el caso de realizar su visita, aunque no cerró trato por no tenerla todavía resuelta. Con todo, pareciéndole, lo mismo que al jefe, poco justificada una nueva demora de la estafeta hasta la llegada, siempre incierta, del tren diurno (el cual, por otra parte, había de traer muy poca correspondencia), Daniel despachó a Francisco con los regalillos aquellos, pero sin agregarles ningún mensaje verbal para Villa Estela.

Poco antes de las nueve sonó el timbre de Pihué, avisando la llegada del tren que, veinte minutos después, paraba en Huincul y salía al poco rato, no habiendo traído pasajeros, y sólo algunos bultos comerciales con dos o tres cartas y otros tantos periódicos. Una de las cartas venía dirigida a Simón Puech ; y Daniel, que por cierto asistía al escrutinio de la corta valija, hecho sobre la mesa del jefe, no pudo contener un brusco movimiento al leer en el sobre este membrete : *Mauricio Bloch, comisionista.* Don Ciriaco, sin fijarse en ello, le preguntó sencillamente, como a persona de confianza :

—En el caso de ir usted allá, ¿tendría inconveniente en ser portador de esta carta?

Daniel guardó silencio unos segundos, como irresoluto ; luego, habiendo tomado su partido :

—Me decido por la visita—contestó amablemente—, y transmitiré sus homenajes a la señora de Puech. En cuanto a la carta—agregó con una sonrisa, cuyo mefistofelismo sólo él podía medir—, tendré verdadero gusto en llevarla ; como que, no sólo

soy amigo del que la envía, sino que casi podría decir lo que contiene...

Se despidió de don Ciriaco: ¡hasta la tarde! —pues éste no podía a esta hora abandonar su oficina—, y subió en su tílburi, dirigiéndose a la fonda para recoger su maleta. Allí pidió otra vez una taza de té y, encerrado en su cuarto, repitió en el sobre de Bloch la operación de la víspera y con igual éxito. Abierta la carta, que era visiblemente una copia en papel carbónico del ejemplar impreso a máquina, leyó estas líneas escritas en francés:

Buenos Aires, diciembre 24 de 1899.

Señor Simón Puech.—Villa Estela (por Huincul).

Mi querido Simón: En el Rosario, de donde acabo de llegar, he sabido con verdadero júbilo la suerte que te ha tocado. En mi agencia, y por mí personalmente, fué vendido el feliz billete, número 9090, premiado con el millón, cuya mitad adquirió Daniel Kergoët por cuenta tuya, mientras compraba para sí el número 9099. Me avisa el dependiente—y me lo confirman en casa de Daniel—que éste tomó anoche el tren del Sur, sin duda con destino a Villa Estela, para llevarte la fausta nueva. Por él, pues, sabrás cómo yo fuí quien, entre los dos únicos números que me quedaban, tuvo la inspiración, tan dichosa para ti, de elegir el 9090, ganador de la grande. Al pobre Daniel le queda siquiera el consuelo de que hayan sido favorecidos sus amigos más queridos. En la eventualidad de que con este motivo tengas que realizar algunas

operaciones, ya sea en esta plaza, ya en Europa, te ofrezco mis honrados y desinteresados servicios. En todo caso, te ruego me acuses recibo inmediato de estas líneas, diciéndome si tienes interés en que la agencia rectifique las noticias erróneas que sobre el particular han corrido en los diarios.

Recibe, mi querido Simón, mis sinceras felicitaciones, que extiendo a tu distinguida señora, y ordena a tu verdadero y viejo amigo

M. BLOCH.»

Daniel volvió a meter la carta en su sobre, que luego quedó cerrado como antes, sin que la nueva infracción le causara ya el menor escrúpulo, ¡tan presto se aveza al delito el delicuente! Éste, por otra parte, no era sino un detalle complementario del principal que, hacía días, estaba perpetrando, y al lado del cual el presente no pasaba de ser un pecadillo.

Desde el primer momento, como se ha visto, no se le había escapado la complicación que el nuevo incidente podía significar para el éxito de su tenebrosa trama. Lejos de ocultársele la posible gravedad de aquella intervención, habíala probablemente exagerado. No necesitó más que algunos minutos, dedicados al frío examen de la situación, para verla diseñarse bajo su verdadero aspecto. El punto principal, que urgía resolver, era el de si convenía más interceptar—ya que no destruir—la misiva, o bien remitirla derechamente al destinatario. La segunda alternativa, que de pronto parecía imprudente y peligrosa, era la que, por el contrario, se

presentaba a la reflexión como la más sensata e indicada.

Desde luego, lo de la interceptación era un subterfugio tan perjudicial como inútil : perjudicial, porque Ciriaco revelaría seguramente lo ocurrido ; inútil, por el hecho de ser la carta interceptada una simple copia a máquina, anunciaba existir otro ejemplar, probablemente dirigido a Puech, *vía* Pihué. En todo caso, ante el silencio de Puech, tendría Bloch interés en reiterar su aviso, y nada bueno se habría sacado del absurdo escamoteo. Había, en cambio, cierta elegancia de actitud y, por lo tanto, alguna ventaja moral, en ser el mismo Daniel quien se constituyese portador fiel de una carta con membrete de Bloch, que él, evidentemente, inferiría relacionarse con lo de la lotería.

Ahora bien : resuelta en esta forma la disyuntiva, la inmediata consecuencia que de ello fluía ahora para Daniel era, contra todas sus repugnancias, la imprescindible necesidad de realizar la visita a Villa Estela para afrontar abiertamente la situación planteada por este nuevo incidente. Nada ganaba con rehuir o aplazar la discusión inmediata, que por su parte tenía que importar un desmentido categórico, opuesto a las afirmaciones de Bloch, ya procedieran —replicaría Daniel—de confusión o de malicia. En caso contrario—es decir, siguiendo él para Buenos Aires sin haberse explicado con Puech y establecido enérgicamente la tesis que en su boca representaba la expresión de la verdad—, el resultado inevitable de su silencio sería que aquél promoviera allá, con ayuda e interesada incitación de Bloch

(es muy sabido que en casos tales suele caerle a la agencia vendedora un alboroque proporcional), una investigación que, sin duda, alcanzaría una escandalosa publicidad. Cierto que no alcanzaría más. Por lo pronto, no bien regresado a la capital, Daniel, a todo evento, procedería a cobrar el cheque para poner en seguro su importe. Pero esta precaución había de ser superflua: todas las reclamaciones y protestas de Puech, fundadas en una simple alegación de Bloch, resultarían vanas, no pudiendo prosperar ni tener efectos legales. Fuera de que las afirmaciones unilaterales del judío se neutralizaran con las contradictorias—por lo menos equivalentes—de Daniel, éste tenía a su favor todas las presunciones e indicios circunstanciales, además de las noticias de los diarios, hasta la carta recién fraguada por él y dirigida a Simón. Tal era la partida decisiva que el extraviado iba a jugar, y que, depuesto ya de todo recelo importuno, se jactaba de ganar, usando naipe floreado y trampas de tahur.

Con todo, y aunque convencido, como estaba Daniel, de que, faltando toda prueba, el alboroto, siquiera se produjese en la forma más ruidosa, no entrañaba para él ningún riesgo material, era a todas luces preferible evitarlo, y probablemente esto se conseguiría provocando hoy mismo en Villa Estela, a puertas cerradas, el estallido de la tormenta, si bien era de prever que sería a costa de disputas terribles y escenas violentas. Por último, pesado con todas sus incidencias posibles y encarado bajo sus fases más graves el conflicto personal que se le presentaba inevitable, Daniel optaba resueltamente

por esta actitud de abierta y franca ofensiva, siendo la que más cuadraba á sus instintos de combatiente. En su consecuencia, a las diez estaba pronto para su expedición, habiendo mudado por otro mejor, y casi elegante, su traje de viaje, como quien acude a una cita de honor... o de amor.

Después de dejar arreglada su cuenta en la posada, previendo, sin duda, la posibilidad de no volver por Huincul, Daniel subió en su tílburi y se puso en camino, no sin enviar, al pasar por la estación, un expresivo saludo a su amigo Ciriaco, que estaba en el andén despachando una carga. Y al emprender la marcha, su otro yo, con sus hábitos de ironía literaria, tenía en los labios aquella palabra estoica del regicida Damiens, oyendo leer su sentencia con todos los detalles de sus próximos tormentos: *La journée sera rude!* Había de serlo, aunque en orden muy distinto del que se figuraba. Era un adversario mucho más formidable que Puech—aunque previstos todos los excesos y posibles violencias de éste—el que iba a alzarse en su camino para cerrarle el paso y oponerse a sus planes criminales.

V

DESPUÉS de tanto día lluvioso, se desplegaba en una visión de gloria esta primera mañana de cristalina transparencia. Un sol radiante cruzaba el purísimo cielo azul, sobre el refrescado verdor de la pampa, en el tibio ambiente que, por esa región del Sur de Buenos Aires, todavía, a fines de diciembre, se respira con delicia, y los pulmones beben ávidamente como una copa de salud. Arrugando apenas el suelo duro y iiso, el camino nuevo, trazado de primera intención por el solo tránsito de caballerías y vehículos, atravesaba la llanura abierta, en que prolonga sus últimas ondulaciones la sierra de Curumalán.

En las cercanías de Huincul, el campo se dilataba, todavía inculto e indiviso, con su aspecto tradicional de latifundio dedicado al pastoreo, sin otro indicio visible de apropiación humana que alguna majada o el ganado suelto esparcido en torno de un puesto rústico. Era la sabana casi intacta de la conquista reciente, ha poco frontera india, y en que

ahora tal cual rancho techado de paja ocupaba el sitio de alguna antigua toldería. Al paso del viajero, poco exigente en materia pintoresca bonaerense, el monótono paisaje ofrecía sus escasos accidentes de arroyos nominales, a que las lluvias de ayer prestaran efímera existencia efectiva, destinada a fenecer mañana, no quedando de ellos sino la zanja en que corrieron. Más permanentes, las lagunas, rellenadas por la crecida, extendían a la vista su líquido espejo, poblado de gallaretas y teros chillones, de chajás cenicientos y rosados flamencos, al que formaban tupido marco los juncos y espadañas de sus orillas. Recreaban la vista las malezas en flor; embalsamaban la brisa las hierbas olorosas; de los húmedos pastizales, cual bordados de color en obscuro tapiz, destacaban sus pétalos, en nota sorda y suave, el geranio rosado, el naranjado alelí, el pensamiento silvestre de corola doblemente modesta, por lo pequeña y pálida. Así, matices apagados, débiles fragancias, chillidos de aves que no alcanzaban al canto, plantas leñosas abortadas en arbustos: todas las galas humildes de esta naturaleza pobre y sin más esplendor que el de su cielo, brindaban sus tímidos atractivos al distraído transeunte, como inocentes aldeanas al paso de su señor. Y tal era, sin embargo, el encanto de la hora casi matutina, en esta entrada de verano todavía primavera; tan eficaz y potente el inmenso efluvio pacífico, descendido de la luminosa altura y difundido en la eliseana atmósfera, que hasta el atribulado y tétrico viandante cedía a su influjo, tónico como un cordial y lenitivo como una caricia. «¡Oh!

¡ Sagrado refugio de la tierra materna !—murmuraba en sus adentros— ; ¡ fuente inagotable de pureza y frescura ! ¡ Quién pudiera regenerarse en tu seno y lavarse de sus manchas en tus ondas como en otra agua bautismal ! » Y por cierto que estas palabras en lengua extraña, aunque fueran de veras emitidas en sonido, no había de entenderlas el cocherito que, sentado en el pescante, a la derecha de Daniel, no cesaba de estimular con sus chasquidos la jaca trotadora, si bien puede que, al sentir los largos suspiros que a ratos soltaba su vecino de pescante, llegara el criollo ladino a sospechar cuán honda sería la pena que oprimía aquel pecho varonil.:::

Al comenzar la segunda legua del trayecto iba modificándose el aspecto del terreno a uno y otro lado del camino. A los eriales de pastos duros, apenas accidentados, de trecho en trecho, por los cañadones pantanosos o pajonales de totoras y plateadas cortaderas, sucedían los sembrados y cultivos, formando chacras alambradas de ciento y más hectáreas, cada cual con su casa e instalaciones agrícolas que rodeaban las labranzas de cereales, los plantíos frutales y alfalfares. Pacía el ganado en los rastrojos de la avena, cortada pocos días antes, y cuya cosecha estaba ya trillada y embolsada en los galpones, o todavía en parvas expuestas a la intemperie. Por el gran día de fiesta, se habían interrumpido las faenas ; las máquinas cosechadoras dormían bajo sus cobertizos, mientras los cosecheros en huelga celebraban Navidad según su estado o humor, entre su familia, los que la te-

nían ; los otros en las pulperías de Pihué o Huincul, cuando no en el vecino almacén campestre, que todo el año chupaba la mejor substancia del trabajador. Se estaba en víspera de la cosecha más importante. Los trigales, maduros, aunque un tanto abatidos por el largo temporal, enderezaban ya, bajo los cálidos besos solares, las desmayadas espigas, salpicadas acá y allá por la roja nota exótica de alguna centaura o amapola silvestre—cuya semilla viniera, sin duda, entre el trigo europeo— ; y mecidas por la brisa, las olas de oro ondulaban blandamente hasta el confín del horizonte.

Pero luego, casi a media distancia entre Pihué y Puán, una tranquera, que cerraba el camino, señaló, según el cochero, la entrada en los dominios de Simón Puech, los que, por el aspecto desde allí visibles, se componían de chacras y lotes de colonos poco diversos de los recién cruzados. El mismo mocito, que mostraba estar al tanto de la crónica chacarera y sólo esperaba un pretexto para desembucharla, refirió (cosas que ya Daniel sabía a medias) cómo don Simón, después de estar empleado un par de años en la «Curumalán», había empezado a explotar terrenos propios adquiridos en las inmediaciones, parte al contado, parte a crédito, ensanchándose gradualmente, hasta poseer un millar de hectáreas en que fundara una colonia franco-italiana. Actualmente formaban el núcleo de la población estable (fuera de los peones labradores) una docena de familias, además de ocho o diez colonos sueltos, establecidos en otros tantos lotes, cuya extensión variaba entre 30 y 50 hectáreas. La colo-

nia estaba basada en el arrendamiento, pues, lejos de pensar en ir cediendo por fracciones su propiedad valorizada, Puech, con esa pasión de la tierra, arraigada en el rural francés, no perdía ocasión de asimilarse cualquier parcela contigua cuya venta se anunciara. El valor del arriendo no constituía (seguía contando el parlanchín, aunque al parecer verídico) sino una de las bocas con que el *gringo* chupaba la sangre a sus paisanos; eran otras tantas: el alquiler de las máquinas agrícolas, motores, sembradoras, trilladoras, etc.; la venta de semillas, bolsas, hilos y demás accesorios; los suministros de todas clases, apuntados en la terrible libreta del almacén «colonial»; los adelantos y préstamos a interés usurario, reembolsables las más veces con la cosecha, de antemano comprometida a bajo precio al propietario, en cuyo provecho únicamente se extenuaban los infelices...

—Alguno de los sacrificados—concluyó el mocito—han preferido echarlo todo a rodar, perdiendo su trabajo de años; los más quedan aguantando, esperanzados en no sé qué Banco de pobres que hace años se nos promete fundar...

—Todo eso—observó Daniel—me lo tenían referido ya—. Pero—preguntó con cierta vacilación, temiendo oír algún despropósito—; ¿no dicen que la señora es todo lo contrario, y toma el partido de los trabajadores?...

—Cierto es; pero ¿qué puede saber la señora de cuentas e intereses? ¡Ah!, sí; por ella, seguramente, más de un necesitado a quien ha socorrido, o padre de quien salvó un niño, trayendo al médico

de Pihué y sentándose ella misma a la cabecera del enfermo; ¡por doña Estela es por quien algún colono desesperado ha desistido de prender fuego al campo que no paga con su mies el sudor del que la siembra y la cosecha!...

Daniel guardó silencio, y el otro, por respeto, le imitó. A poco llegaban a otra tranquera, que el cochero se bajó a abrir, anunciando: «Aquí estamos en la propia chacra de don Simón.»

El camino que desde este punto fueron siguiendo formaba un largo vial semisombreado que, por moderada pendiente, subía en línea recta entre dos cortinas de álamos. Por los claros de la arboleda divisábase hacia un lado una pradera, donde pastaba una corta majada, y hacia el otro un alfalfar, en que vagaba algún ganado mayor, vacas lecheras de raza fina y caballos criollos de media sangre. El sulky subía al paso la cuesta casi insensible, no por mostrarse cansado el valiente rocín, sino porque ya no lo apremiaban los viajeros, faltando sólo ocho o diez cuadras para llegar. Aunque el ambiente continuaba templado, no dejaba de picar el cutis el sol alto de este día de diciembre, sobre todo para Daniel, que sentía el ardor más que su curtido compañero. Por esto no se encontró sin admiración—en el doble sentido de la palabra—ante el delicioso cuadro infantil, digno de inspirar un artista, que formaban dos niñitas de ocho a diez años, sentadas sobre el césped, a orillas del camino, y que recibían, tan frescas como en una alcoba, este resol del mediodía.

Saltaba a la vista que la mayor, morochita criolla

tostada a la intemperie, era sirvienta o acompañante de la menor. Daniel no tuvo el mérito de adivinar a Niela, sacándola por el parecido materno; tenía en brazos la muñeca mandada por él. Por lo demás, aunque el lugar del encuentro no contuviera ya suficiente indicio, es probable que en cualquier parte, y sin un segundo de hesitación, la hubiera indentificado: era Estela a los nueve años, con todo el encanto y la seducción de la mujer, virtualmente inclusos y modelados en la niñita, como la rosa en el botón. Al ver que Daniel ponía pie a tierra e iba hacia ella, ya iluminado de simpatía el rostro risueño, se había levantado, también sonriente, y le miraba acercarse sin extrañeza ni timidez, como quien se había criado entre agasajos y caricias.

—Ya sé que eres Danielita—díjole el joven en francés, al tenderle los brazos. Y sin esperar su respuesta la alzaba del suelo y cubría de besos la frente y mejillas de la dulce criatura, pareciéndole que respiraba un oloroso ramillete recién cortado.

—Y usted mi padrino Daniel, ¿verdad?—pronunció a su vez en la misma lengua la vocecita de curruca, con el mismo dejo aveyronés de Estela—. Le oí a mamá que había de llegar usted esta mañana, y por eso, sin decir nada, vine a esperarlo en la alameda, trayéndole a Nenita para saludarlo. Y, ya bajada al suelo, le presentaba la muñeca.

—Sí, esta es tu nenita—decía Daniel, siguiendo el diálogo infantil—; pero tú serás la mía.....

Y teniéndola puesta por delante, asida de las manos, no se cansaba su mirada de recorrerla toda entera, menudeando las perfecciones de la gentil personita, desde los rizos obscuros, que jugaban en su cara rosada y torneado cuello, algo quemados por el sol, hasta los piececitos de corza, calzados de sandalias, sin medias. Salvo que en Niela tiraban a azulados los ojos glaucos de «Minerva», esta carita fresca reproducía con extraordinario parecido las líneas y facciones maternas, si bien fuera acaso menos sorprendente que la heredada elegancia en los movimientos y esa gracia armoniosa de los gestos y actitudes que Daniel, de tantos años atrás, traía grabadas en su memoria. Éste, con cierta extrañeza no exenta de secreta complacencia, comprobaba no presentar la delicada fisonomía el menor rasgo que recordara a Simón, revelándose únicamente el influjo paterno por la mayor robustez física, que en la chica prometía reforzar la fina esbeltez de Estela.

—Bueno—pronunció Daniel cuando se avino a suspender, sin darlo por concluído, su encantado reconocimiento—, ahora ya es tiempo de dirigirse a casa. Pero con este solazo no has de volver a pie; mientras tu compañerita regresa sola, tú subes conmigo en el sulky.

Y así fué la vuelta, o, para él, la llegada. Pretextando lo estrecho del pescante, había sentado a Niela en sus rodillas; y le pareció corto el trayecto, mientras escuchaba embelesado la cháchara pueril, puntuando con un beso en la manecita de

alcorza cada frase de la criatura, ya tan entrada en confianza, que de repente, con ese secreto instinto, también heredado, de ganar corazones, preguntó a su padrino:

—¿Cierto que nos vamos a querer mucho?

—Por mi parte ya está hecho el milagro—contestó él con infinita ternura y sintiéndose en ese momento a mil leguas del propósito criminal que le traía a la chacra, delante de cuyo patio paraba en este instante el tílburi.

La alameda desembocaba en una plazoleta no muy espaciosa, ocupando su fondo la habitación de los dueños, y sus costados un cortinaje de sauces y eucaliptos. Éstos, por un lado formaban cerca a una huerta y vergel de árboles frutales que dominaba el molino de viento, y por el otro a un reducido y descuidado jardín.

La casa, bastante amplia, de un solo piso, sin otro viso arquitectónico que el de la comodidad, se componía principalmente de un cuerpo central con ancha galería delantera sostenida por pilares, y de dos alas o pabellones laterales con ventanas al frente y a los lados. Detrás, separados por un patio o corral, se extendían las dependencias: galpones, viviendas de peones, talleres, depósitos, etc. En suma, la usual habitación de un chacarero acomodado, si bien puede que el amueblado y arreglo interior de algunas piezas revelara la presencia de una señora joven y de gusto afinado. Cuando llegó nuestro viajero, que después de apearse recibió en sus brazos a su ahijada, se hallaba ya en el patio otro tílburi, que el cochero

de Daniel dijo pertenecer al «doctor Bernadou», médico de Pihué.

Nadie se mostraba en las puertas de la galería para recibir al forastero; pero Nielita, con empaque de señora de casa, le hizo pasar adelante y sentarse en un sillón de estera. A los pocos minutos se presentó una sirvienta preguntándole si prefería esperar a la señora en la sala o pasar al cuarto del señor, que estaba enfermo. Daniel, naturalmente, optó por lo segundo. La misma persona le llevó al pabellón más retirado de la entrada y, después de hacerle cruzar un cuarto interior, abrióle el contiguo, que al principio le pareció sumido en completas tinieblas. Se alzó la voz de Simón, que le saludaba familiarmente; luego otra, también varonil, que presentaba a su dueño: «el doctor Bernadou». Por fin, escuchó la esperada bienvenida femenina, de timbre un tanto velado, quizá, pero siempre musical, y cuyo acento inolvidado él no pudo oír sin alguna emoción. A los pocos segundos, acostumbrándose gradualmente a la obscuridad, vió «revelarse» poco a poco los bultos, luego las siluetas y últimamente las facciones, como en el desarrollo de una placa fotográfica. Empezó primero a distinguir, por estar más cerca, a un joven desconocido—el médico—que tenía apoyada la mano en un velador; reconoció después, aunque más grueso y rústico, a Simón Puech recostado en un canapé, la cabeza sostenida en alto por almohadas y los ojos protegidos por grandes anteojos de cristal ahumado.

Al lado suyo estaba Estela, de pie, no bien desprendidas aún de la penumbra las pálidas facciones. Daniel esbozaba ya un movimiento hacia ella, cuando le detuvo la voz autoritaria de la facultad, fundando la prohibición en esta forma doctoral:

—Aquí nadie de fuera da la mano, por temor al contagio; y mucho menos si ha de tocar luego a los niños. Si no, ¡a la antisepsia!...

Simón tomó la palabra para explicar su dolencia, corregido cada dos frases por el joven doctor Bernadou, que concluyó por hablar solo, exponiendo el caso con un tecnicismo bastante pedantesco, a fuer de médico de aldea y recién diplomado. Era éste también aveyronés; pero, desembarcado en Buenos Aires a la edad de diez o doce años, se desvivía—como inmigrante hecho gente en la tierra—por aparecer «hijo del país», no usando sino en caso extremo su propio idioma (en lo que, por otra parte, no dejaba de asistirle algo de razón, dada la crueldad con que lo desollaba) y haciendo gala—aquí mismo—de expresarse en castellano con más gasto de criollismos y quiebros locales que los mismos nativos. Tratábase, según él, en el caso presente, de una conjuntivitis aguda, bastante dolorosa e intensa durante una semana, pero ya en evolución curativa, «gracias al tratamiento»; sin embargo, persistía la inflamación con fotofobia y cefalalgia, exacerbadas por la luz más escasa. Bastaría, para la completa curación, continuar con los lavatorios detergentes, coadyuvados por la introducción de cierto colirio espe-

cial entre los párpados. Asimismo era necesario, ante todo, alejar un poco de fiebre renuente, evitando toda agitación o contención mental. Por el momento, habiendo tomado el paciente su caldo de gallina, convenía dejarle descansar sin darle conversación...

Después de cuya exposición médico-casera, el excelente facultativo, muy satisfecho de sí, pasó al cuarto vecino, a practicar, antes de marcharse a Pihué, sus abluciones antisépticas, mientras Estela, para hacer otro tanto, se dirigía al dormitorio que, desde la enfermedad de Simón, ocupaba con Niela en el pabellón opuesto. Daniel, que no quería echar en saco roto la prescripción del médico, se disponía también a salir, cuando Puech le detuvo dirigiéndole la palabra:

—Daniel—díjole con acento amistoso, pero bajo cuya afectada cordialidad percibíase algo como una reciente y disonante rajadura—, siento recibirte tan mal por causa de mi enfermedad; pero ahí está Estela para suplirme—. Y agregó con marcada intención: —Por ella—pues hace días que no escribo ni leo—sé que llegó esta mañana una carta tuya notificándonos el resultado negativo, como era de esperarse, de nuestra viaraza loteril. Sin embargo, ella empezaba a referirme, cuando llegaste, cómo había recibido de Pihué, traída por el médico, una carta de Bloch con noticias muy diversas sobre el particular. Supongo que estás en condición de explicarnos mejor lo ocurrido...

—A eso he venido—replicó Daniel, disimulando el mal efecto que le causaba aquella novedad—,

aunque te confieso que me hubiera gustado mucho más explicarme contigo que con Estela...

—Lo mismo puedes tratar el asunto con ella sola, sin mi intervención—observó el enfermo— ; hasta creemos los dos—añadió recalcando la frase—que se arreglará mejor así ; ya sabes que tiene toda mi confianza y que la merece. Conque hasta luego, y no dejes de venir a referirme tú mismo el resultado de la conferencia ; aunque seguramente ella lo ha de hacer...

—Sí, ella te lo avisará todo—concluyó fríamente Daniel ; y sin agregar una palabra más salió del cuarto de Simón.

Estaba paseándose en la galería y discurriendo el modo mejor, no sólo de parar el golpe de la carta de Bloch, sino de aprovecharla en sus alegaciones, cuando se le acercó la misma sirvienta de marras a decirle que si quería pasar a la sala no tendría que esperar sino unos minutos a la señora. Daniel asintió con la cabeza ; pero antes llamó a su cochero, que había quedado allá esperando órdenes :

—No desate el sulky—díjole, poniéndole un par de pesos en la mano—, y vaya al «negocio» a almorzar cualquier cosa ; pero estese aquí dentro de media hora...

Tomada esta disposición, Daniel penetró en el aposento central, donde le habían indicado que esperase a Estela. Era una pieza bastante espaciosa, empapelada y alfombrada, que lucía un moblaje de trivial elegancia, como era natural que lo adquiriera un Simón Puech en cualquier mueble-

ría de Buenos Aires, si bien se revelaba el gusto personal de Estela en ciertos arreglos de adornos y chucherías menos vulgares. Así y todo, no dejaba Daniel de confesarse en sus adentros que esta instalación, entre burguesa y campesina, significaba más de lo que él hubiera podido ofrecer a una esposa. Pero representaban el verdadero lujo de la sala—como que lo eran realmente entonces en aquellas alturas—, un armario-biblioteca lleno de autores franceses y un piano perpendicular, arrimado a la pared, con su teclado abierto, enfrente de la puerta exterior. Daniel se puso a hojear el cuaderno de música que había quedado sobre el atril. El álbum contenía algunas piezas fáciles de Clementi, sonatinas de Mozart, etc.—evidentemente, el material de estudio de Daniela—, y esto le incitó a llamar a la niñita, que estaba jugando bajo un cobertizo. Vino corriendo, con su cara de perpetua alegría, y, sin melindre alguno, se sentó al piano para mostrar a su padrino lo que sabía. Nada tenía del «niño prodigio», y, más que sorprendente habilidad de ejecución, que tampoco la poseía su maestra casera, revelaba, como único rasgo de precocidad, un instintivo sentimiento musical. En ello estaban ejecutante y oyente, cuando apareció Estela en la puerta interior, desde donde mandó salir a su hija, con un acento tan desusadamente imperioso y áspero, que la niñita quedó confusa, mirando a su mamá, y desapareciendo luego sin decir una palabra...

Por vez primera, después de diez años de una

separación tan llena de trabajos y peripecias, volvían a verse de cerca, en plena luz, sin ninguna presencia importuna. Sin duda que cualquier testigo, aun conocedor de lo pasado, los creyera agitados de sentimientos muy diversos; y así fuera, en efecto, si el fondo correspondiera siempre a la superficie, y la apariencia a la realidad... Estela no prolongó el examen del que, habiendo sido todo para ella, ya no debía serle nada; ni tampoco, a mirarle despacio, había de encontrar a Daniel muy cambiado: hase dicho que éste, a los treinta y dos años, aunque algo encanecido, conservaba todavía casi intactas las facciones y la apostura de su juventud. Como Estela se hubiera detenido a dos pasos, ocupada (o quizá fingiendo estarlo, para darse tiempo a dominar su turbación interna) en leer una carta, que infirió Daniel ser el otro ejemplar de la de Bloch, llegado por Pihué, pudo contemplar con honda emoción, por dos o tres minutos, a la mujer en quien, durante aquellas semanas dulces y fugaces de la navegación, así como en los meses agitados o sombríos que siguieron, había cifrado todas sus esperanzas de felicidad.

Con singular agrado—aunque, por cierto, no parecía que el momento solemne y crítico se prestaba mucho para la consideración de atractivos femeniles—comprobó Daniel estar más cerca de la verdad el entusiasmo apasionado de Ciriaco que la impresión denigrativa del hebreo—a quien, por varias causas más o menos confesables, venía cobrando, de horas atrás, marcada antipatía—. Sin

dejar de mostrarse muy visible la huella del tiempo en la belleza de Estela, habíala, por decirlo así, espiritualizado sin marchitarla, compensando—como indicara el enamorado ferroviario—con el carácter más expresivo de las facciones mucho de lo que en frescura les había quitado. Un tanto más delgada de cuerpo y cara, descuidaba ella también, como Daniel, de que asomase una que otra cana—que le fuera tan fácil disimular—en su obscura y siempre opulenta cabellera; pero ni una arruga marcaba su trazo en la comisura de los labios o de los párpados, y menos en la purísima frente. Conservaban en gran parte su brillantez los magnéticos ojos de aguamarina, si la mirada profunda y siempre pensativa se mostraba, más que antes, velada de tristeza. El cutis no había perdido su tersa y apenas rosada palidez, ni su doble curva de arco armado la boca estrecha; pero ésta debía ser más parca de sonrisas, reservándolas, según dijera Bloch, á la sola Nielita, para que no se criara sin conocerlas. Con todo, si la ondulante silueta muy poco había cedido de su pristina elegancia—visible aun bajo este sencillo vestido blanco de linón—, no así aquella deliciosa ligereza y gracia rítmica en los movimientos, que fueron antes encanto y gozo de la vista. Ahora, de toda la persona, por entre el exterior todavía airoso y juvenil, se desprendía una secreta lasitud que, arrancando, sin duda, de un alma burlada por la vida, había de traducirse en aquella celebrada caridad, acaso algo escéptica, con el prójimo, unida a una melancólica resignación al propio destino. Sin em-

bargo, la intensa potencialidad nerviosa de otros años no estaba abolida, sino aletargada, y en este mismo instante iba a resurgir, tan vehemente y cargada de electricidad psíquica, que su brusco despertar tendría el efecto de un estallido.

Ambos habían quedado de pie, no acordándose Estela de tomar ni de ofrecer asiento ; choques verbales hay cuya violencia remeda la de un duelo sin cuartel, exigiendo de los contrarios la actitud erguida de combatientes. Ahora bien : en todo había pensado Daniel, al decidirse por esta borrascosa entrevista, menos en que no tendría enfrente al verdadero adversario, sino que habría de disputar aquella azarosa fortuna, y defender su propia suerte contra otra Clorinda airada, en un encuentro que para él, de antemano, se anunciaba fatal, siéndole vedado, como a Tancredo, todo ataque y apenas tolerable la defensa.

Ella fué quien, valientemente, abrió el fuego, con este ex abrupto, enseñando los dos sobres de cartas que traía en las manos :

—¿ Sabrá usted, Kergoët, o supondrá, por lo menos, qué cartas son éstas ?...

—Por una de las cubiertas—contestó con toda calma Daniel—reconozco mi carta de Buenos Aires ; en cuanto a la obra, por lo idéntico del sobre con éste, que el jefe de Huincul me ha confiado para ustedes (y sacó la carta del bolsillo, entregándola a Estela, quien, después de examinar el cierre engomado con injuriosa detención, apenas dió una mirada al contenido), me inclino a creer que provenga del amigo Bloch, agenciero vendedor de los fa-

mosos billetes; y hasta adivinaría a qué se refiere...

—Yo también—dijo Estela con indescriptible desprecio—adivino de qué medios se vale para sus adivinaciones...

—¿Qué quiere usted decir, Estela?—preguntó Daniel, aparentando escandalizarse por la indirecta.

—Quiero decir—contestó ella duramente y sin hacer caso del aspaviento—que sospecho le haya pasado a la carta de Bloch algo semejante a lo sucedido con la suya propia, que me llegó de Huincul con el cierre arrugado y medio abierto. Pero vengamos a lo importante—continuó, desatendiendo el ademán de débil protesta que esbozaba el acusado—: lo que declara Bloch, formal y circunstanciadamente, es que el billete perteneciente a Simón es el número 9090, favorecido con el premio mayor de la lotería nacional, y no el 9099, según lo afirma usted en su carta, remitiéndonos el mismo billete como supuesto comprobante de su afirmación. Antes de examinar y caracterizar esta última, terminemos con la otra. Desde luego, ¿qué motivo podríamos invocar usted ni yo (puesto que aquí represento a Simón impedido) en contra del absoluto desinterés de Bloch en este asunto? ¿Ni sobre qué presunción de parcialidad, en favor nuestro y en contra de usted, se basaría cualquier juez imparcial para poner en duda la veracidad de aquel único testigo? Nosotros apenas le hemos conocido a bordo, hace diez años; desde entonces sólo una vez le vimos aquí, hace cuatro o cinco. En cambio, usted y él se han frecuentado y siguen tratándose en

Buenos Aires. Por usted mismo sé que han sido algo así como socios en la Bolsa, y por Simón tengo la idea de que Bloch ha seguido prestándole algunos servicios. Por fin—sin hablar de la gratificación con que cualquier ganador suele agasajar a la agencia vendedora—, dado el caso de encontrarse usted repentinamente rico y con un fuerte capital disponible, lo natural, en un hombre de negocios como él, sería proyectar alguna asociación posible con usted, y no con Simón—propietario rural, que sólo había de pensar en añadir a su chacra una buena estancia—. ¿Qué tiene usted que alegar contra estas palabras mías?

—Nada tengo que alegar, Estela—respondió suavemente Daniel, que había estado admirándola en silencio, sintiendo acaso revivir en su corazón algo de lo pasado; mientras ella, la tez animada, la voz vibrante, los ojos llenos de relámpagos, le agredía despiadadamente, convertida la Minerva pensativa en Palas airada y guerrera— ; sólo puedo celebrar una vez más su clara inteligencia y su talento. No he pensado en acriminar a Mauricio, ni sospecho de su buena fe. Está y ha estado, desde el principio, en un error muy explicable. La mencionada escena, en la agencia, sólo duró unos segundos, pues las dos compras fueron simultáneas: de ahí la confusión. Sentí que Bloch se marchara al Rosario ese mismo día sin darme tiempo para borrar en su espíritu aquella falsa interpretación, cuando, en víspera del sorteo, la elección entre uno u otro número nos era a todos indiferente... Por eso mismo, y para dejar las cosas en su lugar, las consigné sin

demora en mi carta a Simón, escrita la víspera de la extracción...

—¿Se refiere usted a ésta que me llegó de Huincul esta mañana, y trae efectivamente la fecha del 21, con el sello postal del día siguiente?—preguntó Estela, enseñando la carta traída por Francisco, y encubriendo con la pregunta una intención sarcástica, cuyo alcance Daniel, por el pronto, no podía medir.

—Esa misma — contestó tranquilamente Daniel— ; escrita, efectivamente, en la fecha que señala, no fué echada en el buzón sino el día siguiente. En cuanto a lo de haber llegado ayer y no la víspera, puede usted ver por el sello del sobre que el retardo sólo proviene del correo...

La franca rectitud de Estela no pudo contenerse por más tiempo ante esta forjadura de embustes; sofocada de indignación y dando con su delicado puño un recio golpe—como pudiera hacerlo el hombre a quien sustituía—sobre la mesita laqueada en que se apoyaba, rasgó violentamente el astucioso enredo con este insultante apóstrofe:

—¡Basta ya de engañifas y mentiras! Si hemos de ser despojados, seámoslo francamente, a cara descubierta, no con máscara de hipocresía que agrega al robo la perfidia, más odiosa que el mismo delito. He interrogado a Francisco y, juntando sus explicaciones con otros antecedentes, reconstituído la trama alevosa del falso amigo que nos defrauda con toda premeditación. Existió, sin duda, una primera carta suya, escrita realmente en Buenos Aires el día 21, o sea la víspera de la extracción. Es se-

guro que en ella usted avisaría a Simón haber adquirido para él y con su dinero el medio billete número 9090. Esa carta ha sido destruída por usted, no quedando de ella sino el mismo sobre, sellado por el correo, que ha servido para sustituirle esta otra, escrita por usted dos o tres días después. Puedo afirmar, en efecto, que la presente ha sido fabricada anoche en Huincul, con la tinta azul de la fonda, muy distinta de la negra que aparece en la cubierta, y en el propio papel de Ciriaco Jiménez, harto conocido de mí por su rara filigrana (un «San Jorge combatiendo el dragón») y mejor aún por el inequívoco perfume de Ilang-Ilang que este infeliz ha dado en usar, creo que a imitación mía. Para poder introducir subrepticiamente esta segunda carta bajo la cubierta de la primera, que trae el sello del correo, ha necesitado usted practicar las siguientes maniobras: 1.°, detener a Francisco y hacerle ocupar en la posada un cuarto vecino del suyo; 2.°, darle dinero para que pasara fuera una parte de la noche; 3.°, abrir dolosamente dicho sobre, despegando el cierre. Pero cuando, consumada la artimaña, estaba usted reponiendo aparentemente las cosas en su primer estado, hubo de sorprenderle la repentina llegada de alguien—presumo que sea del mismo peón Francisco—, pues en el apuro, con tal precipitación volvió a pegar el sobre, que ha venido todo arrugado y medio abierto... Tal es, caballero de Kergoët, la serie de hazañas epistolares que ha debido realizar para asegurarse la posesión de una fortuna que únicamente por el fraude podría llegar a su poder...

Pálido y demudado el semblante por los ultrajes que, uno tras otro, como con hierro candente, le imprimían en la frente estigmas infamantes, Daniel no había intentado una sola vez interrumpir la fulminante acusación. Sólo entonces se decidió a hablar :

—La felicito por sus aptitudes pesquisidoras —pronunció Daniel con amarga ironía—. Usted ha instruído admirablemente la causa criminal, y apenas podría completar el sumario con algunos pormenores que no harían al caso. Otra cosa es lo que voy a decir...

Hubo un largo intervalo de angustioso silencio, durante el cual, visiblemente, se estaba librando un combate en el fondo de aquel alma extraviada.

Y entonces, siempre de pie, la vista clavada en el suelo, dirigiéndose, sin mirarla, a Estela, que se había sentado en el sofá, el culpable pronunció con voz sorda estas palabras, que encerraban toda una confesión :

—Pues bien ; tiene usted razón, Estela. Basta de arterías vergonzosas. Cansado estoy de llevar esta máscara que hace tres días me quema la cara. Ya que soy criminal, tendré el valor de exhibirme delante de usted con mi padrón de infamia. He delinquido : es cierto que de los dos billetes adquiridos en la agencia de Bloch, el primero comprado, el número 9090, es el que pertenece a Simón Puech. Así lo declaré al vendedor y lo escribí al comprador antes de la extracción. Esto mismo es lo que, después de salir premiado dicho billete, quise de-

jar consignado en la Administración de la lotería —pues, sépalo usted, he cobrado el premio y tengo el cheque aquí, en mi cartera—; hasta lo manifesté repetidamente, no sólo a un repórter de diario, sino a varias otras personas, en voz alta, en lugar público. Pero quiso la fatalidad que todos mis esfuerzos para quedar en mi recto camino de antigua honradez, se estrellasen contra una influencia maligna que se encarnizaba para sacarme de él. ¡Oh, créamelo, no busco disculpas ni evasivas! Pero es la verdad que todas las circunstancias parecían conspirar para arrastrarme al crimen. No las enumeraré. A usted, tan inteligente, y que, además de conocer quién soy, ¡y cómo la perdí!, no ignora a qué ingratas y humillantes condiciones de vida me ha tenido, hace diez años, encadenado mi mala estrella, bástele calcular qué terrible efecto disolvente hubo de producir en mi desesperada situación moral aquella burla sangrienta de la suerte, cuyo fallo hacía espejear a mis ojos esa riqueza, que vanamente se había brindado a mí, pocas horas antes, en forma de esos dos billetes colocados juntos sobre el mostrador de una agencia, quedando a mi arbitrio la opción ciega por el que contenía una fortuna y no había sabido elegir. Entonces, involuntariamente, la idea de lo que «hubiera sido» se transformó poco a poco en la sugestión de lo que aún «podría ser». Y surgió, hostigadora, persistente, invencible, la obsesión de mi existencia transformada, del brillante porvenir reconquistado, de aquel deslumbrante y glorioso París, de nuevo abierto a mi justa ambición—sin más que ceder al llamamiento se-

ductor, con sólo dar mi asentimiento mudo a la voz general que me aturdía, designándome como ganador de aquel premio maldito—. Cuando se me presentaron, una tras otras, las condiciones oprobiosas a que, sucesivamente, iba condenándome la consumación de mi fatal designio, y venían a ser otros tantos delitos dentro del principal—violación de correspondencia, falsificación de cartas y demás maniobras fraudulentas—, era muy tarde para volver atrás ; ya no gobernaba mi albedrío, ¡ estaba perdido !... En este punto de mi confesión, Estela, creo que no pondrá usted en duda mi sinceridad si le afirmo que nunca vi su imagen alzarse delante de mí para interponerse, con virtud conjuradora, entre la tentación y la caída. Al contrario, alguna rara vez que surgiera su adorado recuerdo, sería quizá para disipar mis escrúpulos, rememorándome qué prenda infinitamente más valiosa me había quitado primero aquél contra quien yo ejercía ahora ínfima represalia. Ese hombre... ¡ Oh ! no es mi ánimo deprimirle en presencia de usted y en ausencia suya—se apresuró a decir ante un enérgico ademán de protesta de Estela— ; no incurro en la injusticia de reprocharle su inesperada felicidad, en la que, en hora de desaliento, yo mismo he consentido ; pero ¿ cómo olvidar que él es quien, diez años ha, me arrebató un tesoro inapreciable ? ¡ Si bien—concluyó Daniel con una sarcástica ironía que no pudo reprimir—es de temer que la íntima aleación haya quitado a la joya sublime algo de su antigua ley, para que Estela, en presencia de mi venida a menos —o llámese naufragio de mi honra—no haya mos-

trado indignada actitud y hondo sentimiento sino por la pérdida de una fortuna!...

Ella se alzó como movida por resorte interior, y dando un paso hacia el desventurado que así la ofendía:

—Usted me desconoce y me calumnia, Daniel —exclamó con acento vibrante y dándole su nombre por primera vez—; tomo a Dios por testigo de que ningún aspecto de esta terrible aventura me afecta tanto como el que atañe a su degradación personal. La caída moral de usted, su monstruoso envilecimiento: tal es para mí la faz indeciblemente dolorosa de esta tragedia sin sangre, la que encierra su verdadera catástrofe. Es tan cruel el desengaño que, desde esta mañana, vengo sufriendo a solas: tan extremo, que temería no lograr contener su expresión en los límites trazados a la mujer por sus deberes de esposa y madre, si éstos, ahora mismo, no se me representaran al vivo en esa puerta, que conduce al cuarto de mi marido enfermo, y esta otra, que da al patio donde mi hija está jugando. Lo que en este momento estoy presenciando, es la profanación del santuario íntimo en que podía sin rubor rendir culto a un sentimiento, porque fué tan puro como sincero. Hace diez años que aquellas evocaciones de mi pasado eran mi refugio y consuelo en las realidades del presente; y mi lejana ilusión se alimentaba de recuerdo, como la de otros se nutre de esperanza. Así he cuidado yo este relicario del alma, que me recomendaba en aquella triste y última carta del «Páramo», que yo sé de memoria, «de corazón», como tan bien lo dice nuestra lengua,

y a la que yo, sin merma de mis sagrados afectos domésticos, he sido más fiel que usted. Tal era el tabernáculo que su abominable acción en un día ha destruído, al modo que la planta se desnuda de hojas y flores bajo una sola ráfaga del huracán. Y, puedo confesarlo sin rubor, hoy que se va llenando de canas este pobre cabello mío (ni tampoco hay ofensa para otro en esta alusión a un amor difunto, que él no ignoraba al pedirme ser suya): yo contemplaba aquel primer ensueño de juventud—ilusión de acariciada y malograda felicidad, visible aún hasta hoy, entre las brumas de la distancia—al modo que se mira la luz del astro inaccesible: como una prueba de que lo ideal existe, si no es posible realizar en la tierra su acabada consecución. ¡Y que ahora usted, el que ante la imaginación de la niña ingenua, personificaba un tipo de nobleza caballeresca y dechado de honrosa altivez: el Daniel de Kergoët, a quien yo, en cualquier apuro supremo, hubiera recurrido, y cuyo nombre—no sin algún escrúpulo—yo quise dar a mi hija con candoroso orgullo, creyendo poner bajo una excelsa advocación a mi único tesoro, sea el mismo a quien cubro de vergüenza, echándole en cara el más innoble de los delitos: una defraudación apenas menos vil que un hurto doméstico, y cometida—«¡oh! *saints du Ciel!*» (y aquí Estela, ahogando un sollozo y en un ademán de desesperada indignación, chocó ruidosamente sus manos encima de su cabeza)—¡contra nosotros, en daño y despojo de esta criatura, a quien, como un segundo padre, debía ayuda y protección!... Usted, hace un momento, se atrevía, re-

prochándome mi actitud severa, a gimotear, en son de remordimiento y pesar, sobre su honra perdida... ¿Necesitaré acaso recordarle que el paso inicial del arrepentimiento y el primer gaje de su sinceridad es la restitución?...

Antes que Daniel pudiera contestar, abrióse la puerta de la galería y entró de carrera Nielita, jadeante y los rizos en pleno vuelo:

—Dice el cochero—gritó con su voz de cristal—que ya ha almorzado y está a las órdenes del señor pasajero...

La niñita se había acercado a Daniel que la llamaba con la mirada, buscando en vano una sonrisa, cuando esta orden de Estela la detuvo:

—¡No te arrimes a ese mal hombre!...

La chica, sorprendida, tuvo un segundo de vacilación; pero luego alzó hacia él sus ojos azules, y moviendo negativamente la cabecita con adorable confianza:

—¿No es cierto que no es usted malo?— Y corrió hacia Daniel, que la tomó en sus rodillas. Y entonces, sacando de su cartera el cheque doblado y metido en un sobre, se lo dió, bajándola al suelo:

—Sí, soy un hombre malo, Danielita—murmuró con emoción—, pero seré un padrino bueno. Toma este papel y dalo a tu mamá para que te lo conserve...

Estela había tenido un estremecimiento ante el gesto de Daniel. Volvió a guardar el cheque en su cubierta, después de echar en él una ojeada, y lo dejó sobre la mesa. Ahora quedaba inmóvil y mirando al suelo, muda de asombro, no tanto quizá

por este vuelco manifiesto en la actitud del adversario, que su fina sensibilidad femenil ya presentía, cuanto por lo radical e inmediato de la resolución. Pero se levantó vivamente al ver que Daniel tomaba su sombrero para alejarse y, dirigiéndose a él en tono de súplica :

—No es posible, Daniel—balbuceó conmovida—, que nos separemos así. Usted ha reparado noblemente, como quien es, una hora de extravío. Quédese con nosotros algunos días. Todo está olvidado, mejor dicho, ignorado, pues sólo yo habré sabido y no conservaré siquiera el recuerdo de un ofuscamiento, sólo debido a una sugestión funesta, y cuyo intento culpable se disipó sin llegar a la ejecución. Me ha parecido siempre que, para ciertas resoluciones, dependemos, sin tener de ello conciencia, de móviles ocultos ; y segura estoy de que, al venir aquí, portador de aquella suma, obedecía usted, sin saberlo, a un impulso obscuro, cuya finalidad tenía que ser esta vuelta lógica a la norma de su vida entera. No se vaya todavía, Daniel ; llevemos juntos a Simón esta buena noticia ; no nos abandone bajo tan ingrata impresión. No me deje a mí, sobre todo, con el pesar inmenso de haber pronunciado palabras que, como el estilete, suelen herir más hondamente que si sacaran sangre... —Así gemía patética y dolorosa, dirigiéndose al que en secreto, hasta de sí misma, amaba siempre, mientras éste, por su lado, se esforzaba, para no perder su entereza, en no ver aquellos ojos verdes, nunca más bellos y fascinadores que cuando, como ahora, miraban arrasados en lágrimas.

—Es imposible, Estela—contestó Daniel, meneando tristemente la cabeza— ; aunque usted pudiera olvidar, yo no podría nunca. El recuerdo de mi felonía, si bien frustrada y de pocas horas, me requema la sangre con un ardor intolerable. La contemplación de mi ser interior me causa una repugnancia que llega hasta el horror ; paréceme tener el alma cubierta con una lepra inmunda, una mancha roedora que apenas lograrán lavar las ondas del océano. Me voy para siempre...

—¡ Oh !—exclamó Estela, con voz desgarradora—, entreveo su espantoso designio, y nunca me perdonaré mi dureza y falta de caridad, que tal vez tengan parte en aquella funesta resolución. Le pido humildemente perdón, se lo pediré...

Había esbozado, en efecto, la humillada actitud, que Daniel, tomándola de las manos, le impidió completar, mientras la niñita miraba la escena con ojos azorados :

—¡ No, jamás !—pronunció él con autoridad—. ¡ Usted, inclinada ante un culpable que no es digno de besar la orla de su vestido !... Piense usted, Estela, que está en presencia de su hija... Y tampoco es cierto que haya usted cometido conmigo ninguna injusticia, ni siquiera incurrido en un exceso de severidad : sus palabras han sido crueles porque eran justas—. Y prosiguió con acento de ternura infinita :—Serénese, sublime criatura ; usted no merece ahora ni mereció nunca el más leve reproche ; no tiene parte alguna en mi resolución ; voy adonde me lleva la fatalidad. ¡ Adiós !—Y acercó sus labios a la frente que sólo otra vez, diez años antes, había

besado en aquella primera despedida. Nielita le había tomado una mano entre las suyas, suaves y frescas como corolas de rosa, y tuteándole por única vez, con la intuición ya femenina de ir así más adentro del corazón viril :

—¡ Oh, quédate, padrinito, te vamos a querer tanto !...

Entonces Daniel puso su mano sobre la encantadora cabeza de la niña, como bendiciéndola :

—Buen corazoncito, escúchame : tienes, Nielita, memoria y talento bastantes para no olvidar jamás estas últimas palabras de tu padrino : la madre que Dios te ha dado es la más santa, noble e inteligente de las mujeres ; ten por la gloria más grande a que debas aspirar la de seguir su ejemplo. Serás bella, inteligente y rica ; ¡ ojalá seas feliz ! Pero ten presente que de todas las prendas que has recibido con la vida, o puedas adquirir, la más alta y preciada será parecerte a la que te dió el ser. ¡ Adiós, hijita mía !...

Daniel alzó en sus brazos a la dulce criatura, cubriéndola de besos ; luego la dejó en el suelo, y, ahogando un sollozo que pareció destrozarle el pecho, tomó su sombrero y ganó la puerta. La niñita vaciló un instante y tuvo un impulso para seguirlo ; pero al punto corrió hacia Estela, que se había dejado caer en el sofá, tapándose la cara con las manos ; y allí quedó, en el regazo materno, advertida por una voz secreta de que sólo ella poseía el lenitivo para tan insondable aflicción...

Daniel subió en el sulky, después de indicar al

cochero: «Vamos a Pihué». Al ponerse en marcha, volvió dos o tres veces la cabeza hacia la casa, esperando en vano ver asomar a la galería uno de aquellos seres amados, para enviarle un supremo adiós. Nadie salió; y aunque adivinaba la causa de tal ausencia, parecióle que con este primer síntoma de universal abandono caía la gota más acibarada en su ya desbordante cáliz de amargura.

El día seguía hermoso, si bien volvían a tenderse por el nordeste las nubes de tormenta. El guapo caballito criollo se había trotado bonitamente, en poco más de una hora, las dos leguas largas y de camino pesado que se cuentan hasta Pihué, donde llegaron a la una y media. Daniel no había pronunciado cuatro palabras durante el trayecto; no por abatido o malhumorado, sino porque, desde la salida de Villa Estela, abismado en sus reflexiones, vivía ajeno a toda realidad presente, como sonámbulo. Bajó en la estación, pagó y despidió a su cochero, y fué a depositar su valija en la oficina del jefe, donde supo que el tren para Buenos Aires pasaba a las tres y quince de la tarde. Era la una y media; tenía más tiempo que el necesario para el almuerzo. Quedó algunos minutos con el empleado, conversando de lo que éste sabía y a Daniel le interesaba: continuaban las lluvias en la provincia y las crecidas de los ríos y arroyos, particularmente del Salado, cuyo desborde, desde el Monte hasta Guerrero, formaba un lago de ocho o diez kilómetros de ancho, midiendo, en la cuenca central, hasta ocho metros de profundidad. En el punto donde esta línea («vía» Olavarría y Las Flores) cruzaba el río,

entre las estaciones Gorchs y Videla Dorna, las aguas habían cavado los terraplenes que, cerca del puente, se elevaban a más de tres metros. Pero el puente mismo había resistido, quedando los rieles a uno o dos pies arriba del nivel de las aguas. El servicio de los trenes no se había interrumpido sino dos días ; y hoy seguía con relativa regularidad, salvo algún retardo, por la necesidad de atravesar con suma lentitud y precaución las zonas inundadas. Antes de alejarse, por el tiempo que faltaba hasta la salida, Daniel no dejó de averiguar a qué hora el tren cruzaba el Salado, que sería, según el jefe, salvo inconvenientes, hacia las tres de la mañana.

Así noticiado, se dirigió a la fonda o restaurant que le habían indicado como el mejor de la población, y donde, en efecto, no hubiera almorzado del todo mal, a poder el almorzante prestar alguna atención a lo que le servían y apenas probaba. Tres o cuatro mesas del amplio comedor estaban ocupadas por chacareros o colonos franceses, que ventilaban en alta voz sus negocios de cereales, esgrimiendo alternativamente un castellano perverso y un francés algo peor—cuando no volvían a su caro aveyronés, en que podía Daniel, por los solos gritos y manotadas, admirar sin reserva su elocuencia meridional, no entendiendo una jota de su «patois»—. Un muchacho vendía los diarios recién llegados de Buenos Aires, o sea aparecidos la víspera. Compró uno, y al recorrer, tanto los telegramas de Europa como los hechos y anuncios locales, experimentó la sensación del viajero que, al dejar una ciudad donde ha residido y nunca ha de vol-

ver, reconoce, en el trayecto del hotel a la estación, muestras de casas donde no entrará más y lee en la pared carteles anunciando espectáculos a que no asistirá... Sentíase tan ajeno de las cosas humanas, tan lejano del movimiento mundanal y de cualquier interés terrestre, como si ya no habitase este planeta. Había dimitido. Y por instantes, volvía a vagar en sus labios aquella célebre divisa en que Valentina de Milán, la melancólica viuda del duque de Orleans, condensó su universal desapego a una vida que, aun pasada en las gradas del trono, no merece ser vivida :

Rien ne m'est plus.
Plus ne m'est rien...

Antes de dirigirse a la estación, entró en una relojería, donde mandó acomodar en una caja su reloj y cadena con una tarjeta suya a Ciriaco, en que le rogaba aceptara ese recuerdo ; asimismo se hizo indicar una Sociedad filantrópica francesa, y de los 220 pesos que tenía en el bolsillo, entregó 200 como donativo anónimo. Después de lo cual fué a la estación para despachar su pequeña encomienda a Huincul.

Tenía reservado un camarote de dos camas ; así que, cuando llegó el tren de Bahía Blanca, no tuvo sino subir con su valija, que sabemos era todo su equipaje, y tomar posesión de su estrecha y postrera habitación, tan cómoda para cavilar a solas en el rumor del tren en marcha.

Esta celda, en que iba a vivir sus últimas doce horas, era idéntica—si no era la misma—a la que

ocupara a la venida; pero ¡qué contraste de ante ayer a hoy en los pensamientos del ocupante! Entonces venía tan poseído de sus dorados ensueños que descontaba ya, y otros como él, su próxima realización. El hecho de que sus planes de existencia parisiense tuviesen a su base una expoliación nada les quitaba de su positiva solidez. ¿Acaso no tenía en el bolsillo el título de posesión legal, si no legítima, que representaba el capital suficiente para convertir en realidad dichos ensueños? Reducida al silencio su conciencia, cual esclava sumisa, nada se interponía entre aquellos acariciados proyectos y su inminente principio de ejecución. Tan segura miraba la entrada en esa vida nueva, retorno ansiado y tardío al destino de que se vió frustrado desde su juventud, que hace tres días había arrojado al desecho, como librea de humillación y miseria, las faenas subalternas a que le redujera la dura necesidad. ¡Y esos harapos repugnantes eran los que, otra vez, tendría que recoger del suelo y volver a vestir, si aceptara esta nueva decepción de la fortuna! ¡Jamás! No se arrepentía de lo hecho; ni guardaba rencor a Estela por haberle sorprendido, ejerciendo en él su irresistible imperio; pero, al dirigir a la conciencia entenebrecida el implacable rayo de luz que mostraba en toda su fealdad la culpa de Daniel, a la vez que el único medio de redimirla, ella misma había pronunciado su sentencia de muerte. Derrumbado irreparablemente el castillo aéreo, en que durante algunos días su fantasía había habitado, le sería tanto más intolerable su ínfima condición de antes, cuanto que ahora la rebajaría aún

el recuerdo indeleble de su frustrado delito. Era causa sentenciada sin apelación: no llegaría vivo a Buenos Aires. Así lo pronunciaba y juraba, extendiendo su mano derecha en ademán tan solemne, como si el juramento tuviera testigos. Y tan firme y fríamente estaba decidido a cumplir lo pactado consigo mismo, que ya no veía, en estos rieles de acero sobre los que su vagón corría a escape, sino el camino que, rápida y fatalmente, le conducía a la realización de su irrevocable designio.

Entretanto, y mientras cruzaba el tren el monótono paisaje, al que Daniel no concedía una ojeada, transcurrían las horas largas y llegaba la noche. Primero había pensado no ir al comedor, haciéndose servir cualquier cosa en el camarote. Pero parecióle más elegante recibir con rostro impasible y hasta risueño a «la que venía», llamada por él. Optó, pues, por despedirse del mundo, tomando en público su última cena: sólo que, a fin de hacer tiempo, se reservó para el segundo turno. Así, eran las nueve y media cuando, en el comedor, como siempre repleto, ocupó el cuarto asiento de una mesa donde estaban ya sentados un clérigo rubicundo, un joven oficial de bigote conquistador y un paisano barbudo—que resultó ser el boticario del mismo pueblo donde el primero decía misas y el segundo instruía reclutas—. Los tres se mostraron amables comensales; y, a trueque de tal o cual detalle de color local (como la esgrima del cuchillo y del mondadientes desde la sopa), que al viajero Daniel ya no tomaba de sorpresa, le dieron, sin pretenderlo ni saberlo, una buena lección de filosofía prác-

tica, mostrándose cada cual satisfecho con su condición modesta, o resignado con sus trabajos, sin pretender alzarse en rebeldía contra el destino. Pero acaso a nuestro convidado de piedra le pareciera ser algo tarde para aprovechar la enseñanza—la que por otra parte, equivaldría a pedir que el vuelo de las águilas se ajustara al andar prudente de los bovinos.

Por más que Daniel, huyendo de la soledad, se ingeniase por estirar la sobremesa, hubo de disolverse a las diez y media la simpática compañía, después de cambiarse entre los amigos anónimos sendos apretones de manos y mutuos compromisos de invariable amistad! Una vez en su camarote, Daniel procedió a romper cuanto papel o tarjeta tenía en su valija y bolsillos, arrojando los pedazos por la ventanilla: quería desaparecer discretamente, borrándose de la gran lista de los vivos sin dejar rastro. Luego llamó al camarero, y le recomendó que, sin falta, le golpeara la puerta momentos antes de llegar el tren a la estación Gorchs—que, según el horario, sería a las tres y minutos—, pues tenía necesidad de hablar con el jefe; y para que el fámulo midiera la importancia de la recomendación—cuyo principal objeto era simplemente estar despierto a dicha hora—Daniel se la untó con los últimos pesos sueltos que le quedaban. En seguida se recostó vestido sobre la cama.

Las resoluciones extremas, propias de las almas bien templadas, tienen por consecuencia inmediata desprender al sujeto de cualquier cavilación emoliente, para devolverle su completa serenidad, ce-

rrando a su vista, como con bastidores opacos, todas las perspectivas hacia el pasado o el futuro, para hacerla converger al solo momento presente. Antes de quedar dormido—y vino el sueño mucho más pronto de lo que se creyera—sólo pensó en algunos pormenores conjeturales del acto supremo. Luego, entre los primeros crespones del adormecimiento, volvióle a la memoria aquella exhortación grandiosa y sombría en que Lucrecio muestra al hombre sensato dispuesto a dejar la vida como un convidado deja el festín: ya satisfecho, si su carrera fué larga y feliz; ya sin terminar el banquete, si amargó su breve existencia el infortunio... Le despertaron bruscamente algunos golpes en su puerta, y oyó la voz del camarero: «Llegamos a Gorchs». Se levantó al instante. Al poco rato, en efecto, el tren paraba en dicha estación, desierta a esta hora y débilmente alumbrada por una lámpara de reflector en la pared. Se limitó a saber del jefe que el tren cruzaría el Salado dentro de diez minutos: «se lo avisará el silbido de la locomotora»; y siguió la marcha, cada vez más lenta, a medida que se penetraba en la zona inundada. Al verle entrar en su camarote, el camarero se había retirado. Todo estaba desierto; volvió a salir con su maleta, dejando cerrada la puerta tras él, y fué a sentarse en el estribo derecho del balcón.

Iban a ser las cuatro. Aunque en el cielo nublado no había luna ni estrellas, la noche no era ya del todo obscura: empezaba a palidecer el naciente al primer anuncio del alba; y el inmenso lago que formaba el río desbordado, cubriendo todo el campo

comarcano, despedía una vaga vislumbre que permitía divisar, de trecho en trecho, los postes casi sumergidos del telégrafo, cuyos hilos paralelos, cual pentagrama infinito, con notas dispersas de pájaros sentados, trazaban su negra renglonadura sobre el fondo gris. Un agudo silbido rasgó los aires, señalando la entrada de la locomotora en el puente, cuyo piso no quedaría a dos pies del agua. El tren fué deteniendo más y más su marcha, hasta llegar a la mitad del puente, donde paró unos segundos. *¡Allons!*, murmuró Daniel, poniendo los pies sobre la red de metal y ganando el parapeto que dominaba lo bajo de la corriente y distaba apenas un metro de la vía.

El tren había vuelto a tomar su marcha lentísima. Cuando hubo desaparecido, Daniel empezó por tirar su maleta por encima del parapeto; luego se trepó a éste, y allí quedó sentado algunos segundos, colgando las piernas y mirando la corriente opaca que se aceleraba notablemente en esta faja céntrica del cauce normal. Llegado el último momento, habíasele vuelto de piedra el corazón, cual si, ya helado y yerto, no latiera en el pecho. Era tan absoluta su anticipada sensación de la nada, que se iba sin pesar por su vida tronchada, sin rencor contra ella, por todo lo que contuvo de amargura y decepción. Alzóse en pie sobre el reborde plano y bastante ancho. Evocó, en un relámpago de adiós, la suprema visión de Estela, erguida enfrente de él, más bella aún en la protesta airada que en el perdón, y se arrojó de cabeza al vacío. Su cuerpo, sin duda, produjo al zambullirse un ruido sordo que

nadie percibió; hubo tal vez, al reaparecer sobre el agua, algunas manotadas convulsivas del organismo agonizante, luchando inconsciente contra el no ser; y nada más. Minutos después, el cadáver de este hombre, nacido quizá para ser grande, y a quien su destino dejó pequeño, iba llevado por la corriente hacia el océano, inmenso encubridor de todos los naufragios.

Buenos Aires, abril-mayo de 1921.

EL HOGAR DESIERTO

Egik semea duke, ez ezaguke.
Haz duque a tu hijo—ya no te conocerá.
(Refrán vascuence.)

Al tranco de nuestras mulas, desde las doce del día, atravesábamos la garúa sorda, enervante, disolvente, parecida a una lenta submersión en una laguna. Caminante, ¡líbrete Dios de lluvia mansa! El borrado horizonte confundía el telón gris del cielo con la franja de los montes descoloridos. Serían las cinco de la tarde y ya el indeciso crepúsculo bañaba en derredor las desmayadas arboledas, no permitiendo distinguir a diez pasos un algarrobo descarnado de un tupido laurel. La honda senda anegada remedaba un canal sin corriente, y nuestras mulas, ya pesadas, porfiando por *bordear* en la resbalosa orilla, nos hacían azotar el rostro con ramas extraviadas. Un gran silencio en todo el campo, sin un chillido de loro ni una ráfaga de huracán.

Como se desatara la lluvia con traza de tormenta, habíamos quedado una hora de la siesta al abrigo de una ramada hasta que se volvió desahuciado temporal. Y este retraso, sumado con el de

la marcha, cada vez más lenta, con bestias rendidas por el mal camino, tenía que alejar bastante la pascana; pues en esa región fronteriza de la provincia de Santiago se miden las jornadas forzosas de seis u ocho leguas por las contadas casas o rancheríos de las estancias.

La noche venía cerrando después de la larga oración de ese día nublado. Felizmente, mi peón Jerónimo, criado en la huella, era capaz de rumbear, como él decía, «por donde el diablo perdió el poncho», y, después de diez años que no pasaba por allí, no había olvidado uno solo de los deshechos que, según él, acortaban el camino. De cuando en cuando me dejaba alcanzar para ver y oír a un ser humano; él llegaba, indiferente, silboteando entre dos blandos rebencazos enderezados a su mula, con el pañuelo atado bajo el sombrero y pegado a las costillas el ponchito de mala muerte. Arrimadas las jacas, sin ánimo ya para las chanzas habituales, yo murmuraba lúgubremente:

—¡A ver un traguito, Jerucho!

Y fraternalmente, igualadas las condiciones por el mal paso, yo primero y él después, volcábamos en los labios el frasco de caña tucumana que él traía en sus alforjas.

Al ponernos nuevamente en marcha el peón solía gritarme por vía de consuelo:

—¡Ya falta cerca, Señóo!

¡Pero hacía tres horas que la fórmula se había desvirtuado!

Y seguía la etapa interminable en las cabalgaduras aplastadas, con la perspectiva probable de

una parada de noche en ese monte ralo pero saturado de humedad. Sentíamos el agua corrernos desde la nuca a los talones, dudando de si el primer calofrío no era el pródromo de un ataque de «chucho» fronterizo, ¡y sin tener siquiera el consuelo de echar al aire la tristeza envuelta en el humo de un cigarro!

Yo iba cabizbajo, novicio aún en las penurias de la vida, con las manos recogidas debajo del poncho, tieso como casulla, y el cuello envarado entre los hombros, envidiando la suerte de los horneritos ocultos en su nido de barro, bien enjuto, bajo la rama maestra de un quebracho, o la quietud de las vizcachas acurrucadas en los tibios recovecos de su guarida... ¡Oh!, ¡rudo escarmiento de la locura juvenil, castigo harto severo que enemista por siempre con la dicha! Y figurábame entonces la indecible felicidad de los que estaban viendo llegar la noche lluviosa, cubiertos por el alumbrado techo, delante de la mesa puesta, en esa alegre batahola de los niños que juegan con las sirvientas en los corredores de las estancias. Y el pensamiento después se volaba más allá, a lo que conocía mejor: a las ciudades confortables e iluminadas, donde se vive casi sin saber de la intemperie y las estaciones, hallando más dulce acaso la caricia del hogar cuando el frío y la humedad de la calle parece que estrecharan la familia... «¡Qué valen (decía para mí), las distinciones de clase y educación! Ese peón es igual mío, es superior, porque soporta mejor que yo estos trabajos. La gran desigualdad de las condiciones

humanas descansa en la fortuna material. Al rudo trabajar lo llaman *ganarse la vida,* es decir, reconcentrar y poner uno en batería todas sus fuerzas y aptitudes para conquistar lo que un rico tiene sin esfuerzo ni pesadumbre. Fuera de la riqueza, no hay independencia ni felicidad...»

Y así pasaba el tiempo en esta insulsa cavilación, interminable como el camino, descolorida como los montes de sus orillas, que me parecían gotear innumerables lágrimas de desconsuelo por la muerte del sol...

Tanto me había cansado de esperar el fin de la jornada, que ya me parecía natural que no terminara jamás. Iba dormitando a medias, cuando de repente un lejano ladrido me despertó. Luego la voz del peón:

—¡Ya estamos!

¡Santa palabra! Me detuve para ponerme al habla con Jerónimo.

—¿Qué horas serán, Jerucho?

Y él, siempre fiel a la diplomacia criolla, que manda no comprometer opinión:

—¿Qué horas serán, pues, señor?

Me decidí a sacar mi reloj, debajo del poncho, y encender un fósforo: iban a ser las ocho. Luego continué:

—Y ¿qué tal esa *Cañada* donde vamos a parar?

—¡Linda no más, señor! ¡Ahí verá qué sala! Y si está don Martín, no digo nada. En tres días nos deja ensillar...

Ya había oído nombrar a ese don Martín Baigorry, más conocido que la leña en las provincias

del Norte. Sabía que era un vasco francés, establecido de muchos años en la frontera; curtidor, estanciero—el más rico de la comarca—, y que se lo pasaba en el campo, fuera de una que otra zambullida en la ciudad; en fin, ¡un criollazo! Tenía no sé cuántos miles de vacas desparramadas en treinta leguas de campo: ganado alzado la mayor parte, pero que vendía por puntas a los sanjuaninos que cada año caen por allí.

Ahí concluían mis averiguaciones. Por lo demás, ignoraba absolutamente si el tal don Martín era gordo o flaco, soltero o casado, blando o recio para la gente. Pero no era el momento muy a propósito para melindres, y enderecé hacia la luz que chispeaba entre las ramas, con esa confianza del viajero argentino que grita desde la tranquera: *¡Ave María!,* seguro de escuchar el: *¡Sin pecado!,* que significa: «¡Pase adelante!»

Acostumbrado a nuestros ranchos de morondanga, sorprendióme el aspecto «imponente» de la casa, que vislumbré en la obscuridad. Era un ancho edificio regular, con corredores en contorno y columnata de ladrillo. Puertas de dos hojas, graderías de material, techo de teja, todo el frente blanqueado, ¡hasta ventanas con cristales! Vamos, un lujo asiático para esas alturas.

Yo era enemigo de pedir hospitalidad a los rústicos «decentes»; prefería siempre parar en el rancho humilde, donde me hacía dueño de casa con cuatro «chirolas» distribuídas con oportunidad. Así es que, bajada la tranquera, sin desmontarme, me dirigí al fogón, encendido bajo una ramada,

donde los peones hormigueaban alrededor de una olla de locro. El capataz se levantó, gritándome:

—¿Por qué no se ápia, amigo?

Y me *apié*, sin más cumplido, apretando la mano del capataz como si hubiéramos cursado juntos Filosofía.

Ya estaba arrimado al fogón, secándome la ropa, que humeaba como una estufa, cuando una chinita entró en la rueda y dirigiéndose a mí:

—Dice el patrón que cómo es su gracia...

—Dile que no me ha de conocer, pero que soy paisano suyo...

A los dos minutos volvió la sirvienta con una invitación para pasar adelante. Y aunque más me gustara acabar de orearme, alargando mis botas hacia la llama alegre, no pude desairar a don Martín. Alcancé a distinguir un bulto parado en el corredor, al tiempo que una voz clara y jovial gritaba en la obscuridad:

—¿Nola zira, paisano?

Recordaba todavía la fórmula vascuence, tantas veces oída en los alrededores de Biarritz, y contesté valientemente a don Martín, que me alargaba la mano, ancha como una raqueta:

—¿Unzá, eta su? (¿Bien, y usted?)

Pero consideré más prudente explicarle desde luego que éramos paisanos hasta cierto punto, no por ser yo vasco, sino él francés. Parecióme al pronto que la declaración echaba una sordina a su entusiasmo; con todo, se resolvió a aceptar la anexión, y hasta ensayó algunas frases francesas; pero adoptando bruscamente el castellano, por «no

tener la lengua suelta», me hizo pasar al comedor.

Era una pieza espaciosa, blanqueada, alumbrada por una vela de sebo plantada en candelero de latón; por únicos muebles, un armario y algunas sillas de suela alrededor de la mesa central, sin mantel. En los rincones, algunas botellas, marcas de hierro con la punta embutida en un *caracú* a guisa de mango y dos o tres caballetes con aperos chapeados, frenos y dos sillas de mujer en su funda. Don Martín acababa de comer solo, como lo indicaba la mesa servida en una punta. Volvió a sentarse, señalándome una silla al frente, encendió su larga pipa de barro, magistralmente curada, que colocó en el hueco del colmillo izquierdo; armé a mi vez un cigarrillo, y mientras cambiábamos nuestras filiaciones, pude examinar cómodamente a mi huésped de una noche.

Era don Martín un ejemplar de esa admirable raza éuskara, conservada pura por la montaña y criada intrépida por el mar. Otra no hay que honre más la familia humana: es bella, es noble, es valiente, y con razón se atribuye cada hijo libre de la sierra el derecho nato de hidalguía. No han degenerado de esos montañeses de hace mil años, cuyos cráneos de granito mellaron la espada de Roldán, ni de esos rudos navegantes del Golfo, que fueron los primeros en arponear ballenas y perseguirlas hasta las costas de Groenlandia.

Mi huésped demostraba unos cincuenta años: era alto, macizo, musculoso; el ancho rostro, curtido por el sol, guardaba aún ese rasgo de fuerza bondadosa, tan general en ese pueblo; los ojos

azules miraban de frente, con ingenua serenidad; la boca tenía un aspecto casi infantil, más acentuado aún por la cara imberbe, con excepción de la corta patilla, que es rasgo nacional. Sin corbata ni chaleco, dejaba ver la faja tradicional por entre el saco desprendido, y al hablar, su puño derecho, capaz de pulverizar una piedra, martillaba a compás la gruesa mesa de cedro. Pero una visible lasitud, que no era efecto de los años, se traslucía debajo de ese aspecto formidable. El viejo atleta estaba seguramente roído por algún pesar secreto; y por momentos, entre una pregunta indiferente y una respuesta insignificante, dejaba caer con un fuerte suspiro la arrugada frente sobre su mano abierta...

Entretanto yo había despachado lindamente el churrasco que me hiciera servir; no había más pan que una diminuta galleta; pero, ¡cual el tiempo, tal el tiento! Y como llegase al término de esta comida un poco elemental, él me preguntó distraídamente:

—¿Tomará usted una copa de vino?

—Don Martín—repliquéle sencillamente—, he nacido entre Cette y Burdeos...

Se sonrió débilmente y fué en persona a sacar de la despensa una botella, que destapó, sirviéndome sin ceremonia; trajo luego otro vaso para él, y bebimos, después de trincar como dos camaradas. Quedé asombrado; era un *grand cru* legítimo, y para honrarle no escatimé el chasquido de lengua que es el obligado homenaje de un perito. Una cosa, ¿verdad?, es una estancia de la fron-

era santiagueña, y otra un comedor de diplomáticos...

Un segundo vaso de ese bendito vino produjo en mi humedad de todo el día el efecto de una salida de sol: me volvió el alma al cuerpo. Mientras que, por el contrario, ¡cosa extraña!, la frente de don Martín parecía nublarse más y más. Positivamente, la conversación languidecía, y ya pensaba en pedir la dirección de mi dormitorio, a pesar de la hora para gallinas, cuando se me ocurrió preguntarle, por decirle algo, en qué punto de los Pirineos había nacido. Me contestó con cierta tristeza:

—Soy de Guétary. ¿Conoce usted esos parajes?

—Por supuesto—dije con satisfacción—; he pasado algunos meses en Biarritz, y visitado uno por uno todos los puntos de la costa, desde el Adour hasta el Bidasoa. ¡Guétary, aldea encantadora! Veo todavía la iglesia rodeada de casitas blancas que resbalan hasta la playa, en medio de los bosquecitos y trigales. ¡Vaya si conozco su tierra!...

Un rayo de alegría iluminó la cara de don Martín, que me agarró del brazo y, sacudiéndome como ciruelo, repitió alborozado:

—Conque, ¿conoce la tierra? ¡Y bien, usted es un buen muchacho! ¡Ah! ¡No hay más: un buen muchacho!

Y luego agregó con marcado interés:

—¿Y no recuerda usted de la *Villa Graciana*, entre Bidart y Guétary?

Francamente, confieso que no conservaba ideas

muy precisas acerca de la Villa Graciana; pero para darle gusto, arriesgué una contestación afirmativa: esa u otra, en resumidas cuentas...

—Villa Graciana... Me parece... Creo que he estado de visita alguna vez...

El vasco se levantó como herido por una descarga eléctrica y, mirándome en los ojos, exclamó:

—¡Pero, entonces, ha conocido usted a mi hija Graciana... ¡la dueña de casa!...

Y sin darme tiempo para contestarle corrió hacia una habitación interior, dejándome estupefacto ante este quinto acto de melodrama que se me venía encima como ladrillo en la cabeza. ¡Villa Graciana... su hija! Al cabo tenía yo la culpa. ¿Cómo diantres concluiría todo esto?

Volvió al minuto, blandiendo en sus manos trémulas dos cuadritos que me enseñó como un triunfador. Pero la vela humeante no arrojaba luz suficiente; golpeó las manos con estrépito, mandó encender una lámpara de petróleo que colocó en la mesa, mientras yo me preparaba para examinar con resignación aquellos dos retratos de familia. El primero representaba un muchacho de quince años, elegante y robusto, con uniforme de colegial. Pasé al segundo, ¡y quedé estupefacto! Parecióme en verdad que no era la lámpara, sino el retrato el que iluminaba súbitamente la habitación. Era una excelente fotografía hecha en París, fina y artística como una miniatura. Después de algunos segundos de contemplación arrojé involuntariamente una mirada al rostro macizo y al cuerpo atlético de don Martín, procurando en

vano dilucidar cómo de ese tronco de roble pudo alguna vez brotar esta azucena, y llegar hasta ahí, en la primera generación, los prodigios de la variación específica.

Figuraos un hada de diez y siete años: una rubia cabeza de ondina surgiendo de no sé qué oleadas de blancos tules y encajes. El perfil, un tanto delgado y grácil aún, sin una sola redondez, seguía desde la frente hasta el cuello una línea de armoniosa e infinita delicadeza. Cada facción hablaba, cantaba el himno inefable de la pureza, de la gracia, de la inmaculada primavera. Se adivinaba la música de la voz que saldría de esos labios entreabiertos, el rayo de aurora que brillaría eternamente en esos grandes ojos de cielo, cuya ceja alargada recordaba la curva nítida de la creciente luna. Era la flor virginal con su perturbante misterio... Y, con pretexto de mirarla mejor, acercaba a mi rostro la fotografía, pareciéndome imposible que la imagen de cartón no hubiera conservado un perfumado recuerdo, una sutil emanación de la deliciosa realidad...

El viejo seguía mirando el otro retrato, con sordas exclamaciones de cariño; luego lo dejaba un instante para volver al de su Graciana y comprobar punto por punto la semejanza de familia. Yo aprobaba con la cabeza; pero confieso que las gracias adolescentes del muchacho me dejaban más frío...

En ese tiempo no tenía yo vicio redhibitorio que me prohibiese apreciar esas cosas. Pues bien: esta brusca aparición de la belleza mundana y refina-

da, ese reflejo súbito de un foco de luz que irradiaba desde tres mil leguas en este desierto, por entre las mudas tinieblas de un cielo sin estrellas, tenían un encanto indecible... Es siempre algo embarazoso manifestar ante un padre entusiasmo excesivo por su hija. Pero el orgullo paterno de don Martín tan ingenuamente resplandecía, que me atreví a decirle por fin:

—De veras que la señorita Graciana es encantadora...

—¡Vaya si lo es!—dijo el buen viejo con convicción. Y ¿no recuerda usted haberla visto por allá?

—Absolutamente... Pero, don Martín, ¿cómo puede usted vivir lejos de esa joya?

No bien había soltado aturdidamente estas palabras cuando me arrepentí. El padre se dejó caer sin contestar en su silla de suela, inerte y aplastado, como si inconscientemente le hubiera atravesado el corazón de una puñalada... Y así permaneció en un silencio angustioso, con los crispados puños en los ojos, todo su cuerpo sacudido por los suspiros que se le escapaban por intervalos. Al fin soltó un sordo sollozo y parecióme ver humedecidos sus dedos cuadrados...

Nada más conmovedor que la honda aflicción de un ser fuerte y varonil. No me atrevía a hablar, ni siquiera a moverme, dominado por el espectáculo trágico de ese insondable dolor.

Poco a poco se serenó; pero temiendo que se avergonzara por su emoción reciente, fingí quedar absorto en la contemplación de los retratos. Se le-

vantó; fué a la puerta del comedor, donde permaneció algunos segundos, concluyendo por decirme en voz alta:

—Parece que el tiempo se compone... Podrá usted seguir viaje mañana, a no ser que prefiera acompañarme un par de días...

Volvió a sentarse, se escanció una copa de vino y, mirándome de hito en hito, me habló con no sé qué violencia sombría:

—Tengo esos dos hijos y un millón de pesos, libres de polvo y paja, para que ellos se diviertan allá. Soy el más rico estanciero del Norte; tengo salud; he trabajado durante treinta años; creo que no cuento un enemigo en todas estas provincias. ¡Pues bien, amigo mío: tiene usted por delante al hombre más desgraciado de la tierra!... Usted parece buen muchacho..., y aunque no lo conozco sino de esta noche..., quiero desahogarme alguna vez... Yo soy un ignorante; pero no hay sino un modo de quejarse, como no hay sino un modo de sufrir. Tal vez le interese y pueda servirle más tarde esta lección si cría hijos y quiere educarlos lejos de usted...

Y entonces, sin giros rebuscados ni conciencia del efecto que sus palabras sencillas pudieran producir, el buen vasco me contó lo siguiente, en tanto que yo miraba alternativamente su entristecida cara de viejo aldeano y el fino perfil de Graciana, cuya vaga sonrisa no se había apagado por estas lágrimas paternas, que ignoraría siempre y no podría secar...

Pido al lector perdón por si alguna vez el hábi-

to de «frasear» me hace transcribir mal el ingenuo relato, quitándole, sin advertirlo, lo que Chateaubriand llamara (no sin remilgo) «la gracia de la cabaña»; no en recordar fórmulas campestres consiste la naturalidad, sino en hablar cada cual como asoma a su labio el pensamiento.

I

Hace diez años, amigo mío, en lugar de toda esta albañilería vacía hubiera usted visto aquí una casita de adobe con techo de paja y corredores sostenidos por postes de quebracho: todos los materiales que necesitan las aves del monte para sus nidos. Y el rancho, ¡a fe mía!, no parecía otra cosa con la continua algazara de los muchachos y las risas de mi mujer Teresa, que se oían desde la mañana hasta el anochecer. Aunque ella pasaba ya de los treinta años, no demostraba más de veinte por el aspecto y el buen humor. Al volver de los puestos o de la represa, a las doce, miraba yo desde allá lejos ese vestido de percal en el patio, con los dos bultitos menudos que rebullían a su alrededor, y eso bastaba para que todo mi cansancio se volara como un fardo arrojado del hombro. En aquel tiempo yo tenía ya el riñón algo cubierto; pero quería enriquecerme de veras para que no supieran nunca esos tres seres míos lo que es la gran batalla del trabajo. ¡El

trabajo! ¡Ah! ¡Qué fácil y llevadero era entonces!... No me parecía que mojara la lluvia que llenaba mis represas ni que quemara el sol que hacía crecer el pasto en los potreros de la estancia.

Eran los grandes tiempos de las curtiembres. Yo compraba cueros por la nada, remitía suelas a millares, vendía ganado en pie; ¡vamos!, una fortuna de doscientos mil pesos levantada en ocho o diez años, y que ya caminaba sola, sin más cuidado que dirigirla y dejarla criar. Pero también crecían a la par mis dos chiquillos: Manuelito llegaba a los doce años y Graciana pasaba de los trece. Ahora tenían en casa a una pobre maestrita española que les enseñaba a leer, escribir y no sé qué otras cosas, además de ayudar a Teresa en sus costuras. Todo eso me parecía suficiente; nunca quería oír hablar de ponerlos en el colegio, lejos de mí. Pero entonces también era una moda o estribillo en todas partes esa historia de la educación! En todo se metía la dichosa palabra, lo mismo en religión que en política. Se repetía que la escuela enseña a ganar batallas, que se acababa de descubrir recientemente el verdadero método de educar a los hijos, que el Presidente era un maestro de escuela y también el que vendría después... Teresa, gran lectora de diarios, me esperaba todas las tardes con un nuevo sermón, en que volvía siempre este San Agustín: «¡Tus hijos se crían como salvajes! Graciana no sabe geografía ni apenas la tabla de multiplicar. Manuelito no hace caso; se lo pasa a caballo por el campo y el monte todo el santo día...»

Yo me hacía el sordo cada vez que empezaba la letanía. Cuando más apurado me veía decíale a Teresa: «Haz venir a casa todos los maestros y maestras que quieras, págales lo que pidan; pero no me hables de vivir lejos de mis hijos...»

Y parece que yo decía eso de cierto modo, pues al oírme algunas veces se le llenaban los ojos de lágrimas.

No vaya usted a juzgar de Teresa por lo que ve de mí; yo soy un campesino, pero ella era una verdadera señora, fina y habilidosa. Seguramente yo no la merecía, y nunca creí posible que fuera mía cuando la veía pasar tan elegante y mona por la plaza de Tucumán... Pero en un trastorno de la política salvé la vida a su padre, y como la santa muchacha sintiera que nunca me atrevería a pedirla, ella misma puso sus blancos dedos en esta ruda manaza de trabajador. Creo que no se arrepintió del sacrificio, pues ¡sabe Dios que hice cuanto pude por que fuera feliz!...

Así pasó algún tiempo más. Por consejo de Teresa interesé en mis negocios a un paisano mío, honrado como el pan y capaz de reemplazarme en todo este trajín. Sólo entonces ella descubrió sus baterías. «Ya que no queríamos separarnos de nuestros hijos, podíamos dejar la estancia por un año... o dos y establecernos en Buenos Aires. Durante ese tiempo los muchachos se criarían en un medio decente, adquirirían modales e instrucción y se vería después...»

No tuve nada que contestarle. En resumidas cuentas, la proposición era sensata y hacedera.

Me era fácil reducir mis negocios a sólo el cuidado de la estancia; tenía un socio de toda confianza. Pedíle a Teresa algunas semanas para reflexionar. Pero he aquí que mis cavilaciones me llevaron no sé cómo a una idea singular, que ponía las cosas más en serio que el primer proyecto de mi mujer. Contaba ya veinte años de América, entre los cuales diez de trabajo personal y sacrificios; nunca había podido pensar en volver a la tierra, donde no me quedaba más que una hermana menor. Mientras estuve sepultado en la estancia, no queriendo siquiera establecerme en la ciudad vecina, parecióme un sueño irrealizable la vuelta a mi pobre aldea montañesa. Pero ya que se trataba de desarraigarnos por un tiempo bastante largo y vivir en una sociedad tan desconocida para nosotros como era Buenos Aires, ¿no parecía mejor para los niños y nosotros mismos alargar el paseo hasta Europa?

Amigo mío, ¡qué sabroso es eso de dar una sorpresa agradable a los seres queridos! Cuando me abrí con Teresa sobre mi nuevo proyecto juntó las manos, dando un grito de alegría, y luego me saltó al cuello con tan franco arrebato que no hubo necesidad de más explicación. Gracias a su actividad de ardilla, todo quedó ordenado, arreglado, concluído en pocos meses; tanto que, después de una travesía sin novedad, a fines del siguiente abril, en una fresca mañana de primavera, saltábamos en tierra los cuatro en el malecón de Burdeos.

II

A pocas cuadras de la choza donde nací y me crié estaba en venta una linda casa de campo—la *Villa Graciana* de hoy— ; la compré, y allí nos instalamos para el verano, a media legua de Biarritz. Mi hermana Justina, viuda y sin hijos, antes maestra de escuela en Guétary, vino a vivir con nosotros. Era una verdadera vascongada, reidora y fresca como un arroyo de la sierra. Todos la adorábamos, grandes y chicos; entre chanzas enseñaba el francés a Teresa y a los niños—y también a mí, como quien no hace la cosa—. Por lo demás, encontré muy cambiado todo aquello; la gente moza de Bayona y aun de Biarritz no hablaba sino francés; había que trepar la montaña para escuchar la verdadera lengua de la tierra, tan alegre que a nosotros nos suena como una canción. ¡Más de la mitad de la población vasca se muere ya sin haber cruzado los Pirineos ni bailado jamás un zorcico al pie del *Guernicaco arbola*!

Pasamos el invierno en París, quedando los dos

solos casi todo el día, con mi buena Teresa, pues me había convertido hasta consentir en que Graciana y Manuelito se educaran en colegios particulares, que por las cuentas que pasaban tenían que ser de lo mejor! Los dos chicos se estaban afrancesando día a día. Llevábamos una vida de paseos que me cansaba más que todos mis galopes por la estancia. Pero Teresa parecía tan contenta con el adelanto de los niños, que yo aparentaba estarlo también. Con todo, no me olvidaba una hora de la Cañada. A veces, cuando Teresa estaba fuera con algunas de las argentinas que andan siempre de diversión en París, pedía a nuestra sirvienta Asunción que me cebara el mate prohibido. ¡Esta siquiera deseaba volver a la estancia tanto como yo! Ella se quedaba de pie, cruzando los brazos, en tanto que yo chupaba la bombilla, asomado al balcón que dominaba las Tullerías; y allí era el eterno platicar sobre las gentes y cosas de allá:

—¡Ay, Aschuna! ¡Quién estuviera en la Cañada a estas horas!...

—¡Amalhaya, señor!...

Y los dos juntos, patrón y sirvienta, dábamos el mismo suspiro hacia los rancheríos santiagueños y los montes de algarrobos, donde se vive en santa paz...

Se había cumplido un año de ausencia cuando recibí una carta de mi socio; me proponía un gran negocio de proveeduría con el gobierno del Perú; pero que no podía resolverse sin estar yo presente. Era una ocasión para recuperar en pocos me-

ses todo lo gastado en el viaje, y probablemente mucho más. Consulté a Teresa, que me suplicó prolongara por un año nuestra permanencia en Francia; tenía siempre razones que me dejaban callado y convencido. No podía yo negar que Graciana ganaba cada día en finura y gentileza; el mismo muchacho, llamado quizá a ser hombre importante en su provincia, adquiriría, sin duda, con otro año de estada principios de educación más duraderos y que sería fácil conservar y desarrollar allá... Por otro lado, no me resolvía a rechazar la propuesta de mi socio... Entonces Teresa fué la primera en discurrir una solución que todo lo conciliaba. ¡Que Dios le perdone, como yo le he perdonado, la funesta aunque bien intencionada inspiración! Hízome notar que ya se acercaba la primavera, es decir, el tiempo de establecernos en nuestra casa de Guétary. Allí podrían esperar mi vuelta con mi hermana, pues mi viaje no pasaría de cinco o seis meses. Justina, consultada, aplaudió a gritos la idea; todos los amigos también, y nada digo de los dos niños, que saltaban de gozo. En fin, parecía una conspiración... Tuve que ceder, y me embarqué en Burdeos, solo y triste, empezando a sufrir el duro aprendizaje de la soledad...

Al resolver mi viaje comprendía que mi familia no podría ya vivir contenta, aunque sólo fuese por temporadas, en la antigua y rústica casita donde antes habíamos sido tan felices. Tenía, pues, el pensamiento de levantar el edificio actual y, por lo pronto, traía conmigo encajonados los nuevos mue-

bles y las innumerables chucherías que son, al parecer, necesarias para la vida civilizada... La casa se concluyó, amigo mío; los muebles se colocaron en su lugar allá dentro; pero nadie los ha usado jamás ni se han pisado hasta ahora las alfombras flamantes.

Como para burlarse amargamente de mi desgracia venidera, la fortuna se mostró desde mi llegada tan liberal conmigo que aquello parecía sueño. Pude derramar el dinero alegremente, preparando la casa de mis ausentes queridos; mi caja se llenaba con más facilidad cuanto más sacaba de ella. Todo salía mejor de lo que calculara; subió el precio del ganado, después vendí con tiempo y a precios locos mis campos del litoral. Pero el negocio aquel con el gobierno del Perú—de que me hablara mi socio y que él atendía allá personalmente—me obligaba a prolongar la ausencia.

Felizmente, recibía cada quince días noticias consoladoras de Graciana, que crecía en talento y belleza; de Manuel, que había recuperado el tiempo perdido y cursaba no recuerdo qué clase en su colegio, cuyo nombre nunca he podido pronunciar—algo así como *Santa Bárbara*—; además, Teresa me anunciaba con grandes aspavientos que el muchacho revelaba extraordinaria vocación por la música. ¡La música! ¡Vaya una profesión!... Yo les contestaba como Dios me ayudara, pesándome la pluma en la mano más que la tranca del corral. Les daba también noticias, con mis letras torcidas, que parecían marcas de ganado. El potrillo de Manuel estaba amansado; el jazmín de Graciana, cu-

bierto de flores, que se secaban en la planta por no haber quien las cortara...

Pero yo vivía muy triste; ya nada me gustaba: ni la casa, ni el campo, ni la ciudad. Iba a cumplirse el año de separación. Y cuando sólo esperaba la vuelta de mi socio para volar a Francia y traerme a mi gente, él me escribió desde Lima suplicándome que fuera allá inmediatamente y bien provisto de recomendaciones oficiales, pues las cosas aquellas iban tomando mal cariz. El oro había subido a las nubes y pretendía el Gobierno pagarnos con un miserable papel que nadie quería tomar por la mitad de su valor...

Tuve que ponerme en marcha por el desierto de Atacama; se trataba quizás de toda la fortuna de mis hijos. Llegué a Lima; felizmente, pude arreglarlo todo, sacrificando en untamientos una parte de la ganancia. Pero el negocio daba para todo, y después de otro año perdido mi socio y yo volvimos junto a la estancia. ¡Al cabo iba a poder marcharme! Había anunciado a Teresa mi próxima partida para que dejase de escribirme a Lima. Lleno de gusto con la vuelta al pago—¡y se habla de presentimientos!—no esperé a apearme en el patio de la Cañada para gritar a la primera sirvienta que salió:

—¿Hay cartas para mí?

—Sí, señor; hay una sola. Está sobre la mesa.

Corrí al comedor, hambriento por saber algo de mis queridos... Amigo mío, en esta misma mesa, aquí donde pongo la mano, estaba una carta que traía sobre de luto. La iba a tomar cuando reco-

nocí la letra de mi hermana; me quedé helado, hecho una piedra, sintiendo un sudor frío en la raíz del pelo... No sé qué ideas locas me pasaron por la cabeza... y tuve que afirmarme a la mesa para no caer...

Era un tibio día de mayo—nunca lo olvidaré—; una dorada faja de sol entraba por la puerta entreabierta; en el gran silencio de la siesta escuchaba estúpidamente el gorgoreo de una gallina que picoteaba en el patio; todo era serenidad y quietud, a esa hora en que el ganado rumia tranquilo bajo la sombra de los quebrachos. Parecía que toda la paz del cielo bajara a la tierra como una bendición. «¡Vamos—dije—, soy una criatura; no es posible que Dios me haya maldecido!» Y bruscamente, de un tirón, rompí el sobrescrito.

Principiaba la carta con estas palabras:

«Pido al cielo que te dé valor, mi pobre hermano, en la desgracia horrible que nos acaba de herir...» Y desde ese instante seguí recorriendo maquinalmente la carta, repitiendo las palabras en alta voz, sin comprenderlas, hasta que llegué al último renglón. «Piensa en tus hijos huérfanos, que te esperan aquí.—JUSTINA.»

En el aturdimiento de no sé qué idiotismo del momento fuí al aparador y bebí un gran vaso de agua mientras murmuraba entre dientes, con la porfía de un alucinado: *tus hijos te esperan, tus hijos te esperan...*

De nada tenía conciencia clara sino de mi sufrimiento interior; parecíame que mi cabeza hue-

ca sufría el choque incesante de un martillo que la hería sin descanso, como el badajo de una campana. Y quedé aletargado, perdido...

... Tiempo hacía que ya notaba obscuramente y por intervalos cuchicheo de voces apagadas y rumor de pasos a mi alrededor, cuando un dolor agudo en el pliegue del brazo me hizo dar un grito y abrir los ojos. Rodeaban mi cama mi socio, una sirvienta y un curandero de la villa vecina. Tenía un gran peso en la cabeza, y pedí que me aliviaran; comprendí que desataban unas vendas, y, sintiéndome mejor, miré mis brazos ligados a consecuencia de las sangrías. Recobré en el acto la conciencia de cuanto había pasado; me di vuelta hacia la vieja india que viera nacer a mis hijitos y murmuré: *¡Teresa ha muerto!* Ocultó su cabeza en su pañuelo de lana, y al oírla sollozar sentí que yo lloraba también con delicioso alivio. Estaba salvado, después de tres días de congestión.

Durante mi convalecencia me hice leer diez veces la carta de mi hermana, hasta saberla de memoria. Dios presta a los débiles cierta insensibilidad que es una fuerza de resistencia. Poco a poco me familiaricé con la horrible realidad; hasta llegué a consultar sobre la enfermedad de Teresa al humilde médico de Metán, como si hubiera aún esperanza de salvarla...

Los pormenores de la catástrofe eran para mí espantosos, aunque sin ningún aparato propio para picar la curiosidad indiferente. Bien sabe usted que hay en Biarritz una *estación* de invierno; quedan allí muchas familias para gozar del sol en las

tibias arenas del mar. Cediendo a las instancias de una familia amiga, Teresa fué con Justina a una tertulia que se prolongó hasta la media noche. Era tan corta la distancia entre las dos casas que habían ido y vuelto a pie; el cielo estaba sereno, y aunque a la salida sintiérase llegar el cierzo de la montaña, las dos mujeres no quisieron esperar un carruaje. De repente se sintieron envueltas en uno de esos huracanes de nieve muy frecuentes de noche en los Pirineos; son imposibles de prever y tan rápidos que casi no dejan tiempo al arriero para buscar refugio y apenas al sorprendido pescador para aferrar su vela. Tanteando en las tinieblas, en medio del furor del torbellino, que hacía crujir los árboles y derrumbaba las piedras de la montaña, bajo la nieve que azotaba su cara y helaba su sangre, las dos mujeres, tomadas del brazo, pudieron llegar hasta su casa. Justina, más robusta y hecha a las traiciones de la sierra, no había perdido su sangre fría; pero Teresa parecía loca de terror. Era el delirio que comenzaba. Se declaró una pleuresía fulminante, que la llevó en ocho días. Había muerto bendiciendo a sus hijos y pidiéndome perdón... ¿Perdón de qué? ¡Ah, sí! En la lucidez de la agonía comprendía que jamás pudiera el más encarnizado enemigo destrozarme el alma como lo hizo ella con dejarme solo en la tierra.

III

No estuve sino un mes en cama; pero durante ese mes fué cuando de veras envejecí. Conforme sentía volverme las fuerzas recobraba también capacidad para sufrir. Lo que dominaba en mi estado era una como postración moral que no podía vencer, un desprendimiento general de cuanto pudiera antes interesarme. El mismo recuerdo de los pobres huérfanos que quedaban allá no bastaba al principio para vencer mi somnolencia. Me sentía concluído para siempre.

No obstante, la Naturaleza hizo su obra sin consultarme, y un día de julio me encontré en pie, muy débil aún, pero capaz de arrastrarme de cuarto en cuarto. La primera vez que vi un vestido de Teresa en un ropero me sentí desfallecer. Y entonces empezó una horrible existencia de recuerdos que se alzaban delante de mí a cada instante. No había un mueble, un objeto familiar, un punto de la casa que no llevara adherida su imagen; era una escena pasada, una palabra suya, una actitud.

De noche era siempre el mismo sueño engañoso que me la mostraba aquí en la estancia como hace muchos años; y al despertarme de esta ilusión, que hacía más amarga la realidad, sufría como si cada día perdiera nuevamente a Teresa...

No me daba cuenta de que no curaría jamás si no abandonaba por un tiempo la Cañada. Volvía a ver el corral, la represa vecina, seguía solo las sendas del monte, sin encontrar un paraje apartado que no la resucitara en mi memoria; los tristísimos recuerdos alzaban de repente su vuelo en la noche del alma, como bandadas de aves nocturnas sorprendidas; y quedaba parado, siguiendo con los ojos maquinalmente esas alas obscuras, que me parecía dejaban la tierra para volar lejos, muy lejos, de donde no se vuelve jamás...

Un día, no obstante, me desperté con el sentimiento de la realidad. La imagen de mis hijos, abandonados a tres mil leguas, cruzó mi mente como un relámpago. Sacudí esa debilitante y peligrosa persecución de mi querida muerta. Pedí a los que me rodeaban que no me dejasen solo una hora; procuré arreglar mis negocios, interesarme en los negocios materiales. Logré tomar pie en la vida común. Y a las pocas semanas de esta reacción saludable me encontré bastante fuerte para emprender el viaje a Europa. Sin embargo, obedeciendo a no sé qué preocupación enfermiza, quise esperar el arribo del mismo buque que nos llevara la primera vez; a los pocos días leí el anuncio de su llegada y fuí a embarcarme en Buenos Aires.

El capitán, algunos oficiales, casi toda la gente de a bordo, se acordaba de nosotros; sólo una vez me preguntaron por Teresa; y esos hombres, hechos al sufrimiento, me ahorraron las fórmulas vulgares de condolencia. No quise bajar en punto alguno del trayecto. Me pasaba las horas largas de la travesía sentado en la toldilla, escuchando callado los proyectos y referencias de los pasajeros, pareciéndome que la vida era ya para mí un viaje sin fin por un mar sin orillas.

Con todo, el movimiento de ese pequeño mundo indiferente y la obligación de mezclarme a él, pues el completo aislamiento no es posible a bordo, suavizaron insensiblemente la acritud de mi pena. Ahora lo que sentía más y más era una sed ardiente de mis hijitos. Experimentaba por momentos la sensación del que ha sido saqueado y ha creído perderlo todo, cuando descubre de repente que ha salvado parte de su tesoro.

En el mismo buque venía una viuda, de Montevideo, que había dejado allí, en las arenas del Uruguay, a su marido y a su hijo mayor, muertos en la misma semana. Había resistido valientemente y todavía encontraba fuerza para sonreírse alguna vez con su única niñita, de cuatro o cinco años. Pero ¡qué sonrisa! Me recordaba ese pálido sol de invierno en nuestros Pirineos, que no alcanza a derretir la nieve de la falda.

Y bien; yo, que tenía a mis dos criaturas, que me esperaban con los brazos abiertos, prontas para volver conmigo y poblar mi soledad, no tenía derecho para desechar la vida como se arroja al mar

una botella rajada y vacía. Había sufrido un golpe que nunca se curaría; pero entre todos los que cruzan por el mundo, ¡cuántos seres ensangrentados que viven con una mano puesta en la herida oculta!

Así pasaron los días de la travesía; miré desde la cubierta del vapor, sin interés curioso, las rompientes de Pernambuco, las arenas del Africa, Lisboa y sus torres blancas; por fin, las costas de Francia, que ya representaban para mí algo más que la patria: el suelo donde vivían mis hijos y descansaba mi mujer.

¡Al fin iba a verlos! Me los figuraba siempre como los había dejado: niños juguetones de doce a trece años. Todo el tiempo transcurrido no los cambiaba para mí. Los miraba ya corriendo atropelladamente, sentándose en mis rodillas, pidiéndome datos sobre la estancia; mil preguntas a un tiempo, que no tendría tiempo de contestar por comérmelos a besos. Sin duda, estarían desesperados por volverse conmigo cuanto antes... ¿Quién sabe si no se resolvería también Justina? ¡Ah! ¡No serían largos los preparativos! En un mes o dos lo dejaría todo vendido y nos embarcaríamos para Buenos Aires. Viviríamos en la Cañada siempre, bien apretados unos contra otros, sin dejar un claro por donde pudiera meterse la desgracia y herir a uno sin llevarse al montón...

Entre los centenares de buques anclados, que hacían una ciudad flotante en el Gironda desde Pauillac, el nuestro pasaba lentamente, como en una anchísima avenida de Burdeos que se desarro-

llara a uno y otro lado. Al fin atracamos ; corrí a estribor, donde estaban colocando el puente levadizo... Vi en el extremo opuesto una joven pareja de luto que me saludaba con los pañuelos. Me costó trabajo reconocerlos... Y así, durante los cinco eternos minutos que duró el arreglo de la maldita tabla, estuve con los ojos clavados y alargando los labios hacia esos dos jóvenes hermosos, elegantes, casi desconocidos, que eran Graciana y Manuel: ¡los dos muchachos que ayer saltaban, desgreñados y descalzos, por sobre la tranquera del corral!

Me abalancé, y ahí no más, en el tropel de los viajeros y changadores amontonados en el malecón, los apreté en mi pecho, uno en cada brazo! ¡Qué se me daba a mí del público! Ni siquiera lo veía, tan ocupado me hallaba en refrescarme el alma contra esas dos cabezas queridas. Después le tocó el turno a mi hermana Justina. Yo no pensaba todavía en moverme de allí; no me cansaba de examinarlos de pies a cabeza, tomando sus manos en las mías para verlos mejor. Manuel era ya hombre, casi tan alto como yo, pero fino y rosado como una muchacha. En cuanto a Graciana..., ya la conoce usted por el retrato: un angelito de Dios, con sus ojos azules y el revoltillo de rizos de oro que no le cabían en el sombrero negro; toda su cara parecía una sola sonrisa, y al besarla me parecía oler un ramo de flores...

Pero no bien me habían dejado despuntar el vicio, cuando se me entraron por el medio una señora anciana y un joven de unos veinticinco años, buen mozo, pero prendido con treinta y cinco alfi-

leres, como mujer. Justina me los presentó con grandes aspavientos: Madame Bosquet, su hijo Gabriel, íntimos amigos de la casa. Seguramente, así debía de ser; pero ¿qué necesidad tenía yo de encontrármelos allí desde el primer momento? Tuve ganas de mostrarles mala cara, pero vi que Graciana se ruborizaba, y me tragué la píldora, mandándolos por dentro a los quinientos mil diablos. ¡Caramba con algunos que no conocen cuando estorban!...

En fin, nos fuimos al hotel para esperar el tren de Bayona. «Recién» (1) allí me di cuenta del enjuague: esas gentes habían venido sólo por acompañar a los míos, y se volvían con nosotros a Biarritz en el mismo departamento reservado. Desde el primer momento de estar juntos fué todo un hablar francés; Graciana y Manuel me contestaban en ese idioma cuando les dirigía la palabra en español, y hasta entre sí no se entendían ya en la lengua de su tierra.

Ahí fué mi primera decepción; no sólo porque me costaba desenredarme en un idioma que nunca supe bien y había dejado de chapurrear durante veinticinco años, sino también porque me parecía que ellos, al olvidar su lengua, habían olvidado un poco a su madre y a la tierra donde nacieron. Callado, me puse a hacer la cuenta del tiempo transcurrido: ¡cerca de cinco años ya, y a esa edad! ¡Ay!, ¡con razón no se apuraban para pre-

(1) Argentinismo de uso tan frecuente en el país que parece irreemplazable, como si dijera más que «sólo entonces», «únicamente», etc.

guntarme de la estancia! ¡Muy lejos y muy borrado estaba ya todo eso para ellos!...

Entonces me vino el recuerdo de Teresa, y por no entristecerlos con las preguntas que me subían a los labios, me puse a mirar por la ventana del coche: el tren atravesaba los bosques de pinos de las Landas, esas llanuras más tristes que nuestras travesías argentinas, donde siquiera el sol y el cielo azul alegran un poco el alma.

A la tarde llegamos a Bayona; cruzamos el Adour, y no sé por qué me hizo impresión ver encadenados en ese río, sin olas ni corriente, una docena de buques de Ultramar. Algunos, sin duda, estaban cargando para América, tal vez para Buenos Aires; y, apenas llegado, me venía un inmenso deseo de volver a embarcarme con Manuel y Graciana, solos los tres, ¡aunque durara el viaje sesenta días!

Sin embargo, sentí un gran alivio cuando bajamos delante de nuestra casa, que encontré muy embellecida y cambiada, y, sobre todo, cuando vi que se despedía la familia Bosquet... *¡Hasta la vista, señor Grabiel!* Di un suspiro de satisfacción capaz de empujarlos hasta Bayona, tan grande era mi deseo de soltar la lengua con libertad. Al lado de la puerta estaba parado un bulto negro, que corrió hacia mí y se detuvo a dos pasos; le grité: *¿Cómo te va, Aschuna?...*, y di un buen apretón de manos a la chinita de Teresa, que se puso a sollozar... Bien conocía yo que ella tenía ganas de quedarse y preguntarme por la gente de allá; pero Graciana le dijo a media voz: *¡Está*

bien, Mercedes! Y apoyándose en mi brazo, me llevó hacia el comedor. En el camino le pregunté:

—¿Por qué le has cambiado el nombre?

Y ella, con cierto embarazo que procuraba disimular, me contestó:

—Es un capricho de... Bosquet. Decía que no podía pronunciar ese nombre ridículo de «Aschuna»..., y como tanto vale para ella...

Yo quedaba callado; se detuvo entonces con su sonrisa de niña mimada:

—Y, a propósito de nombres, ¿por qué le llamas *Grabiel?*... Es Ga-bri-el...

—Ya sé—le contesté con cierto malhumor—; pero la costumbre... ¿No te acuerdas ya del peón Grabiel, que te traía siempre huevos de perdiz?...

—¡Ah, sí!—dijo con distracción y arrastrando la voz—; pero todo eso está tan lejos, ¡tan lejos!...

IV

Al día siguiente, muy temprano, Justina entró en mi cuarto y me encontró ya vestido. Me había adivinado la intención, y de veras le agradecí la corazonada. Me dijo con acento conmovido:

—Los niños se levantan tarde. ¿No te parece que vayamos solos la primera vez?

Le apreté la mano y murmuré con voz que desfallecía:

—Gracias, mi buena Justina; ¡vamos!...

Y fuimos al pequeño cementerio de Biarritz, situado a poco más de un kilómetro. En el trayecto me contó los dolorosos detalles de mi gran desgracia. Teresa se había apagado casi sin sufrimiento, recobrando sólo en la agonía su entera razón para dictar las últimas recomendaciones. Volvía siempre a recordar de mí, como de la víctima más gravemente herida, encareciéndoles a los tres que la reemplazaran a mi alrededor.

Era una mañana de septiembre, llena de luz. La presencia de las ricas familias que frecuentan aque-

lla playa se revelaba hasta en el campo de la muerte. Elegantes y ricos monumentos se alzaban en ese cementerio de aldea, chapeando de mármol blanco el negro cortinaje de los tejos y cipreses. La estación balnearia estaba todavía en su principio, y casi todos los sepulcros demostraban la ausencia de los deudos, con sus coronas ennegrecidas, que habían sufrido el invierno sin renovarse.

Desde lejos reconocí la tumba por sus flores recientes y el piadoso cuidado del pequeño jardín que la rodeaba... Justina me dejó solo, arrodillándose en el extremo opuesto y colocando a la muerta entre ella y yo. Cuando pisé esa tierra que cubría los despojos de mi primero y único amor parecióme en verdad que repentinamente me ponía en comunicación con su alma, aproximada a la mía... Yo creo todavía en lo que creyeron mis padres, y en ese instante estuve convencido de que Teresa estaba cerca de mí, veía mi desesperación, que no quería ser curada, y me confiaba nuevamente la suerte de nuestros hijos. Y yo murmuraba, sin contener mis sollozos: «Sí, sí; te lo prometo, mi querida Teresa; pensaré en ellos antes que en mí mismo, y serán felices aun a costa de mi felicidad...»

Salimos Justina y yo sin hablarnos hasta salvar el umbral del cementerio. La vida se esparcía, con la alegría de la mañana, en las quintas y los caminos. Los hortelanos, las ramilleteras, toda la gente de la sierra bajaba al pueblo con sus pintados arreos campestres. Muchos conocían a mi hermana y la saludaban familiarmente en el caro dia-

lecto que no olvidamos jamás. El encuentro de aquellos aldeanos de existencia tan serena me aquietó gradualmente, y entonces nos pusimos a conversar de nuestros hijos.

Manuel, después de concluir sus estudios, estaba siguiendo las clases del Conservatorio de París. Estaba recién llegado, acabando de rendir exámenes «brillantes»—según me afirmaba Justina—. Había alcanzado un accésit de... de armonía—creo que dijo así—y no era dudoso un éxito más feliz para el año siguiente...

Tuve un sacudimiento y me paré de golpe.

—¡El año próximo!—exclamé vivamente—. Espero que antes de esa fecha estaremos en nuestra casa, en el pedazo de suelo donde ellos han nacido y yo quiero morir. Nos iremos todos, pues no creo que quieras abandonarnos. A Teresa también la llevaré. ¡Basta de destierros y separaciones!...

Justina me miró con asombro, como si no alcanzara a comprenderme. Y entonces principió su alegato. Ya le dije a usted que había sido maestra de escuela. Conservaba de su antigua profesión cierta tendencia a regentar, a par que una afición decidida por la oratoria. Yo, que soy bastante media lengua, sobre todo cuando hablo francés, me ayudaba como podía con el vascuence; pero quedaba vencido, aunque no convencido...

Abrevio todas las razones que ella me dió para persuadirme. Con mi fortuna, decía, no podía pensar en enterrarme en una estancia; mis hijos estaban hechos a la vida civilizada. ¿Cómo obligarlos a vivir en los montes? Para Manuel se abría

el más brillante porvenir; entraría en la vida artística con una situación material que le abría todas las puertas... Y concluyó así:

—Por fin, no debes tomar una resolución tan grave así, de sopetón, a la llegada. Pasarás el verano con nosotros. Te acostumbrarás a nuestra existencia social; verás las cosas por ti mismo, y entonces podrás resolver...

—Sin duda, esperaré antes de decidirme—contesté con firmeza—; pero no creo que mi resolución pueda cambiar. Manuel debe vivir donde ha nacido y se ha criado. ¿Qué significa esa carrera de que me hablas? ¡Ser músico! No conocemos allá otros músicos que los pobres diablos que tocan en las fiestas. Tenemos una gran fortuna, es decir, muchos negocios que atender. Yo me siento ya cansado; y aunque rico, Manuel trabajará como su padre... Por fin, si se empeñara por quedarse un año más, ya que te parece tan conveniente, y bien, se quedaría. Tengo en París relaciones seguras. Pero lo iríamos a esperar allá Graciana y yo..., si no prefieres también venirte con nosotros...

Justina se estremeció al oírme nombrar a mi hija.

—¡Graciana! ¿Querrías condenar a esta niña, acostumbrada a todos los refinamientos mundanos, a esa existencia de aislamientos y tristezas?

—¿Quién te habla de condenarla? ¿Tengo yo la cara de un juez? ¿Por qué te figuras que no querrá volver a su patria para vivir tranquila y cómodamente al lado de su viejo padre?...

Estábamos llegando a la puerta de la casa. Justina se detuvo y, mirándome fijamente, dijo con voz pausada, que me dejó sin réplica:

—Porque ama y es amada...

...callamos llegando á la puerta de la casa. Jus-
...se detuvo y, mirándome fijamente, dijo con voz
...tono, que me dejó sin réplica:
—Porque ama y es amado.

V

A usted, que es viajero en nuestras provincias, le habrá pasado cien veces lo que le voy a recordar. Volviendo a cruzar en tarde nublada por un sitio que atravesó un día de sol, parecerle que todo estaba cambiado y entristecido: son los mismos montes tupidos, los mismos lapachos y tarcos en flor, con sus enredaderas que sujetan las ramas como torzales verdes, las mismas aguadas y enlamadas represas de antes; pero, aunque nada falte hoy a la vista de ayer, ¡cuán distinta resulta la impresión!... Así me sucedió desde aquel momento con las cosas de Biarritz y sus gentes todas, principiando por Graciana y Manuel. Las palabras de mi hermana sonaban en mi oído para desencantarme de cuanto me rodeaba. Hasta creía sentir en los abrazos de aquellos hijos míos no sé qué flojera y tibieza, algo así como un vacío que yo no alcanzaba a llenar. Veía los ojos de Manuel que relampagueaban cuando recordaba a París; recibía gacetas por cada tren y se engolfaba con Graciana

y Justina en discusiones acaloradas que me dejaban en ayunas. Algunas veces, por tantearlo, solía decirle:

—Y bien, Manuel, ¿qué tal cuando estemos en la Cañada? ¡Qué lindos paseos por el monte, eh! ¡Cómo vas a retozar de un puesto a otro!...

Generalmente no contestaba ni sí ni no. Y luego volvía a su tema de siempre: alzarse con un premio del Conservatorio y viajar por Italia y Alemania. Un día me preguntó, sobre poco más o menos, la cifra de nuestra fortuna. Y cuando le hube contestado, me observó:

—Ya ves, no gastamos aquí ni la tercera parte de tus rentas. ¿Para qué quieres enriquecerte más?

Le contesté indignado:

—¿Para qué? Para cumplir con lo que Dios manda. Todos debemos trabajar mientras tengamos fuerzas...

Y así seguí repitiendo las mismas cosas, sin atinar a convencerle.

Justina, que estaba presente, le daba la razón, como siempre. ¡Ya lo creo! ¡Como que era ella quien lo había criado en esas ideas de ociosidades y grandezas! Mi muchacho se lo pasaba sentado horas enteras en el piano, y entonces su tía solía exclamar, muerta de gusto:

—¡Cómo trabaja!

¡A eso llamaba trabajar!...

Felizmente, la actitud de Graciana se había vuelto más satisfactoria para mí; se deshacía por complacerme en todo; me cuidaba, me mimaba cada

día más. Lo que me fastidiaba un poco era su afán por enseñarme los modales y las fórmulas de la gente fina. Tenía que obedecerle, porque me pagaba con un beso lo que ella llamaba «mis adelantos». Por ejemplo: yo tenía costumbre desde cuarenta años atrás de cortar mi pan con el cuchillo, como siempre lo he visto hacer a la gente más encopetada de Guétary. ¿Creerá usted que me porfiaba porque lo desmenuzara con los dedos? Ahora lo de mostrar en la mesa un pedazo delicado a una señora con la punta del tenedor... ¡ni por pienso! ¡Cuando llegó hasta decirme que no debía brindar a los postres!... Vamos, parece que allá se tomasen a mal todas las demostraciones de la gente sana...

Sólo Bosquet me defendía. Comía con nosotros dos o tres veces por semana, sentándose al lado de Graciana, y cuando ella me hacía señas o murmuraba una observación, él solía decirle con una sonrisa amable:

—No le incomode usted; son costumbres patriarcales...

Y no sé por qué Graciana se mordía los labios y se ponía colorada.

Yo, por supuesto, no dejaba de comprender el manejo del tal Gabriel; bastaría ver sus ojos de farol fijos en Graciana para saber a qué atenerme, aunque mi hermana no me hubiera prevenido. Con toda su diplomacia parisiense el mocetón no era capaz de pegármela. En cuanto a la muchacha, la notaba tan condescendiente, tan conforme cuando me resistía a que se realizara algún proyectado pa-

seo con los Bosquet, por la sierra o el mar, que a ratos me parecía imposible admitir lo que mi hermana me había revelado. Acaso Justina, como todas las mujeres solas, se complaciera en tejer novelas sobre cualquier indicio vago... Además, tenía una veneración de aldeana por la gente importante, y la familia Bosquet estaba emparentada—como lo decía el apellido—con el «ilustre mariscal».

—¡Que le aproveche!—decía yo para mí—; pero mientras Graciana esté tan serena y risueña, las cosas marcharán bien.

Entretanto pasaban las semanas y los meses. En Biarritz era un gentío de no entenderse—sobre todo con tantos ingleses—. Pasaban desde el alba por delante de la casa con bastones de gancho, polainas y gorras o boinas de color. No se podía alzar los ojos hacia la montaña sin encontrar a alguno de ellos parado en una cuchilla, con su cabeza azul o roja, que servía de llamada a los demás, como señuelo. Y por la noche principiaban los conciertos, los bailes en la *Villa Eugenia*—que es ahora el Casino, después de ser tantos años el palacio de la emperatriz—. Yo iba allí algunas veces para no contrariar a Graciana. Tenía que ponerme guantes. ¡Hágame usted el favor! Quedaba con los cinco dedos abiertos, como ramas de cardón, y las manos tan tiesas que nunca podía encontrar mi pañuelo en el bolsillo y no me atrevía a tomar un vaso de agua por miedo de no poderlo apretar. ¡Y a eso llaman algunos descansar de sus fatigas!

Una noche, al retirarnos, iban adelante Graciana

y Gabriel; después, mi muchacho con Justina, y yo, cerrando la marcha, dando el brazo a la señora de Bosquet. Con ésta, felizmente, la conversación era siempre fácil y agradable para mí. No hacía sino preguntarme por la estancia y las vacas; se sabía ya el precio de los novillos y de las suelas mejor que la mujer de mi capataz. Realmente daba gusto conversar con persona tan inteligente y amiga de aprender...

Esa noche, sin embargo, el tema era distinto. Sin que yo le preguntase nada, se puso a explicarme su situación, el valor de sus casas y propiedades, la renta que le daban. ¡Vamos, un verdadero inventario! Gabriel era hijo único, relator en el Consejo de Estado, muy bien relacionado en el mundo parisiense, tanto por su parentesco con el mariscal como por su posición...

La luna alumbraba el camino que subía hacia Guétary, diseñando al grupo elegante de Graciana y Gabriel. Madame Bosquet se detuvo para enseñármelos, exclamando con entusiasmo:

—¡Qué linda pareja! Mírelos usted, si no parecen hechos el uno para el otro...

Entonces comprendí... Además, no me dejó lugar para dudas: como decimos en la tierra, «se dejó caer» con todo su peso. De buenas a primeras me pidió resueltamente la mano de Graciana.

Sentí un golpe en el corazón y no encontré en el momento una sola palabra que contestar...

Comprendía que era necesario discurrir algo, una fórmula cortés que, sin herirla, le manifestara

mi resolución inquebrantable. Al menos, así la juzgaba yo...

Pero nosotros, los vascos, no servimos para disimular el pensamiento. Por otra parte, la verdad era todavía la forma menos hiriente de mi rechazo, y se la revelé toda entera. Le expliqué cómo había venido con el solo propósito de llevarme a los míos. Nosotros, en realidad, éramos forasteros en Francia, y no podía pensar en separarme de mis hijos ni, por supuesto, en abandonar la República Argentina. Graciana era muy joven aún; indudablemente el trato continuo y las atenciones de un joven tan distinguido como «Grabiel» la habían halagado... Pero de eso a la pasión irresistible que acababa de pintárseme había gran trecho...

Por cierto que no soy hombre de recursos; pero le aseguro a usted que en ese momento no me faltaban las palabras ni las buenas razones. Se trataba para mí de defenderme contra los que querían arrebatarme a mi hija, y ese pensamiento me prestaba elocuencia, como me hubiera prestado fuerzas materiales contra diez bandoleros que me la quisieran robar.

Madame Bosquet era orgullosa; tenía seguramente la conciencia de hacernos un favor; no insistió, y sentí su brazo que se desprendía insensiblemente del mío. Felizmente, llegábamos a casa, y la incómoda situación no se prolongó. El resto de la familia había quedado esperando en el vestíbulo. Graciana estaba parada al lado de Gabriel, y cuando la luz de la lámpara nos alumbró de frente

sentí aquellas dos miradas ardientes que procuraban leer su destino en nuestras caras.

Yo me sentía incómodo, como si hubiera cometido una mala acción. El aspecto de la señora no debía de ser menos expresivo. Noté que Graciana se llevaba involuntariamente las manos juntas al pecho, poniéndose pálida como el estuco de la pared...

Era la una de la mañana y muy natural que los Bosquet se retirasen inmediatamente. Se despidieron con cierta frialdad, en que ni Justina ni Manuel pudieron fijarse, y quedamos solos breves instantes.

Yo me había sentado en un sillón del corredor. Mi hermana se dirigió a su cuarto. Manuel me dió las buenas noches al tiempo de encender un cigarro. Graciana, después de algunos segundos de un silencio que me desgarraba el corazón, se dirigió hacia mí para despedirse con el beso de costumbre. Me levanté y la estreché en mis brazos, buscando sus ojos llenos de luz; pero desvió la mirada; sentí que su cuerpo inerte se apartaba del mío, y al tocar con mis labios su frente pura me pareció de mármol. ¡Pobre hijita mía!

VI

Los días que siguieron, después de la escena que he referido, figurarán siempre entre los más amargos de mi vida junto a los que pasé en la estancia cuando, repuesto de mi ataque, cobré la conciencia de mi desgracia. Una sola vez tuve que entrar en explicaciones respecto de mi conducta, y fué, naturalmente, con mi hermana Justina. Por supuesto, que ella combatió mi determinación con todas las razones que pudo discurrir—y no eran pocas—. Pero yo, sacando fuerzas de flaqueza, me di maña para contestarle y hasta demostré cierta ruda energía, que le impuso, porque no podía ver la procesión que andaba por dentro ni adivinó que era el dolor, más que la ira, lo que hacía temblar mi voz...

Mas poco a poco llegué a sentirme aislado y casi extraño en mi propia casa. Nada había cambiado en la apariencia; no se oían palabras destempladas ni discusiones entre nosotros; nos sentábamos

como antes a la mesa de familia; pero esos minutos de las comidas eran los únicos en que nos veíamos reunidos, y en lugar de las charlas expansivas de otro tiempo, la conversación tomaba un giro noticioso e indiferente, como en el comedor de una casa de huéspedes. El único síntoma exterior que algo dejara ver del íntimo descalabro, era el tono desabrido que mi hermana gastaba con la sirvienta Aschuna. La pobre chinita no se atrevía a contarme sus cuitas; pero dos o tres veces, estando ausente su terrible señora, se acercó a pedirme que la mandase con cualquier familia argentina, pues se sentía mala de salud... La consolaba como podía, prometiéndole que no pasaría el año sin que volviéramos todos a la tierra.

Por mi parte, no hacía mucho caso de los refunfuños o viarazas de Justina. Tampoco me inquietaba sobremanera la actitud algo fría de Manuel —gran partidario y admirador de Bosquet. No así la tristeza resignada de Graciana. Su aspecto de creciente abatimiento me oprimía el corazón. No podía yo dudar de que sufriera intensamente; pero contaba con el tiempo para aliviar si no desvanecer su honda pena. Me repetía a mí mismo que la vida, cuanto más la juventud, tiene una como eficacia cicatrizadora. Después, haciendo a un tiempo de abogado y de juez, me demostraba con razones poderosas la justicia de mi proceder. «Esa gente —decía entre mí—ha perseguido un buen negocio con este casamiento; no es natural que un parisiense envanecido solicite la mano de una muchacha de familia humilde, por encantadora que sea;

ha de ser un cazador de dotes, como los hay en todas partes y mucho más aquí.»

Pero estos mis razonamientos me convencían sin dejarme satisfecho. La casa ahora parecía robada. Las mujeres salían a caminar o se sentaban a leer en el corredor, en tanto que Manuel sacudía las teclas de su piano, tocando no sé qué maldita música de entierro que me daba gana de llorar.

Entonces yo salía a pasear por lo más desierto de la playa, no emprendiendo la vuelta hasta la oración. De noche solía llegar hasta la aldea de Guétary, donde tenía algunos viejos amigos. Allí encontraba también muchos refugiados carlistas, que me contaban por centésima vez las derrotas de Estella y San Sebastián. Uno de ellos había sido ordenanza del general Lizárraga y tenía siempre que referir alguna nueva hazaña de su jefe. No habían perdido la fe. Ni las locuras del Pretendiente ni las penurias de esas campañas atroces habían entibiado el entusiasmo vascongado. ¡Con decir que resistía a las mentiras y descaradas explotaciones de algunos farsantes, que yo veía en Bayona y otras partes viviendo cómodamente mientras los pobres *capelac gorriac* quedaban sembrados en la sierra! A pesar de todo, la causa de su Rey y de sus fueros era siempre la causa de Dios. Los encontraba prontos, como antes, para cruzar de nuevo la frontera al llamamiento del que entretanto calavereaba en París o Venecia ; y en el corazón del más sosegado y manso vizcaíno, desde el rico *Etchecojauna* hasta el humilde pastor, se conservaba vivo el patriotismo montañés, como bajo el rescol-

do del hogar la brasa, que basta sacudir y soplar para que de nuevo eche llamas y chispas. Y no pasaba velada sin que soltasen al aire, contando con la complicidad de la población y de las mismas autoridades, los viejos cantos vascongados, dirigidos contra los alfonsinos de hoy, y eran los mismos que lanzaron sus padres contra los cristinos de hace cincuenta años.

Yo, por supuesto, muy poco entendía de esas políticas, y no hubiera podido a punto fijo decidir si era Dorregaray o Martínez Campos quien defendía de veras la causa del derecho y de la patria; pero me sentía vasco ante todo y no dejaba de comprender que esos fueros tan peleados eran lo que quedaba en pie de nuestra antigua independencia e historia popular. Además, con ese egoísmo del hombre que todo lo refiere a su propia situación, me parecía que eran esos mismos forasteros de París, que llenaban nuestras playas, los que nos habían corrompido y moralmente arruinado. Y sirviéndome de opinión política mi rencor contra los Bosquet, hacía coro con los que cantaban desaforadamente:

A la francesa berba
A la francesa jhan
A la francesa jhantsi,
A la francesa edán... (1)

Y clamaba yo también por las boinas coloradas, aunque hacía treinta años que no las usaba de ningún color.

(1) «A la francesa hablamos, comemos, vestimos y bebemos...» (ANCHINARIK ONA!, canto popular de Eusebio Azcue, vizcaíno).

Pero, después de estas inocentes calaveradas y desahogos, volvíame más pensativo a mi casa por entre las villas, todavía iluminadas o llenas de música. Casi siempre encontraba a Graciana y a Justina sentadas en la terraza. Ésta me preguntaba de dónde venía; yo contestaba algunas palabras, que no encontraban eco prolongado, y a poco yo ganaba mi cuarto, corrido por el silencio, que tenía traza de reproche o acusación. Ya no venían a visitarnos los Bosquet; y como muchas otras relaciones, noticiadas de lo sucedido, también espaciaban más y más las visitas de noche—«por discreción», según decía Justina—, la casa estaba sola la mayor parte del tiempo. En cuanto a Manuel, poco paraba después de comer. Estábamos a fines de septiembre, que es el gran momento de la estación en Biarritz; y una noche a pretexto de una tertulia; otra, por un concierto en el Casino, el muchacho poco se demoraba de sobremesa y desaparecía, yendo a refocilarse hasta las dos o las tres de la mañana.

Las noches en que, por el mal tiempo u otra causa, yo dejaba de salir, me quedaba en el corredor, abrumado por una tristeza inmensa, que algunas veces tomaba un carácter de sorda irritación ante la actitud insoportable de mi hermana. Parecíame que afectaba encogerse en presencia mía, contestando luego a mis preguntas familiares con una suerte de sumisión hipócrita y como temblorosa, que me ponía fuera de quicio. Exageraba el respeto cual ante un amo despótico y sin entrañas, capaz de cualquier exceso: asentía a cuanto decía yo con un apresuramiento fingido que cho-

caba con su genio alborotado y me daba gana de romper algo a mi alrededor... ¡Las mujeres son el mismo diablo!...

Pero si en la actitud de Justina había mucho de postizo y aspaventero, no así en la de Graciana. Lejos de demostrar por fuera su abatimiento, mostraba conmigo estar dispuesta para todo. Sólo su fisonomía cada vez más pálida, sus mejillas enflaquecidas y el círculo violado de sus párpados eran testimonio demasiado visible de su muda y secreta desesperación. Había perdido el apetito; pero a todas mis preguntas contestaba sonriéndose: *No tengo nada, papá, te lo aseguro; me siento muy bien*...

Todas las mañanas salía sola o con Justina en dirección a la iglesia. Conocía bastante a mi hija para no tener siquiera el pensamiento remoto de observar su conducta. Un día que me había levantado más caviloso y descontento que de costumbre me encontré tan flojo y vacilante en mi propósito que cedí al deseo supersticioso de examinar nuestra dolorosa situación allá, más cerca de *ella*. Me dirigí al cementerio y, aunque estuviera desierto por la hora matinal, fuí a sentarme tras de la tumba de Teresa para evitar toda posible perturbación. Experimenté al pronto como un gran descanso en este silencio, y me pareció que la quietud de los muertos apaciguaba poco a poco el tormento que me daban los vivos. No sé cuánto tiempo estuve así, absorto en un recogimiento tan profundo que me quitó la conciencia de cuanto pasaba a mi alrededor, cuando un ruido ligero me es-

tremeció. Presté el oído, un tanto inquieto; después de un intervalo de silencio percibí nuevamente algo como un lamento vago, un murmullo de ahogados sollozos y de palabras entrecortadas en que volvía esta queja de agonía: *¡Mamá Teresa, mamita!...*

Me levanté y di vuelta al sepulcro... De rodillas, casi postrada en la tierra húmeda, asida con una mano en la reja de la tumba, estaba mi hija, mi Graciana, más blanca aun bajo sus velos negros y con los ojos bañados en lágrimas. Di un grito que la hizo incorporarse. La levanté del suelo, recordando el tiempo pasado, cuando tenía cinco años y la llevaba a mi boca como una flor bendita, y así la tuve en mi pecho cubriéndola de besos y mezclando con los suyos mis sollozos.

En seguida la hice sentar en un banco de la avenida, bajo un tejo frondoso donde recuerdo que pipiaba un gorrión. ¡Ah, no fueron muy largas las explicaciones! El viejo corazón reventó al contacto de ese corazoncito dolorido, y tomando la mano de Graciana entre las mías le dije:

—¡Estás sufriendo mucho, hijita del alma! Perdóname... He sido un egoísta: no quería perderte. ¿Lo quieres mucho, verdad? Debe ser digno de ti; ¿cómo habías de amar a quien no te mereciera? He consultado a Teresa y estamos conformes: te lo doy. Pero dime que me perdonas...

—¡Oh, padre mío!—murmuró la dulce criatura arrojándome sus brazos al cuello.

Volvimos a casa saboreando paso a paso las delicias de nuestra íntima felicidad recobrada. Me

abrió púdicamente su alma virginal, donde no leía sino pensamientos de pureza y santidad como en un devocionario. A ella no le había venido la idea de la separación, y no podía explicarse mis angustias: —¿Separarme de ti?—murmuraba asombrada—, ¿cómo has podido pensarlo? Gabriel es huérfano de padre, como yo de madre: y bien, nuestra familia se completará. Viviremos donde tú quieras; ¿qué importa donde vivamos siempre que estemos juntos?

Me convenció. No bien llegados a casa tomé aparte a Justina para consultar con ella sobre lo que habíamos de hacer. Yo temía ahora una repulsa como antes la hubiera deseado y comprado con mi sangre. Mi hermana me tranquilizó: Gabriel y su madre no habían mudado de propósito ni perdido la esperanza de vencer mi resistencia. Pero era necesaria una visita mía. No hice objeción alguna: fuí a la casa de los Bosquet y llevé sencillamente a la madre la contestación que había diferido, es decir, mi consentimiento.

Las cuestiones de interés se arreglaron decente y prontamente. Prevenido por Justina, no hice observación alguna respecto del dote de Graciana: lo fijé en doscientos mil francos. Graciana, que merecía un rey, aunque no tuviera más dote que su belleza y su alma de santa, ¡tuvo que presentarse ante el notario con un puñado de billetes en la mano! Así lo requería el honor de la familia de Bosquet: son las costumbres de la civilización...

Se casaron a fines de octubre, en la iglesia de

Biarritz, con asistencia de toda la sociedad balnearia: un montón de gente desconocida para mí que me saludaba con cierto aire de protección amable. ¡Ah, rayo de Dios!, ¡qué poco se me daba a mí de las monadas y morisquetas de todos aquellos elegantes tísicos y perfumadas mundanas sin sangre ni pulmones, ni corazón! Y si no hubiera sido por Graciana...

VII

Después del corto paseo de moda por Italia ínterin madame Bosquet preparaba la instalación en París, donde habíamos de pasar el invierno juntos, los novios volvieron a Biarritz y allí permanecimos hasta mediados de diciembre. Ni quería yo con mis cavilaciones remover los hechos consumados, ni me arrepentía de la corazonada que me hizo quebrantar en una hora la firme resolución de muchos meses. A decir verdad, tampoco tenía hasta entonces motivo para ello. Dicho se está que Graciana era feliz; así principian todos los matrimonios, hasta los que peor han de concluir; y, como dice un refrán de la tierra, a la luna de miel le toca siempre un cielo sin nubes. Pero otros indicios también me tranquilizaban: todos me daban a entender que, lejos de servir de estorbo, mi presencia completaba su felicidad. Graciana había cumplido su promesa de darme un hijo más: Gabriel me trataba realmente como a padre. Había aceptado sin

objeción lo que él llamaba la «hospitalidad» en la *Villa Graciana:* así la bauticé al día siguiente del desposorio, para indicar que en adelante sería mi hija la verdadera dueña de casa.

Fuera de sus viajes a París, madame Bosquet pasaba con nosotros la mayor parte del tiempo. A veces, sentados los dos en la terraza, al buen sol del invierno, parecíamos compadres de veras cuando seguíamos con la misma mirada de ternura a la pareja alegre que se alejaba hacia el pueblo o bajaba a la playa entre risas y gritos que parecían cantos. Esa dicha andante, obra exclusiva nuestra, era como otro reflejo de sol y otra brisa marina que acariciaban nuestras almas satisfechas; y yo, pobre viejo sin aspiraciones propias, no pedía a Dios, en recompensa de mi trabajo, sino el derecho de vivir arrimado a este mismo hogar, siempre, sin incomodar a nadie ni pedir cuenta de mi sacrificio. No me costaba querer al que mi hija quería, y por momentos mis ojos se detenían en él con tanto cariño real como los de madame Bosquet en mi Graciana. Mis prevenciones respecto de aquella señora se iban desvaneciendo poco a poco; parecíame una buena mujer, a ratos tan sencilla y franca como Justina. Los ribetes presuntuosos, que antes me la mostraran poco simpática, se ocultaban y perdían en la sanidad del fondo... ¡Así somos los montañeses sencillos: de una pieza para odiar o querer. El corazón del vasco es como su tierra: todo picos o despeñaderos, pero de pura piedra y a la vista, sin nada de pantanos ni tembladerales!...

En resumidas cuentas, todos estábamos encantados con la nueva existencia. Digo todos, pues nadie se ocupaba en averiguar la opinión de una sirvienta. Aschuna era la única que no se rendía, protestando con su alejamiento y su silencio. Ni antes ni después había aceptado a Gabriel—yo lo sentía, lo adivinaba por su actitud más que por sus pocas palabras. Con todo, la víspera de marcharnos a París la pobre chinita rompió el silencio para preguntarme, mirándome a la cara:

—Y yo, señor, ¿cuándo me vuelvo a mi casa?

—¡Tu casa!—contestéle fingiendo indignación—, ¿acaso quieres abandonar a Graciana?, ¿no estás bien con nosotros?

—Vea usted, señor—agregó con intención y meneando la cabeza—; sería mejor que usted me mandara ahora. ¿Quién sabe si no tendrá que mandarme después, quiera o no quiera?

Esta observación de la sirvienta montaraz me disgustó bastante y le ordené rudamente que fuera a prepararse para acompañarnos.

Nuestra instalación en París fué cómoda y «confortable»—creo que así decía Madame Bosquet; ella se había ocupado de todo con su sentido práctico y su actividad habitual. Hizo un último viaje a París mientras estábamos todos en Biarritz, y a su vuelta me comunicó que había sentido sobremanera no poder adquirir un inmueble admirablemente situado y bastante espacioso para la familia entera. Pero su antigua casita no valía sino ciento veinte mil francos, y le habían pedido doscientos mil por la nueva. Era una lástima, una

ocasión única; pero le repugnaba hipotecar sus bienes..., y me mostraba los planos de la casa, del *hotel*, como decía ella con toda la boca llena.

Consulté a Manuel, que me contestó sencillamente:

—Pero la fortuna es tuya, y, además, se trata de todos nosotros. No necesitas de mi aprobación; sin embargo, por mi parte aplaudo tu pensamiento...

Eran ochenta mil francos añadidos a la dote matrimonial; una *yapa* o pico no despreciable. Pero había recibido buenas noticias de la Cañada; por otra parte, ya que debía yo también vivir allí con Manuel y Justina—que se había resuelto a dejar su Guétary—, era muy natural que adelantáramos algo por alquileres. Puse en manos de madame Bosquet un cheque de cien mil francos contra mi banquero, diciéndole:

—Con el excedente le ruego a usted que nos haga arreglar el pequeño departamento que necesitamos Justina, Manuel y yo...

Y agregué para mí: «¡Bah! Cien mil francos, en resumidas cuentas, no son sino veinte mil duros; despacharé quinientos novillos más al Perú...»

Madame Bosquet volvió a marcharse definitivamente, precediéndonos por algunas semanas. Cuando llegamos estaba todo concluído e instalado. La casa, situada rue Poncelet, cerca de los Campos Elíseos, tenía muy buena apariencia, con su jardincito al frente y su puerta de reja. Se componía de un cuerpo central y dos pabellones

contiguos. En uno de éstos estábamos alojados todos los Baigorry, ocupando el centro el joven matrimonio con la suegra de Graciana; el segundo pabellón estaba reservado para salas de recibo, estudio y biblioteca. Madame Bosquet nos dijo con satisfacción:

—Los he colocado a ustedes los tres juntos para que estén con más independencia...

No contesté nada, pero la advertencia me sorprendió: independientes... ¿de quién, de Graciana?

Por lo demás, ese pabellón, fuera de nuestras habitaciones, comprendía un comedor y un saloncito: todo muy decentemente amueblado, y pronto para constituir, el día que quisiéramos, un departamento completo y tan desligado del resto del *hôtel* como la casa vecina.

No soy caviloso, pero sentí al punto una vaga inquietud, un anuncio indefinible de lo que estaba por venir. Y desde el día de la instalación, en medio de las exclamaciones alegres de Graciana, divisé la primera nube que cruzaba rápidamente nuestro cielo sereno.

VIII

Manuel se mostraba encantado con esta combinación. Colocó su piano en nuestra pequeña salita para estudiar a su gusto, después de las lecciones del Conservatorio. Naturalmente, no hice observación alguna contra sus proyectos musicales. Puesto que habíamos resuelto vivir en Francia, no podía oponerme a lo que Justina llamaba su «vocación». A mí la tal vocación no me decía gran cosa: pero el muchacho era juicioso, reposado, cariñoso conmigo: yo sabía que, músico o no, sería un hombre honrado; tenía los medios de vivir sin trabajar, con sus gustos modestos. Los mil francos mensuales que le pasaba, para «dinero de bolsillo», le bastaban ampliamente, pues encontraba todavía cómo comprar con el excedente libros y música. Por ese lado todo marchaba bien.

Graciana entró de lleno en el movimiento del mundo parisiense: visitas, bailes, conciertos, teatros, obras de beneficencia, en fin, esa existencia

artificial y febril que gasta las fuerzas mucho más rápidamente que los sufrimientos y las privaciones. Insensiblemente, llegamos a vernos con menos frecuencia. Por la mañana, ni Graciana ni su marido solían asistir al almuerzo, por no estar levantados aún. Después de un ligero desayuno, se vestían para visitar o pasear por el bosque. Algunas veces los acompañé; pero como viera que no insistían mucho cuando pretextaba poco deseo de ir, me acostumbré a dejarlos salir solos. En los primeros tiempos, todavía nos encontrábamos reunidos para la comida; fuera de las noches de gala estábamos sin invitados, y esa hora de buena intimidad bastaba para llenar el vacío de todo el día. Pero comenzaron las comidas de etiqueta y recibos en el *hôtel;* además del traje de ceremonia, que me pesaba en el cuerpo como una coraza, y las presentaciones de gente nueva a quien no encontraba nada que decir, venían las conversaciones sobre personas y cosas desconocidas... Y yo me quedaba inmóvil y callado, al lado de Justina, más mortificada que yo.

Entonces comprendimos la utilidad del departamento independiente, y con mi hermana solíamos comer solos en nuestro pabellón, ocultando el uno al otro nuestros pensamientos y procurando conversar de lo que no nos interesaba. Algunas veces nos acompañaba Manuel; pero Justina era la primera en aconsejarle que se fuera allá, para aprender los usos del mundo y adquirir relaciones, y, por supuesto, el muchacho no se hacía repetir la invitación.

La primera que puso el dedo en la llaga secreta fué la criada Aschuna. Una mañana se presentó en mi cuarto, diciéndome que quería de una vez volverse a América, y como ella rompiera a llorar en el principio de sus explicaciones, esto no contribuyó para que fueran más claras. Pero yo no necesitaba mucho para comprender. Graciana había tomado una *femme de chambre* parisiense para reemplazarla; la sirvienta que la vió nacer y la cargó en sus brazos en la estancia ya no era bastante elegante y entendida para servirla. Además, tenía confianzas de nodriza criolla que no cuadraban a la nueva situación...

Comprendí que era inútil aplazar lo que era inevitable. Me entendí con una familia argentina que volvía a Buenos Aires; aseguré la existencia de nuestra humilde compañera de tantos años, escribiendo a mi socio para que eso fuera cumplido exactamente, y todo quedó concluído a mediados de marzo. A las ocho de la mañana Aschuna vino a despedirse de nosotros. Justina le puso en la mano un regalo que había comprado para ella, y otro tanto hizo Manuel, después de un abrazo que para la pobre valía mucho más. La sirvienta me miraba sin decir una palabra. Comprendí su pregunta callada, y le dije:

—¿Cómo quieres irte sin verla? Éntrate por allá; si está durmiendo se despertará...

Y la empujé por el hombro hacia el aposento de Graciana, sintiendo una especie de sorda irritación. Entró en el tocador, pero volvió a salir a los pocos segundos. La sirvienta nueva tenía or-

den de no entrar antes de ser llamada. En cambio el señor Bosquet le había hecho entregar una carta cerrada, que se sentía contener dinero, con esta dirección: *Para Mercedes*. Llamé a la mucama francesa y le tiré a la cara la carta de su amo, gritándole:

—¡Dígales a su señor y a su señora, que no hay aquí persona de este nombre, y que Aschuna no pide limosna!

Y dándome vuelta hacia Justina, con los labios trémulos de indignación, agregué:

—Ya que Graciana se olvida de sus deberes, yo los cumpliré por ella. ¡Acompañaré a esta chinita hasta Burdeos, y que se rían de mí los tontos y los desalmados!...

IX

Pensaba volver a París inmediatamente después de embarcar a Aschuna; pero en el malecón di con un antiguo comerciante de Buenos Aires, que me acompañó hasta el centro; luego hizo tantas instancias que me quedé con él en el *Hôtel de Bayonne* tres o cuatro días.

—¿Qué asunto urgente le llama a usted?—me preguntaba cada vez que quería emprender la vuelta.

Y, ¡a fe mía!, no sabía qué contestarle. Tiempo hacía ya que mis hijos caminaban solos y no podía contarle a un extraño las circunstancias poco gratas de mi salida de París. Por fin tuve que resolverme. Una noche, después de comer, tomé el *rápido*, despidiéndome de mi nuevo amigo como de un compadre de veinte años. ¡Qué buenas charlas sobre las gentes y las cosas argentinas!... ¡Parecíame que después de muchos años había dado al cabo con un paisano mío!...

Al encontrarme solo en mi departamento del sa-

lón-dormitorio no pude dejar de reflexionar en la situación incómoda que me había creado con mi alborotada salida de la casa. No me arrepentía, por cierto, de mi buena acción con una pobre mujer envejecida a nuestro servicio y que después de diez años de destierro se separaba de nosotros poco menos que echada. Pero me confesaba también que la violencia es pocas veces buena consejera. Era, por lo menos, inútil tratar duramente y delante de una mucama a mi hija y a mi yerno, culpables quizá de indolencia más que de mala voluntad. Iba a encontrarlos ahora probablemente resentidos conmigo. ¿Quién sabe si la suegra, siempre celosa de mi influencia sobre Graciana, no se habría valido de mi algarada para abultar las cosas y promover escenas penosas entre los dos jóvenes?...

Todo esto y mucho más iba repitiéndome a medida que el tren devoraba la distancia que me seperaba de París. No había calculado que el *rápido* me llevaría al término de mi viaje antes del amanecer. Me había quedado dormido, y la brusca interrupción del movimiento me despertó al tiempo que el empleado abría la portezuela. Estábamos en París. A la desteñida luz del alba reconocí la estación de Orleans. Me metí en un coche de alquiler y empezamos a rodar a través de las calles interminables. Me sentía más solo en esta inmensa ciudad dormida que en mis trasnochadas por el desierto de Atacama. Atravesamos el Sena y entramos en los grandes bulevares, sin más transeuntes a esta hora matinal que los jornaleros que iban

al trabajo y algunos grupos de elegantes y ajados trasnochadores que salían de una orgía. La masa de la población estaba todavía entregada al sueño, y lo que se divisaba al pálido reflejo del alba era el París vicioso o ese otro agobiado y miserable que arrastra por el asfalto de los bulevares desiertos sus pies todavía mal descansados de la labor de la víspera. ¡Ah! ¿Por qué muchos de aquellos infelices no se resolvían a dejar el seno de esa patria que se volvía para ellos madrastra, con ser tantos los hijos que necesitaba criar? ¿Por qué no cruzaban los mares en busca de las tierras nuevas y anchas donde el trabajo es fácil y bendecido, y hasta la pobreza pierde su aspecto irremediable y desconsolador?

El trayecto por el bulevar Haussmann, que me anunciaba la próxima llegada, volvió mi pensamiento a la realidad. Me contrariaba sobremanera volver a tales horas para encontrar cerrada la puerta y verme obligado a alborotar toda la casa. Hubiera preferido no despertar a mi Graciana y sí verla entrar en mi cuarto como una bocanada de primavera cuando le dieran la noticia. Abriría mis brazos, y en dos besos, sin más explicaciones, irían pelillos a la mar. Y en resumidas cuentas, si ella quería reñirme por el mal rato que le causara mi calaverada, pues bien, dejaría que me retara a su gusto, seguro de salir perdonado y gananciosa de la escena. ¡Pobre Graciana! ¡Qué horas estaría pasando, sin duda, por culpa mía!

El carruaje dobló la esquina de la *Avenue des Ternes* y bruscamente me encontré embutido en

una fila de coches parados. Creía equivocarme; pero la duda no era posible. A la vislumbre del amanecer, que empañaba ya las luces del gas, vi mi casa abierta, iluminada, llena de gentes que entraban y salían. Mi coche de alquiler tuvo que detenerse, y para no esperar más pagué al cochero y con mi valija en la mano salvé el umbral del jardín.

Mi aspecto de viajero estaba tan poco en la nota del momento que el conserje vaciló un segundo antes de reconocerme. Llamó a un sirviente que pasaba—nuevo o alquilado para la noche—y que me libró de mi maleta. En dos palabras el portero me puso al corriente: era un gran baile de fin de estación, una fiesta magnífica, etc., etc. Magnífica o no, la fiesta estaba concluyendo, pues encontraba a cada paso parejas de pelliza y tapado de pieles, que ganaban sus carruajes. Fuí derecho a mi pabellón, algo corrido con verme de sombrero gacho, y sobre todo de viaje, en medio de tanto encopetado amigo de mi hija. Entré en mi cuarto con verdadera satisfacción y me dejé caer en mi sofá, lanzando al aire un gran suspiro de descanso.

Mi dormitorio se encontraba entre el saloncito de que ya hablé y la salita de Justina. Al principio creí que mi hermana estaba de recibo con la gente de casa, pues escuchaba un murmullo de conversaciones, cubierto a ratos por un chasquido seco que no me podía explicar. Pregunté al sirviente y éste me avisó que se había convertido esa habitación en sala de juego para la circunstancia.

¡En buena hora se llevaban alegremente el pesar de mi ausencia! En cuanto a Justina, según me dijo, no había querido dejarse ver en el baile, encerrándose muy temprano en su dormitorio.

Conocía los hábitos de mi hermana, y no dudé de que estaba ya despierta. Fuí a la puerta de comunicación y la llamé en voz alta. A los cinco minutos la puerta se abrió y Justina vino corriendo a abrazarme. Después de las preguntas y respuestas de fórmula, me pareció notar en ella cierto embarazo y como un deseo de no entrar en muchos pormenores respecto de la fiesta que concluía. Las últimas notas apagadas de la orquesta llegaban hasta nosotros y, sonriéndome, le dije:

—Esto tiene traza de durar hasta el almuerzo.

Me contestó, como distraída:

—Ha de ser el cotillón, que se prolonga todavía; pero está el baile para terminar. Debe haber sido espléndido.

—Y ¿cómo no has ido tú, siquiera para reemplazarme?

Justina me contestó evasivamente; yo notaba en sus palabras un acento descontento y como trabado, muy distinto de su acostumbrada verbosidad. Como le reprochara cariñosamente tanta indiferencia por Graciana y su marido, vi sus ojos hincharse de lágrimas, que al fin no pudo contener, y entonces supe la verdad.

El día mismo de mi salida para Burdeos, este baile, de muy atrás preparado, se fijó para esta noche. Justina creyó que debía hacer notar a Gra-

ciana la inoportunidad de una fiesta dada en ausencia mía, mayormente teniendo yo que volver de un día para otro. Mi hija parecía convencida; pero Gabriel y su madre intervinieron. «Creía comprender hace tiempo—confesó Justina—que los Bosquet evitaban más y más nuestro contacto con sus amigos. Esta vez me convencí de que, lejos de lamentar tu ausencia, se felicitaban de la ocasión. No sé si hago mal en decírtelo, Martín; pero no puedo fingir más. Esa gente se ruboriza de nosotros. ¡Ah! Yo tengo la culpa y te pido perdón, pues tendrás mucho que sufrir... No quise asistir a ese baile y tampoco nadie me instó. Graciana es buena; he visto sus ojos colorados después de conocer mi resolución. Pero al fin está de parte de su marido; es su deber. Te digo que nos desprecian. Ahora, si quieres saber cuándo me marcho a Guétary, te anuncio que estoy de viaje la semana próxima. ¡Estoy muy vieja para sufrir desaires!»

Sentí un golpe de sangre al corazón y debí ponerme muy pálido, pues mi hermana me hizo una seña suplicante, indicándome el cuarto vecino, desde donde podían oírme. Me contuve y Justina aprovechó el momento de silencio para agregar en voz baja:

—Sobre todo, hermano, guarda consideración por Graciana; toda emoción violenta sería un peligro en su estado...

Y al pensar que no sería ella quien recibiera en sus brazos al niño tan anhelado y querido de antemano, Justina rompió nuevamente a sollozar.

En ese momento la puerta se abrió y entró vivamente Graciana, dando un grito de alegría tan franco que al instante olvidé cuanto acababa de oír. A pesar de la hora matinal, que suele marchitar los colores más juveniles, ella estaba tan fresca y rosada como si se levantara de dormir. Después de despedir a sus últimos invitados, acababa de saber mi llegada y no había resistido al deseo de abrazarme antes de acostarse. Gabriel se había retirado ya... Pero en cuanto supiera...

Le rogué que no molestara a su marido; luego nos veríamos. Y la iba conduciendo a la puerta que comunicaba con el pasadizo, cuando reparó en la cara entristecida de su tía y corrió hacia ella con su antiguo ímpetu de corazón.

—¿Qué tienes? No quiero verte triste cuando soy tan feliz... Te juro que ha sido mala inteligencia...

Y con esa volubilidad febril que produce el exceso de fatiga nerviosa, Graciana habló de mil cosas en cinco minutos: de su cariño por nosotros, de los sentimientos de los Bosquet, del éxito de la fiesta.

—Había dos barones y un vizconde... El señor X, ex colaborador del *Fígaro* y redactor en jefe de la *Revista de los Salones*, había prometido un *compte-rendu*—no en el *Fígaro*, desgraciadamente, sino en la *Revista*—. En fin, ¡un gran triunfo!...

Cuando Graciana se hubo retirado Justina me miró fijamente, meneando la cabeza. Comprendí el significado y le dije:

—Tienes razón; comenzamos a estar de más en esta casa; vizcondes, bailes, nuestro hogar exhibido en los diarios... Vuelve a Guétary, pobre hermana; creo que yo mismo no tardaré mucho en seguirte...

X

A pesar de todos nuestros empeños, muy sinceros por parte de Graciana y Manuel, se marchó Justina, como lo había anunciado; la vasca testaruda nada quiso saber de pegamientos ni composturas. Por una extraña coincidencia, madame Bosquet tuvo que salir muy temprano ese mismo día, y Gabriel había anunciado desde la víspera que sentía no poder acompañar a «su tía» por tener entre manos un informe urgente. Fuimos, pues, mis hijos y yo hasta la estación. Prometimos a Justina volver a verla pronto en Biarritz, y se perdió a lo lejos el tren que llevaba a mi desengañada hermana...

Quedaba solo con mis hijos, y al notarlos en apariencia tan conmovidos como yo, me vino un gran deseo de pasar con ellos el resto del día. Era una encantadora mañana de mayo; los castaños de las avenidas estaban en flor y nos llegaban bocanadas de brisa tibia con olor de lilas y violetas.

Hice bajar la capota de nuestro landó y, ya en marcha por los bulevares, dije a Graciana:

—Es necesario que me des este día de asueto. Vamos a almorzar los tres a cualquier parte, al Bosque o a Vincennes. Quiero echar una cana al aire, ¿estamos?...

Pero mi proposición no fué recibida con el entusiasmo que esperaba. Después de una rápida mirada a Manuel, Graciana me tomó de la mano y con un gran acento de pesar me dijo:

—¡Qué contratiempo! Tenemos hoy el compromiso de ir los tres con Gabriel a visitar el taller del gran pintor Dumarsais. Es una fatalidad. Gabriel nos espera y el artista está prevenido. Además, creo que aprovecharemos la circunstancia para escuchar la opinión del artista respecto de mi retrato; como él no pinta sino cabezas de carácter... Ya comprendes lo importante de esta visita...

—Sí; ya comprendo—murmuré desalentado.

—Pero ¿por qué no vienes con nosotros?—preguntó Manuel.

—¡Qué entiendo yo de cuadros ni de cabezas de carácter!—contesté con malhumor...

Y no agregué una sola palabra hasta llegar a casa.

Entonces volvieron a correr los malos días de otro tiempo, con algo más de abandono y tristeza incurable, que me los hacía más pesados que antes. Los Bosquet resolvieron demorar la salida al campo hasta después del Gran Premio; pero entonces el estado de Graciana impidió un viaje tan

largo como el de Biarritz. Alquilaron una casita en Saint-Germain, la que era tan estrecha que no podíamos pensar en instalarnos allí todos nosotros. Mi yerno resolvió alegremente la dificultad, diciendo :

—Manuel está más apurado que nunca con sus estudios en vísperas de los exámenes. Don Martín quedará para acompañarle en París. Es cosa de un mes a lo más... Y Saint-Germain está a cuarenta minutos de ferrocarril... Quedarán los dos de caseros...

Tiempo hacía que evitaba toda discusión. Sentía de tiempo atrás fermentar en mi alma una levadura de discordia que ya nada podía disolver. No hice objeción alguna y los dejé partir. Consideraba a Graciana como casi perdida para mí y apenas conservaba la esperanza de aprovechar la forzosa intimidad de la vida entre dos para reconquistar a Manuel.

Pero aquí también me esperaba una nueva sorpresa. Mi hijo había tomado un profesor particular, que, según él, le era indispensable para preparar sus exámenes, sobre todo al aproximarse el gran concurso para el premio de Roma. Salía por la mañana, almorzaba allá por el bulevar Poissonnière, cerca del Conservatorio ; volvía para comer, y ganaba nuevamente la calle poco después con motivo de una sesión musical u otra ceremonia por el estilo y que no me importaba averiguar.

¡ Ay ! ¡ Qué largas y tristes horas he pasado en ese bullicioso París, tan mustio y desierto para mí ! Tenía dos hijos y me veía obligado a esperar

durante días enteros un momento de libre expansión con ellos. Manuel parecía más preocupado y sombrío a medida que se acercaba la época de los concursos, de la «entrada en logia», como él decía. A veces lo encontraba tan descorazonado que le tenía lástima y le decía:

—¡No estés triste, Manolo! Si sales mal, nos volveremos a la Cañada. Te prometo llevar el mejor piano de París...

—¡Ah! ¡No hable usted así, padre mío!—contestaba con acento desesperado. El pensamiento de un descalabro posible me pone fuera de mí. Sólo un competidor me inspira cuidado; es un pobre diablo, Pedro Mazolier, a quien veo almorzar todas las mañanas con un panecillo de dos cuartos, que trae en el bolsillo y desmenuza con los dedos. Pero ¡tiene genio! Y el día en que se proclame su nombre vencedor, me parecerá más rico y envidiable que todos los elegantes impotentes como yo...

La primera semana fuí a Saint-Germain casi diariamente. Pero me encontraba siempre con familias de visita; eran nuevas relaciones aristocráticas de los Bosquet, y noté que en estos casos casi nunca se me recibía en la sala, sino en un cuartito de huéspedes, donde se turnaban Graciana y los Bosquet para hacerme compañía; otras veces me invitaban para un paseo a la selva. Me volvía a veces sin haber cruzado cuatro palabras con mi hija. Y entonces dejé pasar semanas enteras sin moverme de París. ¿Para qué incomodarlos más? Pertenecían a un mundo donde no podía yo pene-

trar sin parecer ridículo o causar extrañeza. Tal vez más tarde me dejarían al nietecito para quedar ellos más libres. Y esta sola idea me daba fuerzas para aguantarlo todo. ¡Ese al menos será mío, todo mío, siquiera durante cinco o seis años!...

XI

A principios de junio Manuel entró «en logia», como decía, para el concurso tan anhelado y temido. A los pocos días salió de su reclusión, pálido y ojeroso y, por supuesto, sin impresión bien neta respecto de su concurso. Para que se despreocupara le propuse ir a Saint-Germain. Estábamos saliendo para ir a tomar el tren en la estación *Saint-Lazare,* cuando vi entrar a mi yerno con una cara entre satisfecha y preocupada. Me apretó la mano con menos frialdad que de costumbre, exclamando:

—¡Ya soy padre! Graciana está fuera de peligro...

—¡Cómo!—exclamé con asombro y no poca indignación—. ¡Todo eso ha pasado y no me han prevenido!...

Se disculpó diciendo que había sido una sorpresa para todos. Felizmente, estaban su madre y la baronesa de no sé qué..., la cual se había portado

con verdadera abnegación... En fin, todo había pasado con felicidad. Pero ¡era una niñita!...

No quise saber más, ni siquiera averiguar si él se volvía o no para allá. Dejándole con Manuel tomé el primer tren y caí a la casita que miraba al río. —*¿Dónde está?*—grité desaforado al primer bulto con quien tropecé. Me llevaron al cuarto de Graciana, que me abrazó toda llorosa. ¡Ya se ve, la debilidad! Entretanto, yo seguía repitiendo: *¿Dónde está?*... Como que no me había referido sólo a la madre. Al fin me trajeron el montoncito rosado en un nido de encajes blancos.

Pero delante de aquellas sirvientas y personas extrañas no me sentía libre. Exigí que me llevaran la criatura al cuarto vecino, y sólo allí me desahogué besándola por sobre sus pañales y porfiando por descubir en el pequeño ser delicado y todavía sin facciones las que creía recordar de Graciana recién nacida. Entonces, en ese *chalet* parisiense adornado y pintado en los cuatro cantos, la imaginación voló a este lejano terruño argentino y a los años de franca alegría y robusta juventud, cuando, bajo el techo rústico de la primera Cañada, había recibido en mis manos a la criatura que hoy era esposa y madre. La cara de Graciana se confundía en mi recuerdo con la de Teresa... Y sin saber por qué, me puse a llorar como una mujer, en tanto que devolvía la niña a su nodriza...

Encontré a madame Bosquet en la galería, y estaba tan conmovido que le di un buen apretón de manos, exclamando:

—¡Esta vez sí que vamos a ser compadres! Usted es la madrina y yo el padrino, ¿verdad?

Me miró como asombrada, preguntándome:

—¿Cómo, no le ha dicho Gabriel...? El señor barón de Vernoy, consejero de Estado, nos ha hecho el honor de ofrecerse con su esposa. Usted comprenderá que no podíamos...

La interrumpí rudamente, y con un acento de desprecio que acaso parecía mayor por el esfuerzo que hacía para contenerme, al fin le arrojé a la cara, entre dos puertas, cuanto resentimiento venía amontonando en el corazón desde seis meses atrás:

—Lo que comprendo es que ni su hijo ni usted tienen entrañas. Desde que han conseguido lo que querían—mi hija con su dote y lo que vendrá después—no piensan sino en la manera de deshacerse de nosotros. ¡Lo que Justina y yo hemos tragado de ultrajes sordos y de desaires! ¡Oh!, ¡rayo de Dios, si no hubiera sido por Graciana!... Y ¿qué son ustedes para despreciarnos a Justina y a mí? ¿Quién conoce el nombre de Gabriel, qué ha hecho, en qué fundan tanta vanidad? ¿En sus dos casitas minadas de hipotecas y su *propiedad* de Biarritz, a la que yo daría vuelta a la pata coja en tres minutos? ¡Han vuelto ustedes a saber lo que es dar recibos en su casa gracias a nosotros: ¡lo que bailaba este invierno en el hotel de la rue de Poncelet era la dote de Graciana!... ¡Puede usted repetir mis palabras a su hijo, no me importa!... ¡Ojalá quiera venir a pedirme más explicaciones!...

Y salí como un huracán de aquella maldita ca-

sucha de cartón y papel pintado, parecida a sus dueños... A la noche le conté todo a Manuel, esperando verle estallar en indignación. Pero se quedó muy frío y hasta procuró disculpar a aquella gente. Eran las sujeciones, los sacrificios de la posición: Gabriel tendría en el barón a un protector poderoso, etc. No pude contenerme y le grité como a la otra:

—¡También tú estás con los extraños contra tu padre! ¡Ah, maldita educación que seca y achata el corazón! ¡Anda, pues, a tocar tus teclitas y refregarte con los vizcondes y barones de pacotilla! Olvídate que si te reciben allí es gracias a estas manos encallecidas en treinta años de trabajo campestre. ¡Ah, miseria! ¡Y para eso he tenido yo hijos y querido ser rico! Está bien, yo me voy: vuelve a tus musiquitas, muchacho, ¡sabes que la pensión no te ha de faltar!...

XII

Bien se figurará usted que no pasé una noche muy tranquila después de las escenas que acabo de referir. Un padre que riñe con sus hijos se parece a aquel caballero herido de quien dice una leyenda de mi país que en una batalla se abrió una vena para beber su propia sangre: ¡tanta era la sed que le devoraba! Nuestros hijos son parte de nuestra vida, son nuestra carne, y cuando los herimos sentimos su dolor más que ellos mismos.

Al día siguiente me levanté con el deseo de tratar mejor a Manuel. Después de mi estallido yo había salido bruscamente, dejándole entregado a sus remordimientos. Estaba persuadido de que mis palabras indignadas habían producido en su corazón el efecto de un hierro candente. Lo había visto caer en el sofá, blanco como el yeso del cielo raso y cubriéndose la cara con las manos. ¡Vamos! el muchacho era disculpable; al principio no se habría dado cuenta de la situación; pero sin

duda mi andanada aquélla me lo había dado vuelta como un guante...

Con estas ideas entré en su cuarto. Estaba vacío y la cama sin deshacer. Interrogué al sirviente; me dijo que Manuel, después de haber llenado una maleta de ropa y papeles le había ordenado que la llevara a la estación de *Saint-Lazare*, donde le esperaría. Manuel, en efecto, había tomado el tren de las diez, con billete para Saint-Germain. Al escuchar esta noticia, sentí una opresión en el pecho, como si me faltara la respiración. ¡Mi hijo me había dejado para irse a vivir con ellos! Me puse a cavilar tristemente en los misterios de la vida. ¿Cómo podía salir de mí y de Teresa, que era una santa, un hijo cobarde y sin corazón? ¡Oh!, éste era el resultado del abandono de la familia. Lejos del hogar tranquilo y cariñoso, se había criado en los colegios y las aceras de París como esos arbustos trasplantados y que, crecidos lejos de su clima y terruño propio, no dan sino flores vistosas sin semilla de provecho. Y él era hombre ya, sin más compostura posible que el escarmiento de la existencia. Era muy tarde para que yo pudiera convencerle con mis palabras, y temprano aún para que él sacara enseñanza del experimento en la propia carne.

Sin embargo, no había que desesperar todavía. ¿Quién sabe si había ido a casa de Graciana impelido por un deseo de reconciliación? Este pensamiento me alivió y, hasta saber si estaba o no fundado, salí a la calle para buscar alguna distracción en el movimiento de la gran ciudad. A las

once entré en un café para almorzar. Estaba recorriendo maquinalmente un diario sin poder fijar mis ideas en lo que leía, cuando un encabezamiento de artículo paró mi atención: CONSERVATORIO DE MÚSICA. Era el resultado del concurso para el gran premio de Roma. Leía una serie de nombres desconocidos, y allá, en la cuarta o quinta fila, encontré a mi pobre Manuel brevemente mencionado por su composición...

No me daba cuenta de lo que pudiera importar el tal concurso. Si se trataba de dinero, Manuel tenía más del que pudiera regalarle el Gobierno. No obstante, me sentí como humillado en el primer momento. El resto del artículo se deshacía en elogios de un tal Mazolier, que había salido primero —*¡Grand prix de Rome!*—, y me acordé entonces del pobre muchacho que almorzaba con un pan de dos cuartos. Era él: ya recordaba su nombre; y me figuraba la felicidad de su anciano padre al ver que las gacetas saludaban este nombre ya célebre, esa pobreza estudiosa, ese resultado de años de privaciones y valiente labor. Me venían ganas de conocerlo, de ir a brazarlo en su buhardilla y dejar en su mesita de trabajo un puñado de billetes azules para que no tuviera que sufrir más...

Pero otro pensamiento más absorbente cruzó por mi cabeza: Manuel conocía ya el resultado. Estaría desencantado de esa descabellada carrera de músico; se resolvería a dejar a París después de esta última decepción. Y, en mi egoísmo de padre, confieso que me alegré de su derrota, que lo arrojaba nuevamente en mis brazos. Volví a casa

con el pensamiento de tener allí alguna novedad. Efectivamente, me entregaron una carta de Manuel. ¡Ah!, ¡la leí tantas veces que la sé todavía de memoria! Decía lo siguiente:

«Mi querido padre: Anoche comprendí que no podíamos entendernos. Vine a casa de Graciana muy resuelto a tomar un partido que me diera los medios de vivir independiente. He tenido la suerte de alcanzar un puesto honorable en el concurso: el Jurado me ha acordado un *accésit*. Este resultado me decide a seguir mis estudios un año más. Estoy seguro del éxito para el año próximo. Creo que usted no se opondrá a mi resolución. Graciana y Gabriel me ofrecen su casa y sólo espero su consentimiento de usted para arreglar mi vida en el sentido que acabo de indicar. Mi vocación artística se ha afirmado con esta prueba, y nunca sería feliz en otra profesión. Le mando un abrazo. Su hijo,

MANUEL.»

Volví a leer esta carta y la guardé en mi cartera. En seguida fuí a la agencia de las Mensajerías marítimas y tomé mi pasaje para la partida siguiente. Arreglé con mi banquero la pensión de Manuel para un año más, concluí con todo lo que tenía que hacer en París y la víspera de dejar aquella casa, cuya atmósfera me sofocaba como si los techos se bajaran día a día, mandé estos renglones a Saint-Germain:

«Voy a pasar quince días en Biarritz. Me embarcaré en Burdeos el 20 de agosto, en el *Équateur*.

Perdono a mis hijos lo que he sufrido por ellos y les deseo felicidad.»

Mandé esta carta por la mañana y, ¿por qué no confesar esta debilidad de padre?, me quedé todo ese día en casa con la esperanza de ver la puerta abrirse de golpe y presentarse Manuel con mi yerno, ya que Graciana no podía salir. Pero nadie vino, y me parece que hasta hoy siento aquí dentro el amargor de este último desengaño.

Aquellas dos semanas en Biarritz fueron crueles. La terquedad vascuence de Justina, que no quería perdonar a los ingratos, era para mí como una chaira en que diariamente se avivaba el filo de mi rencor. Aseguré la modesta existencia de mi hermana, dejándole además un depósito para algún caso imprevisto, algún revés de fortuna que no era imposible alcanzara a mis hijos. La víspera de marcharme fuí al cementerio; díjele a Teresa en la tristeza del último adiós: «Te he obedecido: he procurado la felicidad de tus hijos a costa de la mía.»

Y subí en el tren. Había recibido una carta de Graciana que me anunciaba su completo restablecimiento, prometiéndome que iría a despedirme toda la familia en Burdeos. Para no prolongar inútilmente esas horas dolorosas sólo les avisé mi salida de Biarritz la víspera de mi embarco. Estaban Graciana, Manuel y mi yerno en la estación. Sentí una nueva opresión en el pecho al no encontrar allí a la niñita; y aunque se explicó su ausencia por una indisposición, no pude desechar la idea de que esa mujer maldita había que-

rido vengarse de mí haciéndola quedar con ella en París. Esos minutos de despedida eran incómodos para todos. Había demasiada cortesía y fingimiento en nuestras palabras. Aprobé la resolución de Manuel: me prometió venir a la estancia el año siguiente! A Graciana nada tenía que decirle. Al fin nos abrazamos por última vez. Pero había entre nuestros corazones algo extraño que les impedía confundirse; algo parecido al apretón de las manos enguantadas: no se tocaban las carnes.

Han transcurrido cinco años. Por lo que conoce usted ya no tengo necesidad de pintarle mi vida. Graciana me escribe con cierta regularidad, y Manuel, algunas veces. Mi muchacho es hombre ya, pero su vida es más inútil y vacía que cuando se pasaba los días corriendo por estos montes, buscando nidos o colmenas silvestres. En lugar del premio que esperaba, el año siguiente no alcanzó siquiera el *accésit* del concurso anterior. Ha entrado en la Administración, después de hacer su servicio militar. Le gusta más copiar notas o limarse las uñas delante de su escritorio que venir a trabajar a mi lado. Justina me lo pinta como un joven arreglado, económico, nada calavera, y que se espera ascienda a jefe de división, a los cuarenta años! No he querido vivir con mi socio. Prefiero envejecer en esta existencia de perro, sin ver gente extraña. Él tiene su casa más adelante y la verá al pasar. Cuando me quedo unas horas allí, bajo ese techo lleno de risas y gritería de muchachos; cuando oigo a esa madre que charla con sus hijos, los riñe un minuto por una travesura y cuenta lue-

go el caso a mi socio, que hace bailar al delincuente en sus rodillas... ¡Ah, entonces maldigo la ambición y la vanidad paterna que han acarreado nuestra desgracia!... Me acuerdo de nuestra lejana felicidad, cuando éramos todos jóvenes y vivíamos como campesinos acomodados. Me figuro que esa mujer de mi socio podría ser Graciana, y suyos esos muchachos robustos y sueltos como cabritos, en lugar de su *bebé* delicada y menuda, criada entre algodones, y que nunca quizá conoceré... Después de estas visitas me parece más vacía mi casa, llena de cuartos sin huéspedes, y más frío que antes este hogar desierto. A fe mía, no sé por qué le he contado todo eso... Usted no es un campesino como yo. Sin embargo, la experiencia de un viejo puede tener para otros su enseñanza. Sabe usted que cuando se viaja en caravana, no habiendo baqueanos del camino, los primeros que dan en un mal paso lanzan el grito de advertencia a los que vienen detrás: me pare que así debe suceder también en el viaje de la vida.

Agosto-septiembre, 1897.

LA RUEDA LOCA

Que s'est-il passé? Un mot, une phrase ont suffi pour détraquer ce mécanisme cérébral si parfait tout à l'heure et où tout marchait si bien.

(H. BEAUNIS, *Les Sensations internes,* XXII.)

I

UNA plácida tarde de verano, en Mar del Plata; lunes de carnaval.

En su pintoresco *chalet* de la Loma, el conocido especulador Fabián Linares acababa de sentarse a la mesa, con su mujer Balbina—una de «nuestras aristocráticas beldades»—y la interesante pareja de Moral, más conocida en la playa por el apodo de «Los dos pingüinos».

Digamos en seguida que el mote ornitológico, lejos de tener alcance denigrante, envolvía cierta simpatía retozona por parte del centenar de amigos que el médico Moral contaba en el Bristol-Hôtel. Reventó la broma una mañana de enero, al tiempo que los inseparables cónyuges, tomados de

la mano, se entregaban a la caricia de la ola que hamacaba blandamente su acolchada humanidad, a manera de boyas gemelas. De un grupo alegre que desde la Rambla saboreaba esta marina, partió la saeta indolente, que quedó clavada en tanto relieve tentador. Y es la verdad que semejaban dos hermosos pájaros niños eternamente enamorados, cuando, risueños y vendiendo salud, ceñidos al peinador de lana los soplados bracecitos de temblorosa gelatina, se arrastraban por la arena en demanda de la doble caseta matrimonial. Pero nadie recalcaba en el chiste inocente, y, por haberlo olvidado, pasóle a esa avispa de Fanny Lynch o *Lunch,* como le decíamos por su buen diente, quedarse corrida, una vez que quiso adaptar a la circunstancia, en sus graciosas imitaciones de Sarah Bernhardt, la traída fábula de *Adriana Lecouvreur:*

Deux pingouins *s'aimaient d'amour tendre...*

Saturnino Moral era hijo de un estanciero del sud. Célebre desde el aula por sus excelentes prendas físicas (y *morales,* naturalmente), había cruzado el piélago estudiantil sin un desliz que mereciera reparo. Fué el espejo (redondo) de los practicantes, después de ser el alumno ejemplar: bebía agua, no jugaba ni casi fumaba, y su único recreo pastoril, si bien calamitoso para el vecindario, era estudiar la flauta con una paciencia de cautivo y un aliento de huracán. Descolgó la borla doctoral sin conocer más dispepsia o jaqueca que por el texto de Jaccoud. A poco llegaba la clientela, si

atraída al principio por la fama universitaria, consolidada luego por el trato jovial y el efluvio de sanidad que su personilla despedía. Rechoncho y movedizo como una bocha, prestábale aspecto formidable el fenomenal desarrollo de su sistema capilar. La cara toda era una selva obscura que invadía los ojos vivarachos, se extendía por las cejas de matorral, sin más picada limpia que el istmo estrecho de la frente, hasta juntarse con el cabello, tan recio y tupido que parecía gorra de pieles. Y para quien conociera su buena sombra y mansedumbre, era un contraste irónico el que esta alma de Dios ostentara pelos y barbas bastantes para abastecer a diez feroces *masnadieri* de ópera.

Casóse a los veintisiete años con su prima Ofelia, que soltaba la flor de sus dieciséis, y dicho está que fué su primera y única pasión. ¡Aquí sí que vendría de molde aquella antigualla de la «media naranja»! Ya era entonces Ofelia—pues ha cambiado muy poco—la copiosa criatura que, ocho o diez años después, hemos admirado en la playa, *in naturalibus*. Un tanto más alta que su «Saturno», como le llamaba en las circunstancias más graves de la vida, su cabeza rubia y frescas mejillas remedaban una dorada mies matizada de amapolas. Su exuberante y alegre persona había guardado cierto sello infantil: algo de una hermosa muñeca con ojos de turquesa, cuya rosada carne, como la de fragante albaricoque, incitaba al mordisco; al paso que la deslumbrante dentadura, asomando siempre por entre los rojos labios abiertos, daba idea de un teclado de carcajadas.

La paz vegetativa de un hogar sin hijos no podía sino desarrollar tan espléndidas primicias: creció la doble obesidad, cual emulada por el cariño, y tan natural como la hinchazón de las olas al flujo de la marea. Aquello parecía ser la justa recompensa de su plácido egoísmo. Vivían en sí y para sí, pegados el uno al otro, dentro como fuera de casa; y si por rara casualidad lograba separarlos alguna ráfaga mundana: baile, comida o excursión, era caso seguro volver, al breve rato, a encontrarlos juntitos, semejantes a dos corchos que, de un extremo al otro de un estanque, se atraen irresistiblemente. Por cierto que su perpetua alegría no esquivaba el bullicio balneario; mas ellos no lo precisaban para dialogar sin tregua y festejarse sin fin sus gracias pueriles. Y los que habíamos conocido antes a Saturnino y le sabíamos inteligente, acabábamos por hallar cierta grandeza filosófica en la serenidad inalterable con que escuchaba sonriente las candideces estrepitosas y los tropezones gramaticales de esa gigantesca cotorra, cuyo especial afán, a pesar de los esfuerzos y precauciones del marido, era pescarle algún terminacho profesional para esgrimirlo a contrapelo. Al fin él se resignó a esto, lo mismo que a lo demás, escuchándolo todo sin un pestañeo y, según una expresión selecta de Ofelia, «como quien oye el *organismo* de la esquina».

Vivían felices, sin que desde fuera se divisara el menor punto negro en su inmutable cielo de porcelana azul. Con todo, un ojo perspicaz habría hallado en ese destino envidiable la raja secreta

que a ninguna felicidad terrestre puede faltar: y era la sed tantálica del heredero que, por lo visto, no había de venir. Amaban exageradamente a Cecilita, la hija única de los Linares. Ofelia, sobre todo, a pretexto de un vago parentesco, se absorbía ahora más y más en el culto de esta deliciosa criatura de siete años, con un arrebato excesivo que casi inspiraba inquietud. Día a día crecía el afecto, hasta tornarse una pasión celosa que toleraba apenas la intervención de los mismos padres. Estando ella presente, no había sirvienta o ama que tocara a la infanta: Ofelia, y nadie más, era quien la cuidaba y acicalaba, sacándola a la playa y volviendo con ella hasta dejarla dormida. La ausencia regular del padre le sabía a maravilla; y no hay que decir si, después del condenado domingo, miraba acercarse con fruición secreta la noche del lunes, en que Fabián volvía a Buenos Aires en el «tren de los maridos», dejándola por una semana dueña de la situación.

Algo parientes las señoras, y sus maridos amigos del colegio, aunque por cierto bien descabalados de genio y hábitos, se había estrechado naturalmente la intimidad por la coexistencia balnearia, llegando a fundirse en una sola las dos familias. Cada cual encontraba en ello su mejor bien, hasta Fabián que, amistades aparte, sabía a los suyos bien acompañados, mientras él pasaba en Buenos Aires la semana casi entera. Salvo rara excepción, comían juntos todas las tardes, y cuando, como hoy, no había invitados, cada cual se sentaba como quisiera, sin ceremonia, levantándo-

se a trechos para contemplar el mar por la ancha vidriera abierta o charlar con Cecilita, que, por esta vez, y a pesar de las protestas de Ofelia, comía solita en una pieza contigua. Por un resto de «pudor», la mamá postiza no había quedado allí haciendo merendita con su niña mimada, pero se desquitaba con no parar un minuto, levantándose a ratos con gran *frou-frou* de faldas y volantes. No faltaba quien acompañara con una cuchufleta amistosa las salidas de la imponente beldad, cuya plenitud de formas amoldaba su traje de seda Pompadour.

Rasgo curioso: Ofelia, que tenía en cualquier materia artística un mal gusto escandaloso, vestía con suprema elegancia y casi estética originalidad, si bien un tanto llamativa, achaque frecuente en las rubias florecientes y encendidas. Merced a su elevada estatura y al sabio artificio de su vestir, disimulaba los excesivos relieves del busto, erguido «en ofrenda», no quedando aparente más que la majestad opulenta de la diosa agreste o heroína de Nibelungo. Por lo demás, era aquello pura «autolatría» y mero interés artístico: para Ofelia, principiaba en Saturno y terminaba en Cecilia toda la escala sentimental. No era tan sólo blanca, sino también fría como el mármol y la nieve, y el pensamiento del pecado, o siquiera de la más inocente coquetería, hubiérale parecido tan absurdo como el de un hurto doméstico. Ello era muy sabido por los merodeadores de la playa, y, por otra parte, su bobería notoria era el primer baluarte de su virtud.

II

La luz crepuscular, penetrando profusamente por las ventanas laterales y la amplia vidriera de colores que casi domina la barranca a pico, bastaba para acabar la comida sin encender las lámparas.

Después de una siesta excepcionalmente calurosa, aspirábase con delicia la húmeda brisa del mar. A trechos refrescaba la virazón, y una ráfaga salubre, después de sacudir con violencia los flecos del cortinaje, llegaba detenida hasta la mesa, donde movía suavemente las flores en la bandeja central y los rizos sueltos en la frente de las mujeres. Un vasto bienestar flotaba en el ambiente.

La elegante sencillez del mueble—roble encerado con filete negro—se avenía con el matiz claro de las paredes y cielo-raso, sobriamente pintados; tres o cuatro cuadritos de paisaje o caza muerta que merecían la mirada; poquísimas baratijas o *bibelots;* pero, acá y allá, la nota viva de una loza se destacaba sobre el fondo discreto. La fina vaji-

lla y el servicio correcto, sin boato estrepitoso, revelaba un gusto seguro, que no todos los millonarios al minuto se acordaban entonces de importar, junto con sus facturas europeas.

Gracias a un oportuno paseo a Europa—aconsejado por su prudente mujer—a raíz del desembalaje mundial de la Exposición, Fabián logró dejar a salvo, en el derrumbamiento financiero que siguió, buena parte de su fortuna, improvisada en aquel hervidero de papeles bancarios, acciones, traspasos de terrenos baldíos y demás agios y atropellos que representaron en aquellos años lo más visible de la labor nacional. A su regreso estallaba el krach. Sin dejar de tocar llamada a los picos dispersos—¡del lobo, un pelo!—, pudo convertir su reserva en sólidas adquisiciones, préstamos hipotecarios de soga al cuello, gangas urbanas o rurales. Así, con quebrantos y todo, triplicó su fortuna en el deshielo universal. Entonces se puso al pairo durante el largo chubasco, contentándose con pellizcar en la Bolsa algún corretaje pingüe y seguro. Además, su arco tenía varias cuerdas: era abogado—como casi todos los argentinos que no son médicos—, y, para ciertos asuntos escogidos, de más trastienda que doctrina, volvió a abrir su estudio, cerrado desde la epidemia agiotista.

Con su inteligencia rápida y asimiladora de placa fotográfica, bastábale a Fabián la lectura de los diarios, con una que otra revista, para alimentar el capital en giro de su información. Joven aún —treinta y nueve años bien peleados—, sano y ro-

busto, con buena dentadura, cabello honorable y un resto de elegancia mantenida por su sastre londinense—el genial artista de Regent-street—, él podía lucir todavía por esas veredas su figura algo estereotipada de buen mozo porteño. En lo moral, no era por cierto ningún quijote (¡ no seamos antiguos !) ; hasta se le atribuía en los negocios una frialdad de entrañas capaz de extraer médula de un adoquín ; pero se exageraba, sin duda. Por lo demás, era amigo leal, generoso y hombre de arriesgar el bulto en lo que se llama una «cuestión de honor» : lo que constituye un caballero en estos tiempos sin caballería. En resumen, un buen ejemplar, antes embellecido que deformado, de la generación que templó en el Paraguay su fibra juvenil y hoy, en su madurez, ocupa el escenario argentino.

Al pisar la treintena, después de una juventud relativamente preservada por cierta delicadeza de paladar, Fabián conoció a la hermosa (con perdón del nombre) Balbina C., durante el viaje de vuelta de una primera jira por Europa ; el joven—hagámosle justicia—, se enamoró sinceramente, antes de saber que era la muchacha, además de exquisita, una rica heredera, huérfana de padre y sin más *impedimenta* que la madre, viuda impermeable que volvía de París algo más cursi que a la ida. La forzosa intimidad de a bordo suele abreviar términos y preparar sorpresas : cuando la señora de C. puso atención en este obsequioso compañero, de quien pensaba despedirse al fin del viaje, se encontró con que su hija estaba comprometida *ad re-*

ferendum. Para Balbina, seguramente el partido no era deslumbrador: el novio no tenía fortuna ni porvenir visible. Pero se amaban y se casaron. El tiempo no se mostró cruel para la corazonada de la muchacha; entre su frívolo marido y la adorable criatura que fué el fruto único del matrimonio, parecía feliz; y lo fuera sin duda si los miramientos personales y las satisfacciones mundanas bastaran a la felicidad.

Pasaron ocho años sin traer cambios profundos en la situación inicial. Los esposos se querían razonablemente, sin excesos ni arrebatos líricos, con arreglo al buen tono moderno: él, cada día más avenido con la tranquilidad de un hogar confortable que le dejaba su libertad exterior; ella, muy orgullosa, para dejar que en los bellos ojos negros, cuya clara mirada iluminaba exquisitamente su puro y pálido perfil de griego camafeo, se leyera el rastro de un secreto sufrimiento, por más que ella, en sus adentros, tuviera la sospecha de la traición. Calavera profesional nunca lo fué Fabián, ni en sus años de relativa locura: había probado todas las frutas pecaminosas, no apegándose a ninguna. Ahora, sin querer confesarlo, sentía que cada nueva y vulgar aventura le dejaba más hastiado que la anterior. La madurez le iba morigerando y reduciendo este capítulo de su existencia a tal cual breve enredo de bastidores o tropezón fortuito, tan efímero como superficial. Durante la presente temporada veraniega quiso su mala estrella que una serie de trapisondas bursátiles le pusieran en contacto con ese correntón y trasnochador de Manolo Ca-

ro—Don Juan Tenorio para cafés cantantes—, y esta aparcería comercial quizá fuera la causa de no haber Julián doblado la hoja clandestina. *¿Amaba* de veras a su mujer? Es muy probable, en definitiva, que sí, aunque, para hablar sin tapujos, sus ocupaciones por partida doble le dejaban poco vagar para un formal examen de conciencia. Quien se guíe de apariencias puede juzgar que el amor conyugal sigue la suerte de toda cosa humana, apagándose junto con la llama externa y ligera de su sobrefaz. Suele vivir, con todo, la brasa inextinguida en el rescoldo de la memoria, y basta a las veces para reanimarla y hacerla centellear una ráfaga de tormenta, la amenaza de la pérdida irreparable, la inminencia del cruel escarmiento.

Pero ¿no sería ya tarde cuando la verdad eterna rasgara el velo del sofisma y apareciese la joya doméstica como el más precioso y único bien?... Fabián no quería reparar en que desatendía a Balbina, precisamente cuando llegaba a la edad del apogeo físico, que suele ser también la hora de las crisis secretas. No se fijaba en que eran muchos los que la hallaban bella y digna de inspirar una pasión vehemente y sincera; los que, tal vez con vaga esperanza, compadecían a la reina desdeñada; y, en la playa, en la Rambla, en los salones del Casino, seguían con mirada larga a este dechado de gracia y perfección... Ahora bien: todo esto parecía ocultársele al legítimo dueño; mejor dicho, con una tranquilidad completa, que en el fondo importaba un supremo homenaje, no en-

treveía peligro posible en que Balbina quedara sola cada semana y dueña absoluta de su libertad.

Esta misma noche de carnaval había en el Casino un baile de trajes, al que Balbina asistiría rodeada por un círculo de ardientes admiradores y sola, puesto que, a pesar de haber llegado Fabián la víspera con declarada intención de pasar aquí los tres días de fiesta, manifestaba ahora tener que ausentarse «por caso fortuito y, como él decía, de fuerza mayor». Por la mañana había recibido un telegrama de su socio Manuel Caro, que le llamaba con urgencia a la estación Maipú, «para cerrar trato mañana mismo con el interesado». Y Fabián, esta vez, se había mostrado como nunca pródigo en explicaciones comerciales: tratábase de una compra de campo en el partido aquel, «una verdadera pichincha» que había que cazar al vuelo antes que el vendedor ofuscado tuviera el tiempo de la reflexión. ¡Y por cierto que este contratiempo le desesperaba! Pero no permitiría que se cambiara un tilde en el programa de la fiesta. Irían a distraerse, ¡sí, señor!, como si él estuviera: sus amigos Moral se encargarían de traer a Balbina... «¡Ah!, las exigencias de esta vida moderna, querido Saturnino!... ¡Condenado vendedor!...» Y durante la comida, por sobre la cabeza encantadora de su mujer, Fabián miraba el reloj de pared y calculaba que, dentro de seis horas, estaría en el comedor de campo de Manolo, cenando en *partie carrée* con el referido vendedor, que a lo mejor resultaría «compradora», pues era nada menos que

una salada cantadora *flamenca,* estrella de un teatro de candil, quien, después de una inconcebible resistencia de tres semanas largas, alzaba al parecer pendón de parlamento, anuncio certero de próxima rendición.

III

Aunque se sintieran, debajo de la esforzada serenidad de los dueños de la casa, indicios inequívocos de temporal y «mar de fondo», la comida no había estado triste, ni podía estarlo, hallándose presente la rolliza pareja Moral. Bastaban ellos para honrar el menú—especialmente «Saturno», que era capaz de repetir la hazaña de su mitológico patrón, si no en aquello de devorar, ¡ay!, a sus hijos, en lo de digerir piedras—, al propio tiempo que se despachaban la crónica de la playa con brío incomparable. Hacían desfilar todo el *highlife* balneario, volviéndose la pelota sin hacer caso del silencio y encogimiento de los demás.

Aquel año señaló el apogeo de Mar del Plata en su primera y más sana época. Los hoteles, *chalets* y fondas de menor cuantía rebosaban de gente conocida; y, ¡síntoma elocuente de envidiable prosperidad!, hasta asomaron la cabeza llamativa algunas dudosas parejas de forasteros que, según

las señoras escandalizadas, trascendían a «medio mundo» internacional. Hacía una semana—contaba Saturno—que ponía al Bristol en revolución una bellísima y estrepitosa rumana, o cosa por el estilo, cuyas *toilettes* hacían sensación en la Rambla. Traía de esposo a un vago representante de «Sociedades europeas», cuya suerte al *baccará* causaba tan contagiosa admiración que había concluído por no encontrar adversarios, fuera de tres o cuatro adoradores de su mujer, que se relevaban para aguantar el trasquilón. De todo ello, lo único bien demostrado era el hechizo de la «baronesa» (¡naturalmente!) ; y no hay que decir si convergía a su rubia cabecita encrespada la puntería de nuestros *swells*. La «prójima», para usar el estilo temerario de Ofelia, cantaba «divinamente» ; y como se hubiera admitido su concurso en un reciente concierto de caridad, era ya difícil afectar gazmoñerías, tanto más cuanto que hasta ahora parecía que los estragos no pasaban de galanteos platónicos. Citábase entre sus más rendidos suspirantes al flamante millonario Pepe Morcillo, que un gran malón de Bolsa acababa de remontar al pináculo de la aristocracia...

—Sí, señores—declamaba Saturnino con entusiasmo— ; Pepe Morcillo, el hombre-cifra, el autómata calculador que sería capaz de extraerle la raíz cuadrada, y hasta redonda, al lucero del alba, el único Pepito, está enamorado, apasionado de la cara baronesa, hasta el grado de apechugar con el carísimo marido, que en cada sentada le deja bizco...

—No te burles—dijo Fabián—; Pepe es un gran especulador...

—¡Ya lo creo! ¡Un especulador de siete suelas!... Pues bien; ese gran hombre ha renegado de los preceptos más israelitas de su credo; padece de chifladura auténtica. Está tirando un dineral en flores raras, regalos discretos y demás argumentos cotizables...

—Y esa quintita de que me hablabas...—interrumpió Ofelia.

—¿Quintita?... ¡Ah! Sí; ya caigo. Estremécete, Fabián. En el delirio de la pasión, ¡Pepe ha escrito versos! Tiene razón mi epigramática mitad; en un abanico cuajado de brillantes, Pepe ha copiado esta quintilla, obra, sin duda, de algún «ramblista» maleante, y que si fuera de él valdría, no digo una quinta, sino una chacra con sus anexos y dependencias:

> Persigo un sueño, y no sé
> Si es ofensa el vano ahinco;
> Mas, si al amante delinco...

¡Inco! Atención, señoras, y estarse tiesas para el final:

> Delincuente moriré,
> ¡Como tres y dos son cinco!...

Ofelia, que había desaparecido sin darse cuenta exacta de las risas que saludaban la «quintita», volvió al punto, algo perturbada, y gritó desde la puerta del comedor:

—Cecilia parece indispuesta; no quiere comer...

Todos se levantaron y pasaron al cuarto inmediato, donde la niñita estaba sentada a una mesa de juguete, delante de un sofá cubierto de cintas y encajes. Se había tenido la graciosa idea de abrir el baile muy temprano, con una cuadrilla de niños vestidos a estilo Luis XVI: las cuatro parejas históricas de Trianón que debían ejecutar el minué favorito de María Antonieta. Cecilia hacía de duquesita de Polignac y había querido comer teniendo a la vista el riquísimo vestido de Corte, regalo de Ofelia, que había de cuadrar a maravilla con la gracia delicada de la rubia criatura. Nada faltaba al lujoso traje, reconstituído por la célebre madame Machin: caracó de raso verde manzana y chaleco de raso blanco con seis rosetas celestes por delante, mangas cortas de gasa y punto de Chantilly, falda de satín rosa con ancho falbalá floreado; para el cuello, un gran fichu-jabot de gasa de Italia, y, por fin, como calzado, unos como dedales de droguet de seda *azufre*, con cinta negra a la *Jeannette*. Pero lo que era un «sacrilegio», según Ofelia, era empolvar ese rizado cabello de oro y atarlo por detrás en *catogan*, sin dejar libres más que dos gruesos bucles que caían adelante...

—¡Todo el pelo suelto en la espalda, hija, a la *Consejera;* para eso lo tenemos lindo!...

Entretanto estaba pálida y triste la duquesita delante de su plato lleno. Repetía que no sentía nada, sin perder de vista los trapos del sofá. Parecía un tanto resfriada; pero Saturnino, que la examinaba, no descubrió síntoma alguno; nada de fiebre ni opresión; cuando más, la piel algo caliente y

la garganta un tanto roja, aunque sin rastro de falsa membrana. Con todo, como murmurase a media voz: «Quizá mejor sería que no saliera; el frío de la noche...», Ofelia dió un brinco de indignación.

—¡Déjate de *tirapéuticas*, Saturno; la nena no tiene nada! Un poco de desgana... Pero ni eso. ¿Verdad, hijita, que vas a comer?

Y, en efecto, el angelito, con los ojos llenos de lágrimas, se esforzó por mascar un bocado, desplegando ya el precoz heroísmo nervioso de la mujer mundana, que con tal de no perder un baile se levanta de la cama y se mantiene en pie, risueña y fuerte, hasta el amanecer. Con todo, el médico se opuso a que comiera, si bien tranquilizó a Balbina afirmándole que se trataba de un leve resfriado.

Sirvieron el café en la terraza que domina el mar. Los hombres encendieron sus cigarros; las señoras bajaron al jardín, y hubo unos segundos de silencio delante del vasto panorama, en esa beatitud física que nace de una buena digestión delante de un reposado horizonte.

No tiene Mar del Plata por el lado del Océano ni de la tierra el encanto de las grandes estaciones francesas sobre el Atlántico. Le falta el cuadro siempre nuevo de la puesta del sol sobre las olas resplandecientes y aquietadas. Tampoco posee el fondo grandioso de Biarritz ni las colinas pintorescas de Trouville, con sus villas cubiertas de follaje y dominadas por la linterna de Nuestra Señora de las Victorias. Sin embargo, no carece de

atractivo, si se contempla desde la Loma verde, tornasolada por el crepúsculo y cortada a pico sobre las canteras de arenisca, donde la resaca rompe con estruendo, alzando penachos de blanca espuma, que irisa la rasante luz. El Océano vacío, color de pizarra, se despliega hasta lo infinito, cortando el cielo más claro en un arco de nitidez perfecta. El áspero acantilado del Nordeste contrasta duramente con la colina ondulada, donde se levantan cinco o seis *chalets*, alrededor de la iglesia de aldea. Hacia el Sur, después del encajonado arroyo del molino, cuya esclusa alcanzan a llenar las grandes marejadas, la playa desarrolla en suave declive su semicírculo arenoso, cubierto de casillas flamantes, a lo largo de la Rambla, ahora casi desierta (1). A la izquierda de la población, las masas blancas del hotel Bristol y del Casino yerguen sus fachadas cuadriculadas, feliz combinación arquitectónica de la estación ferrocarrilera y de la garita. Más allá, por fin, coronando el otro extremo de la media luna, se suceden otras colinas verdes, con otras villas pintorescas y alegres, sobre una segunda playa invisible y de atrayente soledad...

Los dos hombres contemplaron en silencio y por centésima vez la grandiosa escena apacible; luego, el médico sacó su reloj.

—Las siete y media; tienes todavía cuarenta minutos.

Y agregó con intención:

(1) Se describe el Mar del Plata de hace veinte y tantos años.

—Si es que te vas, decididamente.

Fabián le miró de soslayo y, después de seguir la espiral de humo de su cigarro, contestó con imperceptible ironía:

—¿A que tampoco crees en mi negocio urgente?

Y ya comenzaba a repetir la historieta aquella; pero el otro se encogió de hombros.

—¿Para qué te cansas? No nos pueden oír...

—Pues bien—soltó Fabián al pronto, cual si al hablar saborease el gusto anticipado de la fruta prohibida—; sábelo todo, patriarcal Saturno, y ¡tiembla de horror! Es cierto. El negocio es de broma. Se trata de una fiesta con faldas en la estancia de Manolo. ¡Ah, soy un criminal! Ya sé que tienes tu sermón en la punta de la lengua: la paz de la familia, el deber, la ley divina, la Constitución... Déjate de papel de barba. Bien sabes que no soy un calavera; nunca he tenido ni tendré querida de remache. Pero es ésta una «ocasión», como dicen en los baratillos. Uno de esos saleros de Triana, irresistibles durante dos horas y reventativas poco después. No hay cuidado; es una simple escapada. Concluída la función, me verás volver mañana tan tranquilo... Tanto más cuanto que tengo una confianza en la hidalguía de Manolo al volver yo la espalda... ¿Estás escandalizado? Te parezco criminal, infame, digno de...

—Me pareces grotesco sencillamente—contestó Moral—con tu ocasión de baratillo y tu papel de edecán galante de Manolo. A él le comprendo; está en su función profesional de conquistador de bastidores o casas amuebladas, y asaltante de puer-

tas abiertas; si él no fuera eso no sería nada. Donde otros se marchitan él engorda y florece; vive en la crápula como el cerdo en el cieno. ¡*Chancho* Panza! Pero él no engaña, no miente, y esto le presta una como soltura y elegancia en el vicio. Tú a su lado estás desorientado y zurdo. Te pareces al colegial que fuma en pipa... Dices que volverás mañana tan tranquilo... Volverás avergonzado y triste... La mirada de tu mujer, el beso de tu hijita... No, basta; me parece que las ultrajo con sólo mentarlas ahora en tu presencia, y es tu primer castigo...

Saturnino se había expresado con inusitada vehemencia; se detuvo bruscamente al ver a Balbina, que volvía con Ofelia, teniendo de la mano a la niñita, ya juguetona y risueña. Se oía la voz de la segunda, sosteniendo una acalorada discusión, en que, según su costumbre, ella misma se contestaba.

—¿Me dirás que tanto vale lo uno como lo otro? y el corpiño blusa hay toda la distancia de lo cursi a lo más *chic!*...

Las señoras quedaron de pie, en el extremo opuesto de la terraza, y mientras Ofelia proseguía su apasionado monólogo, Balbina contemplaba el paisaje, pensativa, arrollando en su índice un rizo de su hija. Fabián la miraba y el médico observaba a Fabián. Con esa estatura mediana que encierra la perfección del tipo, Balbina parecía alta: tal era la armonía de su cuerpo escultural y el ritmo perfecto de sus movimientos. Su mate palidez, la

pureza de sus facciones tranquilas, sus grandes ojos pardos estriados de oro, que parecían verdes o negros, según la hora y el reflejo; el ondulado pelo castaño, que la luz crepuscular matizaba de leonados cambiantes, todo prestaba a su hermosura un sello de extrañeza e incesante novedad. Su elegancia suprema consistía en un refinamiento en la sencillez. Por momentos vibraba la música de su voz grave, diciendo cosas muy llanas que parecían profundas; y en el menor ademán de sus manos exangües, de dedos ahuesados; en el gesto familiar de estirar la manga corta sobre el brazo desnudo o de asegurar rápidamente una horquilla de su peinado, encerraba, inconsciente, un poema de gracia y seducción...

La noche descendía lentamente; oyóse un prolongado silbido, primer llamada del tren; Fabián vaciló un instante, miró la hora a su reloj y dijo a su mujer con voz suave, casi tímida:

—¿Quieres echar una ojeada a mi valija?

—Ya está pronta—contestó ella con voz breve.

Y al punto se dirigió hacia el interior. Fabián la miró alejarse y, pasados unos segundos, se fué tras ella. Saturnino miró a Ofelia con maliciosa sonrisa y murmuró:

—¡Que se nos queda!...

Pero esta perspectiva no fué del agrado de Ofelia. ¿Por qué empeñarse en contrariar a Fabián, tal vez para perjudicarle?

—No te metas, Saturno; más sabe el cuerdo en su casa que el loco en casa ajena...

—¡Gran verdad, aun puesta de revés!...

Seguían cambiando razones a media voz; ella, porfiando por el viaje que la dejaba libre y dueña de casa; él, argumentando por la morigeración, cuando reapareció Fabián con su valija en la mano. Su cara revelaba marcada contrariedad. Besó a su hija, dió la mano a Ofelia.

—Hasta mañana. ¡Cuídenmelas bien!

Y seguido de Saturnino subió en el carruaje que esperaba delante de la puerta de reja. Entonces apareció Balbina en la ventana del piso alto; siguió con la mirada el coche que se alejaba, y cuyo farol rayaba la obscuridad; dejando entonces caer su cabeza en sus manos abiertas, rompió a sollozar...

—Mamá, ¿qué tienes?—gritó Cecilia desde la terraza—. ¿Por qué...?

Bruscamente ahogó su vocecita cristalina un violento acceso de tos.

IV

POQUÍSIMA gente en la estación. Naturalmente, bañistas y viajeros de la víspera se quedaban en Mar del Plata hasta después de las fiestas. Era menester un caso excepcional, un quehacer urgente—¡como el de Fabián!—para regresar a Buenos Aires en los propios días que otros aprovechan para escapar a las llamas de este infierno veraniego. Sobraba sitio, y pudo instalarse solo en un departamento extremo del *sleeping-car*. Dejó allí su valija, y como faltara aún un cuarto de hora, los dos amigos pusiéronse a pasear por el andén. El tren había absorbido ya a sus escasos habitantes; los empleados conversaban por grupos; nada de la batahola acosada y febril de las grandes salidas maritales, los otros lunes. Fabián se sentía nervioso, impaciente, y es posible que naciera en parte su malhumor del descontento de sí propio. En una de tantas idas y venidas Saturnino se apartó del andén cubierto para observar el estrellado cie-

lo. La luna rojiza y apenas menguante emergía del horizonte sobre el mar invisible. Murmuró:

—¡Hermosa noche! Estará hecho una delicia el terraplén del Casino...

—A propósito—dijo Fabián—; ¿no ves imprudencia en que vaya Cecilia a ese baile?

—Cecilia no tiene nada. Además, su minué habrá concluído a las diez; volveremos a ponerla en cama Ofelia y yo, que somos pobres bailarines.

—Me parece natural que la traiga Balbina—refunfuñó Fabián.

—¿Qué necesidad? Balbina gusta del baile, y sus compromisos la estorbarán salir. A no ser que lo *natural*—agregó el médico, deteniéndose para mirar a su amigo—, para completar tu programa, sea que tu mujer quede en casa mientras tú...

—Pero al fin—interrumpió el otro con cierta violencia—vienes metiendo mucho estruendo por una de esas aventuras vulgares que todos los maridos se permiten, y que tal vez sean más provechosas que nocivas a la armonía doméstica. ¡Dejémonos de convencionalismos! Tú, hombre de ciencia, ¿cómo te empeñas en combatir una ley antropológica con argumentos de tendero retirado? ¡Venirnos hoy con un reglamento de buena policía matrimonial! ¿Negarás que la Naturaleza, adormecida por el hábito, el sempiterno diálogo entre los mismos personajes, se despierte electrizada al contacto de la novedad? Si nuestro organismo protesta fatalmente contra esos mandamientos sociales, tan imposibles de cumplir como el famoso voto religioso, ¿qué prueba ello sino que...?

—No te exaltes—repuso tranquilamente Saturnino—. Saludo con respeto lo que tú—a tuerto o a derecho—llamas «antropología», aunque poco inédita. Pero dime: ¿hay algo más «antropológico» que el hecho de apoderarse de lo ajeno por la violencia, de despedazar la presa viva y comerla cruda? Somos carniceros; lo prueban nuestras garras y colmillos. Puesto que la ira nos hace rechinar los dientes, ¿no es indicio antropológico de que debemos dirimir a mordiscos nuestros litigios? Defiendes el merodeo galante; pero éste no significa únicamente el amor libre para el hombre, sino para la mujer también. Poligamia y poliandria son correlativas... Ya que pedías ciencia, estás servido.

—¡Poliandria!—gruñó Fabián con malhumor—. Estás absurdo. ¿Cómo equiparar el desliz momentáneo del hombre con la falta irreparable de la mujer? La sociedad...

—¡Ah! ¡Ya salimos de la antropología para volver al convencionalismo social! ¡Mira, Fabián, cómo la lógica te arrastra a pesar tuyo! Es que con demostrar que la ley social o la civilización es mera convención y artificio no damos un paso fuera de esta atmósfera moral que nos contiene y aprisiona. Si no tenemos un sentimiento, alegría o dolor, que no sea del civilizado, perdemos nuestro tiempo con discutir sobre si la herencia presente fué orgánica o adquirida por algún descendiente de los abuelos trogloditas...

Oyóse la campana que anunciaba la salida. Faltaban aún pocos minutos; pero Fabián, contra su

costumbre, no quiso aguardar el último momento; alargó su mano para despedirse. El médico la apretó con fuerza, guardándola en la suya y mirando fijamente a su amigo.

—Escucha, Fabián: Balbina es una noble criatura; pero es mujer, bella y altiva. Tiene diez años menos que tú. La observo hace algún tiempo; se siente abandonada. Su afán reciente por concurrir a las fiestas en ausencia tuya obedece, sin duda, a un deseo natural de distracción..., quizá de olvido. Con todo, su hermosura se vuelve en cualquier reunión el centro de todas las admiraciones, de todas las codicias; no falta quien espere conquistar la joya, al parecer, sin dueño. No te irrites; te hablo como hermano. Esta noche más que nunca la encontré nerviosa, excitada, herida. La mejor brújula se pone loca en la tormenta. No te vayas; quédate para borrar en su alma la indignación peligrosa..., tal vez la tentación...

Fabián soltó una carcajada muy ruidosa para ser natural, y despidiéndose de veras:

—¡Ya quemaste el último cartucho: la tentación de santa Balbina! ¡Hasta mañana! Cuídame a Cecilia...

Desapareció en su coche. El silbido de la locomotora rasgó el aire; crujieron las amarras de acero de los vagones al ponerse en marcha, como articuladas vértebras de reptil monstruoso, y jadeante, acelerando poco a poco su carrera, perdióse el tren en la vaga obscuridad.

Como lo había previsto, Fabián ocupaba solo el departamento de dos camas. Allí dentro el calor

aumentaba al paso que el tren se alejaba del mar. Fabián encendió un cigarro y salió al balcón; apoyado en la barandilla, sin tener la vista un punto en qué fijarse en ese despliegue monótono de la Pampa, dejó que su pensamiento vagara en libertad, como el humo de la locomotora que en el aire se disipaba.

Desde su salida de Buenos Aires había esperado ansioso esta noche de fiesta y orgía. En el centro del vasto desierto silencioso que rodea a la estancia de Manolo, veinte veces desde ayer había evocado el comedor lleno de luces y flores, la prolongada cena sin interrupción posible, lejos de cualquier mirada inoportuna; el perfume de las mujeres flotando como otro efluvio más embriagador sobre las copas llenas; por fin, el previsto desenlace, saboreado sin apuro, como la fruta más exquisita del íntimo banquete... ¿Qué le pasaba ahora, qué sucedía para que la ardiente visión acariciada se esfumara apenas sugerida, para que se sintiera perseguido por una extraña obsesión que arrastraba su mente *hacia atrás*, en *sentido contrario* al de la marcha del tren, deteniéndole entre el Casino iluminado y el tranquilo hogar? A pesar suyo, y con irritación creciente, le era fuerza confesar que las palabras de ese «Juan Lanas» (así le insultaba ahora) habían quedado en su memoria, sueltas y fragmentarias, pero dotadas de insoportable eficacia. Habían bastado para dar impulso inicial a esta *rueda loca* de la imaginación, que seguía ahora moviéndose en el vacío. Porque era un absurdo evidente el sermón del «pingüino» aquel. ¡Balbi-

na coqueta y vengativa! Esa madre, absorta en su única hija, ¡buscando a deshora triunfos mundanos y consuelo a supuestas melancolías! Vamos; sólo la espesa fantasía de ese burgués pudo discurrir tal dislate... Y, no obstante, tan delicado es este cristal del alma que el hálito de una alusión amiga había bastado para empañar al pronto su nítida transparencia. Como los vasos del altar, las prendas de la dicha íntima no deben ser tocadas por el profano.

Parecióle que la velocidad y el rudo sacudimiento acrecían su desazón; entró en su departamento y se recostó en la tendida cama. A poco un prolongado silbido anunció la llegada a Camet. A medida que iba decreciendo el rumor del tren en marcha se hacía más perceptible un ruido de voces varoniles que del vecino departamento le llegaba por entre la ranura de la mal cerrada puerta corrediza. El tren paró, y entonces, en el silencio de la estación desierta, no se perdió una sílaba del diálogo que, tabique por medio, sostenían allí dos voces jóvenes y sonoras. Como antes Fabián, los viajeros, sin duda, se creían solos. Tratábase, al parecer, de un chisme de la playa: el caso—muy trivial por cierto—de un marido de comedia cuya mujer utilizaba la ausencia semanal con el héroe inevitable. El relato tocaba a su término, quedando, por lo tanto, algo confuso el sentido, aunque al desabrochado estilo le sobrase claridad.

Sonó la campana para la marcha, y Fabián, algo enervado por el estúpido cuento, esperaba impaciente que el ruido del tren volviera a cubrir la plá-

tica impertinente. De súbito dió un salto en su cama, cual herido por una descarga eléctrica; ¡había sonado el nombre de su mujer!... Como un relámpago cruzó por su mente la esperanza de estar delirante o alucinado... ¡Ay! Ni la duda pudo quedarle. Entre los jirones de una frase destrozada por groseras carcajadas el mismo nombre tremendo —¡Balbina!—acababa de retumbar a dos pasos de Fabián, que quedaba pálido como un espectro, petrificado por el horror...

Pronto reaccionó, y, como una fiera herida, se lanzaba ya sobre la puerta de comunicación, sin saber en qué garganta infame se iba a prender su garra de acero, cuando rasgó el espacio la señal de la salida. Volvió atrás y se precipitó hacia afuera, desnuda la cabeza y la frente bañada de sudor. Pero su mano trémula se encarnizaba en vano contra la puerta; al fin logró abrirla y al arrojarse adelante su cuerpo dió en la baranda lateral, que le cerró el paso. Ya el tren volaba sobre los rieles. Soltarse sobre el borde de la vía, rodar como bulto informe en la zanja llena de agua, fué su primer impulso; el peligro no le arredraba. Pero ¿cómo emprender la vuelta y realizar su obscuro designio?

Entró y se dejó caer en un asiento; había desaparecido por ensalmo su reciente furor contra los desconocidos. ¿Qué valían esas palabras inconscientes ante lo atroz de la realidad? ¡Sería cierto! ¡Las recientes insinuaciones de Moral no eran entonces sino otra forma amistosa y entristecida de la misma revelación! Como el niño que cierra los

ojos para ahuyentar al fantasma, fué a ajustar la puerta de comunicación. Y así, anonadado, aplastado en la estrecha cama, oprimiéndose la frente con las crispadas manos, dejó correr los minutos sin tener conciencia de su velocidad. Se estremeció al sentir que le tocaban ligeramente el hombro; el inspector, creyéndole dormido, le pedía el billete. Le dijo al devolvérselo:

—Maipú; le avisaré si está usted dormido.

Fabián balbució:

—¡Ah! Sí. Maipú. ¿Cuál es la próxima estación?

—Vivoratá.

—¿A qué distancia de Mar del Plata?

—Treinta y tantos kilómetros.

Y el empleado siguió su camino.

Fabián abrió su valija, sacó su revólver y, después de cerciorarse de que estaba cargado, lo hundió en el bolsillo trasero de su pantalón. Volvió a cerrar con llave su valija y esperó de pie que el tren llegase a la estación ya señalada. Enfrente de él el tablero de la puerta tenía un espejo; quedó examinando su rostro pálido, sus inyectados ojos, meneando la cabeza con tristeza infinita.

El tren se detenía apenas un minuto en la estación Vivoratá, tan desierta como la anterior. Fabián bajó rápidamente, sin darse cuenta exacta de su resolución. Debajo de un reverbero fijado en la pared dos o tres hombres gesticulaban; uno de ellos tocó la campana, y el tren se puso en marcha. Fabián esbozó un movimiento instintivo para alcanzarle; pero se contuvo. En cuanto la larga

masa se hubo perdido en las tinieblas se acercó al jefe de estación, a quien conocía vagamente después de tanto viaje. Como todas las naturalezas enérgicas, Fabián recobraba aparente serenidad en las situaciones extremas. Su explicación fué breve y precisa: acababa de notar que dejaba olvidado en su casa el documento que motivara su viaje a Maipú; tenía que volver a Mar del Plata esta misma noche para tomar el primer tren de la mañana siguiente. Necesitaba un caballo ensillado para dar este galope de seis o siete leguas. Pagaría lo que se pidiera. La explicación era tan verosímil y tan conocido el nombre de Fabián que el mismo jefe le sacó de apuros. Media hora después, al galope tendido de un buen caballo criollo, volaba en dirección de Mar del Plata por el antiguo camino carretero.

V

La luna casi llena alzaba el blanco disco en el estrellado cielo. El galope del caballo retumbaba en el silencio universal, acentuado a intervalos por un grito de ave nocturna, un balido lejano, un tropel de caballos que disparaba en la llanura. Delante de él la carretera se esfumaba en angosta faja lívida. De trecho en trecho un punto rojo horadaba la niebla, un ladrido lejano señalaba una habitación, acrecentando para Fabián la sensación de soledad y abandono. Y perdida la noción del tiempo y la distancia, seguía su arrebatada carrera, con el ímpetu del fantástico jinete de la balada. De pronto, un reverbero, alumbrando una masa blanquizca, le recordó que pasaba delante de la estación Camet. ¡Ya! Consultó su reloj al claro de luna; iba a marcar las doce; faltaban poco más de dos leguas para llegar a su destino. ¡Su *destino!* Esta palabra extraña, que sólo fué pensada, retumbó en su alma con toque de agonía. Bien seguro entonces de llegar *a tiempo,* contuvo

el ardor del caballo y se puso a meditar. El aire fresco había aplacado su fiebre; sentía su cabeza bastante despejada para sostener sin vértigo el peso de la reflexión. A ratos, como un derrame de su cerebro lleno hasta desbordar, saltaba de sus labios un jirón de frase, una exclamación angustiosa, y se sorprendía al escuchar su propia voz.

Una imagen, una sola, le perseguía con su obsesión, aunque pugnaba en vano por evocar a Balbina en actitud envilecida, manchada la pura frente por el ultraje anónimo. Por un extraño fenómeno, con esforzarse más y más en su mórbida porfía, no lograba sino borrar la divina aparición o transformarla insensiblemente, hasta darle el ahora repelente aspecto de esa criatura venal de Maipú, por quien aventurara estúpidamente la dicha de su vida.

Entonces quiso examinar fríamente la situación para no arrojarse obcecado al desenlace. Contuvo algunos minutos la furiosa carrera y, poniendo su caballo al paso de camino, se puso a cavilar. Se hallaba cruzando la Pampa a media noche, camino de su casa, porque una voz desconocida había proferido contra su mujer la más clara y tremenda acusación. ¿Era esto posible? ¿Aceptaríase de plano que Balbina, absorta en su hija idolatrada y viviendo en estrechísima relación con los Moral, hubiera incurrido bruscamente en la caída irreparable, en la indeleble traición?... No era dudoso que ella se sentía ofendida. «Admitamos que fuera simulada la explosión indignada de la despedi-

da y que hubiera él perdido el amor de Balbina; sea; pero no se vuela así a la perdición en busca de represalias...» Tamaña caída no podía ser un acto inicial, sino el término, el último peldaño de un largo descenso. Un ser noble y altivo no se deja arrebatar al abismo por la primera ráfaga de tempestad. A falta de virtud, bastaría el orgullo para no sucumbir en una aventura vulgar... Ahora bien: ¿qué sentimiento sincero y profundo, criado en el conflicto de la pasión y del deber, podía haber nacido y triunfado en los pocos días de su ausencia, en esta atmósfera artificial de exterioridad elegante y frívola murmuración, sin que Saturnino y Ofelia—¡la misma honestidad!—parasen atención en cualquier asiduidad insólita? Esta idea le trajo a la memoria aquellas singulares insinuaciones de Moral; pero ¿acaso tenían otro alcance que el buen deseo de conservar la paz en la familia y devolver a Balbina la perdida quietud? A ser verdad la especie infame, el médico no la ignorara, y ni el amigo fraternal se hubiera limitado a consejos tan vagos ni toleraría el hombre de honor tan íntimo contacto entre su mujer y Balbina. Luego todo aquello era imposible, absurdo. Había sido víctima de alguna monstruosa e inexplicable confusión...

En este momento parecióle la conclusión tan lógica y precisa que sintió su pecho súbitamente aliviado y dió un gran suspiro, como recién despierto de espantosa pesadilla. Encendió un cigarro y tomó de nuevo el galope, sereno y confortado. El camino orillaba la vía férrea; el resplandor de

la luna, casi en el cenit, escarchaba los pastos húmedos; espejeaban acá y allá algunos charcos de la lluvia reciente. Se divisaban ya las primeras quintas de Mar del Plata. ¡Qué grata le parecía la muda acogida de la tranquila población! El sordo rumor del mar comenzaba a espesar el silencio. ¡Oh! ¡Cómo iba a envolverse con delicia y para siempre en el tibio ambiente del hogar, acolchado de indulgencia y cariño! ¡Bien sabría él reconquistar aquel noble corazón!... De repente, sin saber cómo, volvió a sufrir el mismo choque nervioso que horas antes le había derribado; tiró tan rudamente de las riendas que el caballo se encabritó. Cual en la negra pared bíblica, fulguraba en el campo de su imaginación la palabra fatal que esos malditos pronunciaran. Y de súbito sintióse arrebatado por el mismo huracán de antes, vuelto ahora más violento y furioso al acercarse a su origen.

Se alzaba la realidad desapiadada y terrible; vano sería cualquier subterfugio para obscurecer la evidencia. No acaecen sino en comedias *quid pro quo* tan inverosímiles. Las circunstancias precisas, los hechos mencionados, las reticencias de Moral, el nombre de Balbina, único en el grupo social de Mar del Plata; todo confirmaba la horrible presunción. En presencia de datos tan positivos disipábanse como humo las consideraciones que poco antes bastaran a persuadirle, a ofuscarle. ¡Los virtuosos antecedentes! ¿Acaso no retumban hace tres mil años en la poesía y la historia las sentencias condenatorias sobre la fragilidad y per-

fidia de la mujer, «falsa como el agua», «más amarga que la muerte», etc.? ¿No ha cruzado los siglos la prolongada y monótona protesta acusadora del ser varonil, eternamente traicionado por esa compañera funesta, de corazón tan inseguro cuanto indomable en su carnal perversidad?

¿Y qué necesidad tampoco de recurrir a la experiencia ajena? Basta la propia a cualquier hombre que haya vivido... Y Fabián, en su delirio renaciente, exhumaba sus recuerdos de juventud: arrojaba al viento nocturno las cenizas de sus culpables amoríos, comprobando en la fúnebre revista la eterna aptitud nativa de la hija de Eva para engañar y mentir, la fatal unidad del tipo primitivo, debajo de las variedades externas y los accidentes del medio social. ¿No eran altivas y desdeñosas en la apariencia las que se alzaban ahora en su memoria calenturienta: la que a media noche atravesaba las alcobas dormidas para llegar hasta él, o la que le esperaba en la puerta de un parque, sin sentir el frío o la lluvia, para introducirle como ladrón nocturno?... Y otras más todavía surgían en fantástica ronda, viniendo cada cual a clavarle en el pecho un recuerdo punzante como estilete vengador...

En su demencia, el desgraciado llegaba hasta profanar el santuario de su dicha pasada. Aplicaba en Balbina su inexorable análisis, acriminando sus tiernas confianzas del primer tiempo. Consumaba él mismo su propio martirio con evocar a la amante esposa en actitudes idénticas a esas otras. ¿Acaso no conocía ella también los secretos de la

pasión, y que no es el amor un deshojar de margaritas ni un diálogo de almas palpitantes bajo el trémulo centelleo de las estrellas?...

Era la una de la mañana cuando Fabián llegó a la vista de su casa.

VI

El *chalet* de la familia Linares se levanta, como dijimos, en el extremo de la loma que domina la playa por el Norte. Era una construcción elegante y sencilla, sin recargo ostentoso. Fabián quiso tomar como modelo la casita que ocupara en Trouville durante la estación de 1889. Se componía el edificio de dos pisos y subsuelo, formando un pabellón central con dos alas salientes; en el piso bajo, el comedor, un gran salón con recibimiento contiguo y a uno y otro lado del peristilo un gabinete de estudio y un billar; arriba, los dormitorios y dependencias. Hacia el mar, una terraza con gradería, que bajaba al jardín, cercado por una pared llena, bastante alta para romper la violencia de la virazón. La puerta exterior—una verja de hierro labrado—, mirando al Sur, daba sobre el camino de carruaje que atraviesa el arroyo por un puente rústico y conduce a la playa.

Llegado que hubo a la meseta, Fabián arrojó una mirada hacia la Rambla; salvo el Casino ilu-

minado, reinaba completa obscuridad en las casas centrales, así como en las más vecinas de la loma. Algunas nubes invadían el cielo, ocultando por minutos la luna declinante. Después de desensillar su caballo detrás de la casa, lo dejó suelto para que se juntara con otros que suelen pacer allí la hierba salada de la cumbre. La silla quedó tirada en el suelo. Se acercó lentamente a la cerca del jardín por el lado del barranco; todo dormía en apariencia; tan sólo el cuarto de Balbina, en el piso superior, estaba alumbrado y sus dos ventanas sobre el mar semejaban dos ojos abiertos en la fachada sombría. Ningún murmullo insólito se percibía por entre el monótono y sordo ronquido del oleaje; como de costumbre, la puerta de reja estaba cerrada. ¿Qué significaba, a tales horas, la luz del dormitorio? Balbina no solía conservar encendida sino una *mariposa* en el cuarto de Cecilia: a no ser que estuviera recién llegada de la calle, o acaso no hubiera entrado aún... Fabián, indeciso, quedó observando, arrimado a un resalto de la ladera, a unos cuantos pasos del camino. A medida que los minutos pasaban, se iba convenciendo más y más de que Balbina estaba dentro. A las dos, las lámparas eléctricas se apagaron en el Casino: la fiesta concluía, y la misma sala de juego quedó en tinieblas.

Poco a poco, penetraba en su alma atribulada la vasta paz nocturna, volviéndole a la apreciación serena de la realidad. Si tuviera algún fundamento la horrible pesadilla que hace horas le torturaba, era llegado el caso de saberlo; no debía

prolongar por más tiempo este ridículo papel de rondador nocturno de su propia morada; tocaría la campanilla que despertara al jardinero, y entraría derechamente. Era lo más probable que encontraría a Balbina dormida, cerca de Cecilia, y allí acabaría para siempre la insoportable alucinación. En cuanto a la explicación de su vuelta a estas horas, ¡oh, confesaría a Balbina una parte de la verdad! Lo esencial, lo único importante al presente, era concluir con esta agonía que le estrujaba el corazón, volver a la vida normal, a la confianza, a la calma recobrada...

En este momento se acordó de la silla dejada tras de la casa y fué a buscarla para ponerla en cobro una vez adentro. Estaba ocupado en reunir las piezas del arreo, cuando oyó sonar distintamente la campanilla de la calle, y, a los pocos segundos, siguió el ruido de la puerta que se volvía a cerrar. Quedó petrificado, literalmente paralizado durante algunos instantes; pero pronto reaccionó y se arrojó hacia la verja. El camino estaba vacío: no habían salido de la casa, sino entrado en ella. Asomó la cabeza por la reja: no se divisaba bulto alguno en la galería ni en el jardín. ¡Alguien, evidentemente, después de salvar la puerta exterior, acababa de penetrar en las habitaciones!...

Nuestro mezquino organismo posee susceptibilidad muy limitada para las sensaciones extremas, ya sean de gozo o de dolor; llegado a cierto grado de tensión, la irritabilidad se embota, y por algún tiempo queda tan reducido su poder de reacción

que casi equivale a relativa indiferencia. Fabián estaba ya *saturado* de emociones. Las últimas cuatro o cinco horas de angustias habían agotado momentáneamente su sensibilidad, y su corazón, como una esponja embebida que ya no admite una gota de líquido, no podía sufrir nuevas congojas. El choque de la realidad, lejos de anonadarle, acabó de restituirle su completa sangre fría. Palpó el revólver en su bolsillo, para cerciorarse de que no había caído en la desenfrenada carrera, y, lentamente, con su mirada fija en la ventana iluminada, retrocedió a su escondite, para reflexionar y tomar un partido.

Alguien acababa de entrar en su casa a las dos de la mañana, abriendo la puerta de reja; lo que había oído no era la campanilla de llamada, sino una esquila de aviso que el girar de la puerta ponía en vibración. ¿Sería un... *extraño* (su espíritu retrocedió ante la palabra precisa) el que así procedía? ¿Tanto había descendido Balbina, que desdeñara todo disimulo, no guardando al marido ultrajado un resto de consideración hipócrita y a sí misma un vestigio de decoro exterior? Escuchó en su ser interno un grito de protesta. ¡Jamás, jamás! Lo enorme del incidente traía su explicación. Era, sin duda, algún sirviente retardado que volvía del pueblo, después de festejar el carnaval. Ello parecía evidente; y lo aparentemente insólito de un hecho tan vulgar provenía, no del hecho mismo, sino de estar él, Fabián, acechando a tales horas las idas y venidas de sus criados. ¡Bastaba ya de visiones y pesadillas!

Todo estaba tranquilo; esa misma luz en la alcoba de Balbina... De repente, un rugido sordo le saltó del pecho: ¡allá arriba, sobre la cortina blanca, haciendo pantalla, dos siluetas obscuras se proyectaban, tan netamente, que podía seguirse el contorno de las cabezas y de los bustos: un hombre y una mujer dialogaban con visible intimidad!...

Fabián quedó inmóvil, con la boca abierta, los ojos dilatados por el estupor. Al querer precipitarse hacia la puerta, sintió que le flaqueaban las piernas, y tuvo que sentarse en el talud que circunda el jardín para no caer al suelo. ¿Cuántos minutos pasó así, presa de un estúpido aniquilamiento, semejante al letargo que sigue a la caída en un precipicio? Poco a poco volvió en sí; antes que el juicio, renació la actividad sensorial: tuvo la percepción del viento helado que le azotaba el rostro, y notó vagamente el aclaramiento del paisaje por la luna que emergía de una nube. En un movimiento que hizo sintió la estrujadura de un cuerpo duro que magullaba sus carnes: el contacto del arma en su bolsillo le devolvió súbitamente su energía y voluntad. Se puso en pie, con la resolución ya imperturbable del soldado que marcha al asalto. Se dirigió hacia la verja para emprender el fácil escalamiento. Entonces oyó distintamente una voz que murmuraba a su oído: «Y bien, es asunto arreglado: tu mujer está con un amante, y los vas a matar...» Él mismo había proferido estas palabras inconscientes. Permaneció inmóvil, durante algunos segundos, mirando la ventana

ahora vacía. Luego se alejó paso a paso, hasta el borde de la barranca a pico. Allí dejó caer su mirada en el mar sombrío que rompía con estruendo en las rocas verticales, sacudiendo jirones de espumas; volvió de nuevo hacia la casa, y así continuó largo rato su tétrico paseo de centinela a la vista del enemigo. Tan intenso era su meditar, que, por instantes, su pensamiento se *coagulaba* en palabras sueltas que el viento arrebataba...

«Sí; es seguro que los voy a matar: él primero, y ella después...» Y al pronto se le representó la sangrienta escena. Escalada la reja, se dirigía al vestíbulo, cuya puerta sin duda quedara abierta; subía con tiento la escalera, apagados sus pasos por la alfombra... Los sorprendía bruscamente, como el rayo—¡oh, espantoso momento!—, heriría sin piedad, a tres pasos, con el acierto infalible de un pulso tranquilo. Y lanzó en el silencio un ahogado grito de rabia y furor. A la luz de un relámpago lo había visto todo: los cómplices bañados en sangre, alzando sus manos desesperadas al caer en la alfombra... Tan patente era la alucinación, que percibió los gritos de los criminales, en la atmósfera tibia y el silencio del aposento; las detonaciones del revólver que apretaba en su crispada mano. De repente—¡horror supremo, que le hizo cerrar los ojos instintivamente!—parecióle escuchar otro grito más terrible que el de las víctimas: una adorada voz infantil aguzada por el terror... Fué tan atroz esta sensación de estilete en su oído, que desvaneció al punto el cuadro de su delirio... Extraviado, miró

a su alrededor: reinaba el mismo silencio, sordamente acompañado por el lamento profundo del Océano; al pasar su mano por la frente, la sintió húmeda, y de nuevo, tambaleando, como ebrio, fué a caer sentado en una roca del barranco.

Entonces examinó las consecuencias del acto, como si estuviera realizado. Con esa extraña potencia evocadora de la agonía mental, percibía netamente, encerrados en un pequeño espacio, largos períodos sucesivos de su existencia ulterior. Todo había concluído: estaba vengado. ¿Y después? Huía de este lugar maldito, llevando de la mano a su único tesoro; se desterraba de su propio país; viajaba por el mundo o se establecía con Cecilia en algún punto de Europa, donde nadie los conociera y no pudiera reabrirse la herida medio cicatrizada. ¿Lograría el tiempo borrar en este alma infantil el recuerdo de la catástrofe? Era vano esperarlo: su memoria, terriblemente fiel, no olvidaría a la muerta, de quien no le era dable hablar. Se criaría triste, como planta en eterna sombra, abandonada a manos mercenarias, ajena a las únicas y verdaderas caricias, que son las recibidas en el materno regazo; pues las paternas (bien lo presentía él con indecible amargura) nunca lograrían mover completa y recíproca efusión. Con todo, los años cumplirían su obra de apaciguamiento, y ambos sentirían la nostalgia de la patria. Volverían, y Cecilia completaría su dolorosa y lenta iniciación en la tragedia lejana, siempre presente: una palabra indiscreta, la alusión injuriosa de alguna

compañera de colegio, un retrato descubierto en alguna casa amiga—tal vez, la terrible sensación del aislamiento y la reserva de las familias respecto de ella—; otros mil incidentes sucesivos se juntarían para marchitar su vida; y la víctima más inocente sufriría el castigo más cruel...

Todo eso y mucho más se desenvolvía ante la vista del desgraciado, con el vívido aspecto de la realidad. Sí, aquello era inevitable, fatal. ¿Cómo puede contentarse la necedad de los hombres congregados, con esos supuestos desenlaces del teatro que muestran al drama concluído con la venganza del marido y el castigo de los culpables? ¡Ay, la catástrofe violenta no es sino el principio del inmerecido sufrimiento y de la dolorosa expiación! El verdadero drama es el que empieza con la caída del telón. Ahora bien: para que la lógica inflexible de la vida impusiera conclusión tan inicua, ¿no era fuerza que se ocultara algún vicio monstruoso en los antecedentes? Remontándose entonces a las premisas, se puso a examinar si era realmente justa en su caso personal esa sentencia de muerte que el *honor* le dictara y que la ley humana no se atrevía a discutir. Para venir a sorprender a su esposa infiel había interrumpido un viaje que le llevaba a los brazos abiertos de una prostituta. ¿Por qué era venial su propio perjurio y sólo el otro mortal? ¿En qué principio absoluto estribaba tan capital diferencia? ¿O sería que la frecuencia del delito y la indignidad del objeto atenuaban su gravedad? ¿Qué juramentos sagrados había violado la una, que el otro no hu-

biese pronunciado el mismo día y con igual solemnidad?... Y al llegar a este punto de su examen de conciencia, imparcial y severo, creía oír una voz interna que le repetía el antiguo precepto de la ley divina, pugnando por sustituirse a esa hipócrita tolerancia de la ley humana, que deja por esta única vez la espada de la justicia convertirse en la misma cuchilla de la venganza...

Entonces escuchaba otra voz exterior—la voz farisaica del mundo y de la preocupación social—, y ésta decía: «Si dejas sin castigo la falta inexpiable, te convertirás en ludibrio y escarnio de la sociedad. Tu mujer nada había perdido ante el mundo con tus deslices; tú quedarás envilecido, infamado, acaso sospechado de complacencia, si no de complicidad. Y sólo con esa mancha en la frente podrás seguir viviendo en una atmósfera de tolerancia y de velado desprecio general... No puedes substraerte a las leyes comunes: con el silencio, abdicas tu honra varonil; con el olvido, lo que pide tu cobardía es un pretexto para aceptar la vergüenza en tu hogar...»

Pero aquí la voz interna se alzaba otra vez más imperiosa y vibrante: «Ni el silencio ni el olvido imposible; mas sí el mutuo perdón. Ya no seréis felices: habéis matado la confianza y la fe. Pero Cecilia podrá crecer ignorante y pura sin necesidad de explicarse vuestras reservas y tristezas; y algún día, cuando ella ponga su mano en otra mano amada, el sentimiento del deber cumplido será vuestra recompensa y el anuncio de la completa reparación...»

VII

Serían las tres de la mañana; el cielo gris encapotado cubría de tinieblas la tierra y el mar. Fabián dió algunos pasos hacia el borde del abismo que se abría a sus pies. La pleamar rompía con violencia contra el acantilado; se inclinó sobre el vacío, y pareció como que se dejara atraer por el vértigo de la sima. Pero tuvo un brusco movimiento hacia atrás; en seguida su brazo derecho describió una curva como si arrojara una piedra. Su revólver se hundió en las olas.

Sólo entonces cedió al peso abrumador de esta noche terrible. Una fatiga enorme se apoderó de su cuerpo aterido por el aire glacial. El rendido organismo apenas percibía ahora dolores morales ni angustias: no se acordaba de mirar la ventana funesta. Ya no sobrevivían en él más que las sensaciones y sufrimientos de los seres primitivos: el frío, el sueño, el malestar físico. Tiritando bajo el nocturno vendaval envidió un segundo a los pescadores cuyas abrigadas casillas se alzan en la

playa. Y, a diez pasos de su tibio y regalado hogar, se refugió en un hueco del barranco, al reparo del viento; y allí cayó como una masa inerte, vencido por esa agonía de cinco horas que le labraron más que otros tantos años...

¿Cuánto tiempo duró este letargo reparador, tributo del ser postrado a la tiranía de la carne? Despertó sobresaltado al ruido de su puerta exterior, que se abría. Se enderezó y se precipitó adelante, nuevamente empujado por un ciego instinto de destrucción. A la vislumbre pálida del alba, divisó dos bultos humanos que se alejaban: un hombre y una mujer. Como corriera tras ellos, se detuvieron, y él oyó una voz conocida que le llamaba: ¡Fabián! Era la pareja Moral, que se retiraba, en traje de baile debajo de sus abrigos.

No se asombraron al encontrarle allí, demacrado y lívido; antes se sorprendieron de que no hubiese llegado algunas horas antes, en algún tren expreso. Poco después de las nueve—explicó Saturnino—, momentos antes de salir para el Casino, Cecilia había sufrido un ataque fulminante de «laringitis estridulosa»: opresión, fiebre, ronquera y disnea angustiosa... Aunque yo no veía—continuaba Moral—síntomas de crup, confieso que al pronto estuve un poco inquieto. Te telegrafié a todas las estaciones del trayecto desde Pirán a Maipú. No dudaba que hallarías medio de volver esta misma noche.

—¿Y ahora?—preguntó ansiosamente Fabián.

—Completamente sana; se ha dormido como un angelito, después de tomar el revulsivo que tuve

que ir yo mismo a prepararle, a la una... Estos accidentes son puro aparato, no dejan rastro alguno, y mañana la niñita jugará como si tal cosa... Pero ¡cómo te habrás afligido! ¿Verdad?

—Sí—murmuró Fabián—; he sufrido mucho. Y después de un segundo de silencio, como si algo reservara que quería preguntar a Moral, se separaba ya de sus amigos, cuando Ofelia le detuvo:

—¿No sabrá usted el notición de la noche? Pues reventó aquello: ¡Pepe Morcillo desapareció del baile con Malvina!...

—¡Balbina...!—tartamudeó Fabián sin entender...

—¡Malvina, la famosa baronesa!...

Fabián no escuchó más; se golpeó la frente con una sorda exclamación y corrió hacia su casa.

El criado, que había reconocido las voces, le esperaba en el umbral de la puerta abierta. Fabián subió con precaución para no despertar a Cecilia; la encontró durmiendo en su camita, algo pálida todavía, pero con la respiración tranquila y rítmica de la salud. En la alcoba inmediata, cuya puerta quedara abierta, Balbina estaba adormecida en un sillón: su hermosa cabeza se reclinaba hacia atrás; una larga trenza suelta caía sobre el brazo apoyado; y él contempló un minuto ese rostro encantador y puro, esa tersa frente que nunca abrigara un mal pensamiento, esa boca infantil que no se abrió jamás para el engaño y la traición. Entonces se desplomó a sus pies y hundió la cabeza entre sus rodillas. Balbina tuvo un ligero sobresalto y abrió los ojos. Sin interrogar al

desventurado, que sollozaba perdidamente al oprimir el cuerpo amado, ella tuvo al punto el presentimiento vago de la verdad; le puso en la frente pecadora y arrepentida la mano suave, llena de caricia y perdón, murmurando: «¡Pobre Fabián!»

Y fué la hora más patética y dulce de su vida: de más intensa delicia aun para Fabián que aquella misma del misterio nupcial que resplandece eternamente en el pasado; porque él ahora sabía de veras el alto precio del paraíso reconquistado, y era del fondo del abismo desde donde se remontaba a la divina luz.

Mayo de 1896.

LA HERENCIA

AQUELLA mañana (mayo de 189...) el célebre doctor Broda, profesor ordinario de Patología mental en la Universidad de Praga, según reza el programa semestral—*Psychiatriam bis p. h. h. IX docebit*—, alcanzó un verdadero triunfo académico ante los numerosos estudiantes que rodeaban su cátedra.

No por esto se imaginen mis lectores latinos que se tratara de arranques oratorios a lo Castelar ni de variaciones retóricas parecidas a la filosofía para damas de nuestro Caro, en la Sorbona, enseñanza espumante que en una hora llena la copa cerebral de cada oyente y se disipa en tres minutos sin dejar en el fondo una gota de substancioso líquido. El doctor Broda era muy amante y respetuoso de la ciencia para sacrificarla en aras de la fraseología elocuente y teatral. También es probable que, aunque quisiera, no habría sabido cortejar a las Gracias. Realmente, su aspecto no revelaba a un parroquiano de Corinto. Era un viejecito seco y nervioso, cuyo cuerpo retorcido como cepa

de vid flotaba en una inmensa levita negra. El rostro arrugado y lampiño, de larga nariz inquisidora, parecía que hubiera reconcentrado todo su capital piloso en las cejas enormes, donde se enredaban los anteojos inamovibles formando doble claraboya a la frente baja, en que se erizaba el corto cabello gris. Y de esa cara acorchada, de esa mirada aguda que brillaba tras el cristal, de esas manos nudosas y ágiles, de todo ese magro conjunto, que recordaba a un lobo de los Cárpatos, se desprendía—uniéndose al timbre armonioso de la voz—una impresión de nobleza intelectual y de profunda simpatía humana.

Habíale tocado esa mañana concluir su estudio de la locura hereditaria con un cuadro conmovedor de las impulsiones casi gemelas al suicidio y al homicidio. Según su método habitual, el sabio maestro había dado lectura de cuantos documentos y extractos de publicaciones trajera de su casa en la voluminosa cartera que toda la población de Praga conocía de años atrás. Luego se puso a enumerar delante del auditorio estudiantil, que taquigrafiaba sus palabras, las observaciones comentadas, propias y ajenas, fruto las unas de su clínica antigua o nueva, resumen las otras de su innumerable correspondencia con el universo científico.

No tengo que analizar aquí esa doctrina psicopatológica, que ha sido desarrollada por su autor en Memorias compactas, presentadas a todas las Academias europeas y escritas en otras tantas lenguas vivas o muertas, que el ilustre profesor bohemio desollaba con imparcial intrepidez. Básteme

decir que su conclusión teórica respecto de aquellas terribles diátesis hereditarias había dejado entrever la perspectiva consolante de una posible curación. Sin negar la tremenda influencia nativa, sin desconocer que las anomalías cerebrales son en muchísimos casos la lúgubre herencia de los antepasados, él había levantado, enfrente de esa fuerza ciega de la fatalidad, el arma defensiva de la «autodinamia», resultante de la educación, de las costumbres y del tratamiento científico. En una palabra, había enseñado al hombre relativamente libre y capaz, con la propia energía, de reaccionar contra la pendiente atávica, labrándose con el tiempo su propio destino.

En aquellos o parecidos términos había el doctor Broda resumido su teoría; y su conclusión, marcadamente espiritualista, fué saludada con sendos aplausos y salvas de pataleos, según el hábito tudesco y eslavo. Después de inclinarse, con la sincera modestia del verdadero saber, el *Herr Professor* abrió y desplegó sobre la mesa un diario, que esparció en el ambiente un violento olor de fumigación, y se puso a leer lo siguiente, que, *verbum pro verbo,* traducimos del original:

decir, que ya concluida mal los respetos de aque-
llos terribles últimos [illegible] había dejado es-
perar la perspectiva consoladora de una posible
reacción. Sin negar la nefasta influencia suya,
no [illegible] que las costumbres resultasen tan
[illegible] como la lógica hermosa de los
[illegible]; [illegible] había [illegible] además de una
fuerza ciega de la Sociedad, el [illegible] de
la [illegible], [illegible] de la educación, de las
costumbres y del tratamiento [illegible]. En una pa-
labra, había [illegible]
[illegible] cuando [illegible], de [illegible]
contra la [illegible] [illegible] [illegible] con el
tiempo su propia [illegible].

[illegible] después [illegible] habla el doc-
tor [illegible] en [illegible] y, en conclusión,
[illegible], fué [illegible] con [illegible]
[illegible] y [illegible] de [illegible], según el [illegible]
[illegible] y [illegible]. Después de [illegible] la
[illegible] del [illegible], [illegible]
[illegible] sobre la cama un [illegible],
[illegible] en el [illegible] de [illegible]
[illegible], [illegible] la [illegible], que
[illegible] del original).

I

Ha llegado la hora, memorable para nuestra ciencia, si bien aciaga para el actor principal, de comunicaros uno de los casos más curiosos y decisivos que registran los anales neuropáticos. Acaba de morir, lejos de la patria austriaca, el último representante de una gran familia magiar, no menos célebre por su gloria pasada que por la índole singular y el trágico fin de sus individuos principales.

Entre mis oyentes no habrá quien no conozca algún hecho dramático referente a la familia patricia de Lisznyai. Gracias a mis relaciones científicas, he podido apuntar en mis registros de *Testimonia* las observaciones relativas a cinco miembros de dicha familia, todos descendientes directos de aquel famoso conde Miklos Lisznyai, que hizo heroicamente la campaña de Francia contra Napoleón y se suicidó más tarde en Budapest haciendo brincar su caballo por sobre el parapeto del Danubio. De los dos hijos que dejó, el menor con-

cluyó también por el suicidio. En cuanto al mayor, después de una existencia harto agitada, se casó con una mujer adorable y adorada, a quien mató involuntariamente, según se dijo, en una partida de caza. Desesperado, no quiso sobrevivir a su desgracia y se ahorcó en un roble de su parque. No tengo que recordaros el drama íntimo que tuvo a la vez por actor y víctima al conde Mor, padre del magnate actual, y por teatro el castillo señorial de la familia. Todos los diarios reprodujeron hace veinte años los pormenores más o menos auténticos del lúgubre suceso. La condesa Dora estaba durmiendo en su cuarto matrimonial; se dice que despertó sobresaltada al ruido de una detonación y halló el cadáver de su marido al pie de la propia cama. Cuando acudieron los criados encontraron a la condesa presa de una risa incoercible: había perdido la razón, y nadie supo de cierto qué preámbulo había tenido tan espantoso desenlace.

El único heredero del nombre y de la fortuna era un niño de diez años, el conde Károli, que fué mandado a Inglaterra para educarse allá, fuera de su país, lejos de toda influencia y memoria que pudiera recordarle la tradición funesta de su raza. Yo ejercía entonces la medicina en Budapest; fuí consultado por los tutores y aconsejé que se realizaran al punto todos los bienes territoriales de la familia y se solicitase del emperador la transferencia de un apellido noble extinguido para el heredero inocente de tantos «Atridas».

Supe que todo ello se había cumplido; el título

bohemio de conde Tsanadi fué atribuído con carácter perpetuo al joven Károli, quien continuó sus estudios en el colegio de Harrow, gastando el fausto y adquiriendo los gustos de un noble huérfano inglés. Algunos años más tarde volví a ser consultado respecto de la carrera más adecuada para Károli. Dijéronme que era entonces un muchacho robusto y alegre, apasionado de juegos y *sports* atléticos, como toda la juventud aristocrática de aquel país. Me decidí por la Marina—la marina inglesa, naturalmente: parecíame excelente, indispensable, todo lo que pudiera alejarle de la atmósfera originaria y contribuir a transformar su idiosincrasia.

Ya me había dedicado entonces casi por completo a nuestros caros estudios psiquiátricos, que encierran, a mi ver, la filosofía y la sociología del porvenir. Era para mí indudable que ese pobre muchacho estaba colocado bajo la influencia poderosa, aunque no invencible, de una herencia mórbida acumulada en tres o cuatro generaciones. Tenía yo la convicción íntima de que las supuestas extravagancias o desgracias de sus padres no eran sino accesos fulminantes de locura impulsiva, suicida u homicida. Era, pues, necesario a todo trance defender a este predestinado: fortificar y completar la obra comenzada, dándole una patria nueva, otro nombre, otros hábitos, otra alma, en fin, para que doblara ese cabo funesto de los treinta años, en que casi todos sus ascendientes habían sucumbido.

Pasaron algunos años; supe que él navegaba en

mares lejanos; me le pintaban como un valiente alférez de la Marina inglesa. Se había distinguido en la India y en Egipto; estaba hecho ya todo un fiel súbdito de *Her Gracious Majesty*. Aunque en plena posesión de su enorme fortuna patrimonial, nunca había manifestado el deseo de volver a su tierra nativa, cuyo recuerdo parecía completamente borrado de su memoria. Yo tenía su nombre apuntado en mi registro de observaciones, a continuación del de sus ascendientes. Cada año que pasaba era un argumento más en favor de mi doctrina científica; pero confieso que no veía llegar sin aprensión la fecha climatérica en que habría de librarse en el organismo la gran batalla decisiva.

Hace tres años casi exactamente, en este mismo mes de mayo, hallábame en mi cuarto de estudio, cuando mi fiel y excelente Gertrudis—disimulad esta alusión doméstica—me entregó la tarjeta de un desconocido que «quería hablarme a solas». Tuve un estremecimiento al leer este nombre: CONDE KÁROLI TSANADI.

Ya serenado, me levanté, coloqué un sillón enfrente de la ventana, muy cerca del mío, y mandé que hicieran entrar al «desconocido». Con cierta desenvoltura cordial presentóse un joven alto y robusto, muy rubio, de semblante alegre y simpático; me disgustó desde luego encontrar en su rostro la belleza proverbial y característica de su familia paterna. Con extrañeza escuché sus primeras palabras. Hablaba el magyar con cierta lentitud, pero con el más genuino acento danubiano.

Me sentí algo contrariado, y le contesté en francés, pretextando mi escasa práctica de la lengua húngara. En tanto que se cruzaban los primeros cumplimientos, le seguía observando sin afectación; no notaba ningún movimiento brusco en su persona, ninguna contracción nerviosa en su cara risueña; parecía perfectamente equilibrado y dueño de sí.

El único rasgo particular que detuvo mi atención fué la desigualdad de las orejas; la derecha era pequeña y perfecta de forma, pero casi sin lóbulo y muy adherida; la izquierda, más ancha y apartada del cráneo, presentaba la punta simiesca muy visible. También noté con cierta sorpresa que mi «oficial inglés» llevaba en el ojal de su levita negra la cinta roja y verde de la cruz austriaca de San Esteban.

Refirióme algo de su vida pasada, de sus viajes y expediciones por el Asia y el África. Acababa de dejar el servicio para establecerse en su *patria,* en sus dominios señoriales, que quería recuperar...

—¡Oh! No todos—rectificó prestamente al notar mi expresión asombrada—; tan sólo la tierra y el castillo de Tsanadi.

Di un suspiro de alivio al ver que ignoraba su verdadero apellido. Por lo demás, no era su intención sepultarse para siempre en la existencia apacible del *gentleman farmer;* pensaba solicitar un puesto en la diplomacia; pero antes de tomar una resolución definitiva había venido a visitarme por consejo de su antiguo tutor.

—Seguramente—prosiguió el joven—soy mayor de edad y dueño absoluto de mis acciones; pero,

no teniendo pariente alguno a quien arrimarme, confieso, señor doctor, que he consagrado a este honrado tutor mío todos los sentimientos de un hijo adoptivo... Él me ha dirigido a usted... ¡A fe que no estoy enfermo! Sin embargo, me dicen que usted me ha salvado de una enfermedad nerviosa en mis primeros años y que debo seguir sus consejos. Yo he venido sobre todo—agregó con un saludo amable—para expresarle mi agradecimiento...

Estas últimas palabras de Károli fueron para mí un rayo de luz. Desde su entrada estaba yo discurriendo el mejor medio de arrojarle de esta tierra, para él funesta, donde las misteriosas influencias hereditarias, unidas quizá a ciertas revelaciones indiscretas, tenían que envolverle de nuevo en su red malsana. Era tiempo aún; podíamos arrancarle del círculo de atracción inconsciente que le había llamado con su mórbido magnetismo... Me acerqué a él y afecté examinarle minuciosamente, auscultando su corazón y pulmones como si no conociera yo de memoria ese organismo de degenerado superior. Concluído el examen, volví a sentarme delante de él y le hablé así:

—No hay nada que merezca cuidado. Pero le aconsejo a usted que vuelva a navegar un par de años. Estoy seguro de que su robustez actual es debida a su vida de marino, al aire tónico del mar...

Así continué largo rato, procurando llevar la convicción a su espíritu. Parecióme que se iba persuadiendo poco a poco, como que mis consejos se ajustaban del todo a los de su anciano tutor. Se

había levantado ya, en actitud de despedirse, cuando volvió a sentarse, como después de tomar una solemne resolución.

—«Señor doctor—y al hablar mirábame con acento suplicante—, le ruego a usted que me diga la verdad como a un hombre dispuesto a oírla, por dolorosa que ella sea. Hace un año quise casarme con una joven de mi clase; todo estaba arreglado con ella y con los padres, cuando sentí instintivamente que se alzaba contra mi matrimonio un obstáculo oculto, pero invencible...

Una noche, por fin, quise arrancar la verdad a mi prometida; estábamos solos en su salón. Ella callaba, en tanto que corrían las lágrimas por sus mejillas; entonces, en un rapto de pasión frenética, la tomé de la mano con súplica... ¡Oh! ¡Bien sabe Dios que mi violencia aparente era prueba de ternura! Ella dió un grito tan desgarrador, desasiéndose de mí con terror tan inexplicable, que quedé petrificado, como si la tierra hubiera abierto un abismo a mis pies... No volví a verla... Pues bien, señor; si es cierto que usted conoce la historia de mi pasado y de mis ascendientes, dígame: ¿por qué esa familia despreció mi nombre ilustre? ¿Por qué esa mujer, que me amaba, rechazó mi amor? ¿Qué misterio hay en mi destino?»

Entonces comprendí que era necesario cauterizar sin piedad esa llaga profunda. Ante aquel dolor varonil hablé varonilmente. No revelé toda la verdad en su horrible desnudez; no pronuncié la palabra que arranca al hombre su alma misma y

le quita el derecho de vivir entre sus semejantes... Pero sí le confesé sin efugios que una coincidencia misteriosa, un brusco ataque de epilepsia larvada, había fulminado a varios de sus antecesores; que, sin duda, ésta era la causa del terror que había inspirado a su futura familia... Y concluí con estas palabras, alargando hacia él mi mano derecha:

—Le juro a usted que si escucha mis consejos, si se aleja por dos años más, acometiendo nuevamente la vida azarosa y variada del viajero, habrá usted salvado la época crítica de su vida. Le doy a usted mi palabra de honor que de allá volverá sano y salvo. Deme usted la suya de que no pasará una semana más en esta ciudad.

Me estrechó la mano con energía y leí en su mirada la firme resolución de cumplir el juramento.

II

En efecto, el conde Károli cumplió valientemente la palabra empeñada.

Habían transcurrido más de dos años. Cada tres o cuatro meses solía recibir una carta suya, datada de algún paraje lejano: unas veces, del Tonkín, donde peleó con los franceses contra los «pabellones negros»; otras, de Australia, de la costa del Pacífico, de Venezuela. La última recibida, hace cinco o seis meses, venía de los Estados Unidos; me anunciaba su proyecto de ir al Brasil, como segundo secretario de la Legación austriaca, agregando estas palabras algo singulares y cuyo sentido al pronto se me escapó: «No piense usted que desisto de lo que le prometí. Pero he notado que circulan en esta América muchos caballeros de industria, exhibiendo algunos títulos de nobleza desconocidos en el libro heráldico, y para evitar confusiones y desagrados he pedido un puesto *ad honorem* que me permita circular así

bajo la garantía oficial del representante austro-húngaro...»

Gracias a los datos suplementarios que me suministrara el tutor, no me costó vislumbrar la razón de la repentina susceptibilidad nobiliaria de mi joven amigo: esta causa no era otra que la hija del ministro brasileño en Wáshington, quien estaba en vísperas de volver a su país para tomar un asiento en el Senado de la nación. La noticia me llenó de júbilo, pues, además de ver así realizado mi deseo de una larga ausencia del conde, yo consideraba como un factor de primordial importancia, en mi lucha empeñada contra el mal hereditario, el hecho de un casamiento con una mujer de raza diferente.

Por otra parte, parecíame que había pasado ya la hora más crítica. No sólo Károli me describía alegremente su estado satisfactorio, sino que de cada renglón suyo se desprendía la salud moral, la esperanza cantante y gozosa, la embriaguez de la vida. Supe hace quince días, por la vía diplomática, su embarco a bordo del *Potomac*, paquete de la carrera entre Nueva York y Río de Janeiro. Esperaba recibir por momentos el anuncio de su feliz llegada a aquella ciudad; extrañaba que hubiese tardado más que de costumbre en darme cuenta de su situación, pues nuestra relación, a pesar de la diferencia de clase y edad, se había estrechado hasta ser una amistad confiada y cordial. Creía que muy en breve me hablaría de esa encantadora hija de los trópicos, de esa niña brasileña, a quien amaba, Lilí, como le decía en re-

cuerdo de la heroína de nuestro poeta nacional, Petœfy...

He aquí (os la traduzco del portugués) la noticia que acabo de encontrar en este diario de Río, el *Jornal do Commercio,* bajo la fecha del 25 de abril:

«HUM HEROE!!

»Después de la siniestra noticia que publicamos ayer lamentando la desgracia que ha enlutado el hogar del señor conselheiro Barâo de Maranhâo, tenemos el consuelo de consignar un rasgo de sublime abnegación que honra a la humanidad entera y rodea al nombre de su autor con una aureola de gloria inmarcesible.

»Saben nuestros lectores que Adela, la hija única del noble consejero, hallábase sobre la toldilla del vapor en la noche del 23, contemplando las primeras luces de la tierra natal, en compañía de su señora madre y del señor conde Károli S., recientemente designado para el puesto importante de segundo secretario de la Legación austriaca en este país. Parece que durante una corta ausencia de la señora un pasajero vió a la desgraciada Adela de pie en el banquillo de estribor y saludando los faros de la bahía; a su lado estaba el joven conde, quien, al parecer, la sostenía de la mano y demostraba su deseo de que no se inclinase fuera de la barandilla. Eran las once de la noche; no quedaba ya pasajero alguno en la toldilla; la luna llena alumbraba el mar tranquilo... ¿Qué sucedió entonces? ¿Perdió el equilibrio la pobre Adela en

sus ademanes de entusiasmo al divisar la patria querida?... ¿Sufrió en ese instante un vértigo repentino que la impelió hacia el abismo? *Deus o sabe!...* Ningún testigo ha quedado para esclarecer el horrible misterio... De repente se oyó un grito desgarrador en el silencio de la noche: ¡Hombre al agua! Un oficial vió una sombra que arrojaba al mar una boya de salvamento y se precipitaba tras ella... A pesar de no caminar el vapor sino a media velocidad, no pudo detenerse y largar embarcaciones sino después de una media hora. ¡Cuando se volvió al punto mismo de la catástrofe el líquido sepulcro cubría, sin una arruga reveladora, los cadáveres de los desposados en la vida y unidos en la muerte!

»Al día siguiente los buzos de la bahía encontraron los dos cadáveres enlazados en un supremo abrazo. ¿Había sido el joven víctima de su abnegación o será que no quiso sobrevivir a la que amaba?

»¡Sublime y heroico sacrificio! La desconsolada familia del barón de Maranhâo tiene en su profunda amargura el consuelo de saber que la bella niña ha sido amada cual merecía. Ha comprendido toda la grandeza del sentimiento que lanzó a la muerte al noble extranjero que no ha conocido nuestras playas sino en su última mirada. Ha ordenado que los novios fúnebres sean sepultados juntos en el sepulcro de la familia. ¡Consuelo al hogar enlutado! ¡Honor eterno al héroe!...»

Después de concluir esta lectura con alterada voz el profesor bajó la cabeza y guardó silencio

por algunos segundos. Al fin, dirigiéndose al auditorio, agregó estas palabras sencillas, sin levantar los ojos:

—«Sí; para mí todo esto es muy triste; quería yo a este noble joven; y, a pesar de estar acostumbrado a la muerte, siento conmovido mi viejo corazón... Pero alcemos nuestro pensamiento muy arriba del accidente personal; contemplemos la ciencia eterna y fecunda. Y bien, señores: la ciencia ha ganado una victoria decisiva. El conde Károli había destruído el funesto legado de sus ascendientes. Había salvado hace más de un año el término fatal de la ley hereditaria. La prueba más evidente de su rehabilitación orgánica, la encuentro en el rasgo sublime de su última hora. El monstruoso egoísmo, que es el síntoma infalible de toda demencia emotiva, ha sido reemplazado por la abnegación en grado heroico. El alma había vencido al cuerpo. ¡La herencia mórbida no es la ley ineluctable!»

El profesor Broda levantó la cabeza y, sin escuchar los aplausos que saludaban su peroración, salió inmediatamente de la vieja Universidad carolina, con sus cuadernos y diarios debajo de su brazo izquierdo; por primera vez se olvidó de devolver su saludo al bedel parado en el vestíbulo. Al atravesar el Karlsbrücke, el gran puente del Ultawa que separa a la moderna Praga de la antigua, se detuvo un momento y, apoyado en el parapeto, contempló las blancas colinas de la Bila-Hora, el pintoresco panorama de la ciudad de «las mil torres» con su dominante palacio de Hradschin. El

Moldau, ensanchado como un lago, rodeaba blandamente las islas de esmeralda; la primavera cantaba en la tierra verdeciente y en el cielo azul... Entonces murmuró: ¡Pobre Károli! Y siguió camino hasta su casa, situada en la ribera izquierda.

Al entrar en su cuarto-biblioteca del segundo piso, cuyo ambiente se mantenía exactamente a 15 grados Celsius, merced a la encendida estufa, recorrió con una mirada rápida todo el interior, minuciosamente arreglado por su cocinera Gertrudis. El ancho escritorio de nogal, con su tintero hacia el ángulo derecho de la carpeta; los muebles severos, las mesas y sillas, todo relumbraba al sol que penetraba por las dos ventanas abiertas sobre el plácido río.

Estaban puestos en metódico montón los periódicos y revistas de las cinco partes del mundo; sobre la carpeta obscura, cuatro o cinco cartas cerradas atraían la vista. El sabio dejó su sobretodo y su sombrero sobre la única silla que quedara libre de libros o cartapacios, se introdujo en la bata que halló doblada sobre el respaldo y, después de encasquetarse el gorro doctoral, que halló en la mesita de la izquierda, debajo de un retrato de Juan Huss, se sepultó con fruición en un sillón de cuero.

Abrió y recorrió rápidamente las cartas que estaban en su escritorio, reservando para lo último una de sobre mayor y bastante voluminosa. Tomóla entonces con su calma habitual; pero tuvo un gran estremecimiento al reconocer la letra del sobrescrito. Desdoblado el pliego, el profesor leyó

lo siguiente en el papel que temblaba en sus manos de septuagenario:

«Bahía, 20 de abril de 189...

Mi querido doctor: Desde que me embarqué esperaba con ansiedad nuestra llegada a Bahía para escribirle. No preveía, por cierto, que habría de hacerlo en la forma que va usted a conocer. Sólo a usted puedo abrir mi alma sin temor de que retroceda horrorizado. La ciencia es misericordiosa, porque es «clarividente».

Por nuestro viejo amigo de Budapest sabrá usted qué fundadas esperanzas de felicidad me guiaban en este último viaje. Cerca de mí, durante todas las horas de cada día, contemplaba embelesado a la que me conducía a su patria como al puerto seguro de mi salvación. Nos *amábamos*. ¿Porqué surge irresistiblemente bajo mi pluma esta forma extraña, que aleja ya nuestro amor a un pasado irrevocable? Edificábamos en paz divina el aéreo castillo del porvenir, sin divisar una nube en el cielo ni una sombra en torno nuestro. Ninguno de los dos pensaba siquiera en cuál de nuestras tierras natales levantaríamos nuestro hogar; cada uno decía al otro: «Mi patria eres tú...» ¡Cuántas veces, sobre cubierta, le pedí que soltara al viento tibio del trópico una melancólica endecha de su país, que yo repetía con emoción, como si me trajera un eco de mis selvas magyares:

Minha terra tem palmeiras
Onde canta o sabiá!...

Así pasaron los días más bellos de mi vida. El sueño ha sido tan delicioso cuanto fugaz. Escuche usted ahora qué despertar tuve anteanoche. Habíamos subido a la toldilla, lejos del tumulto, Adela, su madre y yo. El medio disco de la luna pasaba por lo alto del cielo derramando su líquida plata en las olas tranquilas; mientras la madre dormitaba reclinada en un sillón, nosotros, inclinados en la baranda de popa, seguíamos con placer indecible, como maravillados niños, los mil festones fosforescentes que dejaba la estela del buque. Nos hallábamos tan felices con sólo mirar este fantástico espectáculo, sintiendo nuestras manos unidas en la sombra, que apenas turbábamos con sílabas cuchicheadas el divino silencio... ¿Para qué hablar de la dicha, cuando la bebíamos en nuestras miradas, la aspirábamos en el puro ambiente que bajaba del estrellado nocturno? Poco a poco, sin saber cómo, inconscientemente, nuestras cabezas se acercaron y mis labios por vez primera encontraron los suyos...

Experimenté una conmoción eléctrica que me llenó de angustia y terror. No era la brusca invasión de la felicidad suprema, sino *algo* repentino y tremendo, como el vértigo de un abismo súbitamente abierto a mis pies. Un largo estremecimiento sacudió mi cuerpo todo, sentí una oleada de fuego que me subía al cerebro, con una horrible contracción de la garganta, ¡y se apoderó de mí, instantáneamente, el deseo monstruoso, infernal, invencible, de tomar en mis brazos a esta virgen *adorada* y arrojarla al mar!... No sé qué

ademán esbocé, qué mirada siniestra se escapó de mi órbita, qué sacrílega palabra murmuré en mi delirio, pues ella se escapó de mis brazos sin poder reprimir un grito de terror... La madre estaba ya cerca de nosotros; no recuerdo qué pretexto discurrió Adela y nos separamos, después de acompañarlas yo hasta la escalera del salón.

Quedé solo en la toldilla y entonces me apareció en todo su horror la espantosa realidad. A la luz de ese relámpago todo lo vi, todo lo comprendí. Era éste el estigma hereditario de mi desconocida familia... ¡Oh!, ¡esa noche de agonía, pasada toda entera en mi paseo de sonámbulo sobre la desierta toldilla!... ¡Cómo envidiaba a los miserables marineros, a los pobres inmigrantes que podían dormir!... Porque no me hago ilusión respecto de mi estado. No ha sido una alucinación, un delirio pasajero que acaso no se repetirá... Tengo mi plena conciencia. Mido la profundidad de mi desgracia; siento que en otra noche de luna, en que tenga cerca de mí a la mujer amada, irresistiblemente sucumbiré... Estoy condenado a matarla. Fulgura a mi vista la visión de ese momento de dicha satánica en que tomaré en mis brazos aquel cuerpo fresco y flexible y lo miraré caer como una flor arrojada al abismo. No puedo continuar... ¡Estoy perdido!... Mañana llegamos a Bahía... Buscaré en mi alma la fuerza necesaria para quedarme en tierra o pedir al capitán que me amarre y me enjaule como una fiera... Si no recibe usted carta de Río ni oye referir una es-

pantosa catástrofe, es que habré sabido morir. ¡Adiós!

KÁROLI.»

El doctor Broda volvió a doblar la carta y permaneció inmóvil algunos minutos, como abismado en sus reflexiones: estaba muy pálido, y sus dedos secos tabaleaban febrilmente en la tabla de su escritorio. De pronto se levantó, fué a su ancho armario, sacó de él un gran registro de cantoneras metálicas y lo abrió en una página encabezada con el apellido de Lisznyai. Leyó una docena de renglones, recientemente escritos debajo de este nombre, y entonces, tomando la pluma tachó la página con dos enormes rayas cruzadas; luego, con la trémula mano y la ira terrible del soldado que firma una capitulación, escribió en letras gordas:

¡LA HERENCIA ES LA LEY!

Chicago, octubre de 1893.

LA MONJA

A mi hija Taita

PERSONAJES

El conde Pedro de Laroche, capitán de navío, cincuenta años.

Gastón de Laroche (Alain Juhel), treinta y cinco años.

Clara Bresson, cuñada del conde, veintisiete años.

Germán, criado, sesenta años.

Tony, marinero, asistente del comandante, cuarenta años.

La escena en el castillo de Saint-André, señorío de Laroche, entre Tours y Chinón. Mañana de otoño.
ÉPOCA PRESENTE (1885)

SALA de campo estilo Luis XVI. En el foro, ancha vidriera de cristal («glace sans tain») sobre el vestíbulo abierto, que domina el parque. Ángulos cortados: en el de la izquierda, una pequeña puerta con mampara; en primer término, otra puerta que comunica con el interior. A la derecha, segundo término, una pequeña biblioteca giratoria con cuadernos de música; en primer término, un piano con su taburete. Mesa central tallada con adornos de cobre y porcelana; encima, libros, revistas, álbumes y recado de escribir; a un lado, un sofá con respaldo hacia la izquierda. Una mesita volante. Entre las dos puertas de la izquierda, una vidriera con medallas, vasos, cacharros. Consolas, veladores, bronces, jardineras, etc. En el ángulo cortado de la derecha, un retrato en pie de LAROCHE con uniforme de capitán de navío. Encima del piano, una ancha capota de batista y una sombrilla japonesa. Un canastillo sobre un velador.

ESCENA PRIMERA

CLARA, LAROCHE; después, GERMÁN

CLARA canta a media voz, acompañándose en el piano, el final del preludio de Bach (*Ave María* de Gounod). Vestido corto de *foulard*, conjunto de elegante sencillez. LAROCHE entra por la izquierda y se detiene, siguiendo con la cabeza y los ademanes el ritmo del canto; viste a lo caballero campesino.

LAROCHE, *aplaudiendo*.

¡Bravo, magnífico! No me canso de escuchar tus romanzas: ¡cantas como Van Zandt!

CLARA, *levantándose.*

¡Pobre Van Zandt! ¡Buenos días, comandante! ¿De veras no os fastidia mi musiquilla, mi «romanza», como decís? Temía que os perturbara este continuo tecleo desde el amanecer... *(Le da la mano.)* Es un preludio de Bach azucarado por Gounod...

LAROCHE, *que trae un diario en la mano.*

Preludio o romanza, para mí... ¡hazte cargo! Y esas palabras italianas o... ¡qué sé yo!, ¿son del susodicho Bach?

CLARA, *sonriendo.*

¡Famoso anticuario! No son del susodicho... ni tampoco italianas, sino... rusas... Así empiezan: *Ave Maria, gratia plena...*

LAROCHE

Y te las traduciré al vuelo para que no te burles de mi saber: *¡Salve, Clarita, llena de gracia!...* ¿Quieres que siga?

CLARA

Inútil. Si así traducís vuestras inscripciones galo-romanas, está de parabienes la Academia. Era simplemente para advertiros que en la iglesia de Saint-André no cantamos romanzas todavía. No faltaría más que se os escapara en público la herejía...

LAROCHE

¡Una herejía de cuatro tiempos y en tono ma-

yor, quizá... caramba! Haces bien en prevenirme. ¿Conque cantas en el coro ahora?

CLARA

¡Tanto se empeñó el cura! Sabréis que pasado mañana es nuestra fiesta patronal... Él pretende que mi gorjeo realzará la solemnidad... Yo me negaba, naturalmente; pero como no me dejara a sol ni a sombra, aparenté ceder, confieso que con buena fe... púnica. Constábame que al obispo le saben mal estas exhibiciones... Pues bien; ¿creeréis que ayer tarde se me presenta una autorización del diocesano: «en vista de la circunstancia especial», etc.?

LAROCHE

¡Vaya una novedad! *(Deja el diario.)* Ya me figuro que era capaz de negarte algo el obispo... Si tienes hechizado a todo el departamento. Nadie se te resiste: obispo, prefecto, autoridades civiles, militares, marítimas..., ¡éstas sobre todo!—¿De suerte que tocarás el órgano el domingo? ¡Entonces sí que no faltaré a misa! *(Corrigiéndose ante un movimiento de Clara.)* ...Quiero decir que, además del gusto..., de la obligación. Aunque más no fuera. *(Estallando.)* ¡Vamos, monjita, con mil troneras, no me hagas chapotear! ¿No te basta remolcarme allá cuantas veces quieres y hacer doblar la herrumbrada rodilla de este viejo lobo de mar, sin que todavía...?

CLARA *(ha sacado una rosa de un florero y prendídola en el ojal de Laroche).*

¡Chubasco tenemos; a la maniobra! *(Remedando la voz de mando.)* ¡A cargar juanetes...; arría gavias...; pronto! *(Laroche se sonríe y la besa en la frente.)* Pues, no, señor; no me basta que seáis el más cumplido marino de la armada y el más zalamero de los cuñados; pretendo que os tornéis un frailote tan intolerante y fanático como esta monjita.

LAROCHE, *meneando la cabeza.*

Eso... no lo has de ver en esta campaña...

CLARA, *afectando terquedad.*

Será en la otra... Pues no es nada la pretensión del comandante Pedro: ¡resistirse sólo a la «hechicera» patentada de la Turena! Sería cosa de ver... *(Seriamente y acercándose a Laroche.)* ¿Cuándo acabaréis de conocerme? ¿Acaso me suelo meter a predicadora y propagandista? Dejo que cada cual sea bueno a su modo; no pido sino honradez y caridad. Por mi parte, creo que la irreligión es flaqueza de que tarde o temprano se curan solas las almas nobles—lo mismo que los cuerpos sanos se curan de sus dolencias—: sin recetas éstos ni sermones aquéllas, por la sola virtud de la Naturaleza... medicatriz, como dice el doctor. Pero ¡nada de imponer mis argumentos de ignorante a los que saben más que yo! No exijo sino lo que nunca me habéis negado: libertad completa para

mi oficio de solterona creyente: es decir, ir a la iglesia, arreglar altares, rezar novenas, como personera de tanta mujer buena que tiene más deberes que yo en su casa... Y bien, ¿por qué no? Los tontos se ríen porque visto santos; ¡vaya eso por lo que visto también una docena de huérfanos!... En los primeros tiempos, cuando dejé el convento para venir aquí, iba sola a misa; poco a poco se acostumbró mi hermana Berta a ir conmigo. Después, vos mismo, condescendisteis en hacer, entre dos viajes, una que otra visita de buena vecindad al otro *Señor* de Saint-André..., y, por lo pronto, yo os agradezco la cortesía. Pero muy bien sabe Dios lo que le pido a solas, sin necesidad de pregonarlo en las esquinas...

LAROCHE

Está bien, beata insufrible; te acompañaremos el domingo, y de tiros largos, con mis cruces y mi uniforme de parada, si te empeñas..., como para una visita al almirante. ¡Habráse visto despotismo de muchacha!...

CLARA, *alegremente.*

Estaréis magnífico, comandante... Yo, de veras, en lugar de Berta...

LAROCHE

Sí, estaré peligroso. *(Se sienta en el sofá.)* A propósito, Clarita: ¿no te parece, si Berta no vuelve de Tours hasta las doce, que atemos el break y demos un trote hasta allá?

CLARA, *sin entusiasmo.*

Seguramente... Buena idea... Pero corremos el riesgo de cruzarnos... Acaso vuelva por el tren hasta Amboise... Entretanto... *(Al criado, que abre la puerta.)* ¿Qué hay, Germán?

GERMÁN

Es un telegrama para el señor conde. *(Se lo entrega.)*

LAROCHE, *tomando vivamente el despacho.*

¡Un telegrama!... ¡Si fuera de Gastón!... *(Leyendo.)* Es de Berta: anuncia su vuelta para las doce... La esperaremos; darás tus órdenes para que retarden el almuerzo. *(Se levanta.)* ¡Ah, es un sobresalto ahora cada telegrama que recibo, desde que me anunció Gastón su próxima vuelta a Europa! ¡Diez años que no nos vemos!... Diez años sin más noticias que tres o cuatro cartas en el primer tiempo, datadas de California, de Méjico, del Perú... Siempre prometía volver... No le faltaba sino realizar su fortuna. ¡Las fortunas de allá! ¡Un castillo de naipes alzado en un año y derrumbado en un día! ¡Ah, rico o pobre, que vuelva a descansar en la casa paterna donde nació, donde pasó la infancia feliz!...

CLARA

¡Cuánto anhelaréis verle! Más que hermano, ¿será un hijo para vos?...

LAROCHE

Piensa, pues; le llevo cerca de quince años y él tenía diez cuando perdimos a nuestro padre. Yo era alférez de navío; dejé de navegar por algún tiempo, ingresando en el Ministerio de Marina para poder educar al huérfano en París, cerca de mí. Vino la guerra; quiso sentar plaza en mi batallón de marinos. Estuvimos juntos en ese terrible sitio de París; juntos en Châtillon, juntos en el Bourget..., donde ambos caímos heridos... ¡Oh, aquella lúgubre tarde de diciembre, en ese cementerio de aldea, bajo la metralla alemana que nos barría junto con las hojas secas, hacinando los cadáveres recientes sobre las tumbas viejas! Tuvimos que retirarnos, como siempre..., y encerrarnos los treinta que quedábamos en un caserón ruinoso, donde nos parapetamos, para dar tiempo al refuerzo pedido antes de evacuar la posición... ¡Allí estuvimos tres horas, cayendo a pedazos hombres y muros! Vieras tú al muchacho de veinte años, rubio y rosado, risueño y terrible a la vez: un airado arcángel... con blusa de marinero... Los dos estábamos ilesos aún; no era nuestra la sangre de que estábamos salpicados!... Ante nuestra resistencia, el enemigo había traído artillería. Cuando vino un obús a abrir en nuestra pared una brecha ancha como ventana, matándonos tres hombres, comprendí que comenzaba lo último... Miré a Gastón, que apuntaba con su fusil por la brecha abierta..., y me vino un desfallecimiento de entrañas. Grité: «¡Un hombre listo

para llevar comunicaciones al almirante La Roncière!» Nadie contestó, nadie quería escapar... «¡Sargento Laroche!»—exclamé por entre la espesa humareda... Oí una voz baja y anhelante cerca de mí: «Pedro, si me mandas, no obedezco; quedaremos todos aquí...»

CLARA, *alzándose conmovida.*

¡Oh, valiente corazón! Buena sangre no miente...

LAROCHE

Caímos ambos heridos entre los escombros, y no sé cómo escapamos con vida... *(Una pausa.)* Desgraciadamente, lo que sigue es menos ejemplar. Junto con la guerra concluyó mi tutela: entregué a Gastón su parte de herencia y volví a embarcarme. Estuve ausente dos o tres años; cuando regresé supe su triste historia. Arruinado, sin carrera abierta, pero recto y altivo siempre, prefirió arrojarse a lo desconocido antes que sufrir la decadencia social y moral en París. Se embarcó para América. Supe que hizo un viaje a Francia por el año 79, después de la Exposición. Tampoco pude verle entonces: yo estaba navegando para recuperar el tiempo perdido, y también porque amaba el mar como una patria. Le escribí anunciándole mi casamiento; seguramente no recibió mi carta, pues nada me contestó. Yo ausente de Francia, recorriendo los mares la mitad del tiempo, y él cruzando de un confín al otro el Continente nuevo, no era difícil que se enfriara el co-

mercio epistolar... Pero nuestros corazones—si juzgo por el mío—no han cambiado, y has visto cómo al anuncio de su próxima venida se estremece mi fibra nunca envejecida. ¡Muchacho querido!... No quiera Dios que esta vez tampoco me halle aquí...

CLARA

¿Decidido estáis a navegar todavía?

LAROCHE

¡Ah!, esa perspectiva me infunde ahora casi tristeza... Pero se baten por allá, en el Tonkín, y no quiero deber a la antigüedad mis estrellas de contralmirante. Es fuerza, hija mía... Se habla de los peligros de la carrera; lo que debiera recordarse son sus sacrificios, su continua abnegación; aquéllos acaso destrozan el cuerpo, pero ésta estruja el alma... Con todo, si coincidiera mi viaje con su venida, vosotras recibiríais como quien es a mi hermano, ¿verdad? Tan dulce y tibio le haríais el hogar paterno que no notaría mi ausencia, y esta vez me esperaría aquí...

CLARA

No dudéis de ello, Pedro. A presentarse Gastón en vuestra ausencia, será tratado como hermano y dueño de casa. Pero ¿vendrá esta vez? Le hemos esperado tanto tiempo...

LAROCHE

Esta vez creo que es verdad; no se rompe un silencio tan largo sin fundada resolución. Ha de

estar en viaje. Además, tiene ya treinta y cinco años, la edad en que retoñan en el alma del desterrado los recuerdos de la niñez. A medida que se estrecha y palidece el horizonte delantero, brilla más y se dilata el que dejamos atrás. ¡Ah, la juventud irradia luz a su alrededor! Poco importa que sea estrecha la senda y desolado el desierto en que camina; a todo presta ella la poesía que le sobra... Pero, más tarde, el corazón empobrecido necesita recibir de los seres y cosas ambientes el calor que le falta, y pide a la patria, al hogar, a la familia, a las reliquias domésticas, impregnadas de cariño y recuerdos, el necesario suplemento de savia cordial. *(Levantándose.)* Vendrá, te digo. ¡Verás tú qué talento y qué alegría!... Parecía dotado para todo; hasta creo que le han sobrado aptitudes y que por eso ha emprendido todos los estudios, pasándoselo en andar y desandar camino... ¡Qué bien estaremos aquí los cuatro juntos *(con intención)*... siempre!... Dime, monjita, ¿qué edad tienes exactamente, veintitrés...?

CLARA, *sonrojándose ligeramente.*

Y cuatro más, con permiso vuestro... Le llevo dos años a Berta...

LAROCHE

¿Será posible? A fe que es preciso saberlo... ¡Cuál conserva la san...idad! ¿Quieres que te diga? Es un pecado que no te cases... Sí, señor, un pecado... capital, de esos que sólo con las bendiciones se absuelven...

CLARA

Será mejor que volvamos la hoja... *(Toma la toca sobre el piano y se la coloca delante del espejo; toma luego la sombrilla y el canasto.)* ¿No os dirigís hacia vuestros hoyos? Yo tengo que ir hasta la granja por ese niño enfermo...

(Entra Germán.)

ESCENA II

LOS MISMOS, GERMAN, después TONY

GERMÁN, *desde la puerta.*

Tony pide hablar con el señor conde...

LAROCHE

¿Tony? Que entre... ¿qué noticias me traerá de las excavaciones?... Siempre que no sean como las últimas, cuando hizo pedazos un admirable jarrón merovingio para saber lo que había dentro... Ya se ve: ¡de primer gaviero a director de cateos arqueológicos!... *(Dirigiéndose a Clara.)* La cerámica antigua, muchacha: no puedes imaginarte cuánta poesía se encuentra amalgamada a esos roídos y descarteados cacharros. ¡Pensar que se tiene en la mano un objeto que recibió la forma, la impresión de seres desaparecidos mil años ha! Te aseguro que por poco que se le alcance a uno de historia, de filología, de antropología y una me-

dia docena de ciencias conexas, se convence de que realmente la arqueología es la mejor historia de la humanidad...

CLARA, *sonriéndose.*

Por supuesto. ¿Y no habéis notado, comandante, cómo todos los sabios dicen lo mismo de su ciencia especial?

LAROCHE

Cierto es... Quizá provenga ello de que cada hombre no alcanza a mirar sino una faceta del prisma universal...

CLARA

O, tal vez, de que todas las facetas son iguales y convergen hacia el mismo...

LAROCHE

Sí, ¡ya asomó San Agustín!... *(A Tony.)* ¿Qué ocurre, Tony?

TONY *(traje de marinero; se cuadra en la puerta; aspecto desmañado y tímido de un lobo marino fuera del agua).*

Mi comandante, hemos dado con una mole de bronce... Una migaja más pesada que un ancla de amarras...

LAROCHE, *ya interesado.*

¡Gran noticia! Pero ¿qué forma tiene: tinaja, armadura, baúl...?

TONY

Mi comandante..., es algo así como un figurón de proa... Una cara negruzca...

LAROCHE, *entusiasmado.*

¡Una estatua!... Veamos eso (*da un paso hacia la puerta y vuelve*)... ¿No decías, Clara, que ibas a la granja? Te acompañaré hasta la encrucijada... (*A Tony.*) Quédate para tender el toldo del vestíbulo... (*A Germán.*) ¡Ah, Germán: puede que venga un señor..., el tapicero! Déjale que mida y revuelva los muebles en tu presencia... ¡Vamos! (*Saliendo con Clara.*) Figúrate que hemos dado con un hallazgo admirable: un túmulo merovingio... (*Salen ambos y él sigue accionando hasta desaparecer en el foro.*)

ESCENA III

GERMÁN, TONY

GERMÁN, *siguiendo a la pareja que se aleja.*

¡Qué linda pareja, Tony! ¡Ah, si el señor conde se hubiera casado con ésta!...

TONY

¿Qué, no navegan en conserva el comandante y la condesa?

GERMÁN, *con tono protector.*

Hay ciertas cosas, gaviero... Seguramente, la condesa no es mala ni reparona... Pero demasiado movediza para el caso: siempre con alborotos, fiestas y cabalgatas... Se fué ayer a Tours..., volverá hoy, y esta tarde tendremos ya un programa de excursión o cacería para mañana... El señor conde no se queja, se contiene... delante de mí... ; pero bien sé yo dónde le aprieta el zapato... *(Se acerca a la mesa y busca entre los diarios el* Petit Journal.) Voy a aprovechar el rato leyendo mi interesante folletín... ¡ Ah ! Helo aquí : «Los Piratas de la Pampa». *(A Tony, que se alejaba hacia el vestíbulo.)* A propósito, Tony : vos que habéis navegado tanto, ¿ estuvisteis alguna vez en las Pampas ?

TONY, *reflexionando.*

¿ Las Pampas ?... Nunca crucé por esas aguas... Ha de ser por el Polo Norte...

GERMÁN, *desdeñoso.*

Entonces ¿ no conocéis el Brasil, Buenos Aires ?...

TONY

¿ Buenos Aires ? Mucho que sí... Recuerdo perfectamente... Estuve diez meses en estación.

GERMÁN

¡ Ah, dichosos de vosotros, los marinos, que conocéis el teatro de tantas escenas dramáticas como

refieren las novelas!... Esta que estoy leyendo ahora pasa allá... ¿Será cierto lo que el autor refiere de esas costumbres extraordinarias?...

TONY

Ha de ser cierto, no más, si está escrito... Yo nunca bajé a tierra... Quedamos fondeados a doce millas...

GERMÁN, *asombrado*.

¿Durante diez meses?

TONY, *tranquilamente*.

Durante diez meses...; pero ¡qué lindo país! Unos dorados, señor Germán, tan largos como vergas de velacho...

GERMÁN

¿Y así habéis recorrido las cinco partes del mundo?

TONY

¡Ah!, no, seguramente... Verbigracia: en Madrás pasé todo un día en tierra; ¡magnífica ciudad!... Entré a las ocho de la mañana con los gavieros de mesana en una taberna del malecón. ¡Qué día aquel y qué aguada, mil carronadas!... Unas bailarinas chinas, olorosas y pintadas hasta la línea de agua, con dedales de oro en las diez uñas... ¡Hermosa fiesta! Me desperté amarrado en la bodega. Pero voy a halar el toldo del alcázar... ¡Hasta luego, señor Germán! *(Sale.)*

ESCENA IV

GERMÁN. *Se instala en un sillón de bambú del vestíbulo con el diario y se calza las gafas para leer.*

Pues, señor, si así viajan todos, prefiero todavía mi folletín... ¡Qué lindo es saber escribir así!... Lo que me fastidia es que pierdo la memoria: nunca recuerdo en qué quedé... Veamos... «Los Piratas de la Pampa...» Aquí es... *(Leyendo.)* «Don Bermúdez colocó su mano helada en el corazón de la joven desconocida... ¡Vivía aún! Pero este síncope, ¿no era más peligroso que la muerte? Al instante levantó en sus brazos de atleta a la hermosa muchacha y comenzó a caminar en las tinieblas; en seguida sacó su frasco de elixir, elaborado en las selvas pampeanas, y se puso a refregarle las sienes... La obscuridad era profunda como un abismo... Entonces cruzó su mente el recuerdo de la carta de sello rojo... Sin interrumpir sus fricciones, abrió la carta con su mano libre, mientras con la otra encendía un fósforo..., y se puso a leer... *(Empieza a cabecear.)* De repente..., un relámpago... infernal... convulsó su cárdena mirada... *¡Corpo di Bacco!...*, exclamó en el más... puro castellano... *(Queda dormido.)*

ESCENA V

GERMAN, dormido, GASTON DE LAROCHE. Entra despacio, como reconociendo las cosas de otro tiempo. Traje gris, de viajero. Ha dejado sombrero, guantes y bastón en el vestíbulo.

GASTÓN, *mirando a su alrededor.*

¡Tampoco nadie aquí! Confianza patriarcal. Se entra en casa como en un molino. Se ve que no temen a los *cambrioleurs*... ¡Qué paz profunda, qué quietud! He podido contemplarlo todo a solas sin intervención importuna: desde las viejas encinas del parque, que me vieron nacer, hasta el húmedo césped en que me revolcaba, hace treinta años, bajo la mirada materna. Siento una impresión extraña y confusa: paréceme por instantes que no soy yo quien entra aquí; luego, me figuro que nunca he dejado de vivir en esta casa, que no he envejecido y que van a entrar por alguna puerta... los que ya no pueden entrar... ¡Oh, vida tan agitada y estéril! Haber rodado durante diez años, cual hoja arrancada del árbol, por los mares y continentes, para volver aquí marchito y envejecido. ¿No era mejor haberlos disfrutado bajo este techo de mis padres, en el ambiente que ellos respiraron y donde vaga, sin duda, su sombra tutelar?; ¿no valía más dejar correr aquí los días apacibles, sin sobresaltos ni decepciones, siguien-

do hasta la vejez el camino aplanado por los abuelos?... ¡Pobre alucinado! ¿Qué traes de tu larga correría en pos de la ilusión, de la novedad, de la aventura? *(Se sienta y gira su mirada por la sala.)* Nada ha cambiado en la apariencia: los años se han sucedido sin traer sensible mudanza, como se renueva la naturaleza, repitiéndose eternamente: ¡Hermano querido! Ha conservado intacto el culto del pasado, noble, valiente y sano como él... ¡Ah, qué serenidad se respira aquí!... *(Reflexionando.)* Experimento como una transformación en mis sentimientos. ¿Será que el hogar paterno ejerce en mí su sedante y tónica influencia? Desde allá sólo me impelía el deseo de volver a ver a una mujer; el llamado de su última carta fulguraba en mi soledad con letras de fuego... ¡Al cabo iba a ser del todo mía! Me tendía sus brazos abiertos; me enseñaba la felicidad conquistada, tanto más duradera cuanto más furtiva, en el tumulto encubridor de este inmenso París... ¡Pobre sacrificada! Me espera, sin duda; me habrá escrito indicándome ya el día y la hora del anhelado encuentro; nunca sospechará que, al pisar la tierra en que vive, mi primer impulso no me llevó a sus pies!... ¡Extraña aventura en mi pasado!... Nos amamos unos meses; la vida nos separó. Años después me anunció que se casaba, haciéndome jurar que nunca le preguntaría su nuevo nombre. Ella tampoco me conoce sino por mi seudónimo de Juhel, mi apellido californiano... Y heme aquí ahora, próximo a caer como aerolito sobre un hogar extraño, sin saber qué seres inocentes aplastará mi caída... ¡Basta!

¡Vœ victis!... Y ahora que he pagado el tributo a la flaca humanidad *(se levanta, con acento sarcástico)*, volvamos a ser lo que me han hecho diez años de batallas con la naturaleza sin entrañas y los hombres sin fe!... *(Enciende un cigarro.)* Pero ¿qué significa este castillo de los siete durmientes? *(Toca el timbre; Germán despierta sobresaltado.)*

GERMÁN, *acudiendo medio dormido aún.*

Ordene el señor conde... *(Aparte.)* Calla, si es el tapicero. Pasad adelante, señor...

GASTÓN, *tranquilamente.*

No me equivoco: es mi viejo Germán. ¿Cómo va esa salud, Germán?

GERMÁN, *refunfuñando.*

¡Viejo Germán! No recuerdo, señor... tapicero, en qué tapicería hemos trabajado juntos. *(Aparte.)* Estos parisienses se creen que todo el campo es orégano... *(A Gastón.)* Fuera de que hay un fumadero... para las visitas.

GASTÓN *sigue fumando, recostado en el sofá con una pierna al aire.*

Gracias, no lo usaré. ¡Ah!, no, Germán, no empieces a amargarme la vida con tus regaños, como cuando me pillabas sacando nidos en los árboles... ¡Me encuentro tan bien acá, después de tantos años!...

GERMÁN, *acercándose*

Esa voz... ¡Pero si es el señor Gastón! ¡Ay, vista de viejo! Además de que esto de leer a la resolana... Señor Gastón, ¡es posible!; y yo que os tomaba por... ¡Qué dicha, santo Dios! *(Se adelanta como para tomarle la mano y se detiene.)*

GASTÓN, *alargando la mano.*

Dame esa mano, Germán, y aprieta fuerte. Eres mi primer encuentro con la familia. Hace años que no he dado sino apretones de cumplimiento o compromiso, ¡y a cuántos que no te valían!...

GERMÁN, *con enternecimiento senil.*

¡Virgen santa!, señor Gastón, ¡y qué hombre estáis y qué guapo!...

GASTÓN

Hombrecito, eso sí, casi por demás... Pero bastante asoleado y curtido, ¿verdad? ¡Bah!, la caja es buena...

GERMÁN, *extasiado.*

¡Qué, señor! Estáis soberbio, parecido al señor conde cuando más joven... Días pasados le decía yo a Tony..., pero no conocéis a Tony, el asistente...

GASTÓN

Tengo este pesar, Germán...

GERMÁN, *continuando.*

Le decía yo: ¿creeríais que le planté encima del primer poney en que paseó?... Eso sí, ¡que no pensaba que os llevaría tan lejos, eh, eh!... Yo no quería fastidiar al señor conde con mis preguntas incesantes, pero siempre os recordábamos, y yo nunca perdí la esperanza de veros antes de morir... Hace un momento, no más, el señor conde recibió un telegrama de la señora condesa, y antes de abrirlo gritó a la señorita Clara: «¡Si fuera de Gastón!» A fe que no sospecha la nueva que le espera... Se ha ido al estanque, donde están cavando y abriendo zanjas hace un mes...

GASTÓN

Siempre su pasión de anticuario... Pero ¿tampoco está en casa mi cuñada?...

GERMÁN, *indiferente.*

Fué ayer a Tours, como todas las semanas..., para visitar a su tía enferma... Volverá esta tarde. Pero *(con solicitud)* estará dentro de un rato la señorita Clara..., la hermana de la señora condesa...

GASTÓN

¡Hola! Y dime: ¿es hermana mayor?

GERMÁN

Seguramente, señor. Aunque..., pero mayor, seguramente.

GASTÓN, *a media voz.*

Mayor que la mujer de mi hermano, que pisa los cincuenta... ¡ Hum ! La señorita Clara será persona respetable.

GERMÁN, *ingenuamente.*

¿ Respetable ? Ya lo creo, señor, y muy respetable.

GASTÓN, *insistiendo.*

¡ Muy respetable ! ¿ Qué edad, pues, Germán ?

GERMÁN

Eso sí que no lo podría decir exactamente... No ha envejecido un día desde que la conocí.

GASTÓN, *alarmado.*

Pero, vamos a ver, por más años que tenga, ¿ será menor que tú ?

GERMÁN, *con una risita entre candorosa e irónica.*

¿ Menor que yo ? ¡ Ah !, sí, señor... Ciertamente, es menor que yo...

GASTÓN, *con resignación.*

¡ En fin ! ¿ Y soltera, por lo visto ?

GERMÁN

¡ Soltera, pues, ya lo creo ! Salió del convento para venir a vivir acá ; como que en la familia la suelen llamar «la monja». Estaba a punto de pro-

fesar en Beauvais, cuando tuvo que embarcarse para la India el señor conde, y tanto la suplicaron que desistió... Vino, y se ha quedado.

GASTÓN, *con mal humor (aparte).*

Ya me figuro a la santurrona: una mojigata madura, con cara de cuaresma, conservada en su devoción como pepinos en vinagre, repleta de gazmoñerías y aspavientos... Veo el cuadro desde aquí. *(A Germán.)* A otra cosa... Y muchachos, ¿cuántos? *(Germán hace un ademán expresivo.)* ¿Nada? Y yo que traigo un cargamento de juguetes y chucherías, soñando con la algazara de los chiquillos en mi cuarto, de mañana. *(Paseándose, algo nervioso.)* Un muchachón de seis años embadurnado y asolador... o una sobrinita rubia, con su carnecita de leche y azúcar, que cabalgara en mi rodilla... En lugar de eso, una cuñada... respetable, beata, ama de gobierno... Pues no hay que preguntarlo, Germán: ¿la señorita Clarísima será la que manda y lo maneja todo?

GERMÁN, *satisfecho.*

Todo, pues; en casa y fuera de ella, en la escuela, en la iglesia, en todo el distrito; tan lista para arreglar una tertulia como para organizar una procesión... ¡Ah, no os aburriréis con ella!...

GASTÓN

No. ¡Ahí es nada!... Y de noche ¿qué se hace en este beaterio?, ¿alguna lectura moral, eh?, con

intermedio de lotería, y un *whist* a diez céntimos los domingos...

GERMÁN

Sí, señor, y algo más. Fuera de los grandes recibos, tenemos el te del jueves, con los amigos íntimos: el vizconde de Préval, el señor cura, el vicario, la señora canonesa...

GASTÓN, *continuando.*

El sacristán... Ya estoy: ¡un te... *Deum!...* *(Despidiéndole.)* Está bien, Germán...

GERMÁN, *antes de retirarse.*

¿El señor Gastón no desea pasar a su cuarto?

GASTÓN

... No, esperaré, Germán, aquí... ¡Ah!, dime: ¿sería posible tomar un *grog* *(aparte)*, aprovechando la ausencia de la señorita Clara? *(Germán se inclina.)* Tráete ron, azúcar, limón y agua... No me mandes caras nuevas: hazme el gusto de servirme tú mismo... *(Sale Germán.)*

ESCENA VI

GASTON, después CLARA

GASTÓN, *paseándose con agitación.*

¡Y haga uno programas! Bien sé que no tengo derechos aquí; pero estos descubrimientos son

siempre desagradables... Me ha venido de golpe un desgano increíble... *(Contempla un retrato de su hermano en la pared.)* ¡Pobre Pedro, ya te veo subyugado, domado, encapuchado, pertiguero probable de la parroquia y suscriptor seguro del *Mundo Católico!...* Paréceme respirar aquí como un vaho de sacristía... *(Mira a su alrededor y encuentra sobre la mesa un guante de Suecia, que toma y aspira dos o tres veces con placer visible.)* No, no es esto... *(Llega delante del piano abierto, en cuyo atril ha quedado la música anterior.)* ¿Qué música es ésta? Un *Ave María,* naturalmente: estaba indicado... Veamos un poco lo que cuenta esta antífona... *(Se pone a tocar los últimos compases, y a poco sigue el canto a media voz.)*

CLARA, *llega por el vestíbulo con su canastillo lleno de flores y puesta su toca blanca; el piano abierto le impide ver al ejecutante.*

¡*La* natural, vizconde! *(Canta.) In hora mo...ortis nostræ... Amén...*

GASTÓN, *absorto, aprueba con la cabeza, sin mirar.*

Amén... (Se levanta: estupefacción de ambos.)

CLARA, *entre risueña y confusa.*

Perdonad, señor... ; os tomé por mi viejo amigo el vizconde de Préval...

GASTÓN, *saludando respetuosamente.*

Señora condesa... *(Aparte, mientras Clara va a dejar el canasto y la toca sobre un velador.)* En-

cantadora, mi cuñada, con su canasta a lo *Prometida* de Greuze. (*A Clara, que ha quedado mirándolo curiosamente.*) Señora, tendré forzosamente que presentarme yo mismo: soy Gastón de Laroche...

CLARA, *dándole la mano con gracia afectuosa.*

Señor, sois para mí más que un antiguo conocido... Vuestro hermano... Pero advierto que me confundís con la condesa de Laroche... Soy su hermana.

GASTÓN, *asombrado.*

¿La señorita Clara? (*Clara se inclina.*) ¿Es posible? (*A media voz.*) Y el simplón de Germán que me hablaba de una persona respetable, de cierta edad...

CLARA, *risueña.*

Y os encontráis, por el contrario, con una persona de edad incierta...

GASTÓN, *indeciso.*

Díos mío, me encuentro... con vos... así, inesperadamente..., y no extrañaréis del todo mi sorpresa..., mi embarazo en el primer momento... Esperaba que la presencia de mi hermano facilitaría la natural... tirantez de la primera entrevista.

CLARA, *con naturalidad.*

Sin duda, sería mejor... Pero está ya salvado el paso más difícil... Yo os aseguro que no me cuesta haceros los honores de vuestra casa. Al con-

trario... *(Indica una silla a Gastón, que queda en pie; ella, antes de sentarse en el sofá, ha llamado a Germán y dádole una orden.)*

GASTÓN, *tanteando el terreno.*

Mil gracias. *(Aparte.)* ¿Será coquetería? *(A Clara.)* Ya que os dignáis permitirme que descuente por adelantado el cuasi parentesco que nos une, no os disimularé que al veros he experimentado... Ya sabéis, cuando uno se ha figurado otra cosa, y así, bruscamente, se recibe en los ojos un...

CLARA, *interrumpiendo a Gastón, que queda un tanto cortado.*

Vuestro hermano me hablaba de vos hace un cuarto de hora... Me figuro vuestra impaciencia por verle. Le he hecho avisar... Su corazón parece que le anunciara vuestra llegada; hasta contaba ya con vos... para acompañarnos... algunos días, cuando tenga que ausentarse. Eso lo arreglaréis con él; lo importante es que haya vuelto el... *(Sonriéndose.)* hijo pródigo... Cito sus palabras...

GASTÓN

¡Ay!, el hijo pródigo—o el judío errante, como queráis decir—regresa al hogar paterno muy deseoso de paz y sosiego. Pero ¿quién puede responder de sus impresiones venideras? Los hábitos contraídos se asemejan a las lianas de nuestros bosques tropicales: se adhieren al árbol joven para no soltarlo más y, hasta viejo, tenerlo amarrado, viviendo de su substancia... Actualmente me estremece la idea de volver a seguir aquella exis-

tencia tan agitada y vacía del viajero perpetuo... Y con todo, ¿queréis que os lo confiese?, me horroriza más aún la aprensión de no poder estar sin ella—y de sentir en mi propio país la nostalgia del destierro...— Pero, en verdad, señorita, estoy abusando del crédito que me abristeis sobre nuestra amistad futura...

CLARA

¿Porque me habláis con franqueza y seriedad? Tengo la suerte de que me interese todo lo que es sincero y recto. No siento aversión sino por las actitudes hipócritas o teatrales... La vida de retiro que he llevado, y que sigo llevando aquí, me ha permitido estudiar algo y reflexionar mucho... Pues bien: ¿queréis que corresponda a vuestra confianza con la mía?... Me parece que el rasgo fundamental de la vida, del arte, del mundo contemporáneo es la falta de sinceridad. No hay bastante belleza artística ni grandeza moral en la humanidad, porque escasea la verdad y se ha debilitado la fe...

GASTÓN, *sonriendo con cierta ironía.*

Seguramente, señorita, la tesis puede defenderse. Pero me permitiréis entonces que haga mi provecho inmediato de vuestra noble declaración... Tenéis la pasión de la verdad y deploráis la carencia de *fe... (Deteniéndose.)* De veras, que temo ser indiscreto...

CLARA

Os aseguro que no lo seréis...

GASTÓN

Pues bien: esa fe a que os referís, y es sin duda la católica, que por cierto profesáis con sinceridad absoluta, ¿será también para vos la que, sobre considerarse como la más pura y excelente en esencia, lo que concedo, se abroga el derecho y, según ella, el deber de proscribir por absurdas o falsas a todas las demás? En este caso, tendría el sentimiento de negarme respetuosamente a toda discusión...

CLARA, *con un asomo de malicia.*

¿Porque sois... libre pensador? *(Entra Germán, trayendo una bandeja con botellas, vasos, etc.)*

GASTÓN *vivamente, le hace señas que se retire.*

Ahora no, Germán... Os pido mil perdones, señorita... ; como estaba solo..., me permití...

CLARA *indica a Germán que deje la bandeja en la mesa volante y se retire.*

¿Esas tenemos ahora? ¿Y los hábitos adquiridos, señor psicólogo; y la sinceridad completa, señor moralista? Desde luego, me opongo a que uséis fórmulas conmigo, en vuestra propia casa; si no, creería que intentáis recordarme que soy aquí la forastera. Veo que es un *grog* lo que habíais pedido; ¿no queréis que os lo prepare con mi blanca mano? *(Se pone en obra, sin esperar la contestación.)*

GASTÓN, *en pie, continuando la conversación.*

En principio, señorita, no ataco ninguna creencia religiosa... Pero precisamente en el catolicismo practicante y oficial, cuyos preceptos son los vuestros, si no me equivoco...

CLARA, *tranquilamente.*

No os equivocáis... ¿Con poco azúcar, ¡eh!, como el comandante?

GASTÓN, *con una inclinación afirmativa.*

...En esa religión establecida y dominadora, que se ha tornado, permitidme decirlo sin ofensa, para algunos un simple rito externo y para otros una mera elegancia social; en ese culto que miro petrificado por fuera y vacío por dentro, como representado fielmente por sus grandes templos imponentes, sólo concurridos durante los oficios, es donde encuentro más evidente la falta de convicción que deploráis como nota del mundo moderno. En resumen, señorita, si toda la religión descansa en la fe y si, como dicen, su coronamiento es la caridad, la tolerancia, la virtud, mucho temo por la seguridad del grupo de fieles sinceros como vos que van a orar todavía en el edificio vacilante y sin techumbre...

CLARA, *ofreciendo el «grog».*

Ante todo, decidme si es de vuestro agrado mi mezcolanza. *(Gastón se inclina.)* ¿Sí? Pues bien: os confieso que lo he preparado sin mucha fe ni,

menos aún, con esa convicción que me atribuís... Me teníais perturbada con esos edificios sin puntales ni techumbre... (*Se sienta.*) En el fondo, si he comprendido bien el sentido de toda aquella... arquitectura, lo que combatís, en general, es la creencia de los que no creen lo que vos.

GASTÓN, *protestando.*

Permitid...

CLARA, *con gracia.*

Y bien, vos, que habéis vivido diez años entre protestantes, cuáqueros, israelitas y mormones, si habéis pasado vuestro tiempo derribando templos y falsos ídolos, como Poliuto, ¡comprendo que vengáis un tanto cansado y lánguido!

GASTÓN, *algo incomodado por la burla.*

¡Yo no he derribado nada!...

CLARA

¿No? ¿Reservabais vuestras iras para este pobre catolicismo? Agradezco la preferencia. Pero, en fin, si habéis podido pasar tantos años entre pueblos civilizados o bárbaros, cuyas tradiciones y creencias no eran las vuestras, sin alcanzar la palma del martirio... librepensador, será, probablemente, porque las tolerabais, reconociendo en la tradición una fuerza que no se destruye con argumentos, y en la fe religiosa un sentimiento excelso que no es permitido despreciar... Y así

las cosas, ¿qué es entonces lo que nos reprocháis?

GASTÓN, *fríamente.*

Siento infinito, señorita, haberme dejado llevar a esta suerte de controversia, algo impertinente por parte mía; pero, ya que he cometido la imprudencia de aceptarla, la cerraré con dos palabras: lo que reprocho al catolicismo corriente es precisamente su escasez de convicciones propias, su falta de verdadero sentimiento religioso, que entiendo debiera ser un acto de elevación del alma hacia Dios... ¡Oh!, no pretendo que sea imposible encontrar una minoría de creyentes parecidos a vos, de fe consciente y con esa caridad activa—cuyo rumor ya llegó hasta mí—; pero digo que vuestra religión sólo subsiste, en la mayoría, y desde luego en sus ministros, como un culto exterior, un conjunto de prácticas maquinales y fórmulas pomposas, que nada valen como regla de conducta o estímulo al mejoramiento individual, siendo la única, por fin, que no exija de sus adeptos un esfuerzo moral, ni de sus predicantes un ejemplo de virtud. En cuanto a la intolerancia que combatíais hace un momento..., sabéis mejor que yo que ella es el rasgo histórico del catolicismo—y hasta un artículo... *(Se detiene un segundo.)*, casi he dicho un auto de fe...

CLARA, *con gravedad triste en que se percibe el deseo de no chocar.*

Señor, no he intentado provocar desde vuestra llegada esta discusión, pues es de las que nunca se

promueven en esta casa... No sé tanta historia como vos ni he necesitado robustecer mi fe con hondas lecturas. Creo y practico ingenuamente. Y bien, os declaro que ningún precepto de nuestra iglesia, y los acepto todos, deja de ensalzar una virtud o combatir un vicio humano: lo que llamáis el bien y el mal, lo llamamos nosotros la gracia y el pecado; lo que exigís de la razón o el honor, lo pedimos a Dios... No veo otra diferencia... En cuanto a esa intolerancia que llena, según decís, nuestra historia de quince siglos, creo, en mi escaso entender, que ninguna institución antigua ni moderna dejó de padecerla: es la sombra terrestre de toda luz... Pero nadie me la ha impuesto como un dogma ni la he oído celebrar como un mérito a mi alrededor...

GASTÓN, *suavemente.*

De ello estoy persuadido, señorita; habréis tenido la dicha de vivir entre gente digna de vos... Pero escuchad: antes de vuestra venida aquí, hace diez años, sé que en esta misma aldea de Saint-André se produjo un hecho inaudito, salvaje, cuyo recuerdo me horroriza aún... En una choza miserable vivía un labrador judío, ruso o polaco, con una pálida criatura de ocho años... Eran dos pobres seres indefensos, desarraigados sin duda por algún huracán político o social... Estalló en la comarca no sé qué epidemia... Alguien, que no era un ignorante, persuadió a estos aldeanos, naturalezas crédulas y sugestionables, de que el flagelo era un castigo del Señor por la presencia de los ré-

probos... Eso fué predicado desde el púlpito de la iglesia... Aquella noche la choza maldita fué asaltada e incendiada. Al día siguiente, mi hermano, avisado muy tarde, recogió a la niñita llorando sobre el cadáver de su padre... Pedro tenía que embarcarse; confió la criatura a su intendente... Me refirieron por entonces que el cura, condenado a presidio, no había sido suspendido por el diocesano. En cuanto a la muchacha..., convertida, por supuesto, ha de rogar hoy por su padre... al Dios de los cristianos, que no es el Dios de los judíos...

CLARA, *levantándose con vehemencia.*

Estáis mal informado, señor Gastón... El cura fué arrojado de la iglesia por indigno antes que de la sociedad por criminal... Y en cuanto a la muchacha..., no ha abandonado su religión: es costurera en esta casa, y mañana, como todos los sábados, podréis verla tomar el tren de Tours para asistir a los oficios de su sinagoga...

GASTÓN, *espontáneamente.*

¿Es posible? ¡Ah!, señorita, os pido perdón humildemente... *(Se inclina muy bajo con respetuosa emoción.)*

CLARA *le da la mano cordialmente.*

¿Conque, primera y última disputa, no es verdad? Entre los tres que aquí vivimos, nos encargamos de haceros olvidar muy pronto vuestras minas de California...

GASTÓN, *contemplando con admiración a Clara sentada.*

Francamente, así lo creo... y... lo espero... *(Silencio.)* ¿Hablàbais de California? Yo dejé aquel país hace ocho años para ir a establecerme en el Perú, donde he vivido hasta ayer, con residencia más o menos fija en Lima... *(Movimiento de Clara.)*

CLARA

¿En Lima? ¡Qué casualidad! *(Corrigiéndose.)* Pero ¿sin duda habrá muchos franceses en Lima?...

GASTÓN

Franceses... ¿Cómo lo entendéis?, ¿franceses a quienes se frecuenta? ¡Oh!, muy pocos, algunas docenas... Todos nos conocemos.

CLARA, *afectando indiferencia.*

En el convento..., una amiga mía tenía a su hermano en Lima y solía escribirle... Pero, probablemente, no habéis de conocerle... Se llamaba Juhel, Alán Juhel...

GASTÓN, *con viva sorpresa.*

¡Una hermana de Alán Juhel! Es extraordinario... *(Mirando a Clara, que algo se perturba.)* Juhel era amigo mío, íntimo, inseparable... ¿Podríais decirme el nombre de esa hermana?...

CLARA, *vagamente inquieta.*

¿Su nombre?... Pero... Juhel, naturalmente... Ya sabéis, en los colegios nos llaman por el apellido...

GASTÓN, *muy interesado, la mira fijamente.*

¡Qué mala memoria tenéis! Pero yo la tengo excelente, y no he olvidado que Juhel solía recibir algunas cartas de Francia, de una hermana menor... *(Fingiendo buscar.)* Esperad... ¿no se llamaba Berta?...

CLARA, *sobrecogida y balbuciente.*

¡Berta!... No, señor... Ahora recuerdo que no era así..., se llamaba...

GERMÁN, *desde la puerta del vestíbulo.*

Señor Gastón, ya viene corriendo el señor conde...

GASTÓN, *dirigiéndose al vestíbulo.*

Os pido permiso, señorita... ¡Mi viejo Pedro!.. *(Sale apresuradamente.)*

ESCENA VII

CLARA, *muy agitada.*

¡Qué imprudencia la mía! Estoy trémula de emoción. Oír pronunciar el nombre de mi herma-

na... Pero ¿qué significa esto? Si no existe, como que es invención mía, la hermana de Juhel..., y mucho menos bajo ese nombre, ¿cómo ha podido conocerlo Gastón? ¿Lo habrá oído de labios de su amigo?... ¡Oh!, me infunden inquietud estas coincidencias... Si llegara a pronunciarlo delante de ella, ¿no puede la brusca sorpresa arrancarle un grito involuntario, un ademán revelador?... Gastón es caballero; le hablaré... disimulando la funesta verdad... Ya vienen. Estaré sobre aviso...

ESCENA VIII

CLARA, LAROCHE y GASTÓN (éstos entran abrazados).

LAROCHE, *radiante.*

¡Al cabo volvió al nido, como el pichón de La Fontaine, aunque no podemos decir: *trémulo, moribundo, medio cojo.* Monjita, es necesario ahora no dejarle salir más... ¡Nada!, te haremos los tres un círculo de acero... *(A Clara.)* Me dice Gastón que ya habéis estrechado relaciones...

GASTÓN

Por mi parte, al menos, hay algo más que relación: una simpatía... respetuosa que espero ver correspondida... *(Clara se inclina.)*

LAROCHE

¡Excelente principio! Pero déjate de respetos y fórmulas: os habéis de querer como... hermanos,

antes de cuatro días. *(Se sienta en el sofá; Gastón, enfrente; Clara arregla las flores de su canasto en un florero.)* Eso es, siéntate aquí. *(Mirándole con ternura.)* ¡Mi chiquillo! ¡Cómo estás de tostado y curtido por el viento y el sol! Cuando recuerdo que tenías una tez de colegiala... Me contarás despacio tus peripecias y aventuras. ¡Ay, cuántos años desperdiciados para el corazón! Toda la juventud arrojada al aire, perdida para la familia y la patria...

GASTÓN, *vivamente.*

Para la familia, es cierto, Pedro; pero no para mi país. Tú, que también has recorrido el mundo, sabes cuánto propenden a la grandeza y prosperidad de la Francia esas colonias anónimas diseminadas por el universo. Otros muchos han hecho más que yo, sin duda; pero he procurado cumplir con mi deber y acaso hacer amar un poco más en mi persona el nombre francés... Ignoro lo que me hubiera tocado hacer en mi país; pero te aseguro que algunos de nosotros, aventureros o *pioneers* del Nuevo Mundo, hemos sido más útiles que tantos ociosos como arrastran por los bulevares su enervado escepticismo...

LAROCHE

Acaso tengas razón... Nuestro país se condensa demasiado, no dejando salir de su masa sino las partículas sueltas y estériles que la fuerza... centrífuga arroja en su movimiento...

GASTÓN, *sonriendo y mirando a Clara.*

¡Cáspita! ¡Y qué científicos estamos, hermano Pedro!... La señorita Clara no se estará divirtiendo con exceso...

CLARA, *siguiendo en su tarea.*

Hay tiempo de divertirse y tiempo de aprender..., como dijo el otro.

LAROCHE

¿Y este último tiempo es el que más aprovechas, verdad? ¡Ah!, muchacho, cuando la conozcas mejor...

CLARA, *interrumpiéndole.*

Ya he terminado mi jardinería, y os dejo que converséis a todas anchas... ¡Tanto tendréis que deciros!... *(Aparte, concluyendo su arreglo.)* Es necesario que oiga y pueda intervenir: siento un peligro en el aire. *(Acercándose en ademán de despedirse.)* Conque...

GASTÓN, *procurando detenerla.*

Pero nada reservado tenemos que contarnos... Y, además, ¿no hemos dicho ya que somos parientes?

CLARA, *alejándose.*

Por hoy, no sois sino el hijo pródigo, y voy a dar un vistazo al «ternero» del feliz retorno. *(Sale por el vestíbulo.)*

ESCENA IX

LAROCHE, GASTON

LAROCHE

¡Palabra de evangelio!... No puedes figurarte Gastón, qué tesoro de mujer es esta monjita... Modesta, instruída, alegre como un rayo de sol, un corazón de oro y con eso... lo que has visto. La bendicen en los alrededores, en las cabañas que recorre como un hada de las migajas... Dime, a propósito: ¿vienes soltero, absolutamente libre, por supuesto?

GASTÓN

Soltero, seguramente... No he pensado cinco minutos en el matrimonio...

LAROCHE

¡Estabas tan ocupado! Y, además, esa vida nómada y vagabunda, de ceca en meca... ¡Pues has debido recorrer campo en los ocho años que hemos estado sin escribirnos más! Y, hablando de matrimonio, ¿por qué no contestaste al aviso que te di del mío?... Estabas ya por establecerte en Lima, si bien recuerdo...

GASTÓN

¿Me escribiste a Lima, y sin duda dirigiéndote a Gastón de Laroche? De más está decir que nun-

ca recibí tu carta... ¿ Acaso no te avisaba en la última mía que había resuelto dejar mi noble apellido para volver a tomar el que primero llevaron nuestros abuelos? Allá nadie conoce a Laroche-Saint-André.

LAROCHE, *con reproche cariñoso.*

¿ Abandonaste nuestro nombre, Gastón?

GASTÓN

¡ Ah! No sabes tú en qué extraños compromisos y oficios hubiera tenido que arrastrar nuestro título nobiliario. ¡ Un título en las minas y tráficos de aquellas tierras! Sería algo así como una armadura medieval, pesada e incómoda..., acaso peligrosa... *(Se ve a Clara arreglando los floreros del vestíbulo, desde donde puede oír.)* Al llegar a California en busca de una profesión, acepté como primer recurso un puesto en la prensa local... Sabía ya el inglés con mi lengua nativa; pero tuve recelo de entregar a ese público nuestro nombre de familia, y acudiendo a nuestro antiguo patronímico, firmé Alán Juhel mis bambochadas literarias. *(Movimiento de horror de Clara.)*

LAROCHE

Alán Juhel... ¡ Ah!, sí, el apellido de nuestro primer antepasado histórico: el que fué armado caballero en el combate de los Treinta... Es decir, que en rigor no has hecho sino volver al nombre originario.

GASTÓN, *continuando.*

Lo que es hoy, sobre todo en América, no tengo otro. Había principiado firmando así mis artículos, continué suscribiendo del mismo modo mis letras de cambio: pues te aseguro que Juhel goza allá más crédito que Laroche-Saint-André, con perdón de nuestros pergaminos... ¿Quieres que me abra de par en par? Pues bien: comencé a usar el seudónimo sólo por salvar nuestro nombre de todo sospechoso contacto o salpicadura, y lo conservé por orgullo..., si cabe, en mis diez años de encarnizada lucha e ímproba labor...

LAROCHE, *con calor.*

Has cumplido tu deber, hermano: estabas en la verdadera tradición de la nobleza. Otros vuelven a dorar su blasón con oro ajeno, tú lo has restaurado remontándote al origen. Como decía aquel mariscal de Napoleón, eres tú también un «antepasado». Tienes, te lo repito, mi aprobación. Pero, hete aquí vuelto otra vez un Laroche-Saint-André; estás libre, soltero, ¿para qué volver allá?...

GASTÓN

A fe que no me faltan deseos de quedarme para siempre..., si bien tendría, en todo caso, que hacer un último viaje para el arreglo definitivo.

LAROCHE

Quédate con nosotros, Gastón. Para la juventud, toda la tierra es patria. Pero llega una hora—pron-

to te llegará—en que el cuerpo y el alma necesitan refugiarse en el suelo nativo, a la sombra del paterno hogar. Quédate aquí, hijo mío; no tendrás que buscar muy lejos la santa compañera de tu vida, la mujer fuerte y dulce que te hará feliz. *(Con emoción.)* Serás dos veces mi hermano: sólo así podremos desquitarnos de los perdidos años de separación.

GASTÓN, *sencillamente.*

¿Clara? *(Después de la seña afirmativa de Laroche, queda un instante pensativo.)* ¡Ah!, no he necesitado una hora para apreciarla en lo que vale; para adivinar qué alma noble se encubre debajo de tanta gracia y belleza... Sí, Pedro, era la esposa soñada... Pero no estoy libre... No puedo disponer de mi suerte...

LAROCHE

¡Ah! ¡Miserables lazos tendidos al hombre por el tedio y la soledad! ¿Tienes una querida... con ella vives allá?...

GASTÓN, *vivamente.*

De ningún modo... Es una antigua aventura, que se arraigó en mi vida sin que pudiera preverlo.

LAROCHE

Estamos solos, Gastón; cuéntamelo todo... Acaso mi experiencia te pueda ayudar... *(Se sientan, dando Laroche la espalda al vestíbulo y Gastón enfrente.)*

GASTÓN, *con ademán de resignación.*

No tengo inconveniente ; por otra parte, la aventura es tan llana como trivial. Sabes que volví por primera vez a Europa el año 80, segundo de la guerra del Pacífico, con una comisión secreta del gobierno peruano, cuya causa había abrazado, como oficial de marina. Con pasaporte y poderes a mi nombre de Alán Juhel, traía la misión de activar la terminación de un monitor construído en los astilleros de Ansaldo, en Génova, para reemplazar al *Huáscar* perdido. Tú estabas ausente, en crucero por los mares de China. Esta circunstancia, unida a la necesidad de guardar reserva sobre mis gestiones, abrevió mi estada en Francia, con excepción de Niza, donde pasé los meses de ese invierno bastante crudo. Entre los enfermos que pedían al clima tibio de la costa azul la prolongación de una vida precaria, estaba una señora viuda, a quien acompañaba una joven pariente... *(Laroche sigue con interés creciente la relación de Gastón.)* La anciana se estaba muriendo de tuberculosis... Trabamos relación ; yo había venido por ocho días ; quedé tres meses. La joven era bella, entregada al solo cuidado de su enferma ; logré prestarles esos pequeños servicios que las mujeres solas, por ricas que sean, tienen que agradecer... Nos amamos, y creció nuestro amor a medida que declinaban las fuerzas de la enferma. Llegó el fin de la moribunda al mismo tiempo que la conclusión de la guerra funesta para el Perú, que ponía término a mi encargo. Te ahorro los tristes por-

menores de mis últimos días, al lado de la desgraciada joven a quien me era fuerza abandonar...

LAROCHE, *apretando con angustia febril el brazo de su hermano.*

¿Murió la señora en Niza, hace seis años, de una tisis pulmonar?...

GASTÓN, *sorprendido.*

Sin duda, murió allí... ; fué una desgracia ; pero ¿qué tienes, Pedro?...

LAROCHE, *con voz alterada que procura asegurar.*

Nada ; son tantos los enfermos que se extinguen en Niza... Pero, dime, Gastón : ¿cómo se llamaba esa joven... que te amó? Te suplico que me la nombres...

GASTÓN

No tengo inconveniente, puesto que te empeñas. *(En este momento alza los ojos y ve a Clara que, desde el vestíbulo, le intima silencio con su dedo en los labios y la expresión terrible de su rostro.)* Te diré el nombre de esa persona *(buscando sus palabras y afectando jocosidad)*, ya que te inspira tanta curiosidad : se llamaba Eva... Rogers, americana del Norte. Venían a Francia por primera vez. Era una preciosa muchacha—la hija, naturalmente—rubia como un trigal, alta, arrogante. *(Compréndese que junta rasgos «despistadores».)* ¡Hablaba inglés con una gracia... yanqui! ¿Quieres que complete la filiación?...

LAROCHE, *súbitamente serenado y respirando con alivio.*

¡Oh!, es inútil...; te explicaré. *(Llena un vaso de agua, que sorbe de un trago.)* La mujer de uno de mis oficiales murió también en Niza por ese tiempo...; ya ves la coincidencia... ¿Conque tuviste allí tus amorcillos, pequeño Lovelace? Y bien, ¿qué? Me hablabas de un vínculo subsistente...; me asusté con tu preámbulo...

GASTÓN, *aparte.*

¡Gracias a Dios! Parece que salvé la situación.

LAROCHE

Pero, dime: ¿y ella, te amó... del todo?

GASTÓN, *después de mirar hacia el vestíbulo, contesta con una seña evasiva.*

Para concluir en pocas palabras... Tuve que embarcarme, después de dejar a... Eva en poder de un tío suyo, nombrado tutor... Nos juramos fidelidad eterna...; prometí, sinceramente, volver a los pocos meses... Pero, no bien desembarcado en Lima, me encontré con mi fortuna por los suelos: todos mis bienes, embargados; mis haciendas y minas, saqueadas por los chilenos; en fin, la ruina completa, aunque no irreparable... Escribí a... Eva explicándole el desastre, pidiéndole que no me esperara más, pues no respondía de mi porvenir... Total: que se casó en Francia un año después; ella misma me dió la fatal noticia, sin decir-

me con quién... Le contesté como debía, con entereza... y resignación. Sin embargo, hemos seguido con la costumbre de escribirnos, una vez al año, en recuerdo de nuestro finado compromiso: ella dirige sus cartas a Lima, bajo mi nombre californiano, el único que me conoce, y yo, también con dirección convencional, mando las mías a París, *Poste restante*.

LAROCHE

Perfectamente. Pero como vuelves a ser desde hoy Gastón de Laroche, dejando en tu saco de viaje tu pasaporte de Alán Juhel, queda todo arreglado y concluído... sin perjuicio de tercero...

GASTÓN, *animándose poco a poco.*

¡Ay! No sabes tú cómo, a medida que pasaba el tiempo y venía la edad, trayéndome sus melancolías y decepciones, sentía renacer, cada día más fuerte, esta primera y única pasión de mi juventud. Ella tampoco me olvidaba: sin decirme jamás el nombre de su marido, me pintaba su tristeza al lado de un hombre a quien respetaba, pero no podía amar... Hace un año le anuncié mi vuelta, y recibí en contestación un grito de amor tan ardiente y vibrante que palpitaba aún en el papel... No sabes qué amuleto, qué mágico talismán pueden tornarse ciertas palabras escritas a tres mil leguas... Al fin venció el que lo vence todo: en un rapto de protesta contra mi traqueteado destino, no quise envejecer en tierra extraña sin que, por vez última, brotara una llama en este yerto cora-

zón... Quise ser feliz aún: un año, un mes, un día..., y he llegado ayer...

LAROCHE, *gravemente.*

¡Y para reanudar esa vieja aventura es por lo que quieres cerrar la puerta a la próxima y sana felicidad! Una mujer novelesca que procura sazonar su prosa matrimonial con la pimienta de un amor exótico. ¿Crees acaso en la virtud relativa? Quien bebió, beberá. Lo que sucedió una vez, fatalmente se ha repetido, o se repetirá...

GASTÓN

Veamos, Pedro; la juzgas injustamente porque no la conoces.

LAROCHE

La conozco: se llama legión. ¿Acaso no tenemos todos en nuestro pasado una media docena de casos análogos? Estos amores de lance prohibido, siempre idénticos, son los mojones triviales de nuestra juventud. Vamos, sé hombre: ya es tiempo. Vuelve a la sana evidencia, a la eterna verdad. ¡Cuentas treinta y cinco años: no tienes que perder tiempo si quieres todavía ser feliz, hermano mío. *(Le pone con cariño la mano en el hombro.)* Ahora te entrego a tus reflexiones... Voy hasta los trabajos y vuelvo a escuchar tu resolución. Te comprometerás, ¿oyes?, a pasar aquí una semana, nada más que ocho días...; veremos entonces si te quedan fuerzas para escaparte de la querencia. *(Se va.)*

GASTÓN *le acompaña algunos pasos, repitiendo maquinalmente:*

Eso es, paso aquí una semana, y después, veremos...

ESCENA X

GASTON, después CLARA

GASTÓN *queda un instante pensativo, y luego murmura:*

¿Qué significó ese ademán de Clara, su expresión terrible y el nombre mío de allá, que antes pronunciara con incomprensible interés?... ¿A qué, por fin, esa inquietud de mi hermano al escuchar el principio de mi relación? ¡Santo Dios! No me atrevo a seguir mi pensamiento. Sería la catástrofe irreparable, el rayo que redujera a cenizas mi presente y mi porvenir... ¡Clara!

CLARA, *pálida, febril, con voz rápida y sorda.*

Señor, esa fingida Eva Rogers, de quien hablabais hace un momento, ¿se llama Berta Bresson, no es cierto?

GASTÓN, *aterrado.*

Os juro que os equivocáis... Os explicaré...

CLARA, *con agitación creciente.*

Pero comprended que no tenemos un minuto que perder... Ignoro si sois más desgraciados que

culpables... Ahorremos razones y mentiras. *(Indicándole la puerta de la izquierda.)* En ese cuarto hay un retrato de la condesa de Laroche... ; podéis entrar : el conde está lejos ya.

GASTÓN, *después de un momento de estupor.*

¡Dios mío! Quiera el cielo que no sea cierto. *(Entra precipitadamente.)*

CLARA, *con energía sombría.*

¡Vamos, resolución y serenidad! Lo que urge es salvarnos del abismo: después habrá tiempo para sufrir y llorar. Pobre Clara, olvida ya tu ignorancia del mal ; rechaza lejos de ti, como una ignominia y una cobardía, toda mentida ilusión. No te acuerdes sino de esa infeliz extraviada y de su noble víctima. ¡Oh! ¡Señor, en quien creo y confío : dame la fuerza de ser inexorable y cruel!

GASTÓN, *vuelve con semblante desencajado.*

No hay duda posible. ¡Es la catástrofe! ¡Oh, hermano mío!... *(Se deja caer en el sillón, ocultando el rostro en sus manos.)*

CLARA, *después de un silencio.*

Comprendo vuestro dolor, vuestro remordimiento... Pero en esta hora suprema es fuerza negarnos hasta el alivio de la queja... Señor de Laroche: mi hermana va a llegar... antes de media hora. *(Estremecimiento de Gastón.)* ¿Creéis posible que estéis juntos aquí un solo instante, bajo

el techo deshonrado y la mirada de vuestro hermano, de su marido?...

GASTÓN *levanta la cabeza y procura recobrar alguna serenidad.*

Haré lo que queráis, señorita. Pretextaré una indisposición para quedar en mi cuarto... Vos la veréis. Os concertaréis con ella... Dejo en vuestras manos mi suerte presente y futura... Dicen que sois el ángel bueno de la familia: cumplid vuestra misión...

CLARA, *con un esfuerzo para afirmar su voz.*

Pues bien: la cumplo, diciéndoos que es menester partir...

GASTÓN, *como sin comprender.*

¡Partir! ¿Para dónde?

CLARA, *con trágica energía.*

Partir, hoy mismo, para siempre... No podéis vivir una hora más en esta casa... ¿No habéis sentido el vago despertar de la sospecha en el acento de vuestro hermano?... Por más que supierais disimular, una mirada, un temblor, un silencio os vendería. Y entonces sería lo terrible... No quiero ver ese momento; no quiero vivir con esa amenaza sobre nuestras cabezas... *(Bajando la voz.)* No quiero rozarme diariamente con la deshonra y la vergüenza...

GASTÓN, *mirándola con súplica.*

¿Pensáis acaso que yo, en vuestra presencia, bajo vuestra mirada de juez, tanto más inexorable cuanto más puro...? ¿Creéis por un momento que sería yo tan miserable que pensase en algo más que en el arrepentimiento y la expiación?...

CLARA, *con voz sorda.*

La expiación no está aquí... ¡Partid!

GASTÓN, *con una explosión de amargura.*

¡Oh! ¡Corazones helados por el claustro y la devoción; almas endurecidas por el orgullo de vuestra impecabilidad! ¡Con cuánta altivez juzgáis a quienes fueron tal vez más débiles que culpables; a la que sucumbiera un día, más por la fatalidad de su ignorancia que por su libre albedrío! Aunque sepáis que la falta no fué deliberada, sino obra de un ciego destino, como en las trágicas leyendas, echáis al platillo de la balanza vuestro horror por el pecado, compuesto de ignorancia y frigidez. ¿Qué os importan las lágrimas de fuego que el culpable vierte sobre su culpa, la desesperación de la víctima, más cruel que cualquier castigo del vengador? Lo que perseguís es la satisfacción abstracta de no sé qué vindicta superior. Discípulos de los que arrojaban a la hoguera al niño contaminado por el delito de sus padres; santos sin tentaciones y héroes sin combates: si existiera un Dios clemente y justo, os echaría de su presencia; si imperara esa ley del Galileo que hipócritamente invocáis, seríais condenados por El

que perdonó a la pecadora arrepentida... ¡Sí! La forma implacable de vuestra sentencia es más inicua que el mismo delito. Vos no podéis dudar de nuestro dolor, de nuestro remordimiento; sabéis que jamás pudimos sospechar—pues entonces no existía—lo que hoy aparece como la faz más horrible de nuestra falta. Con todo, declaráis sin vacilación que yo debo volver ahora mismo al destierro, desalentado y envejecido. Más aún: infligís a mi hermano la amargura de mi aparente indiferencia, el dolor de llamarme ingrato o sospecharme criminal. ¡Sentenciáis, por fin, a esa pobre mujer extraviada a sufrir la vergüenza de vuestro reproche o el rubor de vuestro perdón! Pues bien: sí, me voy, pero llevando la sospecha de que quizá tanto rigor justiciero no esté reñido con vuestro interés o ambición personal en esta casa...

CLARA, *que apenas se ha contenido y cuya indignación va creciendo hasta el fin de la réplica.*

Señor, ¿estáis extraviado, o no sois digno de comprender qué móvil superior me impele a mezclarme en vuestra triste historia? ¡No pienso ahora en vos, ni siquiera en ella: me acuerdo tan sólo de aquel noble corazón a quien mataría el crimen, descubierto o sospechado, de los que amó! Sabedlo, pues: ha dudado un instante, y la duda, en estas almas honradas, es como una rajadura incurable en el cristal. ¿No hablabais de mi fácil altivez? El cumplimiento del deber nunca es tan fácil como su desconocimiento. Lo que sí me parece muy llano y cómodo es invocar no sé qué fatalidad irre-

sistible que ahorra el trabajo de resistir. No me ocupo de vuestro destino: id adonde queráis. Pero la Providencia me designa como su instrumento para salvar a dos seres queridos de la desgracia irreparable, y acepto la misión... Berta no ha de entrar aquí mientras estéis presente: respondo de ella, porque respondo de mí... En cuanto a vuestros últimos insultos... Señor Alán Juhel: hicisteis bien en trocar por éste vuestro verdadero nombre. En vuestras correrías por aquellas tierras de aventura, ¡habéis olvidado cómo un Laroche-Saint-André habla a una mujer! Sabíais que el único hombre que podría protegerme, es el único ante quien no me puedo quejar, y os habéis propasado. Quedáis dueño de vuestra última decisión... *(Da un paso para retirarse.)*

GASTÓN, *con un grito de desesperación.*

¡Clara! ¡En nombre de vuestro Dios!... Esperad un momento... Estaba delirando... Os suplico que no me dejéis así... Dejadme la fuerza necesaria para salvar este paso terrible. *(Clara queda de pie, indecisa.)* Voy a cumplir con todo mi deber, siquiera esta vez. *(Toca el timbre; entra Germán.)* Mi buen Germán, ¿hay algún carruaje disponible para llevarme a la estación?

GERMÁN

¿El señor va a Tours?

GASTÓN, *después de consultar a Clara con la mirada, contesta para desorientar a Germán.*

No, a Chinón; tomo el tren de Burdeos.

GERMÁN

Hay el tílburi del señor conde...

GASTÓN

Bastará, voy solo; haz atar inmediatamente y ven a avisarme. *(Sale Germán. Gastón se acerca a la mesa y escribe algunos renglones, que lee en alta voz.)* «Querido hermano: un telegrama urgente me llama a Burdeos. De allí te escribiré. No dudes jamás de mi cariño.—GASTÓN.» *(Se acerca a Clara con timidez.)* Ahora, Clara, me voy para no volver jamás... Consumaré el sacrificio y completaré la expiación... Dejadme deciros esta última palabra: no me neguéis el adiós que perdona e inicia el rescate. Os suplico que no toméis a ultraje esta última confesión sin esperanza: indigno y manchado como estoy, no pude contemplar insensible tanta nobleza unida a tanta seducción... Tesoro de gracia y fuente de consuelo, os he entrevisto en mi camino como un premio que no podía merecer. *(Clara cierra los ojos y se apoya en la mesa, vencida por la emoción.)* Una aureola rodea vuestra frente, y es vuestro dorado cabello el que remeda en su contorno encantador un nimbo de santidad. ¡Qué ritmo secreto en vuestros pasos, qué oculta virtud en la menor acción de esa blanca mano, hecha para curar heridas y enseñar el cielo!... ¡Oh, sueño supremo de mi declinante juventud!... Refugio de paz profunda, una hora gozado, y cuya pérdida me va a dejar una fatiga indecible que nada aliviará... *(Con voz baja, apenas*

perceptible.) ¡ Ay !, no era ya por Berta por quien quería quedarme... *(Cae a sus pies, llevando a los labios la mano de Clara.)*

CLARA, *desfalleciendo.*

Gastón..., os suplico...

GERMÁN, *desde la puerta del vestíbulo.*

Está listo el tílburi del señor Gastón.

GASTÓN *da un paso y se vuelve.*

Adiós para siempre...

CLARA, *bajando la cabeza, murmura.*

Para siempre, adiós... *(Sale Gastón.)*

ESCENA XI

CLARA cae en el sofá y rompe a llorar con la cabeza oculta entre sus manos. LAROCHE entra por el vestíbulo con una vasija negruzca en la mano.

LAROCHE, *desde la puerta.*

Este es el día de las grandes felicidades... Una pieza única, maravillosa. *(Mira con sorpresa a Clara, se acerca, le levanta la cabeza con una mano y la mira fijamente.)* ¿ Qué sucede, por qué lloras ?... *(Clara le indica la carta abierta sobre la mesa, que Laroche recorre rápidamente.)* ¿ Qué es esto ? ¡ Gastón se ha marchado sin verme, sin consultarme ! ¿ Qué ha pasado aquí, Clara ? Quiero saberlo...

¿Qué misterio es este?... ¿No contestas? Corro a alcanzarle..., y te juro que lo he de saber... *(Da un paso hacia la puerta.)*

CLARA *ha seguido con ansiedad los movimientos de Laroche, y corre a detenerle.*

No, no vayáis... Es inútil... Voy a deciros... Una discusión penosa... Pero volverá... más tarde...

LAROCHE, *exasperado.*

¡Ah! ¡Lo he temido desde el primer momento! Y le has dejado partir por no humillarte. Tu intolerancia de fanática arroja de su casa a mi hermano, el día que vuelve, después de diez años de ausencia... ¡Has hecho eso, tú! ¡Ah, rayo de Dios! *(Tiene un ademán terrible, pero se reprime y estrella la vasija contra el suelo.)*

CLARA *cae de rodillas.*

¡Laroche, en nombre del cielo!... No podéis medir hasta qué punto estáis injusto conmigo.

LAROCHE, *amargamente.*

Y le conozco: nunca volverá... *(A Clara.)* Y para esto es para lo que os sirve la religión!...

CLARA, *resignada.*

Sí, para esto sirve. *(Se levanta.)* Laroche, comprendo que mi lugar no es éste ya... Pero no agobiéis a una infeliz: no me lo digáis. Mañana volveré al convento. *(Con una sonrisa dolorosa.)* La

monja ¡al monasterio!... Me retiro; no puedo más... *(Se aleja lentamente. Laroche cae abismado en un sillón.)*

GERMÁN, *en la puerta del foro.*

La señora condesa.

Diciembre 24 de 1886.

ÍNDICE